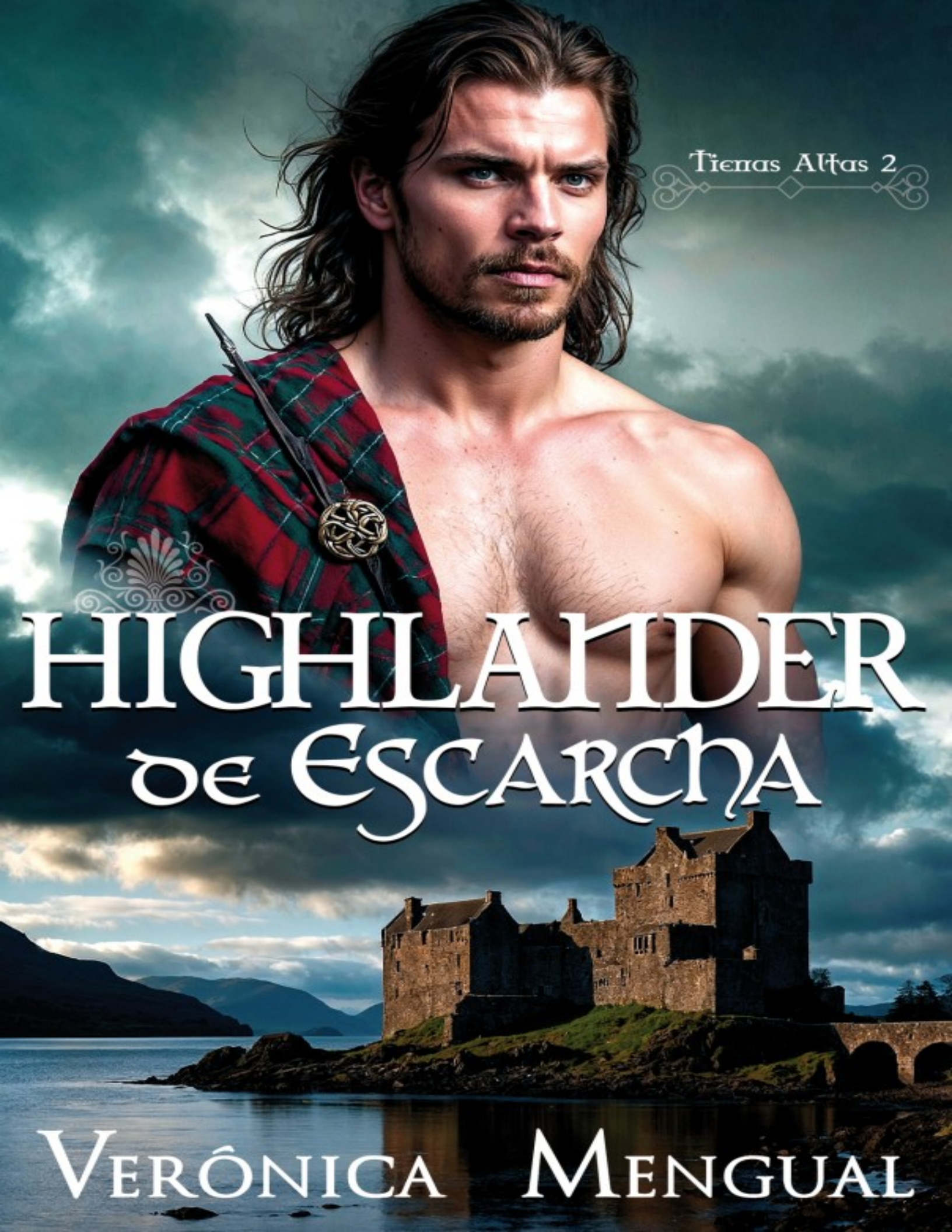

Tierras Altas 2
HIGHLANDER
DE ESCARCHA
VERÔNICA MENGUAL

© VERÓNICA MENGUAL
Highlander de Escarcha: Tierras Altas 2
ASIN: B0GMYN2WDC
Sello: Independently published

Primera edición, mayo de 2026.
Impreso en España.
Edición: José Pedro Baeza Piera.
Inscrito en Safe Creative: 2601174285910

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

HIGHLANDER
de Escarcha

Tierras Altas 2

Verónica Mengual

«Eres mi esposa fiel y honorable,
tan querida para mí como las rojas gotas
que visitan mi triste corazón.»

Bruto a su esposa Porcia en Julio César (1599), William Shakespeare.

Sinopsis

El invierno de **1716 cae sobre Escocia** como una sentencia. Tras el fracaso del alzamiento jacobita, los clanes caminan sobre hielo fino, porque una palabra mal dicha puede significar tierras confiscadas, hombres perseguidos… y un castillo reducido a cenizas.

El laird Niall Mackenzie regresa por fin a su hogar. Vuelve con cicatrices, una lealtad férrea y la certeza helada de que tiene que casarse bien para proteger a todo su clan. Con Eilean Donan en peligro y el apellido Mackenzie bajo amenaza, Niall se ve obligado a viajar a Londres para pelear una guerra distinta: papeles, favores y trampas elegantes disfrazadas de cortesía. Allí choca con una mujer que no encaja en ningún molde y que, sin embargo, sostiene más poder del que muestra.

Lady Sorcha Grant tiene una reputación impecable y su determinación es peligrosa. Está ligada al castillo de Strath Fuar, un enclave clave para las alianzas del norte, y no está dispuesta a convertirse en moneda de cambio para salvar a

nadie. Mucho menos a un *highlander* tan inflexible como Niall, que parece hecho de nieve, orgullo y hierro.

Pero cuando las amenazas se estrechan, los enemigos se vuelven invisibles y las traiciones del pasado alcanzan a la familia Mackenzie, Niall y Sorcha tendrán que elegir entre mantener sus corazones a salvo o arriesgarlo todo en un pacto que puede salvar un clan y condenarlos a ellos.

Porque el verdadero frío no vive en las montañas; reside en el corazón de un salvaje escocés y en la voluntad de una verdadera dama. En esta batalla, solo el amor puede ser la victoria.

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

Un auténtico *highlander*

Capítulo 2

Un regreso a casa accidentado

Capítulo 3

Un silencio belicoso

Capítulo 4

Una entrada triunfal

Capítulo 5

Un desastre, ¿con solución?

Capítulo 6

La hora de las explicaciones

Capítulo 7

Una noche dulce sin oscuridad

Capítulo 8
Una normalidad encantadora
Capítulo 9
Las pruebas del destino
Capítulo 10
Una verdad inesperada
Epílogo
Cuando la escarcha se derrite
No te pierdas la **siguiente** serie
«Prometida al conde oscuro»
Hablemos de la **bilogía**
«La guerrera del Highlander»
«Highlander de Escarcha»
Aclaración sobre la historia
Todos los títulos por orden
Sobre la autora

Prefacio
Todo tiene un principio

Palacio de St. James's, Westminster, Londres, Reino de Gran Bretaña, 1716.

El laird Niall Mackenzie era un escocés acostumbrado a sortear los infortunios del destino. De hecho, era un maestro haciéndolo. La clave era mantener siempre las emociones bajo control; y tan bien lo hacía que lo habían apodado Escarcha, aunque, en honor a la verdad, solían referirse a él como el bastardo de Seaforth. No le afectaba el insulto porque era cierto, dado que había nacido fuera del matrimonio. Eso sí, dependiendo del día, o más bien de su humor o de las ganas que tuviera de una buena pelea, Mackenzie podía partirle la boca a un hombre por referirse a él de ese modo. ¿Qué *highlander* de las Tierras Altas se negaría el capricho de demostrar su fuerza bruta?

Desde luego, él no.

Su difunto padre había sido el laird Mackenzie, también conocido por ser el conde de Seaforth. No le dejó ese título inglés porque sus circunstancias de nacimiento lo impedían. Lo que sí le legó fue algo que Niall se había ganado a pulso. Y eso era el castillo de Eilean Donan. Piedra, agua, viento y hombres de carne y hueso que esperaban de él respuestas cuando el invierno se presentaba con fuerza, faltaba el grano o el peligro bajaba por los pasos del norte con peor aspecto que el maldito clima. Seaforth le dejó un cargo, lealtades, algunas viejas rencillas y un deber que estaba satisfecho de cumplir.

Niall era el mejor y lo sabía. Nadie discutía con él si no quería enfrentarse a su ira, ya que era el laird Mackenzie. Bueno… Eso no era así del todo, porque la única que se atrevía a llevarle la contraria era su bendita hermana Kenna. La joven era la hija legítima de su padre y una aristócrata inglesa que aportó riqueza y reputación a la línea de sangre. Seaforth fue un estratega de primer orden. Buscó un varón con su amante escocesa y luego aseguró los contactos que llegarían a través de su esposa y Kenna. No en vano, el clan Mackenzie había protegido al Tesoro de Eilean Donan —así habían llamado a Kenna desde su nacimiento— con garra. Niall amaba a su medio hermana y jamás la había considerado menos que él por ser mujer. Además, Kenna podía pasar por una fina y elegante dama inglesa debido a la educación que su madre le había dado, y también llegar a ser una formidable arpía del demonio.

Sus obligaciones como hermano mayor habían quedado a un lado, pues el año pasado se

ocupó de que ella se casase con el laird Callum Fraser, un bastardo como él y *casi* tan fuerte y valiente como lo era Mackenzie mismo. *Lady* Fraser era problema de otro y Niall estaba satisfecho porque su hermana era muy feliz con su esposo. De hecho, ya eran padres. El pequeño Iain se había convertido en el orgullo de los Fraser.

Niall no pensaba en absoluto en el matrimonio. De hecho, no recordaba la última vez que había tenido tiempo para disfrutar de una buena moza que le trajese un poco de paz. Tenía demasiadas cargas como para perder el tiempo divirtiéndose. Eilean Donan era una amante exigente. El castillo era suyo. No porque un papel del maldito Londres lo atestiguase, sino porque ningún otro hombre había logrado quitárselo.

Y, aun así, una fortaleza no bastaba cuando medio reino se empeñaba en desangrarse por una corona.

Escocia llevaba demasiado tiempo resquebrajándose. Los grandes señores discutían sobre legitimidades y dinastías mientras en las *Highlands* siempre pagaban los mismos, era decir, que eran los escoceses comunes quienes enterraban a los muertos, escondían a los perseguidos, reunían el ganado disperso y aprendían a saber con un simple vistazo cuántos días les serviría un saco de avena. A Niall no le importaba cuál de aquellos necios se sentara al final en el trono. Le importaban los Mackenzie, Eilean Donan y los clanes con los que había compartido techo, sangre o favores. Lo demás podía pudrirse en Westminster.

Había pasado meses procurando que el norte no terminara convertido en cenizas.

No porque buscase la gloria. Lo había hecho con el único motivo de resistir, pues no sabía quedarse quieto cuando la desgracia rondaba a gente a la que podía ayudar. Las cosas que había hecho hasta el momento incluían: un caballo enviado de noche; un mensaje puesto en las manos adecuadas antes del amanecer; seis hombres donde hacían falta ocho; un refugio concedido sin preguntas; una patrulla desviada lo justo… No podía tomar parte porque tenía un acuerdo con el rey Jorge y la palabra de un *highlander* era inquebrantable, pero no se quedaría de brazos cruzados cuando se podían salvar vidas.

Su corazón era Escocia, pero la razón dictaba que no podía dejar de lado Londres si quería seguir luchando un día más.

Las cicatrices se encargaban de mantenerle fresca la memoria. La del hombro tiraba cuando el cielo cambiaba y la de las costillas punzaba después de muchas horas de viaje. Luego estaba esa línea fina junto a la sien que no le dolía ya, pero seguía allí cada vez que se lavaba la sangre seca o el barro y el agua le devolvía la cara de un hombre que había dormido poco y peleado demasiado. Sus marcas de guerra no le molestaban. Habría sido peor no tenerlas.

Mientras cabalgaba hacia su destino, se dio cuenta de lo que era en verdad Londres. La ciudad estaba sitiada por una niebla gris y pegajosa, con su

humo, sus torres y esa fealdad sofisticada que tanto le revolvía el ánimo. No había entrado en la boca del lobo metido en un carruaje, arropado entre cojines como un *sassenach* inútil. Iba a caballo, con el cuerpo entumecido por el viaje y el *plaid* húmedo bien colocado sobre la camisa blanca y las piernas al descubierto. El rojo de su manto, roto por franjas claras y verdes, parecía una bandera incluso bajo el cielo sucio del sur. Más de una mirada se volvía a su paso. Algunas con curiosidad y otras con un claro desprecio. A él le daba igual. Ya estaba acostumbrado a que los ingleses miraran primero su vestimenta y solo después entendieran que debajo había un hombre al que convenía no provocar.

Odiaba Londres y todo lo que esa detestable ciudad significaba.

El rey Jorge lo había llamado de nuevo.

Tras meses de vigilar aliados, cerrar grietas y procurar que las *Highlands* no ardieran del todo, el rey volvía a silbar y a esperar su obediencia. Niall estaba harto. Hastiado de viajar al sur cuando tenía cosas mejores que hacer y cansado de medir las palabras delante de hombres a los que no les habría confiado ni un conejo cojo. La Corte solía contemplarlo con una clara mezcla de recelo y fascinación porque él no se dejaba domar.

Y lo que más le reconcomía el alma era que parecía el maldito perro faldero del rey.

Pero no podía plantarle cara. Bueno… sí que podría hacerlo, pero no debía por su honor.

Niall Mackenzie era escarcha pura, un bastardo de negro corazón, un bruto guerrero que nunca jugaba limpio, pero su palabra era la ley misma y jamás quebrantaría un juramento.

La situación en Escocia no estaba para jugar a ser un héroe. Una mala respuesta, un gesto a destiempo o una sola ofensa pronunciada delante de la persona equivocada y todo podía irse al infierno. En campo abierto un guerrero sabía qué hacer, en cambio, en el salón del rey todo era diferente, porque un hombre podía perderlo todo antes de darse cuenta de que le habían clavado un cuchillo por la espalda.

Por eso seguía siendo cuidadoso. No tenía nada que ver con el miedo.

¡Por Cristo en la Cruz!

Era un *highlander* y los montañeses nacían mamando de la teta del diablo. Aun así, era su responsabilidad que Eilean Donan sobreviviese al paso del tiempo o a las burdas disputas de quienes se creían con derecho a sentarse en el trono.

Un año antes había cambiado su libertad por la de Kenna. No se arrepentía de haberlo hecho. Su hermana tenía derecho a elegir a su esposo… Uno que Niall aprobase, por descontado. Fue una suerte que Fraser y Kenna llegasen a entenderse. ¡*Ouch*! No, no hubo suerte ahí, solo el buen ojo del laird Escarcha.

Todavía se le endurecía el pecho al pensarlo. Su hermana… terca, orgullosa, capaz de sostenerle la mirada a cualquiera y decir la verdad en voz alta cuando lo prudente sería callar… El sur la hubiese querido usar como una pieza de un juego perverso. Kenna había evitado convertirse en la decorativa esposa de un inglés ridículo al que solo le hubiese importado visitar a su sastre y gastar su fortuna en banalidades.

Por eso Niall escogió a Callum Fraser para ser el marido de su hermana.

No porque Fraser tuviera modales. Era un diablo, un bruto, un salvaje y un dolor de cabeza con piernas. Pero también era la clase de escocés al que uno querría a su lado si el mundo se torcía. Fraser era feroz y leal. Si Kenna tenía que quedarse bajo la protección de un hombre que no fuese él, Niall la prefería mil veces con el Monstruo Fraser antes que en manos de un lord inglés perfumado y vacío. Había visto bastante mundo para saber dónde estaba la fuerza verdadera.

Jorge entendió cuánto le importaba Kenna y puso un precio que Niall pagó sin dudar.

Kenna no se casaría con un noble inglés, pero la condición fue que Niall ocupase el lugar de su hermana. El rey lo había obligado a comprometerse con una dama de la que él no sabía ni su aspecto ni su nombre. Aceptó de inmediato porque no tenía pensamiento de casarse con ninguna maldita *sassenach*, por muy bella, grácil y rica que fuese. Niall Mackenzie no era lord Seaforth. Nadie lo

obligaría a casarse con una mujer que no hubiese elegido él.

Confiaba en que la elegida por el rey acabase cansándose por su abandono y le pidiese a Jorge que la casase con otro esposo que no la hubiese dejado a un lado durante un largo año.

En parte era por eso por lo que había aceptado de buen grado regresar a Londres cuando el rey lo convocó. Estaba listo para escuchar a Jorge decirle que la dama lo había abandonado y él aprovecharía el momento para mostrarse enfadado y exigirle que no volviese a comprometerlo con una inglesa sin escrúpulos e indisciplinada.

Sí. Después de todo, el viaje al maldito Londres no sería tan malo como intuyó. Escucharía lo que tuviese que decirle el rey y luego se marcharía a Escocia libre como un pájaro. Los planes de Niall Mackenzie siempre salían a pedir de boca.

Desmontó del caballo y entró en la guarida del lobo Jorge con barro en las botas, el cuerpo cansado y un humor más que aceptable. El mozo de cuadras se apartó de inmediato al verlo. Niall ni lo miró. Los cuatro guerreros de su clan con los que había viajado se habían apartado de él nada más entrar en la ciudad. Sus hombres se merecían un poco de diversión y él no necesitaba protección en un lugar tan *civilizado* como Londres. Se alojarían en una posada hasta que él los volviese a convocar. Si todo iba bien y sus sospechas eran ciertas, al día siguiente podrían emprender el viaje de regreso a casa.

El laird Mackenzie subió la escalera con paso duro y se preparó para recibir la buena noticia.

Lo interceptaron antes de lo previsto. Un claro ejemplo de que lo estaban esperando.

—¿Laird Mackenzie?

—El mismo —respondió Niall.

—Su Majestad el rey le está esperando —le indicó el sirviente del palacio.

Asintió con la cabeza y se dispuso a seguir al lacayo, mayordomo o lo que el hombre que lo guiaba fuese.

Con un poco de suerte, la esposa que Jorge había decretado que sería la suya ya estaría casada. Se le dibujó una pequeña sonrisa en su pétreo rostro al imaginarse la disculpa del rey por haberle buscado una mujer que no pudo esperarlo. No era que él la hubiese aceptado… ¡Jamás!, pero tenía su gracia que ella hubiese sido tan audaz para desafiar al rey. Le hubiese gustado conocerla al menos. Tal vez tratase de averiguar su nombre a fin de darle las gracias por liberarlo de un infierno. ¿Una inglesa como esposa de un laird? ¿En qué demonios había estado pensando Jorge?

Él no era como otros lairds a los que Su Majestad había atado con matrimonios convenientes y la promesa de tierras y títulos.

Niall tenía más de lo que deseaba, por eso había jugado con el rey. ¡Quién iba a pensar que todo le saldría tan bien!

Porque todo iba a salir bien.

El hermano de Kenna llegó al rellano y se detuvo un instante. Pensó en Eilean Donan, en esa piedra negra levantada sobre el *loch*, en el viento del norte azotando las almenas y en Kenna, ya lejos de las garras de St. James's… Estaba satisfecho porque Fraser al final había resultado mejor elección de lo que estaba dispuesto a reconocer en voz alta.

Se pasó la mano por la nuca. Tendría que hablar con cuidado frente a Jorge. A Niall no se le conocía por su paciencia. Le prometió el año pasado a Kenna que *se portaría bien* en la Corte y de nuevo tendría que hacer valer su contención.

Entró por fin en la habitación después de que lo anunciasen debidamente.

La estancia en la que Jorge recibía a las visitas no tenía nada que ver con las del norte. Allí dentro todo estaba demasiado bien dispuesto. La madera oscura, el fuego tranquilo de la chimenea, los papeles ordenados sobre la mesa y un olor excesivo a cera derretida que a Niall siempre le había parecido una mala señal, fue lo primero que él notó.

El rey no estaba sentado en el trono de las grandes ceremonias. Lo aguardaba de pie, junto a una mesa cubierta de documentos, con una copa a

medio beber y una extraña expresión en el rostro que Mackenzie no sabía bien cómo interpretar. ¿Enfado? ¿Diversión camuflada bajo un enfado?

Jorge parecía diferente. ¿Por qué?, se preguntó con cautela.

Niall se detuvo a la distancia debida.

—Su Majestad —le habló con serenidad.

Jorge lo recorrió con la vista, desde el manto aún húmedo por la niebla hasta las botas manchadas del viaje.

—Siempre consigues traer las *Highlands* a mi palacio, Mackenzie.

—Sería difícil presentarme de otro modo, Su Majestad. Me hubiese tomado un poco de tiempo para adecentarme, pero me informaron que se requería mi presencia de inmediato —se excusó porque sabía que en Londres el protocolo era importante.

El rey soltó una risa baja.

—Escocés orgulloso desde la cabeza a los pies. Eso es lo que has sido siempre, Niall Mackenzie.

Niall asintió. Sentía latir la esperanza en su pecho al pensar en esa prometida sin nombre, una muchacha inglesa que, si había tenido un resto de sensatez, ya estaría casada con otro. Él saldría de allí

con el compromiso roto y el rey tendría que tragarse su propia jugada. Se contuvo de soltar una larga carcajada. Tomó nota de no echarse a reír cuando el monarca le informase de su buena suerte.

Jorge apoyó una mano en el respaldo de la silla y fue directo al grano.

—Has tardado lo tuyo, pero ya estás aquí. Y no he hecho venir a un laird desde el fin del mundo para hablar del tiempo. He conocido a muchos hombres a lo largo de mi vida, lo cual no es significativo. Lo importante es el carácter por el que los he juzgado; y debo decirte que pocos habrá más tercos que tú, laird Mackenzie. Sé que si no te hubiese mandado llamar no habrías vuelto a pisar mi palacio. Debería hacerte azotar por tu cabezonería o tal vez negarte el matrimonio que concerté para ti.

La esperanza murió rápidamente. Al parecer, seguía siendo un cordero al que se debía sacrificar. La necia seguía esperándolo. Una inglesa sin seso ni orgullo suficiente para cansarse, pero tal vez ella valiese su peso en oro…

Niall no movió un músculo. Era de escarcha, se recordó.

—Su Majestad… —comenzó a decir.

—Ahórrate tus explicaciones. Ninguna de ellas me satisfará, estoy seguro. La convertiste en una burla porque te negaste a aceptar el regalo que tan generosamente tu rey decidió darte. No solo me

has ofendido a mí… ¡Un año, Mackenzie! ¿Sabes lo que significa para una mujer, ¡una dama! —exclamó con enfado— quedarse varada esperando y esperando? Ya veo que no se te ha ocurrido mejorar con los meses —repuso Jorge—. Ni una carta o ni una pregunta. Ni tan siquiera el menor interés por la mujer a la que ibas a convertir en tu esposa… —se lamentó.

—Su Majestad… —trató de hablar de nuevo.

—¡Ni una palabra cuando tu rey te llama al orden, escocés! —soltó de inmediato. Niall no mostró emoción alguna, aunque por dentro hervía de pura furia—. Habría bastado con que no te comportaras como un salvaje mal educado y terco. ¡Ni con tu rey ni con tu prometida! —gritó.

Niall le sostuvo la mirada al rey.

—No fue mi intención ofender a nadie, Su Majestad.

Jorge arqueó una ceja.

—No. Tu intención era peor. Querías dejar que el tiempo trabajara por ti. Y yo estaba dispuesto a ver cómo te equivocabas, pero sé bien cómo debo tratarte, laird de Eilean Donan. Eres valioso para mis intereses y eso es lo que te salva de mi ira. Teníamos un trato tú y yo, ¿lo recuerdas, Mackenzie?

—Sí, Su Majestad —afirmó con serenidad. No negaría la suposición sobre su plan para hacer

que la mujer se desesperase y anulase el compromiso porque sería inútil.

El rey lo observó un instante más, como si quisiera medir hasta dónde llegaba su paciencia aquella mañana.

—Estoy disgustado con tu hermana. La esperaba en Londres. Quería conocer al bruto con el que sé que ha decidido compartir su suerte. No se ha presentado ante mí, y eso me parece una descortesía después de todo lo que hice por esa joven.

Kenna. Siempre Kenna. A Niall se le endureció la mandíbula.

—Mi hermana acaba de ser madre, Su Majestad. No estaba en condiciones de viajar con un niño tan pequeño.

Jorge lo miró con más atención.

—¿Ya ha dado a luz?

—Sí. Un varón. Iain Fraser —dijo con orgullo.

El rey cogió la copa, la hizo girar un poco entre los dedos y asintió.

—Entonces envíale mis buenos deseos. Y dile que espero verla en cuanto esté con fuerzas. A ella y a ese marido suyo que, según me cuentan, es más terco y malvado que tú mismo. ¿En qué estabas

pensando cuando permitiste esa unión, Mackenzie? —Alzó una mano cuando vio que el otro abría la boca —. No importa. Sé de buena tinta que es un *highlander* valiente con el que has establecido una alianza sólida a través del matrimonio de tu hermana, por consiguiente, los intereses del laird Fraser son también los míos. Asegúrate de que no lo olvide en ningún momento.

Por primera vez desde que había entrado, Niall sintió un amago de alivio, a pesar de las duras palabras del monarca.

—Se lo diré, Su Majestad.

Jorge dejó la copa y volvió a clavarle los ojos.

—Hazlo. Ahora hablemos de tu novia.

La palabra le crispó el ánimo.

—Como desee, Su Majestad —alegó conteniendo de nuevo su furia.

—No pongas esa cara. Recuerdo muy bien que no la has visto, que no preguntaste por ella y que te has pasado un año entero esperando librarte de este asunto por pura negligencia. La mala noticia es que no te ha funcionado del todo. —Se quedó un momento pensativo y luego añadió—: O tal vez sí.

Niall sintió una punzada de irritación. Cuando el rey jugaba con la intriga no era buena

señal.

—¿Sigo prometido con la mujer o no, Su Majestad? —preguntó con cierta impaciencia.

—La dama ha decidido abandonar mi Corte.

La frase le subió por dentro como un trago de buen *whisky*. Libre, pensó. No lo demostró. Se limitó a inclinar apenas la cabeza.

—Es una decisión audaz —alegó Niall al percibir que el monarca no se veía demasiado contento con dicha cuestión.

—Es una insolencia, pero también hay justicia en su determinación, dado que merece un hombre que valore su rango y no la trate como si no valiese nada.

Jorge no había levantado la voz en esa ocasión, aunque el fuego cambió de color en sus ojos.

Niall guardó silencio un momento; no pensaba avergonzarse por su decisión de no preocuparse por su *impuesta* prometida. Audaz o no, la mujer había hecho justo lo que él esperaba de una inglesa con dos dedos de frente: cansarse y volverle la espalda a un compromiso sin novio.

—Me parece justo —dijo, al percibir que Jorge estaba evaluando su reacción.

—Escocia es el lugar al que se dirige —añadió el rey, quien seguía mirándolo con fijación.

La satisfacción se agrietó cuando vio la sonrisa con la que el rey lo observaba con suma atención.

¿A Escocia?

¿Por qué demonios iba una *sassenach* a huir al norte? Ninguna mujer criada entre sedas, salones y comodidades elegiría el barro, el frío y las carreteras malas del norte para escapar de un rey. Había algo que no encajaba.

Niall lo notó antes de que Jorge sonriera todavía más.

—¿Su Majestad? —preguntó, sin saber lo que deseaba averiguar en verdad.

—Ahora sí te has puesto a pensar, Niall Mackenzie —dijo el monarca con una lentitud desagradable—. Ya era hora.

El escocés permaneció inmóvil.

—¿Quién es la dama? —Le pareció que esa era la pregunta más urgente. El rey se veía complacido a pesar de que Niall trataba de ocultar su desasosiego.

—¿Ahora te interesa ella? No quisiste saberlo en su momento. Te hice un gran regalo. El

que era el más codiciado, después del Tesoro de Eilean Donan, por supuesto, pero a ti poco te importó, muchacho obstinado.

A Niall le desagradó todo lo que Jorge acababa de decir.

—Lo confieso, ahora estoy interesado en conocer la identidad de la dama.

Jorge dio un paso, se apoyó en el borde de la mesa y lo miró a los ojos. Niall sabía que el monarca se estaba vanagloriando por tenerlo contra la espada y la pared. Se veía que Jorge llevaba demasiado tiempo esperando ese momento. Se tensó. Nada bueno podía salir de aquello. El rey le sonrió y luego dejó caer con fuerza el nombre:

—*Lady* Sorcha Grant.

Niall no parpadeó. Su cabeza comenzó a trabajar a toda velocidad.

Grant.

Escocesa.

—Mierda… —susurró.

El rey se infló lleno de orgullo y dejó pasar el exabrupto porque era menos colorido de lo que había esperado. Jorge se limitaba a disfrutar del momento, de su triunfo.

—Al fin lo has entendido. Una mujer de reputación impecable. Bien nacida. Eso sí, mucho más inteligente de lo que le convendría a cualquier hombre. No hace falta que te recuerde que está ligada a Strath Fuar, y no me refiero a un caserón cualquiera perdido entre las colinas. Ese castillo sostiene una parte muy delicada de las alianzas del norte. Su posición importa. La ascendencia de ella también. Y, por lo visto, tu prometida, a la que le diste la espalda solo por tu estúpido orgullo, ha decidido que no piensa convertirse en una moneda de cambio para salvar a nadie. Mucho menos a un laird necio que estuvo en esta ciudad y no se dignó a preguntar ni una sola vez por la mujer a la que me juró que tomaría por esposa si yo permitía que la hermana del escocés fuese libre para decidir sobre su futuro. Pensaste mal de mí, laird Mackenzie, y ahora, por fin, eres consciente de tu error.

La sentencia fue limpia y definitiva. Vencido en su propio juego.

¡Strath Fuar!

Niall conocía bien lo que se le estaba escapando entre los dedos. El valor de un castillo así en aquellos meses, cuando todo se sostenía con cuerdas gastadas y favores que podían romperse a la menor presión… ¡Joder! No era una inglesa fina con fortuna. Era un premio para cualquier escocés. No se trataba de una desconocida sin utilidad, ni una cadena cualquiera que Jorge hubiese escogido para fastidiarlo. ¡Era una maldita recompensa! Lo ataría a la Corona todavía más, pero bien valía el sacrificio. Y él había dejado que el tiempo corriera; como un

tonto lleno de arrogancia que deseaba burlarse de un rey. La realidad era otra, había rechazado, sin saberlo, la mejor baza que podía recibir en aquella partida.

Niall no se movió. Ni le regaló al monarca más que un silencio seco y frío.

Jorge vio la grieta de todos modos. Y se echó a reír. No fue una carcajada grande. Fue muchísimo peor. Una risa breve, de pleno deleite, de un hombre que acababa de ver a su rival comprender el alcance de su propio error.

—¿Sigue siendo mía? —preguntó con valentía.

—Le he concedido la libertad. Ella se dirige a Escocia para casarse con un hombre de su propia elección.

—¿Quién? —La pregunta salió antes de que Niall pudiese detenerla.

Jorge respiró con fuerza.

—Brodick Ross de Inverruadh —dijo con rotundidad.

Niall conocía también ese nombre. El hijo del laird Ross. Un hombre con tierras suficientes, de carácter gris y una ambición moderada. No era un gran señor todavía, pero sí el tipo de aliado al que una mujer sensata podía aceptar si necesitaba

asegurar un castillo sin entregarse a un monstruo ni a un inglés.

—¿Ella es suya de algún modo?

—¿Acaso te importaría? —El rey sabía que le acababa de preguntar si él había decretado el matrimonio; y como Jorge conocía la fama de los *highlanders* era consciente de que nada los hacía pelear por una mujer tanto como el hecho de que fuese propiedad de otro. ¿¡Quién entendía a los escoceses!?

Niall sonrió de lado y se rascó la barbilla distraídamente.

—Supongo que no. —Esa mujer se le había concedido a él en primera instancia y poco importaba que no la hubiese querido al principio porque… porque… ¡Ella era un premio! ¡Su premio y punto! Si la atrapaba antes de que llegase a las manos del otro escocés, Niall podría robársela con gran facilidad.

La anticipación de la caza hacía que la boca se le hiciese agua.

—Eres un desagradecido, además de un egoísta, Niall Mackenzie. Debería prohibirte que te acercases a ella, pero sé que eso avivaría tus ganas de tenerla. ¡Locos! ¡Todos los malditos escoceses estáis locos! —bramó—. Te la concedí y no la quisiste y ahora que sabes que será de otro y lo que la dama vale, la deseas a pesar de no haberla visto nunca. Lo veo en tus ojos, Mackenzie. La lucha por lo que

piensas reclamar ya ha empezado y te mueres de ganas por salir a la carrera —lo regañó, no sin motivo.

Le tocó a Niall Mackenzie sonreír. Cosa que no solía hacer si la ocasión no valía la pena.

—Su Majestad comienza a conocerme bien —bromeó él.

—Tu penitencia acaba de comenzar. Ella te detesta, tal vez te odie, porque ha estado esperándote durante un año. Largo tiempo que su castillo ha estado desatendido. No me negaré a que trates de conseguirla, pero te aseguro que no disimularé mi alegría si fallas, laird Mackenzie.

El escocés se encogió de hombros. Un gesto de absoluta indiferencia.

—¿Desde cuándo importa que una mujer no desee casarse? Sé bien cómo manejar a una escocesa terca. No olvide, Su majestad, que Kenna ha estado a mi cargo hasta hace muy poco. Además, sé algunos trucos que la convencerán de inmediato. —La seduciría.

El rey soltó una gran carcajada porque se dio cuenta del plan que iba a emplear el laird.

—Si te hubieses tomado tiempo para conocer a tu novia, entenderías el error que estás a punto de cometer. La seducción solo funciona cuando la dama está mínimamente inclinada a aceptar al

caballero. ¿He dicho que te detesta? ¡No! Ella te odia y te lo hará pagar. Ha jurado que jamás se casará contigo antes de abandonar esta misma sala para marcharse.

—¿Su Majestad quiere apostar? —lo desafió.

El rey se puso serio de inmediato.

—¿En qué estás pensando?

—Misericordia para los clanes si yo…

—¡Alto! —lo frenó—. No estás en posición para hacer tal exigencia. No confundas mi paciencia con debilidad. Mi gratitud no es vana, Mackenzie. Tú me debes más de lo que dices en voz alta, y yo espero que me ayudes en todo cuanto necesite mientras mantengamos este entendimiento.

Niall no se movió.

—Su Majestad siempre ha contado con mi respeto.

—He dicho ayuda, no reverencias. Han llegado rumores. Susurros sobre hombres a los que no miras del todo mal cuando deberías hacerlo en mi nombre. Hablan sobre los auxilios que les prestas, sobre una mano tendida donde yo habría preferido encontrar las puertas bien cerradas. Me niego a prestar atención a dichas habladurías porque eso supondría poner en tela de juicio tu palabra de honor. Pero te lo advierto, laird Mackenzie: me disgustaría

enormemente tener que confiscar los bienes de aquellos a los que considero mis aliados. No hagas que me arrepienta de cada una de las concesiones que te he dado. La muchacha Grant será tuya si te acepta; un paso en falso que haga enfadar a tu rey y te la quitaré aunque lleve en su seno a tu hijo. ¿He sido claro?

Niall se enderezó. La Casa de Hannover o la de los Estuardo… ¿Qué le importaba a él el juego de reyes? Las tierras, la comida y el acero eran lo importante. Si por él fuese, pondría a ambos pretendientes al trono a medirse en una justa, y el que ganase que se quedase con todo. Declarar guerras cuando uno no tenía que lucharlas era fácil.

—Su Majestad sabe que mi palabra es la ley. Usted liberó a mi hermana y yo ocupé su lugar. Y antes que eso me concedió sobre el papel Eilean Donan. No hay más que discutir.

—Bien. Ponte en marcha, laird Mackenzie, y honra a tu rey por todo lo que te ha dado. Ella te lleva mucha ventaja y tal vez no llegues a tiempo.

Niall se dio la vuelta y buscó la salida mientras se centraba en el reto que Jorge le acababa de lanzar. Tenía las costillas tensas, el hombro ardiéndole bajo la camisa y una sensación extraña. Pues había llegado a Londres creyendo que iba a librarse de una inglesa molesta y estaba saliendo de allí para perseguir —sin descanso si hacía falta— a una escocesa que era el regalo perfecto para un hombre ambicioso y que, al parecer, había declarado que jamás se casaría con su prometido.

Y esa última idea hizo que el laird Escarcha comenzase a sonreír. ¿Qué había más emocionante que una lucha en la que nadie apostaba porque saliese vencedor?

No había tiempo que perder; sus hombres y él tendrían que salir a toda prisa en busca del Premio Grant. No obstante, sentía que Jorge no estaba jugando limpio con él. Le daba en la nariz que el rey le ocultaba algo trascendental, porque le había parecido demasiado benevolente, pero ¿el qué?

No importaba. Era crucial ponerse en marcha para atrapar a su audaz prometida antes de que cayese en malas manos.

El laird Mackenzie atravesó un corredor lateral y salió al patio posterior del palacio. El cielo seguía bajo y gris. La piedra rezumaba humedad. Más allá, en la zona de los establos, unos caballos golpeaban el suelo con impaciencia mientras mozos y soldados iban y venían con premura.

—Aunque es de agradecer el servicio que me presta, he dicho que no necesito que me levanten en brazos. Soy muy capaz de subir al carruaje por mi propia cuenta —se escuchó hablar a una mujer.

Y Niall habría seguido de largo si no hubiese oído esa voz tan fascinante. Hablaba en el idioma del rey, y aunque el escocés detestaba todo lo que no fuese del norte, el tono y una cierta melodía lo hicieron detenerse de inmediato.

El laird giró la cabeza y la vio junto a un caballo alazán, envuelta en una capa oscura que la protegía del frío y de las miradas. Llevaba la capucha echada hacia atrás. El cabello, castaño oscuro, estaba recogido con sencillez, aunque varios mechones se habían soltado junto a las sienes por culpa del viento y del trajín de la partida. No era una joven delicada, de esas que se quebrarían ante una mota de polvo y esperarían que medio mundo se inclinase para servirles de escalón. Había en ella una quietud distinta. Debía ser ese porte que él apostaba a que no le nacía de la obediencia, más bien de la costumbre de erguirse por sí misma.

Uno de los guardias del rey, un hombre ancho de hombros y cara de oveja vieja, la miraba con descaro.

—*Milady*, son órdenes de Su Majestad. Debemos velar por su seguridad. Sabe lo importante que es usted para el rey Jorge.

Aunque no la veía de frente, sabía que la mujer acababa de mirar al hombre con una frialdad tan limpia que Niall casi sintió lástima por él.

—Entonces vele por esa denominada seguridad sin tocarme. A mi rey no le agradaría que uno de sus hombres se tomase libertades con una dama a la que tanto aprecia.

El guardia se apartó de inmediato y se disculpó.

El poder que acababa de demostrar hizo que Niall se interesase más por ella.

Los soldados del rey no reculaban así por una cara bonita, solo lo harían ante alguien que poseyese en verdad el favor del monarca. ¿Sería una amante de Jorge?

La desconocida se volvió en ese instante para observarlo, quizá alertada por su silenciosa, pero obvia, presencia detrás.

El laird vio entonces los ojos femeninos. Grises. Claros, pero nada dulces. Había cansancio en ellos y también inteligencia, y detrás de ambas cosas intuyó que latiría una voluntad férrea que no se rendiría ante el primer obstáculo. El resto del rostro no ayudó a que Niall recobrase la sensatez. La desconocida tenía la piel pálida, la boca bien cerrada, y exhibía un mentón alzado más orgulloso que el de él mismo. Sabía que estaba siendo absolutamente descarado al observarla con tanta atención, pero no lograba apartar la mirada de ella.

Y tal y como se imaginó que sucedería, la dama procedió a examinarlo tan descaradamente como lo acababa de hacer él. La mirada de ella descendió un instante al *plaid* de Niall, para luego centrarse en sus anchos hombros, bajar hasta ver bien sus piernas desnudas y el barro de las botas, y regresar a su rostro. Él sabía bien lo que ella veía. A un *highlander* de treinta y dos años, alto y que bien podía parecer un muro debido a su solidez. No era apuesto. Él tenía el cabello oscuro, los ojos entre azul y gris —capaces de volverse tan fríos como una

mañana de hielo en las *Highlands*. Su rostro, de facciones duras y muy marcadas, poseía la severidad de un salvaje que llevaba días sin asearse debidamente. Y apostaría su castillo a que la barba descuidada que él lucía era lo que la estaba haciendo fruncir el ceño con desagrado. Todo ello sin olvidar algunas cicatrices que se le veían debido a las batallas.

No parecía intimidada por su aspecto. A Niall no le gustó demasiado que no lo estuviera. Le agradaba que lo mirasen con desaprobación y temor.

El escocés sintió deseos de ir a hablar con ella, así que caminó hasta quedarse a poca distancia, justo cuando uno de los mozos, apurado, salió con una silla de montar en brazos y casi lo arrolló. Niall apartó al muchacho con un gesto certero para evitar el choque, pero en ese movimiento dio un paso de más y rozó el costado de la dama.

No fue un golpe violento, más bien un encontronazo entre un hombre y una mujer. Aun así, ella perdió por un instante el equilibrio sobre la piedra resbaladiza y Niall la sujetó por la cintura antes de que llegara a caerse.

La mano masculina se cerró sobre el terciopelo oscuro del vestido y él sintió de inmediato el calor y su firmeza, pues ella no había temblado ante su toque. La ayudó a recobrar el aplomo.

—Perdóneme, *milady*.

La dama alzó el rostro hacia él. Había una chispa en sus ojos que nada tenía que ver con el miedo.

—No ha sido culpa suya.

Niall buscó de reojo al mozo, que ya había desaparecido dentro del establo. Luego volvió a centrarse en ella.

—Aun así, casi la he tirado al suelo.

—Y me ha evitado terminar en él. Supongo que estamos en paz. Ahora, le agradecería que me soltase. No me agrada que se tomen libertades conmigo.

La respuesta llegó con una clara ironía tan certera que le arrancó a Niall un breve gruñido. Le quitó la mano de encima a regañadientes, pero de inmediato.

—¿Acostumbra a ser tan descortés con quien ha tratado de evitarle que sus posaderas acabasen en el suelo? —dijo con irritación.

—¿Es usted un salvaje además de parecerlo? —contratacó ella.

—¿Teme que la muerda, *milady*?

—Lo que me preocupa es que tenga usted demasiada práctica tocando a mujeres que no conoce

—terminó ella, con un tono tan impecable que resultaba más insultante que un bofetón.

Niall entrecerró los ojos.

—Le aseguro que no acostumbro a recoger damas del suelo a cada paso.

—Qué alivio.

—Aunque debo hacerle saber que las damas a las que les pongo las manos encima se muestran muy agradecidas.

—Queda confirmado que es un salvaje —dijo ella escuetamente y con mucho desdén.

La desconocida se alisó la falda con un gesto breve y digno. No parecía en absoluto turbada por el tropiezo ni por haber acabado un instante pegada a él. Aquello llamó la atención de Niall tanto como el brillo acerado de aquellos ojos grises.

La mayoría de las mujeres de la Corte habrían aprovechado el incidente para suspirar, ruborizarse o fingir una fragilidad que las favoreciera. Ella no. Había salido de su agarre con la misma entereza con la que un guerrero enderezaba la espada tras detener un golpe fatal. Las mujeres solían encontrarlo admirable pese a que no era un hombre apuesto o fino. Era su aire peligroso lo que las cautivaba. ¿Habría perdido su toque? No, seguro que era debido a la mella que el viaje le había

causado a su aspecto por lo que ella no era consciente de lo que él valía.

—¿Es del tipo belicoso, *milady*? Sospecho que sí.

—¿Y me lo pregunta un salvaje? —siguió con su defensa.

—Es mi salvajismo lo que parece haberla embelesado.

La desconocida abrió los ojos por completo.

—¿Se ha vuelto loco?

—Deme las gracias por salvarla de una tonta caída y cada uno se marchará por su lado.

—Usted no parece un hombre que necesite gratitud para dormir bien por las noches.

Aquello le arrancó una sonrisa condescendiente.

—No. Lo que necesito es a una mujer bien dispuesta. Eso logra que cualquier hombre concilie bien el sueño.

Ella lo estudió con detenimiento, y Niall notó que ya no lo miraba únicamente como a un *highlander* con malos modales. Le estaba tomando la medida. Calculando su siguiente paso. Igual que él había hecho con ella desde el principio.

—Se propone escandalizarme con su falta de modales y una conversación indecorosa, así que le diré que no le servirá de nada.

Uno de los soldados carraspeó detrás.

—*Milady*, deberíamos partir.

Ella no se volvió hacia el militar, pero bastó una sola frase para reprenderlo por interrumpirla:

—Cuando yo lo considere, nos pondremos en marcha.

—Parece que los hombres la temen y eso le agrada —dijo Niall.

—No como a usted, que solo le causa gran placer escandalizar a las damas de buena cuna —se defendió.

Él inclinó un poco la cabeza para aceptar su ingenio.

—Si lo que le interesa es mi placer… —No terminó la frase porque no hacía falta.

—Si lo que desea es que lo mande apresar… —Usó ella su misma técnica.

Él cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Sabe cuántos hombres harían falta para llevar a cabo tal proeza?

—¿Quiere averiguarlo?

Niall volvió a darle otra mirada nada cortés. La examinó de arriba abajo.

—Debe de ser usted importante, *milady*.

—¿Y qué si lo fuera?

—Tiene sentido que la vigilen tanto.

Los ojos femeninos se endurecieron.

—¿Vigilarme?

—Protegerla, si prefiere una palabra amable. Jorge tiene buen gusto —dijo más para sí que para ella.

La dama le sostuvo la mirada durante un largo instante.

—Mi rey es bien conocido por ser cortés, valiente y todo un caballero. Siga haciéndome enfadar y no me interpondré cuando Su Majestad se lo haga pagar.

Ahí Niall tuvo la confirmación de que la dama era muy importante para Jorge. Sería su

amante. Ella era una arpía más intolerable que la propia Kenna, pero en la cama sería briosa.

—¿A dónde se dirige? —indagó.

—Mis asuntos no le incumben.

—Seguro que va a la vuelta de la esquina. Es por todos sabido que en Londres se usa el carruaje para…

—¿Por qué no sigue su camino de una buena vez?

—¿Y privarla de usar su lengua como un látigo? Le estoy haciendo un favor. Se divierte soltando veneno.

—¿Soy una serpiente además de belicosa?

—Si el guante le queda…

—¿Impresiona a muchas damas con su rudeza?

Niall se rascó la cabeza y frunció el ceño.

—No me lo había planteado hasta este momento. A usted parece que la tengo bastante encandilada.

—Por amor de Dios… Es un patán de los pies a la cabeza.

—Y sigo gustándole —se burló él.

—Tanto como una piedra bajo la suela de mi zapato.

Niall la miró un segundo y soltó una risa baja.

Durante ese momento, solo parecían existir ellos dos. El escocés la encontraba refrescante, pero sospechaba que sería un dolor de muelas. Suerte que el rey no le había buscado una dama como la que tenía enfrente. Esa mujer exigiría mucho esfuerzo para ser domesticada y seguro que no valía la pena el tiempo empleado.

—¿Domesticada? —preguntó llena de furia.

Niall gruñó.

—¿He hablado en alto? —preguntó tontamente, dado que sabía que así había sido porque ella parecía a punto de matarlo. Suerte que no necesitase su Claymore para defenderse de una arpía insufrible. ¡Dios! A partir de ese instante daría gracias al Creador por el carácter de Kenna. La mujer que tenía enfrente era muchísimo peor que su hermana.

—Loco y estúpido. ¡Es usted un dechado de virtudes! Antes de permitir que se acercase a mí de nuevo, me tiraría al Támesis. Dudo mucho que cualquier mujer se dejase *domesticar* por un bruto

escocés deslenguado, salvaje y apestoso. ¡Dese un baño! —le recomendó sin piedad.

Era cierto que su olor sería… ¡Había cabalgado como el diablo para llegar a Londres y salir libre de un maldito compromiso!

—Un poco de agua y jabón arreglará el mal del que me acusa. En cambio, usted no tiene solución. Cuando Jorge se canse de que caliente su cama, asegúrese de que le busque un esposo, porque de otro modo se quedará sola y se amargará más de lo que ya lo está, *milady*.

Y con eso, Niall Mackenzie le hizo una reverencia burlona y se dio media vuelta. Ya había perdido demasiado tiempo con tonterías. Era hora de ganar el Premio Grant.

La dama lo maldijo con una colorida maldición en francés, que incluso habría hecho que los guardias se pusieran colorados a pesar de que seguramente no la hubiesen entendido, y él volvió a soltar una nueva carcajada sin volverse para mirarla.

Sí. Las inglesas eran mujeres bonitas pero poco dulces.

¡Gracias a San Andrés que el rey le había elegido una escocesa!

Capítulo 1
Un auténtico *highlander*

Vado de Beauly, camino de las Tierras Altas, Escocia, semanas después.

Niall Mackenzie no había vuelto a Eilean Donan porque tenía una misión importante. Habría preferido galopar hasta su castillo, cruzar el puente de madera, ver el *loch* oscuro bajo las murallas y estar seguro de que allí iba todo bien antes de meterse en una nueva cacería, pero no se permitió ese gusto. Había dejado a Kincade al frente de sus asuntos, ocupándose de los hombres, las provisiones y de todo lo que pudiese torcerse en ausencia de su laird, que no era poco. Kincade servía mejor al clan allí que cabalgando tras él por media Escocia.

De los cuatro guerreros que lo habían acompañado a Londres, seguían a su lado: Torquil MacLeish, Murdo Cameron e Iver MacLeod. A Finlay Chisholm, el más veloz de todos, lo había despachado por delante nada más entrar en las *Highlands* para

que se dirigiese a la fortaleza de Fraser. Su orden había sido clara: encontrar a Seumas MacPherson y traerlo hasta él aunque tuviera que lograrlo a punta de espada.

Seumas MacPherson había sido el protector de Kenna desde bien pequeña y fue uno de los guerreros más temidos del norte cuando aún tenía edad para partir cráneos por placer y no solo por necesidad. Seguía siendo peligroso a pesar de que había visto ya muchos inviernos. Lo más irritante era que también continuaba siendo el mejor siguiendo un rastro. Si una rueda había dejado una marca en el barro o un caballo había pisado peor con una pata que con la otra, MacPherson lo veía al instante. Por lo tanto, si la comitiva de su díscola prometida había querido ocultarse, él sabría dónde mirar. Y Niall, que había aprendido de joven a observar el monte y la piedra bajo la vigilancia de aquel bruto viejo, conocía bien la humillación que suponía tener que necesitarlo de nuevo. Se la tragaría porque no lograba encontrar el rastro del Premio Grant.

El agua del vado bajaba fría y rápida, teñida por el cielo gris. A un lado del camino, unos abedules se agitaban bajo el viento. Niall esperaba junto a su caballo con la misma frialdad de siempre, pero más cansado que nunca. Sus hombres y él llevaban allí lo que parecía una jodida eternidad, vigilando una ruta que, en su cabeza, era la única razonable para que una dama con su séquito subiera desde el sur hacia las tierras de Ross.

Por eso, cuando vio acercarse a Seumas MacPherson entre la bruma de la mañana

acompañado por Finlay, se adelantó antes de que el viejo desmontara.

—¿Por qué demonios has tardado tanto? ¿La has encontrado? Dime que sabes dónde hay que buscarla.

Seumas frenó su fiero semental y lo miró de arriba abajo con una insolencia de lo más burlona.

—Te entrené mejor que eso, muchacho. ¿Quieres volver a ser un simple chico?

Niall apretó la mandíbula. La escala del viejo guerrero para determinar la valía de un hombre era sencilla. Por un lado, estaban los chicos y, por otro, los muchachos. Y después, en lo más alto de la cúspide, figuraba el propio Seumas que era el gran guerrero salido del culo de Dios como poco.

—No estoy de humor para escuchar tus burlas.

—Una gran pena, porque me has dado un motivo excelente. —Seumas dejó caer las riendas sobre el arzón y soltó un resoplido áspero—. Dejar que una dama te lleve de la nariz desde Londres y no encontrarla… Tu pobre madre te habría tirado al *loch* por avergonzarla y tu padre te hubiese repudiado sin pestañear. ¡Has perdido todo un año!

Torquil se volvió para ocultar una sonrisa. Murdo, que tenía más amor a la vida, ni pestañeó, mientras que Iver y Finlay se carcajearon sin piedad.

MacPherson era el único que tenía permitido bromear sobre el laird Mackenzie.

Niall dio un paso al frente.

—Ha sido un año porque al maldito rey le gusta jugar conmigo. Y no se me ha escapado ni se me escapará. Es mía y la tendré. Sencillamente no han pasado por aquí, este es el único camino por el que se puede llegar hasta…

Se interrumpió al ver cómo el viejo guerrero alzaba una ceja de lo más hiriente. Ese simple gesto dolía más que una herida producida por el acero.

—¡*Ouch*! —La comisura de la boca de Seumas se torció y luego continuó—: Así que al final era verdad lo que me ha dicho Finlay sobre quién es la mujer a la que buscas tan desesperadamente. —Niall apretó los labios con fuerza—. ¡Tu prometida! —prosiguió MacPherson, saboreando cada palabra—. La novia olvidada. La que dejaste pudriéndose en el sur mientras te enorgullecías de tu astuto plan para esquivar un matrimonio. ¿Es esa a la que buscas con tanta impaciencia, chico? —Mencionó su desesperación con toda la intención y lo llamó «chico» para avergonzarlo más. El silencio de Niall bastó para confirmarlo todo. Seumas soltó una carcajada ronca y finalizó su discurso diciendo—: ¡Por San Andrés que esto mejora por momentos!

El laird lo habría mandado al demonio de buena gana, pero necesitaba sus habilidades.

—La llaman el Premio Grant desde que murió su padre. Supongo que te harás una idea de quién es la mujer que Jorge me entregó.

Seumas abrió los ojos con verdadera sorpresa.

—Eso no me lo ha contado Finlay, pero en efecto que sé de quién se trata —repuso el viejo, aún divertido—. En las *Highlands* se sabe todo lo que merece la pena saber. El rey debe querer impresionarte mucho si te concedió tal prenda. Aunque, tal vez ella sea más fea que una bestia del Ness.

El laird lo fulminó con los ojos.

—Me importa muy poco su aspecto; como si tiene escamas en vez de piel. ¿Has podido localizar su rastro o no?

Seumas dejó de reírse, aunque no del todo; algo de aquella mofa seguía en su mirada.

—Sí. Y no la has encontrado porque, como bien has dicho, no ha pasado por aquí. Ella no iba delante de ti. Va por detrás, chico. —Volvió a ponerlo en evidencia al referirse a él de ese modo.

Niall se quedó inmóvil, no prestó atención a la nueva mofa.

—Eso es imposible.

Al viejo *highlander* se le borró el humor del rostro de un plumazo.

—¿Dudas de mis habilidades, laird Mackenzie? —le preguntó con rabia.

—Salió de Londres bastante antes que nosotros. —No confesaría que tuvo miedo de haber llegado demasiado tarde. Ni tampoco que el maldito rey había jugado con él al decirle que ella le llevaba más ventaja de la que en verdad le sacaba, pues si Seumas le acababa de decir que iba por detrás… ¡Jorge y sus trampas!

—Y aun así no ha pasado por Beauly todavía. —Seumas señaló el camino con el mentón—. Encontré señales más al sur. Una comitiva pequeña. Un carruaje ligero. Buenos caballos, aunque no tanto como para mantener un ritmo salvaje durante semanas. Hubo una parada más larga de la debida y luego retomaron la marcha. Tu dama no te llevaba ventaja, Niall. No la encontrabas porque mirabas demasiado lejos y hacia adelante. Y por eso he tardado tanto en presentarme ante ti. Cuando me enteré de que perseguías a una mujer, me imaginé, antes de que Finlay me explicase la situación, que sería tu novia, pero jamás hubiese sospechado que pudiese ser el Premio Grant. Me habría gustado verte la cara cuando lo descubriste.

La mirada de Niall pasó a Finlay.

—Así es, mi laird. Nos retrasamos porque MacPherson tuvo la impresión de que si tú no habías

dado con ella solo podía ser porque no debía estar cerca de ti —dijo el otro guerrero de inmediato.

Niall se sintió orgulloso porque en realidad MacPherson no había dudado de sus habilidades, lo que había ocurrido era que el maldito Jorge casi había hecho que sus monturas se muriesen de agotamiento porque le contó una soberana mentira. ¡Los reyes y sus tonterías!

Seumas lo observaba con demasiada atención. Niall era consciente y se sentía inquieto por ello.

—Dime una cosa —habló el viejo escocés.

—Si vas a burlarte de mí otra vez, te juro que…

—No es eso —lo tranquilizó.

—¿Qué ocurre, pues?

—¿Sabes el nombre de tu prometida ya?

—Es el Premio Grant —alegó mientras trataba de buscar en su memoria el nombre que había pronunciado el rey durante su entrevista.

—No te he preguntado lo que significa ella, sino cómo se llama.

—Grant. —No había forma de poder recordarlo.

—Su nombre, Niall. Dime su nombre.

Fue una suerte que el frío fuese implacable, porque de otro modo se hubiese ruborizado.

—Importa poco su nombre. Es mía. Ya te lo he dicho.

—*Ouch*, me divertí bastante viendo a Fraser convertido en un patán, pero creo que disfrutaré más contigo, laird Mackenzie.

—Yo no…

—Ahórrate las explicaciones. Averigua el nombre de la mujer. Hazlo pronto y como sea. No creo que llamarla Grant o Premio Grant, después de haberla dejado de lado durante tanto tiempo, te haga ganarte su favor.

—¿Y qué me importará a mí su simpatía? Tiene que casarse conmigo y lo hará de un modo u otro.

—Ni el padre Murdock consentirá en que la desposes si ella se niega cuando esté frente a él y contigo a su lado. —MacPherson alzó una mano para mandarlo callar en cuanto Niall dio indicios de abrir la boca—. No hay tiempo que perder. —La voz del viejo cambió de tono y el tono fue más severo y preocupante—: Hay escoceses tras sus pasos.

Eso sí hizo que todo su cuerpo se tensara.

—¿Quiénes?

—No lo sé con certeza, pero he visto bastante en el barro. Son varios, montan bien y no siguen un viaje tranquilo. Salteadores seguramente. No tardarán en dar con la comitiva de tu muchacha con escamas.

Niall se tragó una maldición y no dejó que otra mofa más le afectase.

Torquil masculló una blasfemia. Iver se volvió hacia el camino por el que habían llegado, ya con la mano cerca de su Claymore, y los otros dos guerreros estaban igualmente listos para la lucha.

Niall agarró las riendas de su caballo con un tirón.

—Montad. MacPherson guiará el paso —ordenó.

Seumas sonrió de lado al verlo.

—Así me gusta. Ya empezaba a pensar que tu breve estancia en Londres te había ablandado y no tendrías ganas de ganar.

Niall puso el pie en el estribo y le lanzó una mirada helada.

—Di una sola estupidez más y te mandaré al infierno de un solo puñetazo, viejo.

MacPherson soltó una risa breve mientras montaba.

—Inténtalo, chico —lo retó.

Así que comenzaron a cabalgar como si la vida les fuese en ello y cuando llegaron y vieron la escena…

***

El laird Mackenzie y sus hombres no habían oído el combate hasta estar casi encima de él.

El bosque devolvía el estrépito de los golpes. Hierro contra hierro, un relincho quebrado, un alarido que no pertenecía a ningún hombre que esperase salir con vida de allí… Niall espoleó a su caballo y salió del abrigo de los pinos a una lengua de camino destrozado, con barro revuelto y muchas ramas partidas. El carruaje, volcado de costado, mostraba una rueda rota y la portezuela abierta de par en par. Dos guardias del rey aún resistían junto a los restos del tiro. A uno le sangraba la cara; el otro apenas se mantenía en pie y frente a ellos, varios escoceses descargaban su acero con ansia por hacerse con la fortuna de los baúles que había en el pescante.

Los hombres de Niall no esperaron ninguna orden.

Torquil lanzó el primer grito de guerra y se echó encima de un atacante con la espada desenvainada. Murdo embistió por la derecha. Iver y Finlay bajaron del caballo antes de que los animales se hubiesen detenido del todo. Seumas MacPherson, que había nacido para meterse en una pelea con la misma serenidad con la que otros entraban en la iglesia, miró bien la escena que se presentaba ante sus ojos y buscó a Mackenzie para decirle:

—El carruaje está vacío. Ve al oeste. ¡Búscala! Nosotros los contendremos aquí.

Seumas le señaló el suelo, más allá de la rueda hundida. Entre las huellas de las botas, cascos y lucha, había marcas más pequeñas. Unas pisadas ligeras, torcidas debido a la urgencia, que se internaban entre los brezos hacia la dirección que había dicho el viejo guerrero.

Niall no perdió tiempo discutiendo. Ya había visto bastante. Los guardias del rey no habrían abandonado un carruaje vacío si la dama siguiera dentro. Se lanzó colina abajo, apartando ramas con el hombro derecho y maldiciendo en voz baja.

—Por Cristo en la Cruz que no escaparás de mí, muchacha —juraba el laird.

El terreno descendía hacia una hondonada cubierta de abedules y pinos viejos. Había musgo

negro entre las piedras, helechos aplastados y un reguero de señales demasiado claras para un ojo acostumbrado a observar bien el monte, como el pedazo de un dobladillo rasgado enganchado a una zarza o el surco de un tacón que había resbalado junto a una raíz. Niall se apresuró y entonces la oyó.

No fue un grito largo. Resultó algo más espeluznante. Salió cortado, feroz y con la rabia de una prisionera que no estaba dispuesta a rendirse ante su captor.

Niall atravesó el último grupo de árboles y por fin la pudo ver.

Un bruto la tenía arrinconada junto a una roca cubierta de líquenes, acostada en el barro. Era un animal de hombros monstruosos, barba rojiza y con manos bastas y bastante largas. Le había rasgado la capa y partes del vestido. Su prometida luchaba contra él porque estaba muy claro lo que el hombre deseaba hacerle sin su cooperación. Una rabia asesina se instauró en su pecho, tan solo superada por el orgullo, pues Niall se enorgulleció cuando observó que la pequeña fiera alzaba un puñal corto mientras el desgraciado seguía manoseándola. La muchacha estaba aterrada, sí, pero no había señal alguna de rendición. Había algo más oscuro en sus movimientos, como la decisión de matarlo si había de hacerlo. Si aquel hombre la forzaba un palmo más, ella iba a clavarle el metal en la yugular, y Niall no pensaba permitir que su inminente esposa cargase con la culpa por haber arrebatado una vida, aunque el maldito mereciese morir por una mano femenina.

—*Leig dhith, a bheist*! —rugió en gaélico lo que venía a ordenar: «Suéltala, bestia».

El asaltante giró la cabeza. Ella también.

Niall reconoció esos preciosos ojos grises al instante y se dio cuenta de quién era en realidad su prometida. Llegó a su mente el recuerdo del patio del palacio, aquella lengua afilada y la insolencia orgullosa de una arpía bien entrenada. Todo regresó a su memoria con una claridad vergonzosa. Había cruzado media Escocia para encontrar a la mujer que ya había tenido delante.

El otro soltó una carcajada ronca al verlo llegar.

—¿Y tú quién demonios eres? No importa. Te arrepentirás de habernos interrumpido —terció, sin dejar libre a la mujer que pretendía poseer por la fuerza.

Niall saltó de su montura, desenvainó la Claymore con un tirón limpio y el acero salió listo para impartir justicia.

—Soy el hombre que va a cortarte las manos solo por haberte atrevido a rozarla y luego te matará. ¡Ven a mí, saco de estiércol!

El bruto dejó a su prometida de inmediato y avanzó hacia Mackenzie sin dudarlo. El labio superior derecho del laird se alzó. Por fin un combate interesante, pensó lleno de anticipación.

El bárbaro era más alto que él por un palmo —y eso que Niall no era bajo— también más ancho de pecho y cuello. Estaba frente a uno de esos montañeses que confiaban tanto en su tamaño que apenas necesitaban seso. El desgraciado se había agachado para recoger su espada y no se le veía impresionado por la templanza y confianza que destilaba Niall Mackenzie.

Ese fue su primer error.

El laird avanzaba hacia él sin apresurarse. Notaba el barro bajo las botas, la humedad del aire y el pulso latiéndole firme en todo su cuerpo. Nunca se había sentido tan invencible como en ese momento, mientras estaba rescatando a la dama con la que pronto se desposaría. En cuanto ella lo observase luchar, ya la tendría comiendo de su mano. ¿Qué mujer iba a resistirse a ofrecerle todo cuanto tuviese al hombre que la había salvado de ser violentada por un bruto?

El desgraciado atacó primero, de arriba abajo, con la brutalidad de un leñador indisciplinado que solo buscaba partir a su rival en dos. Sin técnica alguna. Niall detuvo el golpe con su Claymore y el cruel choque le recorrió los brazos para recordarle que no era inmortal. El impacto habría hecho retroceder a otro; a él le hizo aflorar un brillo salvaje en los ojos.

El segundo envite fue peor. El tercero, mejor. El laird ya había tomado buena nota de cómo luchaba el villano y, por puro orgullo y la necesidad de demostrar todo lo que podía soportar en una

justa, le concedió un instante de gloria, media abertura que le infundiría una falsa confianza a su rival.

Quería disfrutar del combate. No todos los días un *highlander* tenía la oportunidad de deslumbrar a una dama que, según Jorge, lo odiaba con todas sus fuerzas. ¿Habría sido eso también una flagrante mentira?

Niall retrocedió un paso, luego otro, tanteando el terreno, sintiendo la violencia del rival crecer con cada estocada fallida. El bruto descargaba los golpes con fuerza. Niall esquivó una finta alta, dejó pasar el borde de la hoja junto a su costado y sonrió.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer?

La burla encendió al otro. Arremetió con una velocidad sorprendente para un cuerpo tan pesado. Niall levantó la Claymore, giró la muñeca… y llegó un latigazo ardiente. La espada del asaltante le abrió el brazo derecho por encima del antebrazo. La manga de la camisa se rasgó y la sangre le corrió caliente hasta la mano.

Niall miró la herida, vio el rojo empapándole la piel y levantó despacio la cabeza para ver a su rival sonriéndole. Aquello había dejado de divertirlo; era hora de ponerle fin al combate.

—Hasta aquí ha llegado tu suerte —murmuró Niall.

El cambio en el laird Mackenzie fue inmediato.

Se acabó la ventaja. El juego debía terminar.

Se cernió sobre el rival con la rapidez de un lobo que cerraba la mandíbula, desvió la espada enemiga con un golpe seco, giró el cuerpo, hizo crujir la hoja al trabarse apenas un instante y le estampó la guarda en la cara. El bruto reculó, aturdido. Niall no le dio respiro. Bajó el hombro, lo obligó a perder el pie en el musgo, le tiró la segunda acometida con una violencia certera y le abrió la defensa y el pecho en el mismo movimiento. Acto seguido, bajó el filo de la espada para cortarle la mano con la que sujetaba la espada.

El hombre aún tuvo aliento para gritar su dolor. Entonces la Claymore de Niall lo alcanzó de nuevo y lo abatió hundiendo el metal en su corazón. El desgraciado cayó pesado y torpe al suelo para no poder volver a alzarse. Era el fin. Había ganado.

El silencio posterior a la pelea resultaba brutal, aunque solo duró un breve latido, pues Niall se volvió hacia la dama, dispuesto a decirle que había terminado, que podía soltar el puñal, pero ella ya no estaba donde esperaba.

La mujer corría. Iba sin una dirección clara, ladera abajo, con la falda levantada lo justo para no enredarse y el cuchillo todavía en la mano. Le temblaban las piernas, pero no parecía dispuesta a detenerse.

—¡Maldición! —gruñó Mackenzie, para luego seguir sus pasos a toda prisa.

No tardó en darle alcance. La herida del brazo le ardía, la sangre le resbalaba hasta los dedos y aun así la alcanzó antes de que llegara al arroyo que rompía el bosque doscientos pasos más abajo. La dama oyó sus botas entre las hojas, giró en redondo y atacó con todo lo que le quedaba.

Él no lo entendía. ¿No lo reconocía? ¿Ella no era capaz de comprender que la acababa de salvar y que no pretendía hacerle daño?

Lo único que la dama veía era a un hombre enorme, cubierto de barro y sangre, lanzándose sobre ella en mitad de la nada, y respondió con la desesperación de una fiera acorralada. El puñal silbó junto al cuello de Niall. Él se echó atrás. El segundo intento buscó el vientre masculino, mientras que el tercero fue más torpe, menos limpio a causa del terror que empezaba a quebrarle su fortaleza.

—¡Quieta! —le ordenó.

Ella no lo obedeció. Volvió a arremeter, con una furia tan ciega que le dolió verla en semejante estado. Niall le atrapó la muñeca en el momento justo, se la torció apenas lo necesario y el puñal cayó entre los helechos. Ella forcejeó al instante. Le golpeó el pecho, quiso zafarse, intentó arañarlo, escapar, volver a por el arma o quizá echar a correr hasta reventarse los pulmones. Se lo impidió sujetándola por la cintura y pegándola sobre su torso. La abrazó

ejerciendo toda la firmeza necesaria hasta lograr que dejase de luchar.

—Ya está, ya está… —le susurró muy bajo —. No temas. Ya está.

—Suéltame… suéltame… —le dijo ella, pero la dama ya estaba devolviéndole el abrazo.

No lloraba, solo se la escuchaba respirar con cierta debilidad. Sabía que trataba de controlarse. Niall sintió un tirón extraño en el pecho. Aquella mujer no se había rendido ni cuando lo peor estaba a punto de suceder, ni tampoco cuando él mismo la había perseguido hasta alcanzarla.

Comenzó a acariciarle la espalda para reconfortarla y hacer que se tranquilizase al tiempo que seguía infundiéndole ánimos.

—Escúchame, mientras yo viva nadie va a ponerte jamás una mano encima de nuevo —murmuró junto a su sien para luego besarle el pelo—. Tampoco voy a hacerte daño. ¿Me oyes? Se acabó. Estás a salvo conmigo. Nunca volverás a temer por tu seguridad. Esa es la promesa que te hago.

Ella seguía abrazada a él.

Niall la sostenía sin apretarla más, dejando que sintiera el peso de un cuerpo que no avanzaba contra el suyo, y que tampoco le exigiría nada, pues solo buscaba resguardarla del frío y hacer que se

olvidase del espanto vivido. Bajó la barbilla hacia su cabello despeinado y cerró los ojos un instante.

Jamás había tenido que consolar a ninguna dama de ese modo. Ni tan siquiera a Kenna. Menos a una que lloraba. Sí. Ella había comenzado a sollozar al fin y, aunque él detestaba las lágrimas, era incapaz de apartarse, deseaba borrar todo el horror que había sufrido esa mañana.

Niall no supo cuánto tiempo se quedaron así; atrapados en el tiempo, el uno en brazos del otro, solo era consciente de que esa intimidad que estaba compartiendo con una mujer era nueva y extraña. ¿Se mostraba así de protector y posesivo porque sentía que ella era suya, o podía haber algo más?

En otros tiempos, después de salvarla, se habría retirado para dejar que otro se ocupase del llanto y del consuelo. En esos instantes, en cambio, se daba cuenta de que si otro hombre tuviese las agallas de ponerle una sola mano encima la perdería como el vil desgraciado que había tratado de reclamarla por la fuerza.

Y tan pendiente estaba de todas y cada una de sus reacciones, que el laird Mackenzie fue consciente de un cambio en ella. Escuchó cómo la dama soltaba todo el aire de golpe y, sin dejar de abrazarlo, levantó el rostro para buscar su mirada. No hubo sorpresa en sus ojos cuando lo vio.

—Todavía apestas, *highlander* —le dijo con una tímida sonrisa y los ojos enrojecidos. Ahí Niall

Mackenzie supo que ella lo había reconocido como el desconocido que la había importunado en Londres.

Él le devolvió la sonrisa y no pudo evitarlo: bajó la cabeza y la besó.

***

Lady Sorcha Grant no era una joven a la que la vida hubiese tratado con delicadeza. Acababa de cumplir veinticuatro años y era la hija del señor del castillo de Strath Fuar, el difunto laird Ruaridh Grant —a quien le habían concedido el título de conde de Glenfuar, a pesar de que no lo había usado nunca en Escocia—, y de una dama inglesa llamada *lady* Ophelia Hartmut, quien murió cuando ella cumplió los dieciséis años.

Sorcha había crecido entre la severidad del norte y la refinada disciplina de una madre que no consintió jamás una palabra mal dicha, una espalda vencida ni una lágrima exhibida ante cualquiera. De Ophelia había heredado el porte y la precisión; de su padre, la terquedad. Hablaba el inglés con una corrección impecable, el escocés con la naturalidad de su sangre, el francés con soltura suficiente para dejar en evidencia a media Corte si se lo proponía y, aunque no lo hablase con tanta fluidez, entendía el

gaélico bastante bien para captar una amenaza, una blasfemia o el peso de ciertas promesas.

Los últimos cinco años los había pasado en Londres, donde aprendió pronto que una dama podía vestirse de seda y seguir sintiéndose fuera de lugar. Dos inviernos atrás había muerto su padre, y desde entonces el deseo de regresar a Strath Fuar no había hecho más que crecer dentro de ella hasta volverse una punzada constante. Anhelaba el castillo, el aire impío del norte, la piedra húmeda, el rumor del agua y el silencio de unas montañas que jamás le exigieron fingir ser otra mujer distinta de la que era. Londres, en cambio, le había pedido paciencia, muchas sonrisas, obediencia y, a punto, había estado de quebrar su orgullo.

Cuando el rey decidió prometerla al laird Mackenzie, Sorcha no recibió la noticia con horror como hubiese hecho cualquier otra dama más sensata. Aquel hombre estaba envuelto en historias sobre sus proezas y era conocido por su mal genio. Todo sin olvidar su fama de ser un auténtico salvaje. Todas esas habladurías despertaron en ella esperanza. Si Niall Mackenzie era de veras el hombre que decían, Strath Fuar tendría por fin a alguien capaz de plantar cara a cualquiera que se creyese con derecho a apropiarse de su legado. Aunque no era un varón, el rey le había prometido que tendría derecho a Strath Fuar si aceptaba el matrimonio que le propuso. Ella aceptó de inmediato. Quería proteger a su clan, así que no le pediría a un laird del norte ni dulzura ni galanterías. Tampoco soñaba con que él fuese un esposo de palabras bonitas. Lo que necesitaba era a un hombre al que no doblegasen

con facilidad, un *highlander* duro, uno como lo fue su padre, alguien que entendiese lo que significaba defender un castillo al que otros siempre mirarían con codicia.

Luego él la despreció sin molestarse siquiera en conocerla.

Ni una visita, nada de conversación, sin interés por conocerla antes de marcharse de Londres y dejar tras de sí un compromiso tan humillante como un portazo dado en las mismísimas narices. Lo que vino después de que Niall Mackenzie se esfumase sin remordimientos fue todavía peor. Las sonrisas corteses en la Corte del rey se afilaron y pinchaban más de lo que ella estaba dispuesta a admitir. Los corrillos comenzaron a bajar la voz al verla pasar. Todos empezaron a murmurar que ni un salvaje la quería y que solo otra salvaje habría sido rechazada de ese modo. Aquella crueldad, repetida a sus espaldas, pero poco disimulada, la fue aislando día tras día hasta convertirla casi en una paria social. No había encajado del todo en Escocia, donde su educación exquisita y los modales heredados de *lady* Ophelia la volvían demasiado refinada para algunos. En Londres tampoco encontró su sitio. Allí siempre fue la escocesa. Y en el norte, a veces, parecía demasiado inglesa. Sorcha llevaba años buscando un lugar propio, y el mundo insistía en negarle esa paz.

Por eso acabó pidiéndole clemencia al rey y llegó a un acuerdo con él. Y no se trató de una súplica nacida de la debilidad, más bien del cansancio. Estaba harta de esperar a un hombre que había dejado claro que no movería un dedo por ella y

de sostener la cabeza alta ante una Corte empeñada en burlarse de su suerte. Quería volver a casa. Necesitaba volver a su hogar. Sin embargo, ni siquiera el regreso le prometía consuelo, porque las noticias que le llegaban desde Strath Fuar hablaban menos de su fortaleza y mucho más del oficial inglés asentado en ella que se creía su dueño y señor. El capitán Rupert Henshaw había llegado cuando la enfermedad de su padre empezó a volverse seria; el rey lo envió con el pretexto de asegurar la defensa del castillo, y aquel hombre se quedó allí para dirigirlos. Sorcha lo conocía demasiado bien porque había tenido que tratar con él en Londres. En la ciudad tuvo que soportar su conversación y unas miradas que no ocultaban ni su ambición ni el apetito con el que contemplaba todo cuanto pertenecía a los Grant. A ella también. No deseaba su mano porque fuese bonita o por afecto. En realidad ella no era ninguna belleza ni tampoco demasiado agradable. Ese inglés deseaba Strath Fuar. La piedra, las llaves, las tierras y todo lo que podría obtener si la obligaba a no tener otro remedio. Aún recordaba el modo en que, antes de partir a un castillo al que a ella se le negaba regresar, él inclinó la cabeza y le prometió que volverían a verse pronto. Aquellas palabras le dejaron entonces un regusto amargo; después de la muerte de su padre, adquirieron un tinte casi amenazador. Pero la esperanza le llegó a Sorcha con Niall Mackenzie, aunque se esfumó tan pronto que no le dio tiempo a saborearla.

Tras un año lleno de una oscuridad abismal, fue cuando pensó en una posible solución a su problema. Ese era Brodick Ross, hijo de un importante laird que fue un gran amigo de su padre.

Además, él y ella habían sido cercanos cuando eran más jóvenes. Una vez, incluso dijeron que se casarían. Tonterías de chiquillos, pero… ¿y si no fuese ninguna estupidez si no había más remedio? El rey mismo lo había sugerido si todo al final se torcía.

Ross siempre había sido sensato. Bueno, confiaba en que él no hubiese cambiado demasiado en estos largos años en los que no se habían visto. Seguro que seguiría siendo tal y como lo recordaba. Tal vez por eso, durante el viaje de regreso a casa, cuando la distancia se reducía para acercarla a las Tierras Altas y la alejaba de la humillación de Londres, se permitió creer que aún no estaba del todo perdida. Le bastaría llegar hasta su viejo amigo y pedirle que la ayudase. No se le había ocurrido otra solución posible. Gracias a Dios que el rey estuvo de acuerdo con su propuesta.

Y desde luego que no había entrado en sus planes ser abordada por un grupo de malhechores que habían matado a buena parte de los soldados de Jorge, para luego ser rescatada por el bruto *highlander* que la había importunado en el patio de St. James's. No. Tampoco había esperado que él la consolase de ese modo tan tierno para luego besarla hasta hacer que perdiese la razón.

¡Maldito fuese él por besarla tan condenadamente bien! Porque ese desconocido impertinente estaba haciendo que Sorcha se olvidase de las manos brutales de aquel desgraciado hombre que la había arrojado al barro con un único propósito.

No estaba bien permitirle tales libertades a un hombre del que no sabía nada, salvo que la había salvado de un destino cruel. Debería haber girado el rostro cuando él trató de besarla o haber empujado ese pecho duro que seguía oliendo a caballo, a cuero y a hombre. Por algún motivo no lo había hecho. La boca de él no la buscó con la codicia del otro, sino con una dulzura que la dejó sin aliento y, al mismo tiempo la hizo sentirse a salvo de todo mal. Había fuerza en aquel beso, una intensidad rotunda, masculina e indiscutible, pero también un cuidado que la hacía confiar en él. La sostenía sin apretarla, la reclamaba sin herirla y, por imposible que le hubiese parecido hacía un instante, estaba consiguiendo apartar de su mente la memoria del asalto.

Aquello la conmovía más de lo que convenía.

Aquel hombre —el mismo patán insolente con el que había discutido en Londres sin saber siquiera su nombre— no besaba como un cortesano que buscase lucirse, ni como un necio ansioso por cobrarse su gratitud. La besaba con una mezcla impresionante de ardor y ternura, y ese contraste la estremecía de arriba abajo. Sorcha había pasado demasiados años sin sentirse valorada y, seguramente, a eso se debía su inclinación por dejarse llevar, porque bajo la dureza del hombre, bajo su olor a intemperie y a cuero mojado, estaba descubriendo una calidez inesperada que la reconfortaba.

Sus dedos de la mano derecha, que debían haberlo rechazado, acariciaban los mechones

húmedos de su enredado cabello, mientras la mano izquierda lo mantenía sujeto por la camisa.

El corazón le golpeaba con tanta fuerza que por un momento creyó que iba a deshacerse ahí mismo, entre el barro, el frío y los brazos de un desconocido que la estaba haciendo arder sin remedio. Lo peor de todo era que deseaba seguir besándolo. Era crucial que lo retuviese y no entendía el motivo de ese tonto pensamiento.

Ella tenía un plan. Así que se obligó a despegar su boca de la de él porque era lo correcto.

—No significa nada, solo ha sido gratitud — murmuró, más para sí que para él. El sentido de la culpa, en esos instantes en los que el placer comenzaba a menguar, resultaba abrumador.

Lo sintió tensarse de inmediato.

—¿Por su parte o por la mía, *milady*? — preguntó toscamente, recuperando ya el decoro con un trato formal.

Lo había ofendido. Iba a explicarle el motivo por el que no debería haber respondido a su beso cuando un par de carraspeos, deliberados y nada discretos, interrumpieron la conversación.

Sorcha quiso de apartarse de él, pero Niall la sujetó por la cintura y le impidió la huida. Ella se sonrojó de inmediato, pero no trató de huir porque,

además de que no quería irritarlo, se sentía completamente segura junto a él.

Frente a la pareja, los hombres que habían acudido en ayuda de la comitiva permanecían de espaldas con una corrección tan ruda que casi resultaba enternecedora. Ninguno fingía no haber visto nada; se limitaban a concederle al que debía ser su jefe y a ella el último resto de pudor que aquel bosque les permitía. MacPherson estaba plantado como un roble seco, con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza vuelta hacia los árboles, mientras los otros cuatro contemplaban con exagerado interés una ladera en la que no había nada digno de estudio.

El *highlander* se aclaró la garganta.

—Podéis volveros. Nadie va a morirse de vergüenza esta mañana. Lo que ha sucedido no es nada, solo ha sido una dama agradeciendo mi valentía con un beso —dijo con frialdad.

—Yo creo que… —comenzó a decir ella.

—Silencio —le ordenó. Y Sorcha fue lo suficientemente juiciosa para obedecer. Estaba claro que bajo su frialdad latía un tremendo enfado.

Torquil MacLeish fue el primero en girarse, mostrando una sonrisa torcida que ocultó mal. Murdo Cameron lo hizo después, más serio. Iver MacLeod y Finlay Chisholm intercambiaron una mirada cargada de malicia antes de encararse por fin con ellos, y el viejo Seumas MacPherson los siguió sin ocultar en

sus ojos una burla que Niall pudo ver con suma facilidad.

Sorcha se llevó una mano al cabello; intentaba poner cierto orden en su aspecto. Tenía el vestido rasgado, la capa inútil y el corazón aún trastornado, pero, de igual modo, alzó la barbilla. Si aquellos hombres esperaban encontrar en ella a una joven deshecha, tendrían que conformarse con otra cosa.

El salvaje de Londres —el mismo que acababa de besarla hasta dejarla más hambrienta— dio un paso al frente.

—Estos son mis hombres: Torquil MacLeish, Murdo Cameron, Iver MacLeod y Finlay Chisholm —dijo, señalándolos con una inclinación breve de la cabeza—. Y ese viejo cuervo que no se molesta en ocultar una sonrisa que me gustaría borrarle de un puñetazo es Seumas MacPherson.

El guerrero temible al que muchos conocían como El Cuervo de Rannoch no se molestó por las palabras del laird. Avanzó en dos zancadas, le hizo una reverencia a la dama, le sujetó la mano y le dio un beso gentil en el dorso de la palma.

—Es un verdadero placer, *milady*.

—El placer es todo mío, buen caballero —respondió ella con una brillante sonrisa.

Niall gruñó al tiempo que le daba un empujón a Seumas para apartarlo de su dama.

—Y yo soy el laird Escarcha. O simplemente Escarcha. Puede llamarme de cualquiera de los dos modos, *milady* —le aconsejó Niall.

Seumas se tragó una carcajada al escuchar lo que había dicho Mackenzie, y sus hombres sonrieron también al comprender lo que él acababa de señalar. No era complicado saber el juego al que su laird iba a jugar. No desvelaría su identidad, pues se imaginaban que él no quería arriesgarse a enfadar más de lo necesario a una mujer con la que había aceptado un compromiso, pero a la que ni tuvo la decencia de conocer.

Sorcha frunció el ceño con verdadera sorpresa. Lo apuntado por él le sonaba más a un apelativo ganado a fuerza de inviernos y mal genio que a un nombre cristiano.

—¿Disculpe?

Él pareció advertirlo, porque prosiguió con una soltura que habría resultado más convincente de no haberle brillado aquella diversión peligrosa en los ojos.

—Mis hombres se dirigen a mí de esa forma desde hace años. Escarcha. Soy un bastardo y no sé ni cuál es mi apellido. —Eso no era mentira del todo —. Ni mi padre ni mi madre se tomaron la molestia de dejarme un nombre o un apellido decente, así que

acabé quedándome con lo que el mundo tuvo a bien echarme encima.

Lo dijo con una indiferencia casi burlona, como si hablase del tiempo y no de una vergüenza. Sorcha no supo qué responder de inmediato. Aquella clase de sentencia, dicha en mitad del monte y con el brazo ensangrentado, habría causado estragos en otros hombres o los habría vuelto feroces. En él parecía haberse transformado en una armadura.

Seumas MacPherson, que no tenía cara de perder detalle de nada, carraspeó una vez más y acudió al rescate de su jefe con una habilidad que denotaba costumbre. Porque, además de que Niall no sabía el nombre de la mujer, en ningún caso podría haberlo usado en ese instante sin delatarse.

—Y ahora que el muchacho ya ha presumido bastante delante de una dama tan bella y valiente, tal vez usted tenga la bondad de decirnos quién es —preguntó, inclinando la cabeza para resultar absolutamente cortés.

Sorcha desvió la vista un instante hacia el hombre que se hacía llamar Escarcha. Su respiración seguía un poco alterada, aunque ya no por el miedo. Era por el recuerdo de su boca sobre sus labios, el sabor caliente de su lengua…

—Soy *lady* Sorcha Grant —respondió al fin —, hija del laird Ruaridh Grant, señor de Strath Fuar, y de *lady* Ophelia Hartmut.

Torquil inclinó la cabeza. Murdo murmuró un «*milady*» respetuoso. Finlay e Iver se pusieron un poco más derechos. El laird Escarcha, en cambio, siguió mirándola con una intensidad que empezaba a serle insoportable. Lo que ella no sabía era que Niall estaba repitiendo el nombre una y otra vez en su cabeza. No lo olvidaría ya.

—¿Debemos conjeturar que usted se dirige a su hogar, *milady*? —siguió MacPherson con las preguntas.

—No. Yo pretendía ir a…

—¿A dónde? —ladró Niall.

Sorcha iba a añadir algo más cuando bajó la mirada al brazo que la seguía sosteniendo y vio la sangre. La manga de la camisa estaba empapada hasta el codo, y el rojo seguía corriéndole por la mano derecha sin descanso.

—Está herido —soltó la obviedad.

Él bajó la vista al brazo, como si casi se hubiese olvidado del asunto.

—Eso sí que no es nada, muchacha. No como lo que hemos compartido antes —A Sorcha no le pasó desapercibida la puntualización que acababa de hacer. Él seguía enfadado porque ella había menospreciado su beso.

No le importó. La mujer alzó los ojos hacia él con una severidad que su madre habría aprobado.

—No me tome por tonta. Le han abierto el brazo de parte a parte.

—He tenido días peores.

—Pues hoy no va a empeorarlo por cabezonería.

Iver soltó por lo bajo una risa que sofocó al instante cuando el denominado Escarcha le lanzó una mirada furiosa.

—Uhm… Interesante… Una mujer que no le teme a Escarcha —apuntó MacPherson.

Sorcha ignoró la escaramuza entre todos ellos y volvió a hablar, esta vez con ese tono firme que había tenido que aprender para que la escucharan hombres empeñados en tratarla como un simple adorno caro:

—En mis baúles hay aguja e hilo. También paños limpios, aguardiente y un pequeño frasco de ungüento. Si alguno de esos salteadores no ha decidido llevárselo por su cuenta, convendría recuperarlo cuanto antes.

—Los asaltantes están todos muertos, al igual que los hombres del rey —les informó Finlay.

—*Milady* —intervino Murdo—, el carruaje ha quedado maltrecho, pero los baúles siguen allí. Los apartamos antes de que esos perros prendieran fuego a nada.

—Bien. Tráiganlos.

El *highlander* arqueó una ceja.

—Le da órdenes a mis guerreros con mucha soltura.

Sorcha lo miró sin pestañear.

—Y usted, para ser un hombre que está perdiendo mucha sangre, comenta tonterías que no son trascendentales. No se atreva a contradecirme.

—¿Piensa curarme? —preguntó sorprendido.

—¿No se espera de una dama que sepa coser?

—Le aseguro que hay mucha diferencia entre enmendar telas y trabajar con la carne humana.

—¿Tan débil me considera que cree que me desmayaré o comenzaré a llorar de nuevo?

—Veo que ha recuperado su temperamento con facilidad. Dígame una cosa, *milady*…

—¿Por qué tengo la ligera sospecha de que va a ofenderme, laird Escarcha? —inquirió algo molesta.

—¿Atender mi herida será solo por gratitud como el beso o disfrutará poniéndome las manos encima? —le preguntó, sin atender a lo que ella acababa de observar.

—Para ser un *highlander* con una apariencia tan dura, se ofende con más facilidad que una damisela, laird. ¿Acaso esperaba que me desmayase por haberme dado un beso del que debí decir que resultó épico para no ofenderle?

Los hombres de Niall, tan entretenidos como estaban observando esa inesperada batalla, no pudieron contenerse durante más tiempo y comenzaron a reírse sin descanso.

Se salvaron de la furia del bastardo Mackenzie, como en verdad sí lo conocían en ciertos círculos, porque se marcharon de allí de inmediato para seguir las órdenes de *lady* Sorcha.

Niall y la dama se quedaron a solas de nuevo.

—Ha disfrutado mi beso. Todavía debe haber hebras de mi cabello en su mano debido a la fuerza que hacía para evitar que me separase de su boca —le discutió.

—¿No tiene ni tan siquiera una pizca de caballerosidad que pueda poner en práctica, laird Escarcha? ¿O no se debe a su falta de modales por lo que me ataca sin compasión, sino al hecho de que no he alabado debidamente su muestra de… virilidad?

—Olvídate de formalidades y de modales, Sorcha Grant. Me hiciste creer que eras inglesa cuando es evidente que no lo eres. Todo el mundo conoció bien a tu padre.

—¿Inglesa? —preguntó ella con falsa inocencia—. Lo que recuerdo es una acusación muy clara. La de ser la amante del rey. Y le rogaría que use un poco de esa cortesía que tengo fe en que pueda habitar en usted, laird —lo amonestó debidamente.

—Te trataré como me plazca. Me he ganado el derecho a hacerlo cuando te he salvado de lo que habría sido, primero, una violación y, luego, tal vez la muerte —le escupió con rabia. No tardó en sentir remordimientos cuando vio la expresión herida de su rostro. Duró poco, porque la dama pronto recuperó la compostura.

—Me equivoqué desde el principio. Salvaje es una palabra que se queda corta para definirle, laird Escarcha.

Un denso e incómodo silencio se estableció entre ambos.

—Dejemos de pelearnos por el momento. Dime si tú estás herida —preguntó con verdadera preocupación.

—No lo estoy —se apresuró a decir.

Él carraspeó. Lleno de incomodidad. ¿Desde cuándo un maldito laird sentía tanta preocupación? Sacudió la cabeza ligeramente. Tenía que arreglar todo el estropicio. Sus planes para que ella se enamorase y lo aceptase como esposo eran más importantes que su orgullo.

—Me disculpo.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió la dama con verdadera sorpresa.

Niall apretó los dientes.

—Acepta mis disculpas por todo lo que ha sucedido desde que nos conocimos en Londres. Lamento también que te hayan atacado y que… Bueno, que hayas tenido que soportar la brutalidad de un hombre despreciable y luego… Luego mis… mis…

—Acepto las disculpas —dijo ella, para liberarlo de la incomodidad.

—Ahí lo tienes, soy capaz de mostrar mis buenos modales, porque sé que eres una arpía que también debería excusarse y no me ha importado

disculparme por mi mal comportamiento pese a saber que tú no lo harías.

Ella puso los ojos en blanco.

—Y esa es toda la amabilidad que podré esperar del salvaje laird Escarcha… —murmuró.

Capítulo 2
Un regreso a casa accidentado

El caballo llevaba un paso firme, largo, que permitía cubrir terreno sin castigar del todo a una montura ya cansada. Niall no tenía la atención puesta en el camino, aunque no hubiese dejado de vigilarlo ni un instante. Llevaba a Sorcha en el regazo, bien sujeta contra su pecho, y cada poco bajaba la mirada a la corona oscura de su cabeza para observar ese rostro sereno que el sueño había suavizado por fin. Estaba obsesionado con esa boca que primero lo había desafiado y después había cedido a la suya con una pasión arrolladora que todavía le encendía la sangre.

Le rozó el cabello con los labios y sonrió como un tonto.

Aquella condenada mujer lo había sorprendido más de una vez. Ya lo hizo en Londres, cuando lo miró sin temerle y le plantó cara con una lengua más afilada que muchos cuchillos. Y lo había

hecho de nuevo en el bosque, al forcejear con un puñal en la mano cuando otra dama se habría resignado a aceptar la condena. Y remató la hazaña al sentarlo en una piedra, abrir su baúl y coserle la carne sin un solo temblor.

Niall se había preparado para verla palidecer mientras lo atendía, para oír alguna respiración entrecortada o tener que apartarle la aguja de las manos cuando el rojo le revolviera el estómago. No ocurrió nada de eso. Sorcha Grant le limpió la herida con aguardiente, lo mandó callar cuando él trató de burlarse de nuevo de ella y, con el ceño algo fruncido, le fue cerrando el brazo puntada a puntada. No lloró, ni apartó la vista de su labor. Cuando terminó, se limpió los dedos manchados de sangre y lo contempló con una mirada de lo más desafiante.

Le gustó demasiado verla así. No como una flor delicada de algún salón londinense, sino como debía de ser la castellana de un castillo escocés. Sorcha se apreciaba firme, segura y con el temple suficiente para enfrentarse a cada desafío que se le pusiese enfrente. En esos momentos, todavía no la consideraba perfecta para él. Era obstinada y terca. Cierto que había llorado, pero él tenía que reconocer que las circunstancias para haberlo hecho acompañaban al gesto. No soportaría convivir con una mujer llorona aunque ella valiese su peso en oro.

También estaba recordando el instante en que, con el brazo recién vendado con telas rasgadas y la noche echándose encima, le dijo que partirían hacia Strath Fuar en cuanto los caballos pudieran moverse. Ella había alzado la barbilla y aceptado la

decisión con una docilidad tan sospechosa que cualquier necio se habría quedado satisfecho. Niall no. Había visto la protesta retenida en los labios femeninos. Ella no se atrevió a discutirle el rumbo. Y si se mordió la lengua fue porque, a buen seguro, seguía pensando en recurrir a Brodick Ross y en el refugio que esperaba encontrar allí, aunque no lo dijo. El rey le había hablado al laird de ese hombre con toda la mala intención del mundo. Poco importaba. Si Jorge pensaba que lo haría retroceder señalándole a otro posible esposo para ella, no conocía nada la voluntad férrea de un *highlander*. Niall no iba a entregarla a nadie. Ni al rey; ni a Ross; ni al mismísimo diablo.

La había salvado y luego la había besado. Sorcha Grant le devolvió el beso con una entrega que ningún hombre olvidaría mientras conservara el aliento. A partir de ese instante, la cuestión dejó de ser una alianza o una conveniencia. Sorcha Grant era suya y solo suya sería. Lo fue antes de que conociera su nombre, antes de entender que la dama de ojos grises del patio de St. James's y el Premio Grant eran la misma mujer. En esos instantes en los que ya la tenía en su poder, solo se la arrebatarían de sus brazos sin vida y todavía no había nacido el guerrero capaz de vencerlo en un combate, justo o no.

La acomodó mejor contra sí al notar que el caballo descendía por un tramo de terreno más complicado. Ella ni siquiera se despertó. Seguía dormida en su regazo y a él le agradaba esa confianza ciega que ese sencillo gesto le ofrecía. Una mujer que lo temiese o que recelase de sus acciones no habría podido dejarse vencer por el sueño. Una

cosa era cierta: a Niall le costaría un largo camino hacerla entrar en razón para que lo aceptase, pero la semilla ya estaba plantada. Tener la confianza de una mujer como ella no era poca cosa y debería alegrarse por ello.

El laird Escarcha —tal y como le había dicho que podía llamarlo— bajó una vez más la cabeza para contemplarla. La mejilla de Sorcha descansaba sobre su *plaid*; una mano, pequeña y obstinada incluso en el sueño, seguía prendida a la tela de su camisa. La llevaba bien cobijada. Incluso la tenía cubierta con uno de los dos mantos del clan que solía llevar encima cuando salía del castillo y no tenía fecha de regreso.

A ella le sentaban de maravilla los colores de los Mackenzie. No. Definitivamente, no había nacido el hombre que fuese a apartarla de su lado.

La única nota amarga que Niall conservaba por lo sucedido antes de poner rumbo al hogar de *lady* Sorcha residía en el rostro lleno de diversión de Seumas MacPherson, y la testarudez de la propia mujer. Aún veía a la condenada muchacha acercándose al viejo cuervo cuando él dio la orden de partir, con la clara intención de cabalgar con MacPherson o, peor todavía, de ponerse bajo su protección. Niall casi había soltado una blasfemia allí mismo. ¿Qué demonios se imaginaba ella? ¿Que iba a permitir que viajase apretada contra otro hombre después de haber llorado entre sus brazos y corresponder con tanta pasión a su beso? Cuando esta escena ocurrió, el laird tuvo que contenerse para

no sacudirla por insensata y no darle un puñetazo a un viejo lleno de fanfarronería.

Le informó, con toda la sequedad posible, de que ella cabalgaría con él o podía irse a pie.

Sorcha lo había mirado con una mezcla deliciosa de furia y resignación; y, por un momento, él pensó que recorrería la distancia a pie. Habría sido propio de ella tratar de hacerlo, supuso. En vez de eso, se quedó erguida, abrió un poco más esos ojos que anunciaban que la tormenta estaba siendo contenida, y se volvió hacia el viejo guerrero, quizá esperando hallar una salida por la que escapar de aquella orden. No la hubo. MacPherson se limitó a esconder la risa y a contemplar a Niall con un brillo malicioso que venía a decirle que acababa de meterse en un avispero del que no sabría cómo escapar.

Montar con ella era maravilloso. Niall le acarició con el dorso de los dedos la manga de su maltrecho vestido. Fue un pequeño roce, y siguió cabalgando con una satisfacción salvaje que no pensaba disimular ni ante Dios. Le pesaba el cansancio en los hombros, el brazo herido le latía bajo el vendaje de una camisola hecha trizas y la lujuria lo recorría de arriba abajo. Ella había roto una de sus delicadas prendas por él y lo encendía como el fuego al brezo seco. ¿Cómo podría entregársela a otro?

¡Imposible!

Oyó entonces unos cascos acercándose por detrás y no necesitó girarse para saber quién venía.

El Cuervo de Rannoch puso su montura a la altura del caballo de Niall y le lanzó una mirada larga a la figura dormida que tan bien tenía acunada antes de alzar los ojos hacia él. En la boca del viejo empezó a dibujarse una sonrisa.

—Creo que nunca te he visto sonreír tanto como lo has hecho hoy, viejo cuervo.

—Eso es porque hasta hoy no sabía que el bastardo de Niall Mackenzie podría…

—¡Cuidado! —lo interrumpió con un gruñido —. Acaba esa frase y perderás los dientes.

—¿Recuerdas el año pasado cuando Fraser te vio abrazando a tu hermana y se puso como un loco porque no quería que nadie más que él la tocase?

Niall sonrió. Sí. Aquel pasaje fue divertido. No pensó en que Callum Fraser fuese del tipo celoso, pero era natural que se hubiese sentido de ese modo ante él. Mackenzie era mucho mejor en todo que el esposo de Kenna.

El laird apartó la vista del camino y se centró en Seumas. No le gustó lo que vio en sus ojos. Ya no solo se burlaba, se estaba compadeciendo de él por algún motivo que no deseaba averiguar.

—¿Te has acercado por algo en especial o solo buscabas enfurecerme más, viejo?

—Hay que parar.

—Todavía no —refunfuñó.

Seumas exhaló profundamente.

—Si lo que te preocupa es que ella salga de tus brazos…

—Estás cruzando una línea peligrosa, MacPherson —le advirtió con un gruñido.

—Sí, sí, ya lo sé. Lo que trato de decirte es que con este jodido frío ella tendrá que buscar tu calor. Si sabes a lo que me refiero, muchacho.

Niall sonrió de nuevo. Vaya que estaba trazando un plan.

—Está bien.

Se detuvieron cuando el sol ya había empezado a hundirse detrás de una línea de pinos negros, lo que hizo que el aire se volviese más cruel. No era un lugar cómodo, aunque sí suficiente como para pasar unas horas. Se trataba de una vieja majada de pastores, con un muro de piedra seca aún firme, un cobertizo torcido y el abrigo de unas rocas que frenarían lo peor del viento. El terreno estaba húmedo, pero no anegado; así que para los hombres habituados a dormir donde podían, aquello casi merecía ser considerado como un refugio.

Sorcha bajó del caballo con la ayuda de Niall. Él no la soltó hasta cerciorarse de que tenía los pies bien asentados y, por un instante, ella creyó que iba a soltarle alguna barbaridad. No lo hizo. Le sostuvo la mirada un momento, examinándola de una forma que ella no entendía del todo, aunque sospechaba que sería porque debía parecer un espanto. Y después se volvió para dar órdenes a sus hombres para fortificar lo que sería el improvisado campamento.

Murdo y Torquil fueron a recoger ramas secas; Iver se ocupó de los caballos y Seumas desapareció detrás de la majada para revisar el terreno con paciencia. Sorcha se envolvió mejor en el *plaid* que Niall le había echado por encima antes de reanudar la marcha y se acercó al fuego cuando por fin lo prendieron. La llama no era grande, pero serviría. La dama tenía el cuerpo molido, el vestido rasgado y el orgullo bastante más maltrecho de lo que jamás admitiría.

Niall se sentó cerca de ella, apoyando la espalda en una piedra. Le tendió un pedazo de queso y una corteza de pan sin pronunciar palabra alguna. Sorcha lo aceptó y, durante un rato, comieron en un silencio que fue bienvenido.

Fue ella quien habló primero.

—Uno de sus guerreros no está, laird Escarcha. Creo que se trata de Finlay. —No estaba segura de haber retenido bien cada nombre.

Niall levantó la vista con lentitud. Se le veía tenso y ella no sabía lo que había hecho mal esta vez.

—Lo has echado de menos muy pronto.

Sorcha frunció el ceño.

—Somos pocos, es del todo natural que me haya dado cuenta de una ausencia.

—¿Seguro?

Ella se envaró.

—He advertido su ausencia, no su pérdida —se apresuró a aclarar.

—Es una distinción poco útil.

—No lo es para mí —se defendió.

Él dejó el pan sobre la rodilla y la contempló con una expresión que habría resultado divertida en otro hombre. En uno menos ancho de hombros, menos fiero y con bastante menos confianza en sí mismo. En el laird Escarcha, aquella mirada poseía algo que a Sorcha le erizaba la piel.

—Lo envié a hacer unos recados importantes —dijo al fin.

—Podía habérmelo explicado sin gruñirme —le comentó.

—¿Puedes dejar de hablar con tanta ceremonia y olvidarte de mis hombres?

—No a lo primero. Y, definitivamente, no a lo segundo.

Escarcha frunció el ceño.

—¿Te agrada Finlay? —La pregunta salió sin que pudiese contenerla.

Sorcha se le quedó mirando durante un largo segundo, y cuando comprendió de verdad lo que había en aquella pregunta se le escapó una risa incrédula, breve y muy escandalizada.

—¡No estarás celoso!

Él no se molestó en fingir sorpresa.

—¿Te gustaría que lo estuviese? —replicó a cambio.

La pregunta causó el efecto deseado. La dama bajó los ojos al queso, aunque ya no tenía hambre.

No podía ser verdad. Aquel hombre tenía la fuerza, la apostura y la insolencia necesarias para llamar la atención de cualquier mujer del norte y, muy probablemente, también de las del sur, por muy

refinadas que se creyesen. No le faltaría compañía femenina ni aunque se empeñara en ahuyentarlas a todas a base de rugidos impertinentes. Que sintiera celos por ella resultaba tan ridículo que, si lo hubiese pensado con detenimiento, se habría dado cuenta de que el pensamiento era una ofensa al sentido común. Sorcha no era una gran belleza; nunca lo había sido. Su madre le enseñó a presentarse con dignidad, no a confiar en los dones que el espejo no le devolvía. Además, por más años que hubiese pasado en Londres sin sentirse una de ellos, seguía arrastrando un acento inglés que ningún escocés dejaba pasar del todo por alto. Ni siquiera su padre, en los días de peor humor, había conseguido ocultar cuánto le disgustaba oír en la voz de su hija las huellas de la pulcra educación materna. ¿Por qué esa enemistad eterna entre escoceses e ingleses?

Alzó de nuevo la mirada y él seguía contemplándola de un modo muy poco caballeroso.

—Creo que deberíamos establecer una tregua entre nosotros, laird.

—¿Qué propones?

—Para empezar, que no me mires como si fueses a sentenciarme a la horca. Sé que te resulto desagradable, pero te agradecería un poco de cortesía —le dijo olvidándose de la formalidad para ver si así lo contentaba un poco.

—Es cierto. Eres demasiado testaruda. Tienes la lengua de una arpía y te ves como…

—¿Es tu modo de advertirme que no habrá tregua? —lo frenó antes de que la humillase más.

—No —negó escuetamente.

Ella esperó alguna aclaración más, pero como él parecía que no iba a alegar nada tuvo que hablar:

—Así que me desapruebas y nada te impide ser impertinente con una dama… —No había ninguna pregunta ahí.

—Lo que necesito que comprendas es que debes ser más tranquila, menos belicosa y deberías… Deberías arreglarte el pelo. Sí. Si cambias eso para empezar, me contentaré. —Su precioso cabello estaba cayéndole por los hombros y era toda una tentación. Suerte que, como sus hombres lo conocían bien, no habían mirado a Sorcha más de lo necesario, porque de otro modo habría tenido que darles su merecido.

Ella dejó caer una expresión en un idioma extranjero. Sonaba dulce, ¿sería francés? Sí, era francés. De lo que Niall no tenía duda era de que ella lo había insultado de alguna manera. Ya lo hizo de igual modo en aquel patio en Londres. Luego, Sorcha le sonrió sin motivo aparente y él le devolvió la sonrisa.

Ella se fijó en que él tenía una hermosa sonrisa. ¿Por qué no podía mostrarse un poco más humano? Sí, era un guerrero, y uno temible, según lo que había observado. La herida de su brazo era larga

y profunda y él no parecía afectado. Era un hombre duro. ¿No se les permitía mostrar un poco de bondad o simpatía a los guerreros?

—¿Quién eres en realidad, laird Escarcha? —No se había dado cuenta de que acababa de hablar en voz alta.

Él se encogió de hombros.

—Solo soy un hombre que entiende de acero, peleas y justicia.

—Creo que no podré ridiculizarte por tus observaciones.

—Y no deberías, porque es la verdad.

Ella suspiró. Él parecía estar esculpido en hielo, porque era tan frío que…

—¿No tienes familia?

—Una hermana.

—Supongo que será una mujer dócil, hermosa y muy adecuada —observó con cautela.

—No.

—¿No?

—Eso he dicho, muchacha.

—¿Y qué es lo que estabas negando exactamente?

—No es dócil, es peor que un grano en el… —se dio cuenta de que no debería hablar de ese modo de Kenna y menos delante de una dama—. Ella es belicosa como tú, no la considero hermosa y no sé hasta qué punto es adecuada para su esposo, pero Fraser la quiso y yo di gracias a Dios de que el muy tonto me la quitase de las manos.

—Dios mío… ¿No tienes una palabra amable ni para tu hermana?

—¿Por qué debería alabarla?

—¿Porque es tu hermana? —replicó.

Él sonrió de nuevo.

—Si dijese que ella es bonita o comentase su carácter amable me acusarían de ser un mentiroso.

—Deja en paz a tu hermana, estoy segura de que la dama es preciosa, agradable y tendrá el carácter que te mereces que muestre en tu presencia.

—Cuando la conozcas podrás opinar mejor acerca de Kenna.

Ella se sorprendió.

—¿La conoceré?

—Por supuesto que sí. Ella querrá verte en cuanto… —se detuvo antes de explicarle demasiado.

—En cuanto… ¿qué?

—En cuanto le hable de ti y le diga que eres belicosa, orgullosa…

—¡Suficiente! —lo frenó, con una mano alzada, o se echaría a llorar debido a su insensibilidad.

Seumas regresó y la conversación entre ambos se quedó ahí. El recién llegado se dejó caer al otro lado del fuego y aceptó un trozo de queso sin hacer preguntas. Iver apareció poco después con noticias tranquilizadoras sobre los caballos, y el cansancio fue imponiéndose. Nadie tenía ganas de contar historias. El día había sido demasiado largo.

Cuando llegó la hora de echarse a dormir, Sorcha se acordó de hasta qué punto el frío de las *Highlands* no se parecía al de Londres. Allí el invierno podía ser gris y húmedo, incluso un poco cruel, pero este otro era un frío que parecía poder causar la muerte.

Miró en torno suyo con discreción. Los hombres de Niall habían extendido mantas y pieles en distintos puntos, cerca de la pared de piedra y al abrigo del cobertizo. Seumas ya estaba ocupando un rincón con despreocupación. Iver hablaba en voz baja

con Murdo, Torquil alimentaba el fuego con una rama gruesa y Niall estaba de pie, a unos pasos, observándola de reojo mientras preparaba sus propias pieles.

Sorcha apretó el *plaid* contra el vestido roto. Sabía que con solo el manto que él le había cedido no sería suficiente como para poder sobrevivir a la noche, pues no ignoraba que aquella prenda, por mucha lana que llevara, no bastaría. Tampoco se había olvidado de que Niall no le permitió cambiarse ni abrir sus baúles más de lo imprescindible. Había dicho que no perdería tiempo en tonterías mientras siguieran tan expuestos, y la llevó consigo antes de que pudiera protestar de verdad. En esos momentos, con el cielo ya negro y el suelo helado, empezó a lamentar no haber luchado un poco más.

Sus ojos fueron hacia Seumas casi por puro reflejo. Se veía el hombre menos… más… No sabía el motivo, pero lo consideraba menos amenazador para ella que el resto. Tal vez fuese por esos ojos divertidos con los que observaba a todo el mundo, en especial al laird Escarcha. Sí, tendría que pedirle a Seumas MacPherson ayuda para pasar la noche y no morir en el intento de sobrevivir. Tomó una bocanada de aire y se armó de valor. Dio un paso en dirección al veterano.

El gruñido de Niall hizo que todo el mundo se pusiera en alerta. Ella se estremeció y, por un momento, pensó que unos rufianes iban a invadir el campamento. A continuación se escucharon varias risas. Ella frunció el ceño porque no entendía nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó en un susurro.

—¿A dónde vas?

—Yo… yo… —Miró en la dirección del hombre al que pretendía pedirle algo de abrigo. Él negó con la cabeza y soltó una larga carcajada que hizo que el laird volviese a gruñir, esta vez menos salvaje.

—Ni se te ocurra.

Sorcha se cuadró.

—¿Ni se me ocurra hacer qué, exactamente?

Él se sentó sobre una extensión de pieles junto al muro, dejó uno de los mantos a su lado y la miró con una calma que no escondía su tiranía.

—Ven aquí.

Ella se volvió a poner muy recta. Más recta que la recta de las rectas.

—Puedo arreglármelas sola. —¿Él no creería que se acostaría a su lado?, pensó escandalizada. Ya era malo imaginarse echada junto a un guerrero veterano que se veía bastante inofensivo, ¿cómo podría sobrevivir al lado de un hombre que la despreciaba tanto y no se esforzaba por ocultarlo?

—Añade a tu lista de defectos que no sabes seguir órdenes, mujer. No me gusta repetir lo que exijo.

—Pero es que… Yo creo que… —comenzó a titubear. ¡Ella jamás titubeaba! La culpa era de ese hombre insensible que la tenía acobardada. En cuanto llegase a su hogar se desharía de él y no lamentaría que se marchase.

—Sorcha, no me hagas ir a buscarte —la avisó.

Ella soltó una larga retahíla en francés. O en griego o latín. Seguramente fuese otra maldición, y luego se encaminó de mala gana y con los labios muy apretados hacia él.

—No te haría daño pedir las cosas de un modo más amable, laird Escarcha.

—Y a ti no te haría daño seguir mis indicaciones a la primera.

—¿Siempre debes tener la última palabra?

—Sí. Así que es mejor que aprendas y lo hagas rápido. No quiero tener problemas contigo en ese sentido. No me desafíes en público y todo irá bien.

—¿Y en privado puedo desafiarte, laird Escarcha?

Él se quedó un momento pensativo.

—Sí, puedes hacerlo si quieres, pero tendrás que atenerte a las consecuencias de tus actos.

Ella no entendió lo que él acababa de decirle. Por la mirada con la que la obsequió, no parecía estar advirtiéndole de que podría ponerle la mano encima para castigarla, era otra cosa que… Negó con la cabeza. Era imposible que él estuviese pensando en cosas inapropiadas, porque la detestaba y no le costaba dejarlo claro en cada ocasión.

Él se tendió y ella comprendió que sí. La intención del laird era que durmiese a su lado. Sorcha dudó lo suficiente para que el bruto escocés perdiera la paciencia. Niall alargó la mano, la agarró por la muñeca y tiró de ella con una firmeza que no dejaba lugar a discusiones. La dama soltó una pequeña exclamación cuando perdió el equilibrio y acabó medio sentada, medio arrastrada sobre el regazo de él. Un instante después, Niall ya la había colocado de espaldas sobre su pecho, con una pierna masculina junto a las suyas para inmovilizar cualquier absurda idea de huida. Luego los cubrió con ambos *plaids* y añadió una piel gruesa por encima.

La situación era del todo íntima y preocupante. El calor que él emanaba era de otro mundo.

—¿Cómo no puedes tener frío nunca?

—Porque soy un *highlander* —respondió como si eso fuese una gran aclaración.

Sorcha trató de escapar de su agarre y él la inmovilizó. Esperó a que pasasen unos minutos más y trató de volver a huir.

Él gruñó y Sorcha se tensó.

—¿Es necesario que durmamos de esta manera tan… tan…? —No encontraba la palabra.

—¿Sigues teniendo frío? —preguntó alarmado.

—No. Lo que ocurre es que te estás tomando muchas libertades —lo reprobó.

La voz de él sonó cerca de su oído, baja y con un toque de picardía cuando le dijo:

—Nada que no estés dispuesta a permitirme, pero no tengas miedo. No te exigiré nunca más de lo que no estés dispuesta a darme. Nunca lo haré. Ahora relájate y duerme. Sé que estás cansada y que has pasado por una experiencia desoladora. Siento mucho no haber llegado antes, Sorcha —le dijo con sinceridad.

Aquello la dejó inmóvil. No sabía qué le había causado más desasosiego: si que él se hubiese disculpado por un hecho que no había estado en su mano, como era el de haber llegado tarde, o el de creer que ella le permitiría alguna vez hacerle el

amor. El pulso se le aceleró con esa última tontería. Se habría apartado de haber tenido fuerzas para volver a discutir con él, pero entonces Niall le rozó con la boca el lóbulo de la oreja y el pensamiento de rebelarse desapareció. El siguiente beso lo sintió un poco más abajo, allí donde el cuello se unía al hombro. No fue un roce casto ni una provocación grosera, sino un gesto paciente, lento y cargado de una intimidad que le hizo cerrar los ojos sin querer.

—¿Qué haces? —susurró, con menos firmeza de la que pretendía.

Él apartó apenas la boca de su piel para responder:

—Te caliento para que puedas soportar mejor el frío. A menos que prefieras que termine lo que estoy empezando, me detendré pronto, te lo prometo.

El pequeño sonido que se le escapó a Sorcha la avergonzó tanto como la estremeció. Abrió los ojos de golpe y miró alrededor, porque temía encontrar una sonrisa, una sombra o cualquier prueba de que los demás adivinasen lo que ellos estaban haciendo. No vio nada. Torquil y Murdo se habían instalado al otro extremo de la majada, Iver estaba tumbado junto a los caballos y Seumas, si seguía despierto, tenía la decencia de parecer dormido. Ella comprendió que les habían dejado una distancia deliberada amparada por una oscuridad discreta y eso la hizo sentirse mortificada de nuevo.

—Tus hombres sabrán que… —comenzó a decir.

—Ellos no nos ven, no pueden saber que estoy besando tu cálida y perfecta piel, Sorcha. No tengas miedo.

Aquello, en lugar de tranquilizarla, volvió más peligrosa la escena.

Niall siguió besándola con una parsimonia que habría hecho que una santa olvidase su promesa. La respiración cálida en la nuca, la firmeza del pecho masculino pegado a su espalda, la mano grande cerrada sobre su cintura por encima del vestido… todo conspiraba contra una prudencia que Sorcha empezaba a olvidar. No tenía sentido resistirse a un calor que la estaba librando del frío y, al mismo tiempo, la alejaba del recuerdo de las manos sucias del asaltante. Nadie iba a saberlo. Nadie tenía por qué enterarse de la forma en que su cuerpo dejaba de temblar por el miedo para estremecerse por otra cosa más ardiente.

Se permitió apoyarse un poco más en él y notó el efecto de inmediato. Niall soltó un pequeño gemido. El calor de él ya no era solo un cálido abrigo, porque ella sentía una dureza inequívoca contra la curva de sus caderas, una prueba viva de lo mucho que le afectaba tenerla allí, encajada entre sus brazos y sus piernas, tan cerca que bastaría con moverse un palmo para facilitarle acceso a su feminidad.

—Oh, Dios… —susurró cuando él volvió a lamerle la oreja.

—Sorcha… —Su nombre sonó como una dulce plegaria.

—¿Uhm? —logró murmurar la dama.

—Tienes que detenerme ahora.

El ruego, porque lo fue aunque sonara a orden, la desconcertó tanto que se volvió un poco para mirarlo. No lograba distinguir sus facciones en la penumbra, pero identificaba la tensión en la mandíbula y el esfuerzo con el que trataba de contenerse.

—Un poco más, solo un poco más —murmuró ella, todavía aturdida por la mezcla de deseo y cansancio.

Él soltó una colorida maldición en gaélico que ella entendió y venía a decir algo así como: «Que Dios maldiga a las mujeres que no saben cumplir órdenes». Luego se apartó de ella lo suficiente para retenerla, pero no para invadir del todo su espacio.

—No eres sensata. Tendrás que corregir eso también.

Ella se envaró.

—¿Me provocas y luego me acusas de ser… de ser…?

—Me deseas y no es bueno que seas tan evidente. Otro hombre con menos escrúpulos que yo

podría tomar lo que alegremente ofreces, muchacha —dijo irritado. Era consciente de que estaba pagando una frustración que él mismo se había provocado con una mujer inocente. Poco importaba; lo que sabía era que no debía hacerle el amor esa noche porque era mejor casarse con ella antes. Además, la pequeña arpía se merecía una cama cálida también.

Ya estaba harta. Eso era el colmo. Se movió dispuesta a ponerse de pie. Se congelaría, pero no dormiría junto a él. Por descontado que la mano de Niall la inmovilizó de inmediato. Usó también sus piernas para que ella no pudiese escapar.

—Suéltame —siseó.

—No irás a ninguna parte. Vas a dormir conmigo, ahora y siempre.

—¿Disculpa? —Seguro que no lo había escuchado bien.

—Deja de moverte y descansa. —Su hombría dolía como el demonio—. Mañana será un día duro, Sorcha.

El silencio que siguió fue breve, pero bastó para herirla todavía más. No lo entendía. Debería estar agradecida de que se hubiese detenido, de que no quisiera besarla más. Incluso sabía que tendría que haberlo abofeteado por haberle dicho que ella se le estaba ofreciendo *alegremente.*

—¿Está bien que tú digas que te deseo, a pesar de que yo no he hecho nada para animarte, pero no puedes admitir que te has puesto celoso cuando pensé en acostarme junto a MacPherson o cuando quise montar con él?

—¿Te gusta Seumas? ¡Él podría ser tu abuelo! —exclamó iracundo.

—¡Cuidado, muchacho! —gritó el aludido—. Hay una mujer en concreto que puede dar buena cuenta de lo vigoroso que soy. —Él se había casado con Màiri , quien era la cocinera del laird Fraser en el castillo de Dunfarran y no había dicho ninguna mentira.

Luego se escucharon varias risas.

Sorcha se puso colorada al instante.

—¿Ellos nos han escuchado todo el tiempo? —inquirió en voz muy baja, completamente avergonzada.

—¿Y qué si lo han hecho? ¡Si saben lo que les conviene no dirán una sola palabra más y se taparán las malditas orejas si no quieren contrariar a su laird y que los condene a muerte! —gruñó.

Entonces no se escuchó nada más. Solo el bufido de Seumas.

—Ahora… ¿por dónde íbamos? *Aye* —dijo «sí» en gaélico, cuando recordó el hilo de la

conversación—. Yo no estoy celoso, muchacha. Nunca podría estarlo porque no hay nadie mejor que yo. ¿Lo entiendes?

Lo único que ella comprendía era que él había dejado de besarla y acariciarla, y que le había costado muy poco hacerlo. Tal vez solo la había probado de algún modo, para ver si ella era una falda ligera. La mortificación fue brutal. Y todo eso sin olvidar que sus guerreros habían sido testigos de lo sucedido entre ambos. ¿Los habrían escuchado gemir? ¡Oh, cielos! ¿No se terminarían nunca las humillaciones?

Sorcha cerró los ojos y se quedó muy quieta entre sus brazos, de repente fría por dentro pese al calor que la envolvía. Él la deseaba, eso resultaba evidente. Lo había notado con toda claridad. Sin embargo, en cuanto se entregó a la ternura de sus besos, el tonto se había apartado enfadado porque no lo había detenido. Tal vez, después de todo, ella no era suficiente para tentar de veras a un hombre como él. A fin de cuentas, no era hermosa, ni plenamente escocesa a los ojos del norte, ni la clase de mujer que provocaba locuras.

Sintió que la humillación le arañaba la garganta con más fuerza.

No iba a llorar. Ni por él, ni delante de él.

Con la voz muy baja, para que los otros no la oyeran, habló antes de que el nudo del pecho se volviera insoportable:

—Hay algo que debes saber.

Niall tardó un instante en contestar.

—Te escucho.

Ella abrió los ojos y fijó la vista en la oscuridad, más allá del rescoldo del fuego.

—En Strath Fuar no me esperan con las puertas abiertas. El castillo está en manos de los soldados del rey. Mi padre enfermó, Jorge envió allí a sus hombres con la excusa de protegerlo todo, y se quedaron como si fuesen los dueños. El capitán Rupert Henshaw administra mi hogar desde hace demasiado tiempo. —Tragó saliva con fuerza. Se estaba obligando a mantener la voz firme—. Si piensas llevarme hasta allí, no vas a encontrarte con una fortificación que necesita a su castellana, sino con una fortaleza ocupada por ingleses que obedecen a la Corona antes que a los Grant, e incluso te aseguro que el capitán interpreta a su manera las órdenes de Jorge. No se marcharán con facilidad, aunque el rey se lo haya ordenado.

—No te preocupes por eso —le dijo.

—No lo entiendes, ellos no se irán. Son hombres del rey no pueden sufrir daño por nuestra parte.

—*Ouch*, muchacha, tienes que aprender a confiar en tu laird.

Ella soltó un pequeño sonido de incredulidad, seguido de una expresión en francés, o algún otro idioma extranjero.

—¿Ahora eres mi laird? —preguntó en escocés.

—¿Por qué no? Si me quieres entre tus piernas, bien puedes aceptar que soy tu laird.

—Dios santo… ¿Por qué me molestaré en hablar contigo? A partir de ahora mismo, no pienso dirigirte la palabra, laird Escarcha.

La respuesta de él fue emitir una sonora carcajada para luego decirle:

—Agradeceré tu silencio. Eso me dará paz. Oh, sí. En verdad, deberías tratar de hablar menos. Anota eso también y llévalo a cabo.

Ella se negó a seguir discutiendo con él.

¿La quería callada? Bien. Iba a ser una tumba.

Capítulo 3
Un silencio belicoso

Niall no sabía si estar orgulloso, agradecer el silencio o zarandearla. Desde luego que Sorcha Grant no sería rival para Kenna, porque vencería en testarudez a su hermana sin complicaciones.

Habían cabalgado durante horas sin que Sorcha le concediese una sola palabra. Iba sentada delante de él, con la espalda erguida hasta el exceso y una rigidez tan obstinada que daba la impresión de que prefería partirse en dos antes que apoyarse de verdad sobre su pecho. Eso sin olvidar que seguramente ella habría dormido poco, tal vez menos que él. ¡Dios! Haberla tenido tan cerca fue como meterse en el mismo infierno. Su erección había estado presionando el *plaid* todo el tiempo y él no se atrevió a usar su mano para concederse un respiro por si hería su delicada sensibilidad. El laird Mackenzie también estaba al tanto de que ella había pasado una vergüenza terrible cuando se acostó con él, pero confiaba en que la dama no hubiese pasado ni miedo ni frío. Y pese a que él solo deseaba su

comodidad, Sorcha seguía montada con una dignidad feroz que empezaba a irritarlo casi tanto como a fascinarlo. Había creído que aquel silencio le haría gracia durante un rato; no tardó en descubrir que detestaba no oírla.

¡Ya estaba harto de su mal genio! Bajó la cabeza lo suficiente para que el aliento le rozara la oreja.

—¿De verdad no vas a hablar nunca?

Sorcha siguió muda. Ni una protesta o suspiro, ni tan siquiera uno de aquellos comentarios tenaces con los que tan bien sabía aguijonearle el orgullo.

Niall no se reprimió más y le enganchó el lóbulo con los dientes y tiró apenas un poco, lo justo para arrancarle un estremecimiento.

—Seguiré haciéndote esto hasta que me hables, muchacha. Soy fuerte, pero mi voluntad lo es todavía más que mi cuerpo.

Ella tardó un momento en responder, quizá porque no esperaba que él fuese a rebajarse a una amenaza tan infantil, o tal vez porque, ciertamente, el mordisco le había causado más efecto del que estaba dispuesta a admitir.

—¿No dijiste anoche que, si me quedaba callada, te daría paz, laird Escarcha? —preguntó al

fin, con la voz baja y muy severa—. No entiendo por qué te molesta que siga al pie de la letra tus órdenes.

A Niall se le aflojó la rigidez de la boca dando paso a una media sonrisa.

—Porque me he dado cuenta de que empiezas a gustarme menos cuando eres obediente.

Ella alzó la mirada por encima del hombro derecho para observarlo tímidamente.

—¿Hay alguien que te entienda, laird?

—Hasta el momento, no —le confesó—. Pero estoy seguro de que eres hábil en todo cuanto te propones. Tengo fe en que tú puedas lograrlo.

—¿Y por qué querría yo tener que comprender a un hombre que me saca de mis casillas?

—Te lo diría, pero si menciono que me deseas, vas a volver a enfadarte y dejarás de hablarme.

Ella soltó una colorida expresión en francés y él sonrió. Sí. Su dama usaba el francés cuando se enfadaba. A continuación, Sorcha lo miró a los ojos.

—Creo que estoy comenzando a odiarte de verdad —apuntó con serenidad.

—No me importa porque sé que me deseas —volvió él a la carga—. Así que me esforzaré por no complacerte.

—Eres frustrante —masculló entre dientes.

—¿Y tú no, Sorcha? —replicó Niall.

No obtuvo más respuesta. La escocesa volvió a encerrarse en su silencio, aunque esta vez el mutismo no resultaba tan forzado. Él lo notó en la manera en que el cuerpo femenino iba cediendo poco a poco al cansancio, pues empezó a descansar sobre su torso. Le bastó aquello para recuperar algo del buen humor, y así siguieron hasta que Seumas MacPherson acercó su montura por la izquierda y los observó a ambos con su característica expresión divertida.

—No falta mucho ya —dijo el viejo cuervo, mientras observaba el horizonte cubierto de bruma—. Si seguimos ese arroyo, en menos de una hora veremos las primeras torres de Strath Fuar. Finlay debería estar al caer.

Niall asintió.

—Así lo espero.

Seumas lo estudió de reojo.

—¿Pensaste también en la conveniencia de entrevistarte con Murdock?

Niall comprendió la pregunta al instante. El viejo no hablaba de un soldado ni de un criado, sino del sacerdote al que se imaginaba que Niall habría mandado llamar. Un cura servía para muchas más cosas que para oficiar una misa cuando había que legitimar una entrada, un rescate o una boda apresurada como la que el laird pensaba llevar a cabo.

—Sí —respondió.

—Me gustará ver esa hazaña, muchacho. ¿No deberías comenzar a…?

—¿Y tú no tendrías que meterte en tus asuntos, viejo? —lo frenó.

—¿Y qué asunto sería más importante para mí que el que tienes entre manos, Escarcha?

—¿Qué asunto es ese? —Sorpresivamente la pregunta salió de la boca de Sorcha.

—Pienso asaltar Strath Fuar si las cosas no salen como espero —desveló a toda prisa Niall por si Seumas hablaba de más.

La dama dio un respingo y Niall volvió a sentir un ramalazo de lujuria recorriéndole todo el cuerpo.

—¿Pretendes atacar mi hogar?

—No debes preocuparte por eso —observó el guerrero.

Ella negó un par de veces con la cabeza. No era miedo lo que le recorría el cuerpo, sino impotencia. Strath Fuar no era una granja cualquiera perdida entre las colinas. Sorcha conocía sus muros, sus ángulos ciegos, el lago que lo abrazaba por un lado y las rocas por las que no convenía trepar ni sobria ni en verano. También sabía lo que podría hacer un inglés ambicioso cuando creía tener una fortaleza en una mano y a una dama sin apoyo en la otra.

—¿¡Cómo no voy a preocuparme por lo que acabas de decir!? —tronó ella.

—¿Por qué no entiendes que no debes cuestionar mis órdenes jamás?

—¿Por qué no entiendes tú que no consentiré que trates de asaltar mi castillo?

—Verás, Sorcha… —comenzó a decir mientras trataba de buscar una tranquilidad que no sentía. Luego, al ver que Seumas estaba bastante interesado en su explicación, miró al Cuerno de Rannoch para espetarle—: ¿No tienes nada mejor que hacer que molestarme, MacPherson?

—Creí que, dado que he cuidado tanto de una mujer terca, como lo es tu hermana —precisó al tiempo que miraba con una sonrisa a Sorcha—, podría serte de utilidad, mi laird. No se ofenda,

milady, pero tiene usted un carácter propio de las Tierras Altas.

Ella le devolvió la sonrisa; y como Niall, a pesar de no verla, se imaginaba que su dama estaría sonriéndole a Seumas, emitió un gruñido al que nadie hizo caso.

—Gracias, señor MacPherson, me lo tomaré como un cumplido —alegó ella, llena de dulzura.

—Lo es, *milady*. Uno sincero, porque no hay nada más tentador que una mujer temperamental que ponga a prueba la paciencia de un guerrero.

—¿Habéis acabado ya? —intervino Niall con gran irritación.

—Si me necesita, estaré un par de pasos por detrás —le dijo Seumas a ella, sin borrar su brillante sonrisa.

—No se vaya muy lejos, señor MacPherson, si el laird Escarcha se molesta más conmigo, puede que acabe lanzándome del caballo y agradecería la fuerza de un buen hombre para que me salve. Pues dudo que él pueda hacer mucho más acopio de su paciencia cuando le diga lo que pienso de su plan de entrar por la fuerza en mi castillo.

—Ninguno de mis hombres se atreverían a rozarte sin mi permiso.

Seumas alzó los ojos y observó cómo Niall tenía los dientes bien apretados. Eso no lo privó de echarle el último sermón.

—No olvides lo que te propones, muchacho. Sujeta tu lengua si no quieres tener más problemas de los que ya tienes.

—No me imaginé nunca que te detestaría tanto, viejo cuervo —le dijo Escarcha.

Sorcha sonrió con suficiencia. Oh, sí, ese hombre que se creía con derechos sobre ella estaba metido en tantos problemas que cuando se diese cuenta, no sabría cómo solucionarlos.

Niall pudo gozar de una mayor intimidad con la dama cuando volvieron a quedarse solos.

—No consentiré que lleves a cabo lo que planeas. Tendrás que idear otro plan para entrar en el castillo de mi familia. No llevo tanto tiempo luchando para buscar una salida como para que ahora lo eches todo a perder, laird Escarcha.

Él tomó una larga bocanada de aire.

—Tal y como estaba intentando explicarte antes de que MacPherson nos interrumpiese, y dado que todavía no me conoces bien, te diré que nadie cuestiona jamás mis decisiones. Hay una cadena de mando, en la que yo, lógicamente, soy el eslabón más fuerte. Yo decreto y el resto obedece sin rechistar. Aprende a hacer eso —le recomendó con

cierta suavidad—. Además, como sé que no me harías el deshonor de considerarme un tonto en todo lo que a conquistas de territorios se refiere, y eso incluye peleas donde la muerte es una sombra constante, no pensaré que me estás avergonzando al poner en duda mi valía o mi capacidad como líder.

—Oh, no. No me atrevería a poner en duda jamás tus dotes como laird, tal y como tú bien has dicho. Yo misma las he visto y soy bien consciente de que sigo sana y salva gracias a lo fuerte y capaz que eres.

—Muy bien —estuvo él de acuerdo. Entonces se relajó un poco.

—Pero no vas a asaltar mi castillo y es mi última palabra —terminó ella su alegato.

—*Ouch*… ¿Siempre tienes que hacer las cosas tan difíciles?

—¿Siempre tiene que ser la mejor solución alzar la espada para poner orden? —contraatacó ella.

—¿Y qué se te ocurre para recuperar un castillo que está invadido por los soldados del rey y de los que sospechas que no se irán ni aunque les digas que es la voluntad de Jorge que regresen? —preguntó en un largo siseo él.

—Oh, yo no me atrevería jamás —insistió— a aconsejar a un laird tan valiente, capaz e inteligente sobre cómo debería proceder.

—Si yo fuese el hombre más sabio de la maldita faz de la tierra, te dejaría en la *maldita* —recalcó con rabia— puerta de Strath Fuar y luego me alejaría a toda prisa.

—¿Así que la solución al problema es luchar o rendirse? Muy simple incluso para un *highlander* que acaba de…

—Sorcha —la frenó—, no tientes más tu suerte. Mi paciencia no soportará más tus tonterías.

Ella apretó los labios y decidió —muy sabiamente en opinión de Niall— callarse. Siguieron cabalgando durante unos minutos más en completo silencio.

Él estaba tenso. Y frustrado también porque no conseguía establecer algún tipo de tregua. ¿Por qué tenía que estar tan resentida con él? Si después de haberle salvado la vida, ella se comportaba de ese modo, ¿qué haría cuando se enterase de que era en verdad Niall Mackenzie, el hombre que la dejó desatendida durante un año?

—Lo siento mucho —la escuchó decir.

—¿Qué lamentas? —preguntó en un tono más conciliador.

—No debo cuestionar tus dotes de liderazgo, lo sé bien, y más después de que lo hayas dejado todo para ayudarme, pero debes comprender que tengo miedo de que la fortificación sufra daños

que serán difíciles de reparar. Aunque lo que más lamentaría sería que alguno de tus hombres sufriese algún percance en la lucha. Y todo eso sin olvidar que no quiero contrariar al rey. La situación no está como para enfadar a Jorge más de lo necesario. Tal vez ni eso.

—¿Y yo, Sorcha? Aunque es imposible que alguien me venza —le obligó a precisar su orgullo guerrero—, ¿sufrirías si me hiciesen daño a mí? —acabó preguntando con algo de inseguridad.

—Sabes que sí. Todavía me duele en el corazón la herida que llevas en el brazo por mi causa. No soportaría verte herido de nuevo —le confesó llena de timidez.

Niall no pudo contener la calidez que se albergó en su pecho. Tampoco la sonrisa que brillaba en su rostro. Eso tenía que contar como un gran avance.

—Bien. He decidido premiar tu sinceridad y tu disculpa haciéndote caso. No asaltaré tu hogar si encuentro otro modo de sacar a los soldados del rey de allí.

—¿Harías eso por mí?

—Sí —afirmó sin dudar un instante.

—Hay… hay un modo discreto de entrar en la fortificación.

—¿Conoces algún pasadizo por el que podamos entrar sin que nos detecten, muchacha? —adivinó lo que ella trataba de explicar.

—Sí, ¿pero eso evitaría que estallase una contienda?

Él frunció el ceño.

—Creo que tengo una idea.

—¿Cuál?

—No quiero que te preocupes más por ese asunto. Te he dado mi palabra de que todo saldrá bien y vas a tener que confiar en mí.

Ella asintió un par de veces con la cabeza sin girarse a mirarlo. Niall, desde su posición, la vio.

—Está bien, tendré fe en tu proceder.

Y de nuevo se sintió más liviano por dentro. Siguieron recorriendo el camino durante un largo rato más. Entonces, cuando Niall supo que ya estaban lo suficientemente cerca, detuvo la montura y la hizo girar.

—Torquil, Murdo, Iver: seguid por la vaguada y esperad mi señal junto al bosquecillo de fresnos. Si Finlay llega antes, que os encuentre allí y se quede con vosotros hasta que yo lo llame. MacPherson, ve a echar un vistazo por las inmediaciones del castillo con sigilo.

—¿Y tú, qué harás? —preguntó el viejo con verdadera curiosidad.

El laird sonrió lleno de complacencia.

—¿Yo? —Sacó pecho y luego prosiguió—: Me ocuparé de que la dama llegue presentable a su casa.

Seumas alzó una ceja cargada de malicia, pero no discutió. Los cuatro hombres se alejaron y desaparecieron entre los pliegues del terreno. Niall siguió por un sendero estrecho que descendía hacia un pequeño lago oscuro, encajado entre piedras y matorral, donde el viento apenas tocaba la superficie.

Desmontó primero y después bajó a Sorcha con una seguridad que no dio pie a protestas. Ella aún estaba preguntándose por qué se habían detenido allí cuando él se volvió hacia el caballo, desató una alforja de cuero y sacó de ella una tela doblada con cuidado.

Sorcha lo miró con recelo.

—¿Qué es eso?

—Un vestido —respondió, como si la respuesta fuese una ofensa a la inteligencia—. Creí que lo notarías sin ayuda.

—Ya veo que tienes un talento natural para lo evidente.

Niall le tendió la prenda. Era de lana fina, más sobrio que el que vestía, pero limpio y sin roturas.

—No voy a llevarte a Strath Fuar con el escote rasgado y barro hasta en las pestañas. Quiero que te vean bien vestida cuando entres en tu castillo, pero mostrarás mi *plaid* encima.

Sorcha cogió el vestido y pasó los dedos por la tela.

—¿Lo sacaste de mis baúles después de decir que no te llevarías ningún enser femenino inútil que pudiese retrasarnos?

—Salvé varias cosas más, aunque no iba a cargar con medio carruaje. Y no te di tiempo para cambiarte porque teníamos que salir de allí a prisa. Bastante es que te permití curarme el brazo.

Aquello la desconcertó, y antes de que pudiera añadir algo más, Niall empezó a desvestirse.

—¿Qué haces? —preguntó ella, nerviosa.

—Bañarme.

—¿Aquí?

—Sí, en el lago. ¿En qué otra parte esperarías que lo hiciese?

Sorcha se quedó muy quieta mientras él se quitaba, primero, la camisa y, luego, el manto, sin sombra de vergüenza ni de apuro. No logró apartar la vista de él. Era el cuerpo de un guerrero, ancho, duro, marcado por algunas cicatrices y por una fuerza evidente. No lo miró más que un instante. O eso quiso creer, porque él la sorprendió con la comisura de la boca levantada.

—No te esfuerces tanto en apartar los ojos, muchacha —la regañó—. Corres el riesgo de tropezarte con tu propio deseo.

—No te estaba mirando —mintió, sin poder dejar de admirar ese ejemplo de virilidad absoluta.

—Ya. Solo estás estudiando el paisaje y da la casualidad de que yo estoy en medio.

Sorcha sintió que se le calentaban las mejillas. Él se metió en el agua sin añadir nada más, hasta que el lago le cubrió la cintura y luego parte del pecho. Entonces se volvió hacia ella.

—Entra a adecentarte.

—Quiero privacidad.

Niall apoyó los brazos en la superficie.

—No voy a arriesgar tu seguridad por pudor.

—No hay nadie aquí.

—Estoy yo.

—Eso, precisamente, no mejora las cosas.

Él soltó una risa que a Sorcha le resultó insoportablemente encantadora.

—Tendrás que acostumbrarte a ser menos vergonzosa cuando estés conmigo.

—Dios me libre de semejante desventura.

—Dios parece divertirse demasiado poniéndote en mis manos.

No era un argumento y, aunque tampoco tenía pinta de ser una promesa por el modo en que lo dijo, la dejó sin aliento.

—No puedo sencillamente bañarme contigo —trató de hacerlo entrar en razón.

—No nos iremos de aquí hasta que lo hagas. Además, me has echado un buen vistazo y exijo la misma cortesía.

—¿No puedes mostrar un poco de caballerosidad, laird Escarcha? —murmuró, sabiendo que él no le daría otra opción.

—Si no entras iré a por ti y entonces sí que te avergonzarás de verdad —la avisó.

Sorcha se volvió de espaldas un momento, se quitó el vestido roto con los dedos entumecidos y entró en el agua desnuda, porque la camisola tendría que volver a ponérsela y no deseaba mojarla. Eso y que un pequeño pedazo de tela no supondría una gran diferencia con lo que él vería en cuanto se empapase. Llegó a la orilla sabiendo que sus mejillas estaban coloradas y entonces se dio cuenta de que él no la estaba mirando; se había girado. No era tan canalla después de todo. El frío hizo que se le escapase un jadeo involuntario cuando estuvo cubierta hasta el cuello.

—¿Todo bien? —preguntó sin observarla todavía.

—Por todos los santos… ¿estás hecho de piedra? Esto está helado.

—Soy un *highlander*.

—Vuelves a usar esa palabra como si bastara para explicarlo todo. Ya puedes darte la vuelta —lo instó.

Niall se acercó un poco más. No tanto como para invadir su escaso refugio, sí lo suficiente para verla bien. Ella trató de ignorar el azoramiento que sentía.

—No debes temerme —le dijo cuando vio que ella se sacudía.

—No te tengo miedo. Si hubieses querido reprenderme usando la violencia ya lo habrías hecho. Lo que tengo es un frío del demonio.

—No sabía que las damas de buena cuna empleasen ese vocabulario.

—Yo tampoco pensé jamás que me estaría adecentando mientras un hombre no se perdía detalle —repuso.

—Eres rápida en tus contestaciones.

—Tuve que aprender a defenderme bien este último año.

—¿Por qué? —se interesó.

—Porque en la Corte de Jorge me convirtieron en una prometida repudiada y fue necesario emplear todo mi ingenio para ponerlos en su lugar.

—¿Cómo has dicho? —Esa respuesta Niall no se la había esperado.

—El rey me prometió a un hombre que no quiso saber nada de mí.

—¿De verdad? —apuntó, sin saber qué más decir.

Ella lo miró con el ceño fruncido. Se veía muy sorprendido. Tuvo ganas de abofetearlo.

—Ya has visto mi temperamento —se quedó un momento pensativa—. En realidad él no se tomó ni la molestia de conocerme, así que no pudo ser solo por mi temperamento… ¿Por qué pareces tan asombrado? ¿Te resulta difícil creer que alguien no me quisiera por esposa?

—Estás mejor sin él. Seguro que era un necio orgulloso. —Y no mentía del todo. Si pudiese volver atrás, actuaría de otro modo. Pensó en la conveniencia de confesar la verdad, pero no le vio sentido. Mantendría la mentira hasta que no hubiese más remedio, no fuese cosa que ella lo enviase al infierno.

Sorcha se dio la vuelta para frotarse con las manos el cuerpo. Entonces se dio cuenta de que él había avanzado hasta su posición y que debía tenerlo muy pegado, porque percibía su aliento en la oreja. Ese hombre podía ser tan silencioso como un gato.

—¿Escarcha? —preguntó con la voz temblorosa cuando sintió que él la envolvía desde atrás en un abrazo de lo más indecoroso.

—Eres una mujer fascinante, Sorcha Grant. Cualquiera que no lo viese sería un tonto.

Ella se dio la vuelta poco a poco y Niall no pudo reprimirse. En cuanto la boca femenina estuvo a su alcance, él la besó.

Estaba resultando un beso tranquilo, sosegado y tierno. Sorcha era consciente de que no

debería estar permitiéndolo, así que cuando se impuso la sensatez, ella se separó de él.

—No podemos seguir haciendo esto.

—¿Vas a negar que lo deseas tanto como yo, muchacha?

—No, pero está en mi mano detener lo que no es correcto. Sé un caballero, laird Escarcha, suéltame y date la vuelta para que pueda salir.

—No puedo hacer eso.

—¿El qué?

—No quiero ni soltarte ni dejar de besarte nunca.

El corazón de Sorcha dio un vuelco, impropio de una mujer sensata, pero ya no estaba segura de seguir siéndolo cuando él la miraba de aquella manera y le decía esas cosas tan sinceras.

Él sonrió, inclinó la cabeza y la besó de nuevo. Tampoco fue un beso arrebatador, ni un asalto de los que dejaban a una mujer sin fuerza para retirarse antes de cometer una temeridad. La besaba despacio, saboreándola, dejando que la tensión de las últimas horas se aflojara un poco entre ambos. Sorcha quiso recordar por qué debía seguir molesta, por qué convenía oponer resistencia, por qué un hombre tan insoportable como ese laird no merecía la facilidad con la que su boca parecía reconocer la de

él. No lo consiguió. Cuando la atrajo un poco más hacia sí, el lago dejó de importarle, igual que el castillo, Rupert Henshaw y la propia prudencia.

Solo cuando él se apartó un palmo, con la respiración algo más pesada y los ojos clavados en ella, volvió el mundo a su sitio.

—Hay en mi alforja un par de paños limpios para que te seques. Ahora sal, muchacha —murmuró, con esa voz áspera que lograba convertir una orden en una caricia inquietante—. Quiero que entres en Strath Fuar pareciendo su dueña indiscutible, no una cautiva rescatada del barro.

—Estoy helada, ¿no piensas salir? —preguntó.

—No. Necesito refrescarme un poco más. Hay fuego en ti y me haces arder, Sorcha Grant. Si no tengo cuidado contigo, me consumirás. —Le dejaría intimidad para que se vistiese y le vendría bien disfrutar del agua helada para ver si su deseo menguaba.

Sorcha tragó saliva con dificultad, aún descolocada por el beso y por el modo en que le temblaban las manos dentro del agua.

—No puedes besarme cada vez que se te antoje. Promete que no volverás a hacerlo.

—No prometo cosas que no pienso cumplir. Sal antes de que cambie de opinión y te haga mía,

Sorcha. Mi voluntad es inquebrantable, pero tú puedes romperla con facilidad y no quiero que luego te arrepientas.

No se lo pensó dos veces, la dama se apartó porque sabía que era lo que debía hacer. Le gustaba que él pudiese controlarse, pero a la vez también la hacía sentirse insegura.

Se había hecho una idea muy clara de quién era el laird Escarcha. Había decidido odiarlo durante toda su vida porque era un hombre insensible, arrogante, temperamental, estúpido, insensible… ¿Eso ya lo había dicho? No importaba. ¡Era muy insensible!

Sorcha no podía seguir engañándose más. No podría odiarlo aunque quisiera, pues cada vez que él estaba cerca la hacía sentir segura y en verdad deseaba besarlo a todas horas. ¿Tan débil sería ella que no podía controlar sus emociones?

Era más tonta que él y lo sabía…

Capítulo 4
Una entrada triunfal

Strath Fuar apareció ante ellos al fin, alzado sobre la roca oscura que dominaba el agua, con sus torres recortadas contra un cielo que se veía de plomo y las murallas cerradas a cal y canto. Era una fortaleza en pie de guerra. El puente estaba recogido, las almenas vigiladas y, frente a la entrada principal, un número considerable de guerreros del laird Escarcha aguardaba para ejercer la violencia y no les importaba demasiado cuánto tardara en desatarse la guerra porque estaban hambrientos.

Era como si el castillo entero los hubiese estado esperando para mostrar su resistencia.

Sorcha sintió que el estómago se le encogía. Aquel era su castillo. La piedra angular de su linaje. El lugar donde había corrido de niña, donde había aprendido a leer el cielo, a distinguir el humor de su padre por la fuerza con que cerraba una puerta, a escuchar el lago en invierno y a no temerle al viento

cuando rugía en las noches más oscuras. Verlo cerrado para resistir un asedio le produjo una punzada tan honda que tuvo que apretar los labios para no dejarla salir en forma de queja.

Niall, que no perdía detalle de cuanto la carcomía por dentro aunque ella procurase disimularlo, desmontó primero y la ayudó a bajar sin hacer comentario alguno. El laird tenía la mirada fija en las murallas, el gesto endurecido y estaba dejando muy patente una frialdad que no anunciaba tempestades, presagiaba el fin de los tiempos.

—Dios mío… —susurró la dama con gran inquietud.

—Todo va a salir bien, Sorcha. No entraremos por la puerta principal, tengo un plan sólido que funcionará. Enséñame el pasadizo.

Sorcha levantó la cabeza para observarlo. Bajo la dureza del guerrero, tras aquella autoridad que parecía no pedirse permiso ni a sí mismo, había algo que ella ya no podía negar. Él la impresionaba. Porque percibía que cuando el laird Escarcha tomaba una decisión todo lo demás no importaba. Tal vez por eso obedeció sin discutir. Se sujetó el dobladillo del vestido y echó a andar hacia la ribera. Niall les hizo un gesto a Torquil, Murdo, Iver, Finlay y Seumas y los siguieron.

El acceso al túnel permanecía oculto entre dos grandes piedras cubiertas de musgo, a poca distancia del agua. Era fácil pasarlo por alto si uno no sabía dónde mirar. Hacía años que nadie lo usaba,

pero la estrecha entrada todavía conservaba el mismo olor a tierra húmeda que Sorcha recordaba de la infancia. Bajaron de uno en uno. Niall iba detrás de ella, tan cerca que, de haber querido, habría podido ponerle una mano en la espalda para guiarla en la oscuridad.

Aquel camino subterráneo salía a un tramo olvidado de los almacenes bajos, junto a una dependencia en desuso que se abría paso al interior por una puerta de servicio. Cuando Sorcha empujó la hoja de madera y sintió el aire de Strath Fuar en el rostro, se le erizó la piel. Estaba en casa. Y, al mismo tiempo, no lo estaba. Se escuchaban voces inglesas en los corredores. El castillo seguía en pie, sí, pero latía al son de un corazón que no era el de los Grant.

Niall también lo notó.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella, todavía muy ansiosa.

—Ahora buscaremos al capitán Henshaw mientras tú te quedas aquí con MacPherson.

—Pero…

—¿Vas a discutir, Sorcha? —inquirió en tono mordaz.

—No, por supuesto que no. —Mintió, porque sentía que debería ir con él.

—La mantendré a salvo, muchacho —alegó el viejo cuervo—. Haz tu trabajo lo mejor que puedas y trata de no dejarte llevar por tu sed de sangre.

—Me contendré, pues bien sabes que nunca renuncio a una batalla de la que sé que disfrutaré. —Luego bajó los ojos para observar a su dama—. Solo por ti, no derramaré ni una gota de sangre mientras haya solución. —En realidad era la máxima que seguía su clan, pero solo la empleaba cuando se trataba de proteger Eilean Donan. Cuando el laird estaba fuera, le gustaba ensuciarse las manos.

—¿Escarcha? —lo llamó Sorcha cuando él se dio la vuelta.

—¿Qué? —Niall se dio la vuelta de inmediato.

—Yo… yo…

—Lo sé —dijo, y ella asintió.

La avanzadilla siguió sigilosa por el interior y no tardó en toparse con el capitán Rupert Henshaw.

El inglés salía de una galería lateral con dos soldados detrás, vestido con el uniforme oscuro del rey. Su expresión de desconcierto al descubrir a un grupo armado en el corazón mismo de la fortaleza no fue ninguna sorpresa para el laird Niall Mackenzie. Aunque lo que más sorprendió al hombre del rey fue cuando sus hombres cayeron al suelo y la daga de Niall le rozó el cuello.

—Esto es traición, el rey os hará colgar a todos por amenazar un castillo que está bajo su protección.

—*Ouch*, capitán. Esto no es traición, es una invitación para que se marche lo antes posible de regreso a Londres. He escuchado hablar de usted. Primero pelea y luego no queda nadie con quien hacer tratos y, aunque en otros tiempos me hubiese encantado probarle que no es invencible, le he prometido a mi esposa que su fortaleza no sufriría ni un solo rasguño en sus murallas.

—¿Quién es usted?

—El dueño de este castillo. Había pensado que eso ya estaba claro.

El inglés se cuadró.

—Así que es usted el salvaje Mackenzie.

—Me suelen llamar bastardo; creo que salvaje es una mejora.

—Lo llaman el bastardo de Seaforth —escupió el otro.

—Veo que comenzamos a entendernos, capitán. Mi padre mismo se enorgullecía de que se refiriesen a mí por tal apelativo. No hay piedad para quien yo decida que no la habrá y Jorge tiene un buen entendimiento conmigo, así que empezaremos

de nuevo usted y yo. ¿Cuándo piensa marcharse de mis dominios?

—¿Y cómo sé que no miente?

—¿Qué ganaría con una mentira? Sabe perfectamente quién soy y sabrá también que Sorcha Grant me fue prometida en matrimonio. Jorge tuvo que haberle informado de ello porque de otro modo no habría adivinado mi identidad. Tengo derecho, con la venia del rey, a tomar posesión de estas tierras.

El capitán apretó la mandíbula.

—No he recibido noticias de un matrimonio.

—Las está teniendo ahora mismo y por parte del novio. ¿Qué mayor privilegio? —Bajó un poco más la voz, lo justo para volverla más amenazadora—: Si duda de mi palabra, podemos resolverlo aquí mismo. Una pelea de uno a uno. Mi esposa me regañará menos si solo gotea sobre su pulcro suelo la sangre de un único hombre. ¿Qué será, capitán?

Rupert lo miró con desprecio.

—¿Pretende matarme en el patio y llamar a eso derecho?

—¿No me escucha? Será una pelea justa y si fuese un hombre inteligente, no trataría de ganarme, porque en cuanto el rey se enterase de que usted fue contra sus deseos…

—Esto no se quedará así.

—Esto se quedará como yo diga que se quede —lo cortó Niall—. Ahora hablemos de cómo usted y sus hombres se marcharán pacíficamente de mis tierras después de rendirle honores a mi esposa, la castellana del castillo. —Al ver que el militar no decía nada, Niall hincó un poco más la cuchilla sobre su cuello y le dijo—: Le estoy dando la oportunidad de salir con vida, con sus hombres y con el resto de su orgullo, que ya debe de estar bastante maltrecho. Mis guerreros llevan demasiado tiempo sin pelear y no me costaría nada abrir estas puertas desde dentro para que entren todos. Ya ha visto que no he venido solo, hay un gran número a las puertas de mi castillo y están listos para la guerra. Luego será usted quien tenga que explicarle a Jorge por qué sus soldados perdieron la vida a manos del legítimo dueño de Strath Fuar porque lo dejaré vivir para que pueda explicarse.

La palabra legítimo quedó suspendida entre ambos como una provocación muy calculada.

El capitán entendió el mensaje. Si oponía resistencia y aquello terminaba en sangre, nadie en Londres le agradecería la heroicidad. Ni el rey ni la Corona se molestarían en llorar por un capitán que hubiera administrado mal una posesión hasta perderla. Además, tenía delante a Niall Mackenzie, y su reputación le precedía. El inglés reconoció por fin lo evidente y eso era que aquel hombre no fanfarroneaba, pues estaba dispuesto a combatir allí mismo.

—Se hará como dice, laird Mackenzie.

Niall sonrió.

—Dado que sus hombres ya están preparados para cualquier cosa, saldrán de inmediato del castillo. Los mandará esperar para despedirse de mi esposa y luego no volveré a verlos, ni a usted ni a sus soldados. —Rupert Henshaw afirmó con la cabeza —. Sabia decisión, capitán.

Cuando regresaron con los demás —y el capitán los acompañaba— Sorcha estaba donde él la había dejado, con las manos enlazadas ante el vientre y una inquietud imposible de disimular. MacPherson la protegía con su cuerpo. No parecía asustada por sí misma, sino por lo que él hubiera tenido que hacer para doblegar al capitán. Niall la encontró muy hermosa en esa preocupación.

—Amor mío, ven —la llamó el laird.

Sorcha se movió de inmediato y Mackenzie le puso una mano muy posesiva en la cintura, para, a continuación, darle un beso en los labios. Luego ella se separó azorada porque no entendía lo que estaba ocurriendo. Entonces vio que había un hombre de más con el grupo.

—¡Capitán! —exclamó de pronto.

—*Milady*, es un placer volver a verla. De haber sabido que los salva… —Niall carraspeó y el militar se rectificó de inmediato—… que los escoceses

de ahí afuera escoltaban a su dama, la hubiésemos recibido de otro modo.

Ella no se lo creyó ni por un instante, pero pese a ello dijo:

—Lamento que haya tenido que enterarse así.

—El capitán Henshaw ha venido a despedirse de ti en persona, amor mío —repitió—. Y a desearte toda la felicidad del mundo por nuestras nupcias.

Ella, tan acostumbrada como estaba a las intrigas palaciegas, no perdió la compostura ni un solo momento.

—¿Eso es así, capitán?

—Por supuesto, *milady*. Le deseo toda la felicidad a usted y al laird Mack…

—Sí, sí —lo interrumpió a toda prisa Niall para que no descubriese el pastel de inmediato por si ella llegase a olvidar las prioridades y decidiera echársele al cuello para tratar de ahogarlo con sus propias manos—. El capitán tiene prisa, Sorcha. Sus hombres llevan demasiado tiempo en estas tierras plagadas de salvajes y desean regresar lo antes posible a Londres. Rendirán honor a la castellana del castillo y se despedirán de ti en media hora en el patio.

—¿Media hora? —graznó el inglés.

—Por supuesto que sí. No me mire así, capitán. Sé las ganas que tendrá de llegar a Londres y explicarle al rey lo feliz que ha estado al devolverle a la dama todo lo que le pertenecía.

—Pero el castillo ya no es de la dama, es suyo, laird Mack…

—Palabras, palabras —lo interrumpió de nuevo con gran velocidad—. Yo aquí solo soy un buen esposo preocupado por el legado de mi mujer. Muchachos, acompañad al capitán para que cargue solo lo necesario para el viaje.

Y los guerreros de Mackenzie entendieron que no debían quitarle el ojo de encima hasta que todos y cada uno de los ingleses saliesen por la puerta.

—¿Qué hay de los hombres que se han casado con escocesas y sus hijos?

—Les dirá que pueden quedarse si no tienen juramento previo hecho ante el rey Jorge, y las mujeres pueden irse si así lo desean.

Y con eso, los hombres de Niall se lo llevaron para iniciar el traslado. Sorcha y él se quedaron solos. La dama se soltó de su agarre de inmediato y supo que se avecinaba una nueva tormenta.

—Ya está solucionado, ¿por qué no pareces contenta? No sabes cuánto llevan mis hombres esperando una buena batalla, se pondrán furiosos cuando sepan que no habrá guerra y los he defraudado solo por ti —la avisó.

El silencio que siguió fue tan intenso que hasta las antorchas tras ellos parecían haberse quedado quietas. Ella deseaba gritarle con todas sus fuerzas. No lo haría, porque, entre otras cosas, sabía que no serviría de nada. Tomó una larga bocanada de aire.

—¿Así que debería darte las gracias por no haber arriesgado sus vidas y contar una soberana mentira, aunque tus hombres sí que se enfadarán porque deseaban luchar? —preguntó al fin, en un susurro cargado de asombro.

Niall, satisfecho hasta extremos que no pensaba disimular, se inclinó un poco hacia ella.

—Así es. Y ha sido fácil. Solo tuve que explicarle que estamos casados.

—Sí, eso de que eras mi esposo ya me había quedado claro. ¿En qué estabas pensando al decir semejante falsedad? Eso no era una solución.

—¡No querías que derramase sangre! —saltó indignado, como si eso lo explicase todo—. ¿Cómo, en nombre de Dios, iba a hacer esa proeza si no era diciéndole que era tu marido, Sorcha?

La escocesa comenzó a negar con la cabeza. Se quedó inmóvil y durante un breve instante, incluso Niall pensó que ella había olvidado cómo respirar.

—Hablaremos luego, cuando todos ellos se hayan marchado —dijo la dama muy bajo, sin apartar la vista de él. Porque si daba rienda suelta a su rabia podría acabar matando a ese hombre terco con sus propias manos.

—No, muchacha. No hay nada de qué hablar.

—¿Ah, no?

—No, porque no hay tiempo. Hay una boda que celebrar.

—Disculpa, ¿qué has dicho?

—Una boda.

—¿Qué boda?

—La nuestra, Sorcha. No solo llegaron mis hombres a las puertas del castillo, también hice traer al padre Murdock para que oficiase nuestra unión.

—¿Qué?

—Vamos a casarnos, creía que eso había quedado claro. ¿Qué es lo que no entiendes?

Ella se negó a ponerse más nerviosa de lo que ya estaba.

—¿Y cuándo exactamente me has pedido matrimonio? Porque solo has decretado que eras mi esposo.

Niall sintió, con una claridad placentera, que acababa de meterse en una batalla peligrosa, pues pensaba salir vencedor.

—En cuanto respondiste a mi beso dejaste claro que me querías. Deberías sentirte agradecida por mi control.

—No sé si quiero saber a qué te refieres al decir eso… —murmuró ella.

—Todas las veces en las que me contuve para no hacerte el amor fueron porque no quería mancillarte sin el permiso de Dios. Lo he hecho por ti. No hace falta que me des las gracias si no quieres.

—¡Ooooh, qué generoso de tu parte! —ironizó.

Él captó el tono malicioso y frunció el ceño todavía más. Bueno. Era una excelente señal que ella no hubiese maldecido en francés, ¿no?

—¿Estás enfadada?

—¿A ti qué te parece?

Niall no comprendía nada.

—Pero tú me quieres, ¿por qué te enfadaría que haya traído a un hombre de Dios para que nos casemos?

—Piénsalo un poco, laird Escarcha —farfulló la dama.

—¡Pero si he echado a los ingleses sin pelear y pareces estar dispuesta a cortarme el cuello en vez de darme un trofeo! ¡No te entiendo, mujer!

—Eres un hombre inmensamente sabio, laird Escarcha, piensa un poco y seguro que averiguas todo lo que has hecho mal. Y te aseguro que no son pocas las cosas por las que deberías pagar —dijo, al tiempo que se marchaba soltando bastantes expresiones en un perfecto francés que debían de ser palabras de lo más soeces dirigidas a él.

Niall se quedó allí un instante, rascándose la cabeza porque no sabía lo que acababa de suceder. ¡Pero si ella debería estar dando saltos de alegría! ¡Iba a casarse con ella y la había respetado! Solo Dios sabía lo mucho que le había costado no hacer nada más que robarle un par de besos.

¡Mujeres! ¡Todas estaban locas!

***

El primer día en las tierras de Sorcha fue bastante productivo. Al menos, en lo que a tácticas se refería.

Los soldados ingleses abandonaron Strath Fuar sin provocar altercado alguno. Rupert Henshaw cumplió su palabra, y lo hizo con rigidez, pues era un hombre derrotado que sabía que había perdido una partida y carecía de margen para hacer algo al respecto. Sus hombres cargaron con lo imprescindible, formaron en el patio y se despidieron de la dama del castillo con cierta cortesía. Niall los vio partir desde la escalinata, con Sorcha a unos pasos de él. El laird tenía la sensación de que aquella victoria, limpia y casi elegante, le había costado más de lo que parecía, pero ¿por qué? No hubo sangre en los adoquines y, sin embargo, no reinaba la paz.

Ella ni lo miraba. Por descontado que tampoco le dirigía la palabra.

En cuanto las puertas se cerraron tras la última montura inglesa, Strath Fuar empezó a recobrar su ritmo, aunque no del todo. Había habitaciones que olían aún a *sassenach*, despensas que debían ser revisadas y una quietud en los corredores extraña. Niall no dejó que el desconcierto echase raíces. Dispuso guardias en puntos concretos, ordenó que se revisaran las almenas, habló con el hombre que había sido el segundo del padre de

Sorcha, con el mozo de las cuadras y con dos viejos criados que habían permanecido en el castillo y que parecían leales a su castellana. Antes de que anocheciera ya había enviado a buena parte de sus guerreros de regreso a Eilean Donan. Su hogar también exigía defensa, y él no iba a vaciar una fortaleza para mantener otra. Solo retuvo en Strath Fuar una pequeña guarnición, suficientes hombres para proteger el castillo y no tantos como para que Sorcha sintiera que habían reemplazado unos invasores por otros.

A ella no le pasó inadvertido nada de eso. Veía a Escarcha moverse por su casa con autoridad, dando órdenes con una seguridad indiscutible y, al mismo tiempo, mostrando una consideración que era bienvenida. No le dio las gracias, por supuesto, pero tampoco lo contradijo delante de nadie. Ella se limitó a replegarse tras una cortesía glacial que, en su caso, le resultaría a él más hiriente que una bofetada. Así confiaba la dama en que fuese.

Niall trató de hablar con ella al caer la tarde. La encontró en la galería alta, quieta junto a una ventana estrecha desde la que se veía el lago. Él fue con la intención de firmar una tregua. En cuanto vio la mirada que le echó al darse cuenta de que era él quien se aproximaba… Mal asunto…

—No me mires de ese modo —le dijo Niall.

Sorcha desvió la mirada y volvió a centrarse en el agua.

—¿Y de qué modo te miro?

—De uno que me hace pensar que preferirías ver a los ingleses en el patio antes que a mí. No estás siendo ni justa ni racional —la reprobó.

Ella giró la cabeza y lo miró a los ojos. Tenía el rostro sereno y su mirada se apreciaba más cansada de lo que él había previsto.

—¿Deseas algo de mí en especial?

—Ya sabes lo que quiero de ti, muchacha.

—¿El qué? —preguntó con fingida inocencia.

—¿Por qué me estás castigando? ¿Acaso no he hecho más que ponerme a tu servicio desde que te encontré? ¿Esa es la recompensa que recibo por mis acciones, Sorcha? —preguntó tratando de ser paciente.

—¿Has terminado ya de alabarte, laird Escarcha?

—¡Maldita sea, mujer! —explotó—. Dime por qué sería tan malo convertirte en mi esposa.

Ella negó un par de veces con la cabeza.

—¿Me querrías si no hubiese sido la castellana de este castillo? —inquirió ella a cambio.

—¿Es por eso? ¿Estás disgustada porque crees que solo me interesan tus tierras y la fortaleza?

—¿Y te parecería poca razón?

—¡Por San Andrés que sí! —exclamó él—. Es del todo natural que las uniones entre clanes se hagan por esos motivos. Tú además tienes la suerte de que tu futuro esposo te desea. ¿No ves la conveniencia de nuestro matrimonio, Sorcha?

Niall observó cómo a ella se le aguaban los ojos y cómo su mirada se ensombrecía, y se lamentó por haberle hecho daño.

—Estás ciego, Escarcha, y solo de ti depende abrir los ojos.

Ella se movió para marcharse de allí, porque se prometió que no lloraría por él ni delante de él jamás. Niall le sujetó la muñeca.

—No soy un hombre de palabras tiernas, ni de grandes sentimientos. Yo solo entiendo de peleas, pero sé cómo demostrar lo que significa alguien para mí. Creo en el honor y la lealtad, Sorcha. Te he deseado desde nuestro encuentro en Londres y he sujetado mi lujuria porque quería que entendieses que, a mi lado, serás tratada con respeto y siempre tendrás mi fidelidad. Eso tendría que significar algo para ti.

—No es la primera vez que te escucho decir algo parecido, Escarcha.

—¿Y no cuenta para nada?

—Por favor, suéltame —le dijo, al tiempo que miraba el lugar donde él la estaba apretando con demasiada fuerza.

—Lo siento —la soltó de inmediato.

Ella alzó la mirada, incapaz ya de contener las lágrimas. La primera se derramó.

—Yo también lo siento —dijo la dama, para luego desaparecer de inmediato.

Aquella breve conversación lo acompañó hasta la cena. También lo herida que ella se había mostrado con él. Sorcha comió poco, habló menos y se retiró temprano con una dignidad tan implacable que a Niall le dieron ganas de seguirla, sentarla sobre sus rodillas y obligarla a… a… ¿a qué? ¡No sabía cómo actuar con ella!

No importaba. Lo hizo. O casi.

El laird subió hasta sus aposentos cuando el castillo ya dormía, porque deseaba tenderse a su lado y demostrarle que su sitio estaba junto a él. Sorcha había sido rápida. La puerta de su alcoba estaba bien trabada por dentro. Empujó una vez. Luego otra, con menos paciencia. La madera aguantó. Permaneció quieto frente a la hoja, tratando de escuchar lo que ella hacía. No oyó ni pasos, solo el silencio de una mujer que había decidido plantarle cara con un cerrojo. En honor a la verdad, valoró echar la puerta abajo. Le hubiese bastado con un hombro… No lo hizo. Armar un escándalo habría sido una torpeza

indigna incluso de él. Bajó los puños, masculló una blasfemia y se marchó con un humor de perros.

El segundo día, Sorcha había escogido un castigo peor.

No lo evitaba de forma deliberada ni le lanzaba desplantes delante del servicio. Se mostraba como la dama impecable que era y, sí, le hablaba cuando resultaba imprescindible. Le dio los buenos días, le preguntó por las reparaciones de una torre, se interesó por el estado de los establos, escuchó los informes del hombre de Niall que mantenía la seguridad de la fortaleza y le agradeció a Murdo haber recuperado dos baúles más de los que ella creía perdidos. ¡Se lo agradeció al hombre que Niall había enviado a recuperar sus pertenencias y no a él!

El laird Mackenzie estaba a un paso de perder la paciencia.

Niall, que había sabido lidiar con llantos, gritos o incluso con un jarrón volando en su dirección cuando Kenna se alteraba, se encontraba sin saber cómo borrar la inmensa distancia que parecía separarlos. La observaba recorrer la despensa, revisar las llaves de las bodegas, conversar con las mujeres del clan… Todo sin permitir que él pudiese ser parte de su rutina. Niall le había dejado claro que Strath Fuar no sería tratado como un botín, sino como una casa defendida por su propia gente. Sorcha escuchó todo aquello con atención, asintiendo cuando correspondía, y cuando él creyó que por fin se aflojaría algo en el interior de ella, la dama le dio las gracias y se dio media vuelta.

¿Qué quería de él? ¡Infierno!

Aquella noche, Niall no trató de traspasar la puerta de la habitación de Sorcha. Lo pensó más de una vez, pero no lo hizo. Estuvo de malhumor hasta el punto de que Torquil, con instinto de supervivencia, procuró no cruzarse demasiado en su camino. Niall cenó tarde, bebió de pie junto al fuego y acabó preguntándose cuándo demonios se había vuelto tan importante para él oír una voz que no paraba de llevarle la contraria.

Al tercer día la tensión cambió.

Strath Fuar se iba pareciendo de nuevo a un castillo habitado por escoceses. El servicio recuperaba sus rutinas, en el patio resonaban las herraduras y en las cocinas ya olía a pan y caldo espeso. Niall habría podido sentirse satisfecho. En vez de eso, iba por los corredores como un hombre hambriento al que no le daban de comer. La necesitaba. Deseaba besarla, tocarla por todas partes y… ¡Dios! La lujuria lo estaba matando, era cierto, pero lo peor era que la echaba tremendamente de menos. Incluso a su lengua afilada.

A media tarde la encontró en el salón pequeño que daba al lado norte, sentada junto al fuego con la labor de costura entre las manos. No estaba bordando. Remendaba una manga con atención. Niall se quedó mirándola como si fuese algo precioso. Ella lo fascinaba. Nunca había entendido a los hombres que se quedaban embobados contemplando a una mujer ocupada en sus tareas. Ya no era así.

—¿Deseas algo, laird Escarcha? —le preguntó la dama sin mirarlo.

—¿Vas a castigarme toda la vida por haberte devuelto el castillo sin derramar sangre? —replicó él de inmediato.

Sorcha alzó la vista despacio.

—No te estoy castigando.

—¿No?

—No —se reafirmó ella en su negativa.

—Pues yo estoy convencido de que lo estás haciendo.

Ella dejó la aguja en su regazo.

—¿Y por qué debería castigarte según tu opinión?

—¿No echas de menos que nos besemos? —le preguntó con un ladrido.

Ella suspiró.

—No sé qué quieres de mí, Escarcha.

Él se acercó al fuego. No la miró.

—Quiero que entres en razón.

—Eso llevas días repitiéndolo sin tener que decir ni una sola palabra. Vislumbro una simple de tus miradas y sé que esperas que haga lo que tú crees que debería hacer.

—Porque es lo correcto, Sorcha.

—Lo que tú llamas correcto se parece demasiado a obedecer.

Niall abrió la boca para responder con una de sus certezas, pero no le salió ninguna que valiera la pena decir a viva voz. Ella le hablaba con acertijos. Quizá por eso, en vez de imponerse, se sentó enfrente y procedió a conversar con franqueza.

—No quiero tu sumisión.

—Mejor, porque dudo mucho que pudiera ser una mujer dócil.

—¿Qué tengo que hacer, muchacha? Solo dime qué debería hacer… —La petición sonó a ruego.

Aquella admisión la sorprendió más que cualquier fanfarronada. No lo absolvía de sus pecados, ni mucho menos; aun así, cuando se levantó para marcharse, lo hizo ofreciéndole una sonrisa que se apreciaba triste, pero sincera.

—No puedo ayudarte en esto, laird Escarcha.

Esa noche volvió a subir hasta sus aposentos. La puerta estaría otra vez cerrada por dentro. No probó a empujarla porque él sabía que así sería. Se quedó a un lado del marco, apoyó la frente en la piedra fría y habló solo para él:

—Dame una indicación, por favor…

No obtuvo respuesta, lógicamente. Se quedó allí un rato, sintiéndose más ridículo de lo que jamás se habría creído capaz, hasta que comprendió que tal vez necesitase ayuda más experta. Bajó la escalera con el orgullo magullado y la decisión de no rendirse jamás.

Al cuarto día, él dejó de buscar la forma de doblegarla y empezó, muy a su pesar, a tratar de comprenderla.

El cambio de Niall no provino de una revelación grandiosa. La vio detenerse a escuchar a una anciana que se había quedado en el castillo durante la ocupación. Después la observó besar a una niña en la frente y prometerle que ya no habría soldados extraños en el patio.

Sorcha Grant era una mujer única, amable y bondadosa. Todo eso fue limando la irritación de Niall y le hizo comenzar a sentir una cosa tan peligrosa como era la ternura. Ella le ablandaba el corazón y eso era fatal para un guerrero.

Ese mismo día, poco antes de la cena, Sorcha bajó al patio envuelta en uno de los mantos

que él le había dejado. La tela llevaba los colores de su clan y, aunque ella no parecía advertirlo, Niall sintió un orgullo tan brutal al verla con sus prendas que tuvo que obligarse a no ir en su busca porque acabaría abrazándola y la besaría.

Después de dos minutos se lo pensó mejor. Se acercó con la intención de provocarla un poco, de arrancarle una de esas respuestas lapidarias que tanto echaba de menos. Sorcha se volvió al sentir su presencia y, durante un instante breve, a él le pareció que ella se alegraba de tenerlo delante.

—Hace frío esta noche —dijo.

Niall afirmó con la cabeza.

—Yo nunca lo noto. De hecho, me gusta mucho el frío. —Se abstuvo de decir que gracias a ello él podía controlar sus deseos más íntimos.

—A veces me siento tan…

—¿Tan qué?

—No lo sé… Yo no…

—¿Qué, Sorcha?

—Nada. —Y ahí se esfumó la esperanza de él por averiguar qué le estaba carcomiendo el alma a una mujer tan fuerte y segura de sí misma.

—Estoy aquí a tu lado. Puedes apoyarte en mí.

—Las cosas no son fáciles.

—¿Por qué estás enfadada conmigo? —probó suerte de nuevo.

—¿Crees que lloverá? —desvió ella el asunto.

—No. Hasta dentro de unos días, no creo que llueva.

—Me gusta el agua. Me gusta ver cómo lo limpia todo.

—Sorcha… yo…

—No —lo frenó ella—. No puedo darte las respuestas que buscas.

Sorcha respiró hondo. El viento le movía un mechón junto a la sien, y él tuvo que resistir el impulso de apartárselo.

—Te echo de menos… —murmuró él.

—No me he ido a ninguna parte.

—Sabes lo que he querido decir.

—¿Lo sé? No. Te equivocas, laird Escarcha. Yo no sé nada.

Acto seguido, ella dio un par de pasos sin mirar atrás. Niall se sentía cada día más perdido, vacío y frustrado.

—¿Quieres que me marche del castillo? —lanzó la pregunta al aire.

Ella se detuvo de inmediato y lo miró por encima del hombro.

—Debes hacer lo que consideres oportuno —respondió la dama.

Otro galimatías más. Sorcha no se había apartado de él solo para castigarlo. ¿Se habría refugiado en el silencio y la distancia porque todavía no se fiaba de lo que él despertaba en ella, de lo rápido que podía hacerla arder, de lo fácil que le resultaba volverla insegura y deseosa en el mismo aliento?

Seguía queriéndola en su cama, bajo su cuerpo y entre sus brazos, con una urgencia que no admitía mayor demora. Pero se había jurado que no la tendría hasta que ella se convirtiese en su esposa y, por Cristo en la Cruz, que no lo haría. Y, cada noche, Niall seguía mirando la escalera que llevaba a sus aposentos y preguntándose cuántos golpes necesitaría esa puerta para caer. Seguía odiando que el pestillo estuviera echado cuando la noche caía y el castillo guardaba silencio. Pero él dejó de interpretar

aquel rechazo como un desafío que debía aplastar, y empezó a verlo como la última defensa de una mujer por la que habían decidido demasiadas cosas sin contar con ella.

Sí. Había llegado el momento de dejar de ser un necio y pedir ayuda.

Capítulo 5
Un desastre, ¿con solución?

El solar interior de Strath Fuar, el lugar que una vez fue el santuario del padre de Sorcha, estaba en calma por primera vez desde que Niall Mackenzie había puesto un pie en el castillo. La noche había caído sobre la piedra húmeda y lo que imperaba era un silencio extraño, el que quedaba después de demasiados días de tensión. En una esquina, junto a unos barriles viejos y una mesa coja que alguien había tenido la decencia de cubrir con una manta basta, Seumas MacPherson permanecía sentado disfrutando de un excelente *whisky*, mientras su laird observaba el fuego.

Niall había servido dos vasos. Y el muchacho parecía estar ensimismado en sus propios pensamientos.

Seumas lo observó por encima del borde del cristal y dejó escapar un resoplido.

—Cuando un hombre me ofrece una copa a estas horas, solo pueden ocurrir tres cosas. Una: ha matado a alguien y quiere celebrarlo. Dos: pretende pedir consejo sin admitirlo. O tres: está desesperado.

Niall dejó de mirar el fuego y se centró en los ojos de un hombre que siempre fue más como un padre para él que otra cosa.

—¿Y tú cuál dirías que es, viejo?

—La segunda o la tercera, muchacho. —Bebió un trago y saboreó el licor con respeto—. La buena noticia es que no eres el primero. Fraser se tragó el orgullo antes que tú cuando decidió escucharme para conquistar a Kenna. La mala es que te creía más inteligente y no había esperado que llegases a este punto. Pero somos *highlanders*, estamos convencidos de que el amor solo nos debilita.

—¿Amor? ¿Quién ha hablado de amor? —Aquello merecía una blasfemia, pero Niall se la guardó.

—No tiene sentido disimular más, Niall. Te veo todo el tiempo mirarla como si fueses un cordero y ella no quisiera rascarte la barriga.

—¿A un cordero se le rasca la barriga? Yo creía que sería a un gato. Un perro, si lo prefieres.

—Ya me has entendido. Eres como un cachorro al que su dueña no le dedica ni una sola

mirada. Eso es buena señal.

—¿Lo es?

—Sí, porque si no le importases nada, ella no se mostraría tan enfadada.

—¿Verdad que está enfadada?

—Sí.

Ahí tenía la confirmación de que no eran imaginaciones de él, por más que ella tratase de hacerle creer que así era.

—No sé qué demonios hacer. ¿Qué le he hecho? —preguntó como si él fuese el más inocente de los inmaculados.

Seumas alzó una ceja.

—¿Cuánto tiempo tengo, muchacho?

—¡No puedes estar hablando en serio, MacPherson! ¡Yo no le he hecho nada malo! ¡Por Dios, si no le he puesto un dedo encima!

—¿No la has besado?

—Ya sabes lo que quiero decir. Ella sigue siendo virgen, y es un milagro porque yo…

Seumas se rio sin contención.

—Sé lo que es, Niall. ¿Le has dicho quién eres por fin?

—¿Te has vuelto loco? Si ella ya está enfadada por algo que no sé qué es… ¿qué te imaginas qué hará cuando descubra que la dejé atrás y que solo la perseguí porque el rey me dijo lo que ella poseía?

—Ah, pero tu dama sabrá también que Eilean Donan te pertenece y, en comparación, tu fortaleza es más fina y elegante que esta. Mejor posicionada también.

—No creo que eso me sirva para disculparme.

—Entonces, discúlpate con sinceridad. Dile la verdad, admite que fuiste un necio y que estás enamorado de ella.

—¿Y con eso me la ganaré?

—No lo sé, pero es lo que debes hacer.

—¡*Ouch*, Seumas, no me estás sirviendo de ayuda! —Niall cerró los ojos un instante—. No hay modo de hacerla entrar en razón. Si le digo la verdad la perderé.

Seumas soltó una risa baja.

—Ah. Ya has descubierto que no puedes vivir sin ella.

—Tal vez pueda, pero no quiero. Mi vida sin ella a mi lado no sería lo mismo. Ciertamente creo que yo me… creo que… —Niall suspiró—. Estoy enamorado —confesó, como si eso fuese un gran pecado.

—Dile cosas en ese sentido y te la ganarás con facilidad.

—No la conoces… No se dejará ablandar con un par de palabras bonitas.

El Cuervo volvió a reírse.

—El amor duele…

—No te diviertas tanto. La tengo delante y es peor que la maleza. Cuanto más trato de enderezar la situación, más se me enreda.

—Eso te pasa por querer enderezar a una mujer como se doma a un caballo joven. —El viejo movió el vaso entre los dedos—. Podrías hacer lo que hizo Fraser. Traer a unos cuantos escoceses, sitiar el castillo y obligarla a aceptarte con la promesa de mantener sus tierras a salvo.

Niall comenzó a afirmar con la cabeza.

—No es mala idea… —valoró.

Seumas gruñó.

—¡Ni lo pienses! Estaba bromeando, maldito seas. —Le lanzó una mirada agria—. Y no me gusta nada ver que te has tomado medio en serio la ocurrencia. Si querías recurrir a una bestialidad así, tu momento ya pasó. Tendrías que haberlo hecho antes de que los ingleses salieran de Strath Fuar. Ahora el castillo ha vuelto a manos de la dama y, te guste o no, no puedes comportarte como un invasor en la casa que dices querer compartir con ella.

Niall bajó la vista al *whisky*. No discutió esta vez, lo que para Seumas resultó mucho más elocuente que cualquier protesta.

—Entonces dame un buen consejo sobre mi gran problema —murmuró al cabo de un buen rato—. Tengo secuestrado a un cura que necesita seguir su camino —le recordó—. Y procura que tus indicaciones me sirvan.

El viejo estiró las piernas, apoyó la espalda contra la silla y lo estudió con paciencia unos minutos.

—La verdad es tu mejor opción. Lo siento. Es así —insistió.

Niall soltó una risa seca, desprovista de humor.

—Te he dicho que no.

—Ni siquiera me has dejado terminar mi alegato.

—No hace falta. Ya sé a dónde quieres ir.

—A donde deberías haber ido hace tiempo. —Seumas lo señaló con el vaso—. Dile quién eres. Dile que el laird Escarcha y Niall Mackenzie son el mismo bastardo terco. Confiésale que eres el hombre que la dejó sola en Londres, el necio que no quiso ni verla y el imbécil que ahora no sabe dormir ni beber ni respirar en paz, porque la dama de Strath Fuar le ha puesto la vida patas arriba.

Niall negó con la cabeza sin pensarlo siquiera.

—Eso no.

—¿Y por qué no?

—Porque en cuanto lo sepa, me odiará de verdad. ¿Cuántas veces voy a tener que repetírtelo?

Seumas resopló.

—Muchacho, ya está bastante cerca de odiarte.

—No. Ahora está enfadada con Escarcha. Con un bruto insolente que la saca de quicio. Eso puedo manejarlo. Si descubre que soy el laird Mackenzie, el prometido que la despreciaba, el hombre que la dejó expuesta a las murmuraciones de la Corte durante más de un año, no me dejará acercarme a tres pasos sin intentar clavarme algo entre las costillas.

El viejo no respondió enseguida. Bebió otro trago, más largo, y dejó que el silencio trabajara un poco entre ambos.

—Muy bien. Ya has desechado mi mejor consejo. Sigamos pues —concedió al fin—. Supongamos que sigues empeñado en comportarte como un necio con instinto de supervivencia. Entonces solo te queda una opción.

Niall lo miró con recelo.

—Habla.

—Trágate el orgullo.

Aquello mereció la mueca de auténtico desagrado que le ofreció, dado que Niall lo había entendido a la perfección.

—Busca otra.

—No la hay. —Seumas dejó el vaso sobre la mesa y se inclinó hacia él—. Vas a tener que pedirle a la dama que se case contigo de rodillas y todo eso, no imponérselo, ni darlo por hecho o actuar como si le estuvieras haciendo un favor. Tienes que pedírselo como un hombre galante. Y antes de eso, te tocará cortejarla durante un tiempo. Ganártela. Hacer que se derrita un poco, aunque solo sea lo bastante para que deje de querer arrancarte la cabeza cada vez que abres la boca.

—¿Todos han notado que me detesta?

—Tal vez todos no…

—No mientas. No soy un chiquillo.

—Sí, Niall. Los hombres han hecho apuestas a ver cuánto aguantas hasta…

—¿Hasta?

—Hasta que tires la puerta de la alcoba de la dama abajo y la reclames al fin.

—¡Por Dios! ¡No soy un bárbaro tan insensible!

—Fraser trató de obligar a Kenna a darle un beso y quiso que ella…

—¿Qué has dicho? —inquirió con una ceja alzada porque esa información no la conocía.

—Olvídate de eso. Tu hermana es feliz. Hay que buscar un buen plan para ti ahora.

Niall lo contempló con una mezcla de espanto y ofensa.

—No sé hacer eso de convertirme en un tonto.

Seumas sonrió sin piedad.

—Pero si ya lo estás haciendo a las mil maravillas, muchacho.

—Eres insufrible.

—Eso piensa de ti tu dama —se defendió—. Mírate, Niall, estás aquí bebiendo conmigo y no durmiendo tranquilo junto a una esposa bien dispuesta.

—No me sirve de nada que te burles.

—Pues deja de ofrecerme ocasiones tan buenas. —El viejo apoyó los antebrazos en las rodillas —. Escúchame bien. No es preciso convertirte en un inglés bien perfumado ni en un poeta estúpido. Eso te sentaría tan mal como unas medias de seda. Solo tienes que dejar de comportarte con ella como un conquistador satisfecho. La dama no necesita que le recuerdes cada media hora que puedes tomar lo que quieres. Ya lo sabe. Lo que no sabe es que la valoras, la quieres y puedes hacerla feliz.

El *whisky* dejó de tener buen gusto en la boca de Niall. Aquellas palabras le habían dado justo donde dolía.

—¿Y cómo demonios se hace eso?

Seumas lo miró con paciencia.

—Empieza por escucharla cuando hable. Sin interrumpirla para decirle que ya tienes la respuesta. Sin tratarla como a uno de tus hombres que ha de

aprender disciplina. Luego podrías tener la delicadeza de preguntarle qué desea y no enfadarte si la respuesta no te gusta. También ayudaría que dejases de hablar del matrimonio como si fuera una orden militar.

Niall se pasó una mano por la cara. Un gesto lleno de desesperación.

—Eso suena a tortura.

—Cortejar a una mujer no está tan lejos de una campaña larga. Hace falta paciencia, saber retirarse a tiempo y no confundir una carga frontal con una estrategia brillante. Hay que ser… sutil, amoroso, tierno… ¡Dios santo, Niall! —exclamó alarmado Seumas.

—¿Qué? ¿Qué?—Niall se había asustado por una reacción tan visceral.

—No lo conseguirás ni aunque vivas mil vidas. Mejor sedúcela y luego hazla una mujer decente.

Por primera vez desde que comenzó la conversación, al laird se le escapó una sonrisa auténtica.

—Eres un viejo malnacido.

—Y aun así has venido a buscarme. No bromeaba en lo que te he dicho sobre todas las cosas

que tiene que hacer un buen pretendiente. ¿No te jactas siempre de ser mejor que Callum Fraser?

—¿Qué tiene que ver el esposo de Kenna aquí?

—Él fue un pretendiente bastante aceptable, al menos hacia el final del romance… Podrías ver esto como una especie de competición, porque de otro modo no sé si lo lograrás —admitió con sinceridad.

—¿He dicho malnacido? No. Eres algo peor.

Niall apuró lo que le quedaba de *whisky* y dejó el vaso sobre la mesa con un golpe breve. Había resistencia aún en su gesto; una parte de él seguía negándose a aceptar que la solución pasara por agachar la cabeza delante de una mujer, por más que esa mujer fuese Sorcha Grant. Sin embargo, debajo de esa resistencia empezaba a moverse algo más sólido, como lo era la certeza de que Seumas tenía razón y de que ninguna de las otras salidas lo llevaría a donde quería. Las mujeres solían disfrutar de un poco de cortejo y él no tenía nada mejor sobre la mesa. Además, matar era fácil, ¿cuán difícil sería ganarse el corazón de una mujer con tonterías? Seumas se equivocaba. Niall sería un pretendiente magnífico.

—Muy bien —dijo al cabo de un buen rato, con voz baja—. Lo haré.

El Cuervo de Rannoch lo observó con atención, como si calibrara hasta qué punto hablaba

en serio.

—Enamórala rápido.

Niall frunció el ceño.

—¿Por qué?

Seumas soltó otra carcajada.

—Eres más lento para algunas cosas que un toro con el seso dormido. La noticia de la partida de los ingleses ya habrá llegado al castillo de Fraser, o no tardará en hacerlo. —Se inclinó a coger de nuevo el vaso y alzó una ceja cargada de malicia—. Tu hermana Kenna tendrá pronto noticias de que has entrado en Strath Fuar, has echado a los hombres del rey y de que andas rondando a tu futura esposa. ¿De verdad crees que esa muchacha va a quedarse tranquilamente en su casa y no vendrá a ver con sus propios ojos a la mujer que has elegido al fin? —Niall se quedó inmóvil. Luego blasfemó y Seumas sonrió con gran placer para después añadir—: Eso mismo pensé yo, muchacho. Así que, si vas a arreglar este desastre, más te vale hacerlo antes de que *lady* Fraser cruce las puertas y decida ayudarte a su manera. Porque entonces sí que tendrás un problema.

—Dos días como mucho. En dos días lo tendré solucionado. Flores, una palabra bonita y ella será mía. Sí. Será pan comido.

Seumas no osó contradecirlo. El chico —oh, sí, el viejo lo había vuelto a degradar— se veía muy orgulloso de su plan y él no iba a decirle lo rápido que fracasaría.

***

El cortejo comenzó mal. No era sorprendente porque era del único modo en que podía empezar una empresa de esa índole dirigida por Niall Mackenzie, por supuesto.

Durante los dos primeros días, se dedicó a rondarla con una torpeza que habría provocado la risa de cualquier mujer menos herida que Sorcha Grant. Niall apareció una mañana en el salón pequeño con un puñado de flores arrancadas de los jardines bajos, un ramo desigual de brezo claro, campanillas y dos rosas tardías que no combinaban entre sí, pero que él sostuvo con aplomo y una seriedad brutal, tanta que ella no supo si escandalizarse o echarse a reír. Acabó mirándolo con los ojos muy abiertos, aceptó aquel tributo extraño y lo dejó en agua sin añadir más que un tibio agradecimiento. Niall salió de la estancia lleno de una satisfacción tan plena que Seumas estuvo a punto de santiguarse al verlo.

Al día siguiente, fue peor. O mejor, según se mirase.

Entró en la biblioteca de Strath Fuar con el ceño fruncido, recorrió los estantes sin saber muy bien qué demonios buscaba y terminó llevándole un libro encuadernado en cuero azul, un volumen en francés que había pertenecido a *lady* Ophelia. Lo escogió porque vio anotaciones menudas en el margen, hechas seguramente por su madre, así que ella podría disfrutarlo. Se lo dejó sobre una mesa junto a la ventana y se quedó allí, de pie, esperándola. Ella rozó la cubierta con los dedos, reconoció la letra de su madre en cuanto abrió la primera página y, por primera vez desde que él había entrado en su vida como un vendaval, lo miró sin aquella reserva de hielo que le desgastaba la paciencia. No le sonrió. Niall no era tan afortunado. Aun así, el agradecimiento que vio en su rostro le bastó para comprender que había una manera de llegar hasta ella.

A partir de entonces siguió intentándolo, ya con menos ímpetu lujurioso y un poco más de seso. No la acorraló en los pasillos ni volvió a probar suerte con su puerta al caer la noche. En vez de eso, empezó a buscarla a plena luz, cuando el castillo estaba bien despierto. La acompañó a revisar las despensas, escuchó sus quejas sobre el estado de dos tapices roídos por la humedad sin burlarse una sola vez, dejó que le explicara qué hombres del servicio merecían confianza y cuáles convenía vigilar, y una tarde la sorprendió al preguntar por su niñez en el castillo. Parecía estar avanzando, pero no al ritmo que él deseaba.

En esos instantes, Niall y Sorcha estaban disfrutando de un pícnic que había sido idea de él. El guerrero acababa de extender una manta gruesa sobre la hierba. Se trataba de un lugar que estaba protegido por una línea de fresnos y una roca ancha que frenaba el viento. Había hecho que le preparasen una cesta con pan moreno, queso, una empanada de venado, mantequilla, manzanas tempranas y una botella de vino que él habría preferido cambiar por *whisky*, pero que le pareció más apropiada para una dama.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —preguntó mientras le pasaba un poco de queso.

—No hacía falta tanto despliegue —dijo al fin ella.

Niall suspiró.

—Quería que te sintieses… apreciada.

—Oh, laird Escarcha, siempre me he sentido una mujer de lo más apreciada. Cuando mi madre no logró darle a mi padre más descendencia y el rey aprobó una especie de prerrogativa para que las tierras y el castillo me perteneciesen hasta que me casase, comencé a sentirme como un trofeo. Especialmente para los escoceses.

—Eres mucho más que todo eso.

Ella negó con la cabeza.

—No. Nunca he sido una mujer deslumbrante. Y sé que no debería quejarme, pues aunque no he gozado de una belleza exquisita, las posesiones de mi padre me han convertido en una mujer a tener en cuenta. Al menos para los escoceses… —insistió de nuevo. Él sabía que lo estaba reprendiendo.

—¿Te hubieses casado con un lord inglés elegido por el rey? —indagó Niall.

—Allí ninguno me quiso. Mis tierras estaban demasiado lejos para ellos y ya te he dicho que no era ninguna belleza. Una escocesa con mi temperamento solo los asustaba. Yo era… poco más que una salvaje.

—No sé si te enfadarás más por lo que voy a decirte, Sorcha, pero yo me alegro de que nadie te encontrase elegible. La pérdida de un hombre es el tesoro de otro.

—Premio.

—¿Qué?

—El Premio Grant. Eso es lo que llevo siendo desde hace cinco años.

Niall suspiró.

—Creo que no eres verdaderamente consciente de tu valor, y no puedo mostrarte lo loco que me vuelves, porque me he prometido que no

volvería a besarte hasta que estés delante de un altar y a mi lado. No dejo de pensar en ti desde que me despierto hasta que me duermo. Después de conocerte, te aseguro que te querría igual a pesar de que no hubieses tenido un castillo que aportarme.

—Uhm… Es fácil decir eso cuando sabes lo que el hombre que se case conmigo tendrá.

—¿No me crees?

—No se trata de eso, laird, es solo que…

—¿Qué? —la azuzó cuando ella se quedó callada.

—Nunca he sido la dueña de mi destino. Soy solo una pieza en un tablero de juego, movida por los hombres. No es agradable saber que mi vida no tiene ningún sentido.

—Pero sí que lo tiene. Yo soy un hombre extremadamente fiero, rudo y… Bueno, no soy conocido por mi excesiva sensibilidad, pero mírame, Sorcha. Estoy tratando de comprenderte, de darte lo que necesitas.

—¿Y necesito flores, leer un libro que mi madre adoraba? ¿Un pícnic en el que podrías acabar recitando un precioso soneto sobre mis ojos comunes o mis labios agrios?

Él negó con la cabeza.

—Comienzo a entender que haga lo que haga, esto no funcionará. Estoy tratando de entenderlo, de cambiar, pero nada parece dar resultado contigo.

Ella se movió para quedarse en el borde de la manta.

—No puedo cambiar cómo me siento —murmuró la dama.

—¿Ya no me deseas?

—No hablemos de cuestiones que nos pondrán tristes, disfrutemos de la comida, del paisaje y de… de la paz.

Comieron con tranquilidad. Hablaron del castillo, del lago, de la torre sur, que necesitaba reparaciones antes del invierno. Sorcha le contó que de niña había querido subir sola hasta la almena más alta durante una tormenta y que su padre la encontró allí con los pies helados y un miedo terrible. Niall, a cambio, admitió que su primera pelea seria como guerrero no fue gloriosa, porque terminó con un ojo morado por culpa de un hombre que le sacaba una cabeza. Aquella confesión le arrancó a ella una risa fresca.

El aire del mediodía se había vuelto más benigno, y Sorcha de verdad estaba disfrutando de ese extraño pícnic.

—Tienes un poco de… —La mano de Niall se movió hasta la comisura de la boca de ella para limpiarle una miga.

El laird se quedó mirándola a los ojos.

—Sé lo que deseas —murmuró ella.

—A ti, más que el aire para respirar —dijo lleno de angustia.

La mirada de Sorcha descendió un instante hasta las manos de él, grandes, curtidas y capaces de sujetar un cuchillo con una precisión temible.

—Lo que no sé es si me quieres solo a mí o si lo que quieres es lo que viene conmigo.

El viento se movió entre los fresnos. Niall se separó antes de cometer una temeridad. No contestó enseguida. Miró el lago, luego la torre más próxima y después volvió a centrarse en ella. No le serviría soltar una fanfarronada o mentir.

—Eso pudo ser verdad al principio —reconoció por fin—. No voy a mentirte. Strath Fuar importa. Tus tierras importan también. La posición de este castillo importa más de lo que cualquier dama sería capaz de entender. Pero tú no eres cualquier mujer, y desde que te conozco las cosas se han complicado bastante.

Sorcha no apartó la vista de él.

—¿Complicado es la palabra que eliges?

—Es la más decente que se me ocurre. —La comisura de su boca se torció un poco—. Al principio pensé que podríamos hacer de esto una alianza útil. En estos momentos sé que, si te casaras conmigo, no tendría una esposa dócil, ni silenciosa, ni siempre estaría de buen humor. Tendría una mujer capaz de discutir conmigo hasta volverme loco. Y aun así, o precisamente por eso, estoy convencido de que podríamos tener un matrimonio adecuado.

Sorcha bajó los ojos. Aquella última palabra, tan comedida, tan poco sentimental, estaba más cerca de la verdad que cualquier declaración grandilocuente.

—No suenas demasiado romántico.

—No soy un hombre romántico. Soy torpe en todo lo que a mujeres se refiere.

—Sí, ya tenía una ligera idea sobre eso —dijo ella con cierta suavidad.

Niall respiró hondo. El siguiente paso no admitía marcha atrás. Metió la mano en la cesta donde quedaban algunos alimentos y sacó un anillo, de oro oscuro, rematado por una piedra pequeña que no pretendía deslumbrar a nadie. Se puso de rodillas delante de ella sin mayor ceremonia.

Sorcha se quedó inmóvil.

—Fue de la madre de mi padre —dijo él, mientras sostenía la joya en la palma—. No era una mujer fácil. Mandaba más que mi abuelo y tenía peor genio. En mi familia, eso es un elogio. —Levantó la mirada hacia ella—. Cásate conmigo, Sorcha. No por Strath Fuar, ni porque yo sea un bruto que siempre te defenderá. Yo me casaré contigo, no con tu castillo ni con tus tierras. Quiero que tengamos la oportunidad de empezar de nuevo; me gustaría demostrarte que cada día te haré feliz; lo mismo que tú harás conmigo, estoy seguro. Acéptame con mis muchas torpezas, mi malhumor y… Bueno, no soy nada perfecto, pero te seré fiel y te cuidaré hasta que la muerte me llame, incluso después de eso lo seguiré haciendo. Yo… —Negó con la cabeza—. No sé ofrecer discursos bonitos, y tal vez no estoy logrando convencerte, pero yo… Yo… creo que yo… —Se silenció. Era condenadamente difícil decirle a una mujer que estaba enamorado de ella.

Sorcha estaba contemplando el anillo y asimilando las palabras honestas. Después alzó la vista y vio unos ojos tan preciosos y llenos de esperanza que… El corazón de la dama latía a toda velocidad. Debería abofetearlo. Ella lo sabía. Sin embargo, le resultaba imposible seguir mostrándose llena de dignidad. Adoraba a ese gran patán que acababa de abrirle su corazón. La mano femenina empezó a alzarse.

No llegó a tocar la de Niall. Un carraspeo sonó a unos pasos, seguido por la voz de Seumas MacPherson:

—Espero no estar interrumpiendo algo que luego vayas a echarme en cara el resto de mi vida, muchacho, pero no habría venido a molestarte si no fuese importante.

Niall cerró los ojos un instante y maldijo por dentro. El laird se puso en pie de pronto y dejó el anillo dentro de la cesta de nuevo.

—¿Qué demonios sucede?

—Tenemos visitantes.

El primer pensamiento que se le cruzó por la cabeza llevaba el nombre de su hermana.

—¿Es Kenna? —gruñó.

Seumas suspiró.

—Ven a verlo con tus propios ojos.

Niall echó a andar con paso largo hacia el patio con MacPherson a su lado. Sorcha los siguió a cierta distancia, todavía con el pulso alterado y la declaración de él repitiéndose en su cabeza una y otra vez.

En la puerta exterior aguardaba una pequeña partida de jinetes. No tenían la hechura de un destacamento del rey ni la disciplina de una escolta oficial. Eran hombres del norte bien armados con su propia fuerza y sus espadas. El que iba al

frente desmontó con rapidez en cuanto vio aparecer a la castellana de Strath Fuar junto a un *highlander*.

Niall se adelantó un paso.

—Ofrece tu nombre antes de que me impaciente.

El recién llegado se cuadró, aunque sus ojos apenas se apartaron de Sorcha.

—Brodick Ross de Inverruadh, hijo del laird Ross.

El nombre fue revelador. Niall no necesitó volverse hacia Sorcha para saber que aquello iba a empeorarle la tarde.

Ella, sin embargo, habló con una serenidad que lo irritó más que un desafío abierto:

—Abrid el portón.

Los hombres de la guardia no obedecieron hasta que Niall cabeceó afirmativamente. El puente empezó a descender con el rechinar de las cadenas, y Brodick Ross cruzó el umbral con seguridad porque sabía que era bienvenido. No era un necio ni un muchacho tonto. Tenía la edad suficiente para inspirar respeto, un porte sobrio y una mirada que se posó en Sorcha con una familiaridad que a Niall le resultó insoportable desde el primer instante.

—*Milady* —la saludó el recién llegado. Y en esa sola palabra había demasiados años compartidos y mucha historia previa.

Sorcha dio dos pasos hacia él y, antes de que Niall pudiese impedírselo, lo abrazó.

No fue un saludo tibio ni llevado a cabo por compromiso. Lo rodeó con los brazos y apoyó la mejilla en su hombro con una cercanía que a Niall le heló la sangre y le encendió un instinto asesino. Vio a Ross corresponder de inmediato. Y Niall también percibió que ella no había hecho ese gesto movida por la inocencia, porque sus ojos estaban sobre los de él y lo estaba desafiando. Había ahí una intención clarísima, pero él no lograba saber a qué había venido ese maldito abrazo.

Niall apretó la mandíbula hasta sentirla crujir y dio un paso hacia adelante para ponerle fin a esa escena. Si ella quería agitar el avispero, tendría que lidiar con las picaduras. MacPherson se adelantó para detenerlo de inmediato.

—No quieres hacer eso, muchacho.

—La está tocando. Ella es mía. Solo yo tengo derecho a tocarla.

—Ella no es tuya todavía. Si no quieres desandar tu progreso, controla tus impulsos.

—Pero ella quiere que lo haga… —Lo había visto en sus ojos.

—Sí, ya me he dado cuenta de que tu dama te miraba mientras lo abrazaba con tanto ímpetu.

—Pues deja que me ocupe de él —siseó Niall.

—No, muchacho. Sé identificar una trampa cuando la veo. Espera a ver cómo acontece todo. Aquí hay algo extraño.

—No puedo…

—Confía en mí, maldita sea —le dijo solo para sus oídos Seumas.

El laird Mackenzie lo hizo con desgana después de un minuto que pareció interminable. Se quedó anclado en su lugar.

Entonces Sorcha se apartó un poco de Ross, aunque dejó la mano posada en el brazo de su viejo amigo, y alzó la vista hacia Escarcha de nuevo. Ella no sonreía. Tampoco parecía avergonzada por su acto de traición. Oh, sí, Niall lo había sentido como un acto de traición de lo más censurable. Ella lo estaba mirando con una calma asombrosa que al laird le sabía a desafío en toda regla. ¿Por qué tenía la sensación de que lo estaba castigando todavía más?

El pícnic, el anillo, la petición casi aceptada y el calor que había creído ganar en aquellos días se le estaban enredando dentro del pecho con una ferocidad que dolía.

Comprendió, con un retraso que le resultó humillante, que la verdadera batalla de esa jornada no iba a librarse en las murallas de Strath Fuar, ni contra los hombres de Brodick Ross. Iba a librarse entre esa mujer y él. Y ella acababa de elegir el campo para batirse.

Niall no se quedó durante más tiempo; dio media vuelta y se retiró de allí, porque de otro modo mataría al maldito estúpido que acababa de llegar para complicarlo todo.

***

Sorcha no permitió que la conversación tuviese lugar en mitad del patio, bajo la mirada curiosa de los hombres de Strath Fuar y la vigilancia nada disimulada de Seumas MacPherson. Condujo a Brodick Ross hasta una galería lateral que daba al lago, un corredor ancho, con las piedras todavía frías por la humedad del día y una hilera de ventanas estrechas desde las que se alcanzaba a ver el agua oscura batiendo la ribera. Se había pasado media vida allí. Conocía cada losa, cada sombra y cada rincón donde una dama podía hablar con discreción con un caballero.

Ross caminaba a su lado en silencio. Seguía teniendo esa forma serena de moverse que Sorcha

recordaba de su juventud. No era un guerrero hecho para arrasar una estancia con solo entrar, como ocurría con el *highlander* que se había retirado de su vista. Brodick inspiraba otra clase de confianza, una menos peligrosa y, quizá por eso mismo, más traicionera en esos momentos.

En cuanto quedaron a solas, él se volvió hacia ella con el ceño marcado por la preocupación.

—Quiero oírlo de tus labios. ¿Estás bien?

Sorcha le sostuvo la mirada un instante. Había afecto en los ojos de Brodick, y también un desasosiego que no le era difícil comprender. Acababa de encontrarla en su castillo, rodeada de guerreros extraños y unida, según toda la apariencia, a un hombre cuya reputación corría por las *Highlands* con más velocidad que el viento.

—Estoy viva, que no es poco —respondió al fin, procurando que la voz le saliera firme—. Y casada con un patán —mintió porque era lo mejor en ese caso.

El comentario le arrancó a Brodick un atisbo de sonrisa, aunque no logró borrar la tensión que llevaba encima.

—Nos llegaron noticias de la marcha de los ingleses. Strath Fuar volvía a manos escocesas. Estoy aquí para comprobar si necesitas ayuda. —Hizo una pausa antes de añadir con más suavidad—: En realidad, si estabas sola, pensaba llevarte conmigo.

A Sorcha se le oprimió el pecho. Había bondad en aquella oferta, y una lealtad que no merecía la mentira que le había contado. Sin embargo, en esos momentos la verdad podía costarle demasiado. Su viejo amigo mismo le había confesado sus sospechas, pues ella seguía siendo el Premio Grant a ojos de cualquier escocés, y eso incluía también al laird Escarcha.

—Siempre has sido un gran amigo, Brodick. —Él inclinó un poco la cabeza. Esperó sin interrumpirla y ella continuó—: Y sé bien que, si alguna vez hubiese mirado hacia ti con otros ojos, si hubiera existido entre nosotros algo distinto de esa amistad, habría sopesado la posibilidad de entregarte Strath Fuar y casarme contigo. —La reflexión le salió con amargura, porque no era una crueldad gratuita ni una cortesía falsa—. Pero no ha sido así. Estoy enamorada.

Brodick no fingió que la afirmación le dejara indiferente. Bajó la vista un segundo, respiró hondo y volvió a mirarla con seriedad.

—Lo llaman Escarcha en algunos círculos, pero bastardo sin corazón en otros, y no sin un buen motivo.

Sorcha dejó escapar una exhalación lenta.

—Lo sé.

—¿De verdad?

—Sé todo lo que debo saber acerca del hombre del que estoy perdidamente enamorada. Y eso me recuerda que debo pedirte perdón por la forma en la que te he recibido. Yo… lo siento por haberte abrazado de ese modo.

—Me ha sorprendido tu efusividad, y aunque lo he achacado a un ataque de nostalgia por todo lo que compartimos tiempo atrás, comienzo a pensar que había ahí algo más.

Ella se mordió el labio inferior. No le diría que había puesto su vida en peligro porque Escarcha bien pudo haber actuado de otro modo cuando ella abrazó a su amigo.

—¿Qué puedo decir? Escarcha es un patán y quería… quería molestarlo.

—¿Y crees que ha surtido efecto?

—Sí. Mi esposo estará irritado ahora y yo… No me alegro por mi arrebato, Brodick.

La explicación había sido honesta. Mentirle a un amigo que había acudido en su ayuda, a un hombre que se habría puesto a su lado sin pedir nada a cambio, no le resultaba fácil. Se le antojó mezquino, casi indigno. Sin embargo, la alternativa era peor. Si Brodick averiguaba que no estaba casada, si entendía que la situación en Strath Fuar seguía siendo frágil y que su posición todavía podía discutirse, bien podría intentar presionarla con buenas intenciones o con razones políticas, y quizá

hasta sacarla del castillo para ponerla a salvo por la fuerza. Con eso bastaría para que se alzaran las espadas en el patio, para que el orgullo de Escarcha prendiera como la yesca seca y la sangre manchara unas piedras que ella acababa de recuperar.

No iba a permitirlo.

Brodick apoyó una mano en la repisa de la ventana y miró un momento hacia el *loch* antes de volver a ella.

—No pareces una mujer recién casada y feliz.

Aquella observación estuvo a punto de arrancarle una risa amarga.

—¿Existe alguna norma que determine el aspecto de una esposa satisfecha?

—No me tires de la lengua. Sabes bien a qué me refiero. —La estudió con más atención, reparando quizá en el cansancio que todavía no la había soltado del todo o en el modo en que apretaba los dedos sobre la tela del vestido para mantenerse serena—. No he venido a complicarte la vida, Sorcha. Solo quería asegurarme de que nadie te forzaba a nada, de que estabas bien.

Durante un instante ella pensó en responderle con una verdad a medias, una lo bastante difusa para no traicionar a nadie y lo bastante sincera para aliviarse un poco. No lo hizo. A

esas alturas ya sabía que las medias verdades solían traer consecuencias nefastas.

—Y te lo agradezco, pero, te lo aseguro, no necesito que me rescaten de mi marido —dijo con una calma absolutamente postiza—. Lo que preciso es que entiendas que no puedes quedarte, y es por mi culpa. No debería haberte abrazado. Lo siento —reiteró sus disculpas—. Si permaneces en el castillo más tiempo del necesario, daríamos pie a rumores, suspicacias y una tensión que Strath Fuar no está en condiciones de soportar. Escarcha es impredecible y yo he sido una estúpida por lo que he hecho. Debes pensar que soy una tonta y que…

—Siempre fuiste más dura de lo que aparentabas —la interrumpió.

—Y tú siempre fuiste demasiado decente para contrariarme en serio.

—No creas que no me lo estoy planteando.

Aquello le arrancó por fin una sonrisa pequeña, breve y triste.

—Lo siento, por todo, de verdad. No puedo traicionar mi corazón. Lo amo. Quiero estrangularlo a todas horas, aunque al mismo tiempo siento que sin él no soy nada. Confieso que ha ocurrido lo que jamás pensé que sucedería. Pensaba odiarlo para siempre, y, sin embargo, no he sido capaz.

Brodick la contempló con una mezcla de afecto y reconocimiento.

—Esperaba que no te hubieses casado con él —reconoció—. Veo que lo amas, pues nunca has podido disimular tu pasión. Y que también reconoces que no está siendo fácil hacerlo. Muy bien. Me marcharé para no traerte más problemas, pero no voy a fingir que este asunto me gusta. Si alguna vez me necesitas, si de verdad me necesitas, házmelo saber. No me importará lo que digan en Inverruadh ni en ninguna otra parte, estaré ahí por ti. ¿Lo entiendes?

—No podría haber pedido un amigo más leal y comprensivo que tú, Brodick.

Sorcha sintió que los ojos se le humedecían un poco y se odió por ello. Se acercó a él y le cogió la mano con un apretón sincero.

Brodick se inclinó y le besó los nudillos con delicadeza.

Cuando regresaron al patio, la dama llevaba la espalda recta y el corazón le dolía. La mentira sobre su matrimonio seguía pesándole. Aun así, era lo mejor.

Despidió a Brodick y él y sus hombres salieron del castillo en silencio. Una figura masculina se colocó junto a Sorcha mientras ella seguía observando cómo la comitiva partía.

—Ha sido muy peligroso lo que has hecho, muchacha. —Le habló sin formalidad.

—¿A qué se refiere, señor MacPherson? —le preguntó ella a Seumas con suma etiqueta.

—Los escoceses somos extremadamente celosos. Mi muchacho te considera suya. Tú lo sabes bien.

—Sigo sin comprender lo que…

—Lo sabes bien, muchacha. No quieras jugar a la inocente con este viejo. Ross no sabe lo cerca que ha estado de perder las manos.

—¿Qué?

Seumas negó un par de veces con la cabeza.

—Mi muchacho se juró que nadie te pondría las manos encima, ¿no lo recuerdas?

—Pero yo no…

—No discutas más conmigo. Aclara las cosas con él y si no lo quieres, si de verdad no estás dispuesta a casarte con él, mándalo de regreso a su casa. Te aseguro que le costará la vida dejarte, pero lo hará si se lo pides.

A ella se le escapó una lágrima.

—Hubiese deseado que las cosas fuesen de otro modo… Yo… Si él…

—Acéptalo o dile que se marche —le dijo, para luego darse media vuelta.

Sorcha se sentía como si fuese una malvada *cailleach*. O peor, una bruja sin corazón. Sin más dilación, se dispuso a seguir el consejo de Seumas.

Encontró al laird Escarcha en el mismo rincón del jardín alto donde él había dispuesto aquel almuerzo que había terminado torciéndose. El viento corría más fresco a esa hora, arrastraba el aroma a hojas húmedas, y el lago, allá abajo, devolvía una luz gris que volvía más sombría la figura del *highlander*. Él estaba de pie, con una mano apoyada en el tronco de un fresno y la otra cerrada alrededor de un vaso que ya no contenía nada. No volvió la cabeza al oír sus pasos. No hacía falta. Era evidente que sabía desde el primer instante quién se acercaba.

La dama se detuvo a unos pasos. El abrazo a Brodick le pesaba más de lo que habría querido. Lo había hecho para herir a Escarcha, por devolverle una parte de la desazón que él había sembrado en ella con sus medias verdades y cada una de las decisiones que había tomado sin haberla tenido en cuenta. Sin embargo, una vez pasado el impulso, solo le quedaba un regusto amargo, porque no era propio de ella jugar con la lealtad de un amigo ni usarla para castigar a otro hombre, por exasperante que resultase ese otro hombre.

—¿Has acomodado bien a tu invitado? —preguntó él sin moverse.

La sequedad de su voz habría podido cortar una tela.

Sorcha bajó un momento la mirada al suelo.

—Lo siento.

Niall soltó una risa corta, nada alegre, y se volvió por fin hacia ella. Tenía la mandíbula tensa y esa dureza fría en los ojos que ella tan bien conocía.

—¿Por qué? ¿Por haberle confesado que no eres mi esposa? No, claro que no. Lo habrás animado para que haga el tonto como yo y te corteje debidamente. No le costará demasiado esforzarse, porque te has echado en sus brazos tan alegremente que ya debe verse como ganador. —La recorrió de arriba abajo y añadió, con una calma más peligrosa que un grito—: ¿Es ahora cuando me pedirás que me marche para facilitarte las cosas y que puedas casarte con tu invitado sin más molestias?

A Sorcha le dolió aquella amargura más de lo esperado. Porque debajo de la ironía había algo que no se parecía al desdén, sino a una herida que sangraba. Ella frunció el ceño. ¿Podría haber esperanza para ellos? ¿Él la quería de verdad? Se acercó un poco más.

—No es lo que piensas.

—¿Ah, no?

—No.

Él siguió mirándola de un modo tenso, casi fiero, y ella comprendió entonces algo que la dejó descolocada. Escarcha estaba muy celoso. Había algo infantil y brutal en ello, y al mismo tiempo tan masculino que la obligó a respirar hondo antes de decir nada.

—No entiendo por qué te afecta tanto que haya saludado así a un viejo amigo —musitó con cierta cautela.

Niall dio un paso hacia ella.

—Una mujer no abraza a un hombre así si no piensa casarse con él. Has sido muy evidente.

La respuesta la dejó inmóvil un instante. No era solo una reprobación directa. Había convicción en aquellas palabras. Una creencia nacida de un mundo más simple y duro que en el que Sorcha había habitado durante los últimos años. En el suyo, un abrazo podía ser un consuelo, una despedida, una forma de cerrar una herida. En el de él, o al menos en el del *highlander* que tenía delante, un gesto así encerraba una promesa directa.

Le costó no sonreír al advertirlo.

—Te equivocas.

—No lo creo.

—Entonces tendrás que resignarte a llevarte una decepción, laird Escarcha.

Él frunció el ceño.

—No estoy de humor para más juegos.

—Ni yo para soportar reproches injustos. —Sorcha alzó la barbilla, aunque la firmeza le salió teñida de una dulzura involuntaria—: Le he dicho a mi buen amigo que estoy casada contigo y lo he despedido de inmediato porque no quería que nos molestase. Te mereces que te vuelva loco durante un año entero, pero he decidido apiadarme de ti. Espero que aprecies mi gesto. Tú serás un *highlander* despiadado, acostumbrado a ganar, pero mi padre no crio a una mujer débil. Una vez hablaste sobre tu voluntad. Bien. La mía puede ser incluso más férrea que la tuya, y harás bien en no volver a molestarme jamás si no quieres que tome represalias, porque yo seré inmensamente infeliz si me pones a prueba, pero te garantizo que tú lo serás más. Te prometo que trataré de ser paciente contigo.

Durante un momento, Niall no dijo nada. La estaba mirando fijamente, con una intensidad que hacía que el corazón le latiese con fuerza.

—He escuchado una poderosa amenaza en tus palabras —apuntó al fin, con la voz más baja.

—Así es.

—Pero le has dicho a él que eres mi esposa.

—Lo he hecho —corroboró la dama.

—¿Para librarte de él?

—Sí.

Algo cambió en el rostro de Niall. La rigidez seguía ahí, pero el disgusto se le estaba disipando un poco.

—Eres una mujer muy extraña, Sorcha Grant.

—Y harás bien en no olvidarlo nunca.

—¿Me eliges, entonces? —murmuró.

Niall le apoyó una mano en la cintura con una lentitud que la estremeció más que cualquier arrebato.

—Sí.

—Vas a volverme loco y no me importa en absoluto. Solo sé que te quiero a mi lado —dijo él, muy cerca ya de su dama.

—Dime una cosa…

—¿Qué?

—Si te hubiese pedido que me dejases libre, ¿lo habrías hecho?

Él se tensó. No quería contarle ninguna mentira… más.

—Habría tratado de hacerlo, sí. Jamás me impondría ni haría nada que no deseases.

—Bien. Te creo.

La sonrisa que asomó en los labios de Niall le pareció el premio más peligroso del mundo. Enseguida bajó la cabeza y la besó. No fue el beso de un hombre orgulloso que la había reducido al fin. Estaba cargado de alivio, de deseo y de una ternura tosca que le calentaba el corazón a la dama. Sorcha se aferraba a sus hombros y le devolvía el beso con hambre. El jardín desapareció. El lago, el castillo, Brodick Ross… todo quedó lejos mientras la mano de Niall subía despacio por su espalda y la atraía hacia él para abrazarla y no soltarla jamás.

—Muchacho…

La voz de Seumas MacPherson rasgó el momento con una puntería casi criminal.

Niall apartó la boca de Sorcha con desgana, pero no la soltó.

—Más te vale que alguien se esté muriendo.

El viejo cuervo permanecía a pocos pasos, con una expresión que combinaba la resignación y la burla.

—Han llegado invitados.

Niall masculló una blasfemia.

—¿Ese maldito Ross ha decidido volver?

Seumas suspiró.

—Yo no he dicho eso.

Niall soltó a Sorcha con visible esfuerzo y echó a andar hacia el patio. Ella lo siguió con el corazón todavía revuelto y la boca aún sensible. Cuando alcanzaron el arco de entrada, Niall se detuvo en seco.

Junto a la puerta, rodeados de polvo por el camino, aguardaban una joven de ojos vivísimos y porte regio, y, a su lado, un *highlander* tan feroz que hasta el aire parecía tensarse alrededor de él. La recién llegada encontró los ojos de Escarcha y no se contuvo más:

—Niall Mackenzie, no puedo creer que te hayas casado sin que estuviese tu hermana presente —lo amonestó herida.

La frase quedó suspendida en el patio. Limpia, rotunda e imposible de negar.

El laird Escarcha no dijo nada, pero sabía que el infierno acababa de desatarse.

Capítulo 6
La hora de las explicaciones

Kenna Fraser entró en Strath Fuar dispuesta a impartir justicia. A su lado avanzaba su esposo Callum, enorme, sombrío y tan peligroso que parecía llevar la violencia colgada al hombro igual que el manto. La escena, que un instante antes había estado llena de ojos atentos, se vació con una celeridad casi cómica. Los hombres de Niall, junto con Seumas MacPherson, desaparecieron sin esperar orden alguna, y parte del servicio de Strath Fuar, al advertir el temblor que recorría el patio, encontró de pronto ocupaciones urgentes en cualquier otro rincón del castillo.

Solo se quedaron los cuatro.

Niall no sabía cómo actuar. Por primera vez en toda su vida, no estaba seguro de sí mismo.

Se había quedado inmóvil, con los hombros rígidos y la mirada fija en su hermana, aunque lo

verdaderamente alarmante no era eso, sino la certidumbre de que no tenía la menor idea de qué decir. ¿Aquel era el hombre que asaltaba fortalezas, echaba a los soldados del rey sin despeinarse y se inventaba un matrimonio para salirse con la suya? Más bien parecía un corderito. Solo había sido necesaria la voz clara de *lady* Fraser llamándolo por su nombre para dejarlo clavado al suelo.

Aquello para Sorcha era interesante. Bueno. Al menos él tenía la decencia de verse afectado por las circunstancias.

Y no solo Sorcha se había dado cuenta de su cambio de actitud. Kenna lo advirtió también al punto. La mirada de *lady* Fraser iba de su hermano a la dama que figuraba a su lado y lo miraba a él con una ceja alzada y sin moverse tampoco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kenna impaciente. Era como si se hubiese desatado un infierno silencioso.

Sorcha sentía el corazón golpeándole las costillas, pero se las arregló para responder:

—Bienvenidos a mi hogar, *lady* Fraser, laird Fraser —los saludó, y luego volvió a centrarse en la hermana de Niall para decirle—: Como creo que seremos grandes amigas, me permitiré la osadía de tratarte con menos formalidad y te invito a hacer lo mismo. Soy Sorcha y voy a explicaré el problema con sencillez. Verás, lo que sucede es que tu hermano está a punto de entrar en pánico.

El aludido volvió la cabeza hacia ella con una indignación que habría resultado convincente de no tener la mandíbula tan tirante.

—Yo jamás tengo miedo de nada, mujer.

Callum soltó una risa baja, más un gruñido divertido que un sonido humano, porque, aunque no entendía lo que estaba sucediendo, sí sabía identificar a un hombre que se había metido en serios problemas. El bastardo de Seaforth parecía a punto de desmayarse.

—Se ve el terror en tus ojos, Mackenzie —intervino Callum—. ¿Debería pedir las sales por si acabas tendido en el duro suelo? ¿O prefieres que te sujete con mis poderosos brazos?

Tan delicada como era la situación, y Sorcha no logró disimular una sonrisa.

—¿Quieres morir? —le preguntó Niall en un tono mordaz.

—¿Y tú, laird Mackenzie? Porque no estoy nada contenta —se atrevió a desafiarlo Sorcha. Niall tuvo a bien quedarse callado.

—¿Me explica alguien lo que está ocurriendo aquí? —intervino Kenna.

—El laird Mackenzie está bañado en sudores fríos porque tiene miedo de lo que yo podría hacerle —dejó caer Sorcha.

—¿A qué te refieres? —siguió con su interrogatorio Kenna.

Sorcha no apartó los ojos de su falso esposo.

—A que parece que Niall Mackenzie ha estado pensando que yo era estúpida. —Oh, sí. Ella no iba a dejar de repetir su nombre y su apellido en cada ocasión que pudiese.

La sorpresa en el rostro de él fue tan limpia que a ella casi le dio lástima. Casi.

—Jamás pensaría que eres algo como lo que has dicho —explicó, lleno de azoramiento, Niall.

—Oh, vaya que lo has hecho —rebatió la interesada, al tiempo que se cruzaba de brazos.

Niall se fijó bien en esa preciosa mujer que lo miraba llena de desafío. A esas alturas había esperado que lo abofetease, que saliese corriendo y gritando en francés o algo más drástico, pero se la veía muy… ¿sobria? ¿Qué estaba pasando? Ella no reflejaba el gran desconcierto que él habría esperado al descubrir la verdad, ni tampoco se había derrumbado. Lo que detectaba en Sorcha Grant era otra cosa. Era como si fuese una cazadora y hubiese estado esperando el momento oportuno para tenderle una trampa. Niall abrió los ojos con gran sorpresa ante la idea que le estaba pasando por la cabeza. ¿Sorcha había sabido durante un tiempo quién era él en verdad? Y en caso afirmativo…

¿durante cuánto tiempo lo habría sabido o sospechado?

El laird Mackenzie carraspeó. Había recibido golpes peores en la guerra y ninguno le había dolido tanto como aquella quietud que se extendía entre su dama y él.

—Entrad a calentaros junto al fuego —les dijo a su hermana y a Callum—. Necesito hablar un momento con…

Kenna ni siquiera fingió considerar la sugerencia.

—No pienso moverme de aquí hasta descubrir lo que está sucediendo —lo interrumpió *lady* Fraser—. Además, necesito la confirmación de que tu nueva esposa es feliz, porque te conozco y sé la clase de bruto insensible y fanfarrón que eres. Y no me parece que la dama se vea precisamente bien —terminó de conjeturar.

Callum soltó otra risita burlona.

—*Ouch*, Mackenzie, tengo que coincidir con mi mujer. Parece que has hecho algo malvado y que te han atrapado. ¿De qué se trata?

Niall lanzó un gruñido que no amilanó a nadie. Se dio cuenta en el acto de que discutir en mitad del patio solo empeoraría lo que ya era un desastre, así que echó a andar hacia el salón pequeño del ala oeste, el primero que encontró con

lumbre encendida y una puerta capaz de cerrarse. Sorcha lo siguió con la espalda tan recta que parecía tallada en acero. Kenna entró detrás sin perder detalle y Callum hizo lo mismo, dado que no quería quedarse fuera y perderse el espectáculo.

—¿No puedo hablar con Sorcha sin testigos? —se quejó Niall.

Callum y Kenna no se molestaron en responder. Estaba más que claro que no iban a marcharse. En cuanto a Sorcha, prefería tener público para que él pudiese avergonzarse todavía más por sus actos.

La estancia era modesta para un castillo como Strath Fuar, aunque acogedora. Tenía una chimenea ancha, dos sillones cerca del fuego, una mesa baja y un par de viejos tapices que habían visto tiempos mejores. Niall se quedó de pie. No se sentó porque intuía que, si lo hacía, no volvería a levantarse con dignidad.

Sorcha fue la primera en hablar.

—Como sois parte de la familia —dijo obviando que todavía no se había casado con él—, os haré un pequeño resumen: Niall Mackenzie ha tratado por todos los medios, desde que lo conocí, que no averiguase su verdadera identidad. Es tan cobarde que se escudó en el apelativo «Escarcha». Me hizo llamarlo laird Escarcha porque no se atrevía a decirme quién era en verdad, dado que soy la prometida de la que no quiso saber nada. Ha sido hace unos instantes, cuando tú —explicó al tiempo

que miraba a Kenna— lo has llamado por su nombre y apellido cuando él ya no ha podido seguir fingiendo.

Lo dijo con una tranquilidad que no buscaba humillarlo y, aun así, lo consiguió. De acuerdo. Ella sí que quería humillarlo.

Callum comenzó a reírse. Una mirada por parte de Kenna lo hizo silenciarse de inmediato.

—Lo siento —se disculpó el laird Fraser—. Aunque tienes que admitir que es gracioso, amor mío.

—¿Lo es? —intervino Sorcha, que estaba mirando a Niall con fijación.

Él se pasó una mano por la nuca.

—¿Desde cuándo lo has sabido?

—Desde que me insultaste de todas las formas posibles en Londres y me acusaste de ser la amante del rey —desveló. Y no le tembló la voz.

Kenna soltó un gemido y Callum se quedó con la boca abierta ante la revelación. Por su parte, Niall se estremeció e hizo una mueca.

—¿Y por qué demonios no dijiste nada?

—¿Tienes el atrevimiento de pedirme explicaciones tú a mí? —replicó.

El silencio posterior fue tan tenso que se podría cortar con la hoja de un cuchillo desafilado.

Kenna giró la cabeza hacia su hermano con interés. Callum, en cambio, lo miraba como si fuese un hombre a punto de ir a la horca. ¡Y Fraser que había estado posponiendo la visita todo cuanto pudo desde que se enteró de que un destacamento de soldados ingleses abandonaba Escocia! De haber sabido que sería tan divertido, habría llegado mucho antes.

—Yo… No. Es imposible lo que dices. No podías saber quién era yo cuando hablamos en el patio del palacio del rey.

Sorcha le sostenía la mirada sin pestañear.

—No lo es. El rey te estaba esperando aquel día y me llamó para hablar conmigo antes. Jorge me dijo que íbamos a jugar contigo porque te lo merecías. Me explicó que iba a decirte que me había dado la libertad y se apostó conmigo un favor, que tendré que concederle, a que, cuando lo supieras, correrías tras de mí, porque mi castillo y tierras serían tan interesantes como el hecho de que yo pudiese ser de otro después de haber estado prometida contigo. Subestimé la locura de los escoceses, en especial de un laird que me quiso de modo desesperado después de saber lo que yo aportaría a mi matrimonio.

—Eso no es así. Soy el laird Mackenzie, Eilean Donan me pertenece, no hay castillo más hermoso ni tierras más fértiles que las mías.

—Ah. Así que no soy buena ni debido a la dote que traigo bajo el brazo.

—No he querido decir eso y lo sabes.

—*Ouch*, Mackenzie —intervino Callum—, a pesar de que esté disfrutando mucho de tu humillación, te recomendaría que te arrodillases y pidieses clemencia antes de seguir discutiendo un tema tan delicado. Hagas lo que hagas, no la vencerás. —La mirada del laird Fraser se posó en Kenna—. Sé de lo que hablo.

Niall suspiró y se centró en lo importante. Jorge. El maldito rey había sonreído demasiado en St. James's. Había disfrutado demasiado y al fin sabía el motivo. En esos momentos lo veía todo con una claridad que lo hacía sentirse más bruto que un buey.

—El rey me dijo que me odiabas —murmuró, más para sí que para el resto.

Sorcha alzó el mentón.

—¿Y me condenas por haberlo hecho? Lo que yo odiaba, en realidad, era la humillación de quedarme en la Corte aguardando a un hombre que no quiso ni conocerme. Ni tan siquiera las doncellas querían asistirme debido al trato que me prodigaba la aristocracia. Viví un infierno desde que llegué a Londres, pero todo se complicó durante el último año. Eso sin olvidar que mi hogar estaba desatendido a causa de un prometido que se había propuesto olvidarse de mí.

Niall cerró los ojos un instante. Aquello le atravesó el pecho con más puntería que cualquier flecha.

—Si sabías que era yo el que… —Niall no supo cómo continuar.

—¿El que la dejó abandonada? —Sorpresivamente, el que acababa de hablar había sido Fraser. Kenna lo reprobó con una mirada severa y se silenció de inmediato.

—Sorcha —tomó la palabra Niall—, si sabías que yo había sido quien te causó tanto dolor, ¿por qué no te has casado con Brodick Ross? —preguntó de golpe, porque el recuerdo todavía le ardía.

Callum y Kenna agudizaron mejor la oreja para enterarse de esa parte que desconocían.

Sorcha abrió los ojos por completo.

—Te lo he dicho antes cuando he aceptado casarme contigo…

—¿No estáis casados? —saltó Kenna de inmediato. Su hermano la mandó callar con la mirada —. Lo siento, ya me callo.

—Sigue, por favor —invitó Niall a Sorcha.

—Había aceptado casarme contigo, aunque no te lo merecieras debido a tu total falta de honestidad, y por eso había decidido darte una nueva

oportunidad. Yo no hubiese podido casarme con Ross después de haberte conocido.

—¿Y antes? —la pregunta salió directa—. Porque dices que yo no fui sincero, pero tú tampoco, Sorcha. Ibas de camino hacia los brazos de Ross cuando llegué para salvarte.

Ella negó con la cabeza y luego le dijo:

—No es cierto. Yo pretendía ir a verlo a él, Niall, porque sabía que Brodick me prestaría su ayuda para sacar a los soldados de Jorge. No tenía planes de casarme con nadie, pero el rey me hizo prometerle que, si te ganabas mi mano, yo me casaría contigo. Como comprenderás, eso me pareció imposible.

—Así que es cierto… —murmuró de nuevo —. Actuaste como una perfecta inglesa en cuanto me viste en aquel patio para despistarme porque intuiste quién era yo. Y… y… ¡Jorge jugó conmigo sin titubear! Me dijo que pensabas aceptar a Ross.

—¿Y tú lo creíste?

—Puede ser muy convincente.

Callum soltó una carcajada breve y Kenna se llevó una mano a la frente.

—Hermano —dijo ella—, eres un necio de un tamaño glorioso. Te dije que tu dama se enfadaría

si la dejabas a su suerte, pero no… Jamás haces caso de lo que tu hermana pequeña dice…

Niall no se defendió. No podía. Por primera vez en muchos días no tenía una salida fácil, ni una frase bien afilada a la que recurrir. Todo lo que había dado por hecho empezaba a derrumbarse.

¡Sorcha lo había sabido todo desde que lo vio en Londres!

—Dios santo… No ibas a casarte con Ross y siempre has sabido que yo te estaba ocultando la verdad—repitió él como si eso fuese lo más importante del mundo.

—Yo no iba a buscar esposo en Inverruadh. Iba a pedir ayuda a un amigo. Necesitaba regresar a Strath Fuar y obligar al capitán Rupert Henshaw a abandonar el castillo. Brodick era una posibilidad para eso, no para casarme con él —trató de tranquilizarlo, porque parecía que para él la cuestión de no haber estado tentada a casarse con otro era fundamental.

La verdad terminó de encajar de golpe en la cabeza de Niall. Jorge no le había dado información; le había puesto un cebo. Le dijo que Sorcha se dirigiría a otro hombre porque sabía que, si lo pinchaba con la idea de perderla, él correría detrás con más fiereza porque a ningún escocés le gustaba perder algo que se le había concedido a pesar de no haberlo querido. El rey había jugado con su orgullo porque conocía exactamente el tipo de animal que tenía delante.

—Quiso ponerme a prueba —dijo Niall con la voz hueca—. El rey sabía que, si pensaba que otro podía tenerte, te querría más. —Dejó escapar una risa amarga—. Y yo entré de cabeza en la trampa y tú me has visto hacer el estúpido desde el inicio de nuestra relación…

Sorcha no se ablandó al oír eso. Lo que llevaba guardado desde Londres tenía que salir para que ambos pudiesen avanzar.

—Fuiste tú quien se presentó como Escarcha cuando me tuviste delante. Tú ya habías dejado claro que solo me querías porque iba a ser de otro y me perseguiste porque yo era el Premio Grant, Niall Mackenzie. No quisiste conocerme. Me dejaste sola allí mientras todos murmuraban. Me convertiste en una prometida repudiada sin haberme dado ni una sola oportunidad. Yo estaba igual que tú, atrapada en un compromiso que no había pedido, pero pensé que ambos podríamos sacar el mejor beneficio. Pasé un infierno que tú ni siquiera puedes imaginar, y luego apareciste en mi vida solo cuando supiste que Strath Fuar era mío.

Niall bajó la vista un momento. El fuego de la chimenea le daba en la cara, pero no conseguía aliviarle el frío.

—No fue solo por el castillo.

—Al principio sí. Estoy segura de lo que digo —lo desafió.

Aquella precisión le dolió porque era verdad.

—Sí —admitió—. Al principio, sí.

Sorcha lo contemplaba con los ojos encendidos.

—Llevaba desde que me salvaste, esperando a que me dijeras la verdad. Una sola vez. Una. Bastaba con eso. Yo ya sabía quién eras, Niall. Sabía quién era el patán del patio de St. James's, quién era el bruto que se inventó un nombre y quién era el hombre al que el rey quería volver loco. Y tú seguiste tratándome como si no pudiera atar cabos. —Kenna volvió lentamente la cabeza hacia su hermano, cada vez menos dispuesta a apiadarse de él. Sorcha no había terminado—: No soy estúpida. Nunca lo he sido, aunque te conviniera pensar lo contrario. Escuchaba a tus hombres llamarte Mackenzie delante de mí. Aunque Jorge no me hubiese advertido, lo habría deducido igual. Ni tú eres capaz de silenciar a todo el mundo.—La voz le tembló apenas un poco, dado que estaba furiosa—. Y aun así callé. Esperé. Te di tiempo para que fueras sincero. Te vi acercarte, cortejarme, besarme, pedirme matrimonio… y seguías guardándote lo más importante.

Niall sintió que algo dentro se le rompía. Seumas había tenido razón. No solo una vez, sino en todo. La verdad debió salir de su boca en cuanto volvió a verla en Escocia. Tuvo infinitas oportunidades para haberlo hecho: en el bosque, en el camino, junto al fuego, en el jardín, en cualquier parte antes

de dejar que el engaño siguiera creciendo hasta hacerse insoportable.

—Lo siento, tenía miedo de que al enterarte… MacPherson me lo dijo —murmuró—. Me dijo que tenía que confesártelo y yo lo descarté. En mi arrogancia pensé que…

Callum silbó.

—Y tú me llamabas bastardo arrogante a mí… ¡Niall Mackenzie, has llevado la farsa hasta la locura! —lo regañó el otro laird.

Kenna le lanzó una mirada a su esposo para pedirle un mínimo de misericordia. No porque Niall la mereciera, sino porque verlo tan torpemente herido empezaba a darle pena.

Sorcha suspiró.

—Lo verdaderamente importante es hasta cuándo habrías mantenido la mentira. ¿Qué hubiese sucedido si tu hermana no hubiera llegado hoy? ¿Puedes decirme cómo habrías logrado que el sacerdote no te delatase mientras nos casábamos? ¿O pensabas amenazarlo para que te llamase Escarcha mientras recitábamos nuestros votos? ¿Te imaginabas que podrías haber sido solo Escarcha hasta el fin de los tiempos?

Niall levantó la cabeza hacia Sorcha. Ya no había insolencia en él, ni aquella seguridad aplastante con la que la había rodeado desde que la encontró en

el bosque. Solo quedaba un hombre que empezaba a comprender el tamaño de su propia estupidez.

—No lo sé. Yo solo era consciente de que no quería perderte. Aunque ahora comienzo a entender el motivo por el que has estado tan distante desde que llegamos… Todo lo que me has hecho sufrir estas semanas… —dijo despacio, enlazando por fin las piezas en su mente— no era por crueldad.

Sorcha lo miró sin ceder un palmo.

—Era justicia, laird Mackenzie. No sabía qué más hacer para que confesases tu crimen.

La respuesta fue sencilla y brutal.

Niall Mackenzie, que había entrado en fortalezas, vencido hombres y doblado voluntades, comprendía en esos momentos que la mujer a la que quería convertir en su esposa llevaba razón en cada uno de los golpes que acababa de devolverle. Y también era consciente de que el castigo era justo, porque todo cuanto ella le había dado hasta entonces —las discusiones, los silencios, los besos, la ternura a medias, hasta su rabia— lo había recibido de una mujer que aguardaba la única verdad que él le debía desde el principio.

—Antes te has equivocado, Sorcha.

—¿En qué?

—Lo verdaderamente importante es si puedes perdonarme. Estoy enamorado de ti y no quiero pasar ni un maldito segundo de mi vida en un lugar donde tú no estés.

Sorcha suspiró, pero Kenna lo hizo con más fuerza. Niall miró a su hermana con irritación.

—Es que ha sido precioso. Y, aunque tal vez tu prometida no te conozca como yo, se imaginará lo que supone para un hombre como tú, que no se permite tener sentimientos, admitir esa confesión en voz alta. ¡Dios! Estás enamorado y se lo has dicho delante de testigos. ¡No puedo creerlo, hermano! Soy tan feliz por ti…

—Como si yo no te hubiese dicho cosas más hermosas que esa —masculló Fraser, celoso.

Kenna le sonrió a su esposo y con eso Callum se apaciguó.

—Y ahí, Sorcha —tomó la palabra Niall—, tienes la confirmación de que no te he mentido. Te amo.

Los ojos de la dama estaban llenos de lágrimas.

—Yo también te amo, Niall Mackenzie. Te perdoné cuando me pediste que me casase contigo, pero ahora lo hago de todo corazón.

—Cásate conmigo y seamos plenamente felices.

—Sí, sí. Me casaré contigo —le aseguró para luego echarse a sus brazos.

Y tras esa declaración, y mientras Kenna aplaudía efusivamente al tiempo que lloraba de felicidad y Callum seguía disfrutando por haber visto la humillación de Niall, la pareja selló su declaración con un beso que no fue tan discreto como debería haber sido.

***

La capilla de Strath Fuar era pequeña y sobria, dado que estaba pensada más para la oración en voz baja que para grandes celebraciones, pero aquella tarde se había llenado de una emoción tan grande que hasta la piedra parecía haber cobrado calor. Las velas temblaban delante del altar con un fulgor dorado, derramando luz sobre los bancos estrechos, sobre la madera oscura gastada y sobre el viejo crucifijo que presidía el recinto. El aire desprendía un aroma a cera, a lana húmeda y a un leve perfume de los brezos que Kenna había insistido en colocar junto al reclinatorio para hacer que la boda fuese un poco más floral.

El padre Murdock aguardaba frente al altar con un alivio tan visible que habría hecho sonreír a cualquiera. En los últimos días, el hombre de Dios había sido testigo de cada intento de Niall para acercarse a su novia sin éxito. Por fin iba a oficiarse la boda. Y, en opinión del sacerdote, la ceremonia era fruto de un milagro, dado que el laird, por lo que el cura sabía, había estado empeñado en irritar a su dama con una constancia casi admirable. Ver por fin a ambos allí, delante de Dios y en la capilla de Strath Fuar, dispuestos a pronunciar las palabras correctas y a hacerlo por el rito debido, era para el sacerdote una bendición en más de un sentido. Hasta se había permitido respirar hondo al comienzo de la ceremonia para mostrar satisfacción.

Sorcha había entrado del brazo de Kenna.

La hermana de Niall había insistido en acompañarla, quizá para compensar la forma brutal con la que la verdad había salido a la luz. O tal vez fuese porque se había encariñado con ella desde el mismo instante en que comprendió que aquella mujer de voluntad firme no solo amaba a su hermano, sino que tenía la fuerza necesaria para ponerlo en su lugar. Kenna se mostraba visiblemente emocionada, y no hacía gran esfuerzo por ocultarlo. Sonreía con los ojos brillantes, orgullosa y conmovida a la vez, sin dejar de murmurarle a Sorcha alguna observación sobre lo hermoso que resultaba verla vestida de novia y lo contenta que estaba por tener una nueva hermana.

La inminente esposa de Niall llevaba un vestido de lana fina de color marfil. Se trataba de un

corte sencillo y elegante, con mangas largas y un modesto escote cuadrado realzado por una pieza de encaje que había pertenecido a *lady* Ophelia. Todo en Sorcha irradiaba una dignidad mezclada con la sobriedad que hacía parecer que había nacido para pronunciar la promesa que estaba a punto de ofrecerle a su marido. El cabello castaño oscuro le caía recogido en un moño bajo, del que se escapaban algunos mechones junto a las sienes. Kenna le había prendido en el peinado unas pequeñas flores blancas, y el conjunto, lejos de volverla frágil, la hacía verse luminosa. Sorcha avanzaba con la espalda recta y el mentón apenas alzado. No se asemejaba una novia temblorosa, porque no lo era. Parecía la castellana de Strath Fuar, dispuesta a sellar un pacto del que nadie podría retraerla.

Niall ya la esperaba ante el altar.

Se había vestido con atención porque era un gran día para él, aunque ni el mejor *plaid* del norte podría quitarle del todo esa ferocidad inherente. Llevaba una camisa blanca bien ajustada, y, sobre el hombro, el manto rojo con franjas claras y verdes, cruzado, le caía para cubrirle parte de las piernas. Un cinturón ancho de cuero complementaba el atuendo, a juego con las botas. Era un guerrero sencillo pero mortalmente apuesto. El cabello oscuro le caía sobre la frente de tal modo que se veía tan salvaje como siempre, incluso a pesar de haberse rasurado esa misma mañana, ya tenía una sombra de barba que profundizaba la dureza de sus facciones.

Lo que más sorprendió a la novia era ver los ojos con los que la estaba admirando mientras

caminaba hasta él. Porque Niall Mackenzie estaba impresionado y no lo escondía. Ella entendió que, de verdad, él sí que la amaba. Una mirada como la que le estaba dedicando era imposible fingirla.

Sorcha le sonrió entonces y él le devolvió el gesto de inmediato.

Seumas MacPherson, que no se perdía detalle desde uno de los bancos delanteros, juraba, para sus adentros, que jamás había visto semejante expresión en el rostro de su muchacho.

Callum Fraser también estaba pendiente de la reacción del hermano de su esposa y no pudo reprimirse:

—Pareces un cachorro que solo sabe babear, Mackenzie.

—¿Y puedes culparme? —Niall no iba a entrar en la discusión. Estaba demasiado complacido con su novia.

Callum suspiró y sus ojos se movieron de inmediato hasta Kenna.

—No. No puedo porque he estado en tus botas antes. Sinceramente, deseo que conozcas la dicha como yo. Me quedé con la mejor de las mujeres de Escocia, pero estoy convencido de que una dama que ha sabido llevarte de las narices sin temblar será igual de admirable.

—Sé que en tus palabras habita un insulto poco disimulado y, aun así, no me importa. Soy feliz.

Callum le puso una mano sobre el hombro.

—Lo sé. Y, aunque estaré burlándome de ti hasta agotarme porque te veo sonreír como un tonto, me alegro mucho por ti, Mackenzie.

Niall, que no había dejado de mirar a Sorcha ni un solo instante, asintió con la cabeza.

Ambos hombres, tan acostumbrados a la violencia y a huir de todo aquello que tuviese que ver con los sentimientos, tenían que admitir que eso llamado amor no era tan cruel o mortal como habían pensado que sería. Callum gozaba de una vida llena de júbilo junto a una mujer por la que daría su vida sin pestañear. Por su parte, Niall, que había odiado y temido las lágrimas femeninas como si fuesen un gran rival, comprendía que no siempre ese gesto le causaba irritación. Su novia tenía los ojos brillantes, lo que presagiaba que en cualquier momento acabaría llorando y él era muy consciente de que sería de júbilo. Se juró entonces a sí mismo que las lágrimas de su mujer siempre serían una expresión de felicidad. Él había nacido para hacer brillar a Sorcha y así sería hasta el fin de sus días.

Kenna dejó a la dama junto a su hermano y se retiró a un lado mientras trataba también de controlar su emoción. El silencio que quedó entre los dos inminentes esposos no tuvo nada de incómodo. Niall la recorrió con la mirada sin disimulo, con una admiración tan limpia que ella sintió un nudo

inesperado en la garganta. Mackenzie era muy consciente de que su dama había deseado oír la verdad desde que se topó con él en aquel patio, la había hecho sufrir y casi había dado por imposible que entre ellos pudiera surgir el amor. En realidad, Niall Mackenzie no había sabido lo que era el amor hasta que se había enamorado perdidamente de Sorcha. Ah, pero los milagros existían porque por fin la tenía delante, vestida para unirse a él ante Dios.

El padre Murdock comenzó el rito escocés con voz grave. Hablaba del sacramento, de la unión debida, del deber de sostenerse en la alegría y en la desgracia, del amparo mutuo y de la fidelidad. No pensaba alargar la ceremonia más de lo necesario, dado que sabía bien qué clase de pareja tenía delante. No eran dos almas hechas para languidecer en una capilla entre letanías interminables. Aun así, estaba poniendo en cada palabra un cuidado especial para bendecir algo mucho más valioso que una alianza política.

Antes de que llegaran los votos, Kenna, con la aprobación indulgente del sacerdote, acercó una cinta de lana trenzada con los colores de los Mackenzie y de los Grant. No era el sacramento en sí, sino un gesto esencial que en el norte estaba cargado de sentido. El padre Murdock unió las manos de ambos y Kenna sostuvo la trenza un momento con orgullo. Su hermana no hizo comentario alguno, pero a Niall le bastó verla sonreírle para sentir que sus ojos comenzaban a tener una humedad inaceptable. ¡Por amor de Dios!, él era un guerrero que no debería estar sintiendo un cúmulo indescriptible de emociones que amenazaban con volverlo loco. No

importaba. Mackenzie sabía que ese iba a ser el día más feliz de su vida y se dijo a sí mismo que más le valía disfrutarlo y memorizarlo para recordarlo con exactitud en los días más oscuros, porque su dama siempre traería luz a su vida.

Niall le sostenía la mano a Sorcha con una firmeza absolutamente reverente. No se la apretaba demasiado porque no hacía falta. Los dedos de ella encajaban entre los suyos a la perfección. Se dio cuenta de que la mujer no temblaba y la admiró por ello todavía más.

Cuando llegó el momento de las promesas, él la miró como si el resto del mundo hubiese dejado de existir.

—Te seré fiel —dijo, y la solemnidad fue más que patente—. Te honraré, te protegeré y no volverás a estar sola mientras yo respire. Dios no podrá proteger de mi ira a quien se atreva a causarte mal o desasosiego, porque lo mataré y acabará en el infierno.

El padre Murdock lo miró con censura. Sorcha le sonrió, porque aunque no había sido el discurso de un poeta, sí que aquellas palabras venían del mismo lugar del que nacían los juramentos más sagrados, pues reflejaban su lealtad más incondicional.

Por su parte, Kenna soltó un suspiro, embelesada, y a Callum y MacPherson se les escapó la risa.

—Estamos en la casa de Dios —reprendió Murdock a la sección masculina—. Ahora continuemos.

Sorcha se preparó entonces para emitir sus votos:

—Te entrego mi vida entera. Todo lo que soy, lo seré para ti y para nadie más. Te prometo que trataré de ser paciente, aunque algunas veces podrías llegar a dudar de si hiciste bien en convertirme en tu esposa, dado que podría regañarte más de lo que te imaginas si no estoy de acuerdo con tu proceder. No puedo jurar que te obedeceré ciegamente tampoco. Tal vez no llegue a ser una esposa perfecta. Es más, dudo que pueda serlo. —Ella se detuvo un momento para ordenar sus ideas. Niall tenía los ojos abiertos como platos. El sacerdote suspiró cansado debido a unas palabras tan poco ortodoxas, mientras que Kenna aplaudió sin romper apenas el silencio. Los hombres no dijeron nada, pero pensaban en que la dama sacaría de sus casillas al laird con gran facilidad y sonreían. Entonces, ella tomó una gran bocanada de aire y se dispuso a seguir con el discurso—: No obstante, de lo que nunca te haré dudar será del gran amor que has despertado en mí y que jamás se extinguirá. Te amaré, no solo hasta el fin de mis días, sino también cuando me hagas enfadar. —Niall sabía que ella estaba hablando con el corazón y por eso sonrió y se relajó. Ella frunció el ceño y luego asintió un par de veces con la cabeza y reanudó sus palabras—: Sí. Muy probablemente te amaré de un modo feroz, crudo e incondicional durante toda la eternidad. Eso implica que nunca estarás solo y que tendrás que

aprender a convivir con mi temperamento hasta el fin de los tiempos.

—Acepto cada una de tus condiciones. Puedes jugarte el cuello a que haré que me ames durante toda la eternidad.

—Laird Mackenzie… estamos en la casa de Dios —le recordó una vez más el padre Murdock, irritado, pero cauteloso.

—Y por eso cada palabra es un contrato formal y eterno —dijo, para luego sacar el anillo.

El oro oscuro brilló a la luz de las velas cuando lo sostuvo entre los dedos. Niall le sostuvo la mano izquierda a Sorcha y, con infinita paciencia, le deslizó la joya en el dedo.

—Acepta el regalo y la buena fortuna de las mujeres Mackenzie que te precedieron —murmuró, solo para ella, aunque en el silencio de la capilla todos alcanzaron a oírlo.

—Así lo hago —pronunció ella con orgullo.

Cuando por fin los declaró marido y mujer, el alivio del sacerdote fue tan visible que hasta Seumas soltó un resoplido que parecía un «amén» malhumorado. Niall no aguardó ni un segundo más. La atrajo hacia sí con una mano en la cintura y la besó de una forma que no tenía nada de recatada. No fue indecoroso… del todo; fue, simplemente, un beso ardiente, lleno de amor, hambre y una alegría

tan brutal que a Sorcha le temblaron las piernas. Ella le respondió con la misma pasión, olvidándose, por un momento, de la capilla, del fuego de las velas, de los testigos y de todo cuanto no fuese aquella boca o aquella mano firme que la sostenía. Sorcha y Niall habían logrado llegar el uno al otro y no eran capaces de ocultar su júbilo.

Kenna se secó otra lágrima; esta vez se estaba riendo.

—Por todos los santos, sí que está enamorado… —murmuró, conmovida.

Callum, sentado a su lado, le pasó un brazo por encima de los hombros y le dio un beso en el pelo.

—No habrá ningún amor como el nuestro, ni tampoco una mujer más amada que tú.

—*Ouch*, Callum. Esto no es ninguna competición —lo reprendió con una sonrisa en los labios.

—Lo sé, pero si lo fuese, nosotros ganaríamos.

Por su parte, Seumas MacPherson se acomodó un poco mejor en el banco y negó con la cabeza, incrédulo aún.

—Nunca pensé que vería a mi muchacho disfrutando de la ternura de una mujer y

ofreciéndosela sin reservas. Seaforth, allá donde estés, te imagino escupiendo sobre el suelo porque tú no engendraste a un hombre dulce, pero yo te digo que mi corazón se enorgullece de que sea tal y como es.

El padre Murdock cerró el libro de oraciones con una suavidad satisfecha. La ceremonia había terminado. Dios había oído lo que debía oír y, a juzgar por el modo en que Niall seguía pegado a su esposa sin darle tregua, el esposo estaba más feliz que las campanas de una catedral.

—Hijos míos… estamos en la casa de Dios —repitió por tercera vez.

—Cierto —dijo él.

Entonces el laird Mackenzie no esperó ni un momento más. En cuanto se separó de los labios de Sorcha, la miró con ese brillo salvaje que ella ya reconocía a las mil maravillas, la alzó con sus poderosos brazos y echó a andar hacia la salida de la capilla sin otra explicación que la evidencia de sus intenciones. Sorcha soltó un gemido entre sorprendida y divertida, al tiempo que se aferraba a sus hombros.

—No podemos hacer lo que deseas *ahora* — le susurró ella.

—¿Y quién lo dice?

—Niall…

—¿No me quieres en tu cama?

—Sabes que sí, pero…

—No, Sorcha. Es un sí sin condiciones. Tú me quieres y, por Dios, que llevo desde que te vi en Londres imaginando cómo sería tenerte desnuda y ardiente frente a mí. No puedo aguantar más. Nos hemos casado y es hora de que nos demos el gusto.

Ella no pudo discutir su punto de vista. Así que suspiró e hizo como que se resignaba, aunque estaba feliz por la impulsividad de Niall.

Los testigos no se escandalizaron por su brusquedad. En Strath Fuar, y menos aún entre aquella compañía, lo que hizo Niall fue recibido con una naturalidad festiva. Solo Kenna se puso en pie al instante, para luego llevarse una mano al pecho.

—¡Niall Mackenzie! —lo reprendió, aunque la risa le temblaba en la voz—. Al menos podrías fingir un poco de decoro delante del sacerdote.

Su hermano no se volvió siquiera.

—Ya he fingido bastante por una vida entera. Mi novia es virgen porque he tenido la suficiente fuerza de voluntad…

—Niall —susurró mortificada la aludida. Él no le hizo caso.

—… Además, MacPherson me explicó tu historia con Fraser —continuó Mackenzie—. No prediques sermones que ni tú misma has seguido —gruñó, sin soltar a su esposa ni detenerse.

Callum soltó una carcajada.

—¡Eso demuestra que soy mejor que tú incluso con la seducción! —le gritó el laird Fraser.

Seumas tuvo el buen juicio de parecer azorado cuando Kenna le dispensó una mirada de lo más acusadora. El padre Murdock, cada vez más irritado porque nadie respetase el lugar sagrado en el que estaban, se santiguó y rezó por las almas de los pecadores que parecían muy alegres mientras soltaban sus blasfemias.

Y así, sin vergüenza y en menos de cinco minutos, los recién casados atravesaron la puerta de la alcoba de Sorcha. La madera se cerró con un golpe seco, y el silencio que siguió tuvo un carácter irrevocable.

Capítulo 7
Una noche dulce sin oscuridad

Era un momento con el que ambos llevaban mucho tiempo soñando. Él no pretendía apresurarse. Le haría el amor con delicadeza.

Niall no la dejó en el suelo de inmediato. La sostenía entre sus brazos, mirándola con una expresión que Sorcha no le había visto nunca. No había ironía en él, ni tampoco uno solo de esos brillos insolentes tan característicos suyos. Había hambre, sí, una muy arrebatadora y evidente, pero también mucho amor.

—Eres mi esposa al fin, *mo ghràdh* —murmuró, y la voz le salió ronca, profundamente conmovida porque eso implicaba que por fin se había ganado el derecho de poseerla.

A Sorcha le temblaron los labios.

—Y tú eres mi esposo al fin, *mo ghaisgeach*. —Ella había dicho que él era su guerrero. Y ese fue el mejor de los cumplidos para Niall.

Él afirmó, satisfecho, con la cabeza. Luego la dejó despacio sobre la alfombra, delante del lecho, y sus manos, tan hechas al acero y a la guerra como estaban, se volvieron sorprendentemente cuidadosas cuando le rozó los hombros y le apartó un mechón del rostro. Luego, con un solo dedo, Niall procedió a recorrerle la línea del cuello con una lentitud que no parecía propia de un hombre que estaba tan impaciente y ansioso.

—Llevo tanto tiempo deseando esto que no quiero apresurar nada —confesó—. Quiero que disfrutes de mi cuerpo, tanto como yo sé que disfrutaré del tuyo. Confío en ser capaz de no humillarme.

—¿Cómo te humillarías?

—Eres inocente, Sorcha, y no lo comprendes del todo, pero tengo tanta hambre de ti que esto podría terminar rápidamente y no quiero que eso suceda. Hace demasiado que no estoy con una mujer.

—¿Cuánto? —la pregunta salió disparada.

Él le sonrió complacido al darse cuenta de que ella se había puesto celosa.

—No he llevado la cuenta. Tampoco he sido esclavo de mi lujuria, por lo que no ha habido muchas mujeres, pero te aseguro que desde que Jorge me comprometió contigo, no he tenido ni un segundo de paz para buscar placer. Tal vez incluso bastante antes de eso.

—¿Me estabas esperando?

—Toda mi maldita vida, Sorcha —le confesó lo que sentía.

Las situaciones entre ellos habían estado llenas de agravio, recelo, deseo crudo y mucho orgullo herido desde que se conocieron. Era el momento de dejar a un lado el pasado para concentrarse en una vida que podría ser maravillosa si ambos se esforzaban un poco.

Niall le besó la frente primero, luego la sien, la mejilla y, por último, la boca, con una ternura tan poco propia de él que ella sintió un vuelco, dulce y doloroso, en el centro de su feminidad. Se separó un momento para observarla, y cuando la besó de nuevo ya no fue con aquel cuidado inicial, sino con una lujuria ardiente que la obligaba a aferrarse a sus hombros para no perder el equilibrio.

La desnudó con una facilidad pasmosa, aunque no tardó mucho más en quedarse él sin una sola prenda.

Sorcha lo observaba, pero aún no se atrevía a examinarlo del todo. La mirada de Niall, en cambio,

descendió hasta sus pechos. Las aletas de su nariz se abrieron muchísimo, con una inspiración honda que no logró disimular. Sus pezones fruncidos delataban con demasiada claridad aquel anhelo angustioso que la devoraba.

La llevó hasta la cama sin darle tiempo a buscar refugio en la duda, porque ella parecía estar a punto de entrar en pánico.

Él avanzó hasta el centro del colchón de plumas, donde su amada esposa ya estaba tendida entre un montón de almohadas. Entonces Sorcha se permitió contemplar aquel cuerpo masculino mientras reunía valor. Lo examinaba más detenidamente que aquella vez cuando se bañaron juntos. La piel marcada de cicatrices, los músculos tensos y la fuerza salvaje que desprendía la empujaban a tocarlo, a rendirse, a amarlo con su cuerpo aunque aquello la asustase. Incluso la erección, que se alzaba ya sin un manto escocés que la ocultase, parecía reclamarla.

Pero sabía que, cuando se atreviera a mirarlo a los ojos, encontraría más que su deseo. Vería posesión. Pasión pura. Una necesidad tan feroz que rozaría la locura. Lo sabía porque ella sufría la misma demencia.

Con el pulso desbocado, extendió la mano y la apoyó sobre su pecho, justo encima del corazón. Después fue bajando despacio, hasta rozar el vello oscuro que le cubría el torso y la piel caliente que parecía temblar bajo sus dedos. La textura de su cuerpo, su calor y aquella fuerza viva que parecía latir en cada músculo la atraían con una intensidad casi

dolorosa. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Lo necesitaba. Y estaba segura de que ningún otro hombre podría apagar aquella hambre que él había despertado desde que le robó el primer beso.

Sorcha inspiró hondo, reunió el valor suficiente y alzó la vista hacia su rostro.

Los ojos de Niall brillaban con una fuerza peligrosa. Sorcha iba a entregarse a él, y su marido no pensaba permitir que se escondiera detrás del miedo. La tenía entre sus brazos, dentro de su mundo, y no estaba dispuesto a soltarla nunca.

Sin darle ocasión a retroceder, la cubrió con su peso. No intentó mostrarse delicado. Cada movimiento suyo llevaba impresa la voluntad de dominarla, porque Niall era un laird hasta en el modo de amar, y ni siquiera el amor parecía capaz de volverlo dócil.

Se la había ganado al confesarle lo que sentía. Y ella sabía que en esos momentos él debía convencerla de que también le pertenecía. El pánico empezó a cerrarle la garganta y le cortó la respiración. Sorcha había decidido ser valiente, sí, pero en ese instante, atrapada bajo aquel cuerpo grande y ardiente, temía haberse precipitado. Tal vez debería haberle pedido más tiempo antes de intimar.

Niall estaba estudiando su rostro y se daba perfecta cuenta de la gran tormenta de emociones que su mujer estaba sintiendo. Imposible detenerse. La paciencia se le había agotado. Con la rodilla, le

separó las piernas con una firmeza que le arrancó un estremecimiento a Sorcha.

Ella respiró profundamente. No. No podía tener miedo. No podía permitírselo. Lo deseaba demasiado. Lo deseaba con tanta desesperación que ninguna otra emoción parecía tener sitio dentro de ella.

Entonces Niall deslizó la mano entre sus muslos.

Ese primer contacto llegó demasiado pronto. Muy directo. Sorcha se sobresaltó y, cuando él ajustó los dedos con firmeza sobre ese pequeño nudo de nervios, ahogó un grito y trató de huir de su contacto.

Niall la sintió apartarse y, por un instante, todo su cuerpo se tensó con el impulso de retenerla. Pero no lo hizo. Aflojó un poco la presión de la mano, lo suficiente para obligarse a mirar su rostro y no solo a concentrarse en el deseo que le incendiaba la sangre. Ella no había escapado del todo de su toque.

—Confía en mí, por Dios, Sorcha —le suplicó, con la voz ronca.

Ella tenía la respiración tan alterada como la de él. La prudencia, la vergüenza y el miedo se le enredaban en el pecho, pero ninguno lograba apagar el anhelo que la consumía. Quiso echarle a la cara cada una de las jugarretas que le había hecho para ganar tiempo. Pensó en cada una de las razones por

las que debía odiarlo. Solo fue capaz de cerrar los dedos sobre sus hombros.

—Sí —susurró al fin—. No me alejaré.

La respuesta terminó con el último resto de dominio que a Niall le quedaba.

La besó con una fiereza hambrienta y volvió a tratar de darle placer, esta vez con mayor lentitud. La mano del laird acariciaba sus pliegues húmedos y sus dedos buscaban la entrada de su cuerpo. No había brusquedad, sino una firmeza devastadora unida a una seguridad masculina absoluta. Sorcha se estremecía bajo sus caricias, sorprendida por la rapidez con que su cuerpo respondía, por aquella rendición íntima que la dejaba expuesta ante él.

El deseo se iba abriendo paso poco a poco, pero de modo abrasador. Los dedos masculinos eran mágicos. Niall la acariciaba con un ritmo certero mientras un primer dedo la penetraba sin prisa para ir ensanchándola.

Ella no podía creer que estuviera sucediendo todo aquello y con tanta intensidad. Intentó girarse, más por pudor que por rechazo, pero Niall la sostuvo con una mano en la cintura y la obligó a permanecer allí, frente a él, mientras absorbía cada gesto de ella.

No le daba tregua. Sus roces despertaban una agonía intensa, sus dedos entraban y salían de su cuerpo de un modo que…

La estaba llevando hasta el límite de sus fuerzas con una paciencia eterna, atento a cada respiración, a cada temblor, a cada pequeño sonido que ella intentaba ahogar contra su hombro. Sorcha se aferraba a él cada vez con más fuerza.

—Niall… No… no puedo… Yo…

—Shhh, *mo ghràdh*, todo está bien. Solo siente. Disfruta del placer que te proporciono.

Y ella no necesitó más. Cuando el clímax la alcanzó por completo fue como ver un atardecer colorido y glorioso. Durante un largo y placentero instante se olvidó incluso de su propio nombre, pero no del hombre que la estaba haciendo volar. El éxtasis fue sublime e inesperado.

Pasados unos segundos, o tal vez fuesen unos minutos, la realidad se instauró y la vergüenza estaba comenzando a hacer mella en su interior. Le mortificaba que él supiera hasta qué punto lo deseaba. Le humillaba haber respondido con tanta facilidad, haber quedado deshecha entre sus brazos cuando una parte de ella aún quería haberse mantenido más entera y firme. Temía encontrar burla en su rostro. Temió que Niall sonriera con aquella arrogancia insoportable que conseguía enfurecerla incluso cuando no decía nada.

Pero, al abrir los ojos, no encontró nada malo.

Niall la miraba con una pasión oscura. Había una clara amenaza en él que le advertía que solo habían comenzado a amarse, sí, pero también una especie de asombro brutal, el desconcierto de un hombre que había ganado una batalla y, aun así, no sabía cómo tratar el tesoro que tenía entre las manos.

Su cuerpo se alzaba sobre ella, poderoso, marcado por cicatrices y lleno de deseo. Sorcha bajó la mirada un segundo y volvió a apartarla con el rostro encendido, consciente de lo que venía a continuación, sabiendo que esta vez no tenía escapatoria.

Niall apoyó una mano junto a su cabeza y la otra en su cintura. Sus caderas rozaron las de ella con una advertencia lenta, deliberada, que hizo que se le encogiera el vientre. ¿Le habría leído la mente? Porque ella sentía que debería escapar de inmediato.

—Mírame, Sorcha.

Ella obedeció, aunque el corazón volvía a golpearle con una fuerza desesperada.

El hombre que la tenía entre sus brazos había dejado de ser un caballero dulce o un amante paciente. Era ya un conquistador de las Tierras Altas, un guerrero que había cruzado media Escocia para reclamar a la mujer que consideraba suya. Y Sorcha comprendió, con una mezcla peligrosa de miedo y deseo, que Niall Mackenzie no estaba hecho para amar con suavidad.

Estaba hecho para vencer. Y, aquella noche, había decidido conquistarla a ella. A una mujer que no había hecho más que desafiarlo desde el principio y, que incluso durante el recital de sus votos, le había asegurado que no sería sumisa nunca.

Se había burlado de él, lo había contradicho, lo había mirado con aquel orgullo capaz de sacar de quicio a un santo, pero mientras hacían el amor, sin embargo, ya no podía interponerse nada entre ambos. Solo existía esa batalla íntima, fiera y dulce a la vez, en la que dos voluntades se medían sin saber cuál de las dos deseaba rendirse antes.

El desenlace parecía inevitable, aunque, Sorcha tenía que hacer acopio de su valentía y demostrarle que no era una damisela llena de temor, porque ella sabía controlarse.

Lo hizo a su manera, con una ternura que resultaba más peligrosa que cualquier desafío. Le rozó las cicatrices del mentón y de la mejilla, siguió con la yema de un dedo la línea de una vieja herida y terminó acariciándole el lóbulo de la oreja con una delicadeza que lo hizo quedarse inmóvil.

Disfrutó de las caricias de esos gráciles dedos y la premió con una nueva ola de placer. Se acomodó mejor y comenzó de nuevo a volverla loca con sus manos. Ella perdió la noción del tiempo y la realidad cuando Niall comenzó una vez más a acariciar su feminidad. Cerró los ojos y se dejó llevar para que él volviese a catapultarla al paraíso carnal.

—Niall… Oh, Dios… —canturreaba llena de júbilo. Sabía que podría volver a alcanzar el éxtasis, le faltaba tan poco…

—Nunca olvides que siempre haré lo mejor para ti, Sorcha —susurró él.

Entonces sintió una nueva presión en su interior. Dos dedos, o tal vez alguno más, entraron en su canal.

—¡Niaaaal! —gritó desesperada cuando sintió el pellizco de dolor.

—Ya está, *mo ghràdh.* Así es mejor. Ya no te volverá a doler nunca más.

Sorcha abrió los ojos en cuanto volvió a sentirse vacía y comprendió lo que acababa de suceder. Su esposo le había arrebatado la virginidad de un modo inesperado.

—¿Por qué así? —preguntó en un susurro.

—Porque pensé que sería mucho menos doloroso de ese modo. No soy pequeño, Sorcha, y no estaba seguro de poder ir poco a poco cuando te poseyese. ¿Estás bien?

—Yo… —No respondió nada más porque no lo sabía.

Lo vio limpiarse un poco de sangre sobre la sábana y se acercó a su boca para besarla, así que

ella no logró decirle ni una palabra.

—Nunca más sufrirás dolor. Ahora necesito que seas tan valiente como siempre, mi bella esposa.

En ese instante no parecía un laird dispuesto a imponer su voluntad, sino un hombre entregado por entero al placer de sentirse tocado por ella. Bajó la cabeza y le mordió con suavidad el labio inferior. Sorcha soltó un pequeño grito, más de sorpresa que de dolor, y él la calmó enseguida pasándole la lengua por ese lugar.

—Seré valiente —logró murmurar.

Hundió los dedos en su cabello y le ofreció la boca, abierta, temblorosa y rendida. Niall la besó con un hambre que la dejó sin pensamiento alguno una vez más. La reclamó despacio y luego con más fuerza, hasta arrancarle un estremecimiento que le humedeció los ojos.

Sorcha tuvo la certeza de que él no pensaba dejarle intacta ni una sola defensa. Niall le besó los párpados, bajó por la mejilla y le rozó con la lengua el hueco delicado junto a la oreja. Ella se aferró a sus hombros, anchos y calientes bajo sus manos, estremecida por aquella conciencia primitiva de que él estaba decidido a poseer tanto su cuerpo como su alma.

Y ella quería dárselo todo sin reservas.

Sí. Por él, valía la pena olvidarse de sí misma.

La idea la desconcertó. Siempre se había creído una mujer firme, segura y difícil de doblegar, pero bastaba con que Niall la tocara para que descubriera en sí misma todos los puntos vulnerables, todos aquellos rincones secretos donde su voluntad se perdía y su cuerpo dejaba de obedecerla para sucumbir a él.

El aliento de su marido le rozó la piel y la hizo estremecerse mientras su mano subía por su costado hasta cubrirle un pecho. La caricia fue lenta, posesiva, hecha para el disfrute de ambos. Cuando el pulgar le rozó el pezón, Sorcha perdió el ritmo de la respiración.

—Siento que voy a morirme —dijo *lady* Mackenzie.

—Y yo moriré contigo —alegó, para luego emitir un sonido bajo, ronco y extremadamente salvaje. Fue más bien un gruñido ansioso.

Antes de que ella pudiera decir algo más, él inclinó la cabeza y succionó su pezón. Comenzó a mamar de ella como si fuese todo el alimento que necesitaba para poder vivir.

El placer la atravesó con tanta fuerza que Sorcha arqueó la espalda. Se aferró a él, enredó una pierna alrededor de su cadera y lo atrajo más cerca, buscando por puro instinto el roce de su cuerpo. Niall

soltó una risa baja contra su piel, una risa masculina, satisfecha, e insoportable. ¡Y él que había tenido miedo de que ella le impidiese hacerle el amor después de haberle arrebatado la virtud de ese modo! Era perfecta. Pasional y ardiente. Volvió a reírse para deleitarse con su gran suerte.

El condenado se reía. Y, aun así, ella no tuvo fuerzas para enfadarse o reprenderlo.

Su boca seguía atormentándola con una lentitud despiadada mientras una de sus manos descendía por la curva de su espalda. La atrajo hacia sí, la colocó contra su muslo y empezó a moverla con una cadencia lenta, firme, hecha de roce y de promesa.

Sorcha ahogó un gemido contra su hombro.

Niall no la apresuraba. La sostenía, la guiaba, la obligaba a sentir cada caricia hasta que el deseo volvió a prender en ella con una intensidad todavía más peligrosa que la anterior. La mano masculina se cerró en su cadera y su boca regresó a la de ella con una exigencia que le borró el último resto de vergüenza, si era que todavía le quedaba algún resquicio. Volvía a estar ardiendo.

Y Sorcha, que tantas veces había logrado mantener su fuerza de voluntad —incluso en los peores momentos—, comprendía con una claridad abrumadora que después de hacer el amor con él, no podría ser la misma nunca más.

Lady Mackenzie arqueó la espalda y giró el rostro contra las almohadas, pues era incapaz de sostener el peso de aquel placer.

Niall le cubrió el otro pecho con la boca, y el goce creció hasta volverse insoportable. Cada rincón de su cuerpo parecía vibrar bajo él. Cuando ella intentó escapar, él le atrapó las muñecas y se las sujetó contra el colchón sobre la cabeza. La mantenía cautiva y delirante. Sorcha no había sido tan feliz en toda su vida.

Los gemidos le nacían desde lo más hondo de la garganta. La estaba volviendo completamente loca. El calor, el roce, aquella cadencia diabólica que la llevaba de la desesperación al placer sin concederle descanso… Se había convertido en la esclava de Niall Mackenzie y no le importaba lo más mínimo.

Sorcha lo quería dentro. No. Lo necesitaba. Era preciso sentirlo en su interior. Su cuerpo así lo imploraba.

—Ya —susurró, atormentada por aquella urgencia—. Niall, ya.

El muy canalla no obedeció.

La deseaba. Sorcha lo sabía por la tensión de su cuerpo, por el temblor que le recorría los músculos y el modo en que contenía cada movimiento contra ella, pero era capaz de contenerse. La llevaba hasta el borde una y otra vez y la dejaba allí, suspendida en aquella necesidad,

para recordarle que seguía siendo él quien guiaba su dulce tormento.

La besó en los labios, pero no le permitió convertir el beso en una réplica. Le mordisqueó la oreja y soltó una risa baja cuando ella se estremeció y volvió a suplicarle piedad. Le cubrió los pechos con las manos y acarició sus pezones con una lentitud que la hizo gritar sin contención. Lo hacía todo tan bien que Sorcha le mordió el hombro, vencida por un placer primitivo y frustrada al mismo tiempo.

La disciplina de Niall no aguantó más después de su mordisco de amor. La colocó perfectamente bajo su cuerpo, le separó las piernas con una firmeza que ya no dejaba espacio para dudas y se situó entre ellas. No había piedad en aquel instante. Solo necesidad. Calor. Únicamente existía el deseo crudo de dos cuerpos que habían luchado demasiado contra lo inevitable.

Niall la miró una última vez.

—Confío en que no te moleste demasiado ahora. La próxima vez será perfecta, te lo juro.

—Ya está siendo maravilloso. Ven a mí ahora, Niall Mackenzie —lo animó.

Sorcha le rodeó las caderas con las piernas.

Y entonces él entró en ella.

El primer empuje le arrancó un sonido ahogado, un temblor que le recorrió la espalda hasta dejarla sin fuerzas. Niall se detuvo, con la mandíbula tensa y los ojos clavados en los suyos, dándole tiempo para acostumbrarse a su tamaño. Sorcha cerró los dedos sobre sus hombros, no para apartarlo, sino para retenerlo.

—Sigue. Arde, pero estoy bien —murmuró contra su boca.

Aquello terminó de desatarlo.

Niall empezó a moverse con cautela porque no quería hacerle daño. Cuando sintió que en verdad ella estaba más relajada, procedió a aumentar su ritmo. Era rápido y profundo.

—Si no estás bien, puedo…

Sorcha no permitió que él hablase más. Su dama abrió todavía más las piernas y se aferró a él, entregándose con una desesperación que ya no la avergonzaba.

Le clavó las uñas en la piel, ansiosa de todo cuanto él podía darle.

Niall le hacía el amor con el ímpetu de un guerrero que estaba a punto de perderse por completo. No había dulzura en aquel hombre, al menos en ese instante. Él tenía hambre y ella estaba deseosa de darle de comer. La estaba poseyendo y le dejaba claro que ella le pertenecía. Había tanta

pasión entre ambos que Sorcha sentía que la atravesaba por dentro para dejarla herida para siempre.

Ella gemía muy bajo, en un compás que delataba su desesperación. El placer volvía a acercarse, brillante y esquivo a la vez, siempre a punto de alcanzarla y siempre un poco más allá. Niall no aflojaba el ritmo lo suficiente para que ella pudiera alcanzar el éxtasis de nuevo, pero lo sentía allí, rozándola, creciendo y volviéndola más y más loca.

Cuando creyó que no podría soportarlo más, él le sujetó las caderas y se detuvo.

Sorcha abrió los ojos de golpe.

Niall permanecía sobre ella, inmóvil, enterrado en su calor, con los brazos tensos a ambos lados de su cuerpo. Durante un instante estremecedor, la miró con una fijación que la abrasó por completo. Había destellos dorados en sus ojos y parecían hierro al rojo vivo.

—Eres mía —susurró él.

Sorcha trató de negarlo. Fue imposible porque era verdad. Le pertenecía. Quiso también cerrar los ojos, protegerse de aquella mirada que parecía atravesarla, pero tampoco pudo.

Niall comenzó a moverse sobre ella, dentro de ella, con el cuerpo tenso y la respiración hecha jirones. Su control se rompió al fin. Se derramó en su

interior con un estremecimiento profundo, oscuro, posesivo, y aun entonces no se detuvo. La reclamó una vez más. Y otra. Alargaba aquel instante hasta convertirlo en una auténtica locura.

Entonces pudo alcanzar el placer que llevaba demasiado tiempo burlándose de ella. Gimió con fuerza y Niall le cubrió la boca con la suya para tragarse su éxtasis. Sorcha se arqueaba bajo él, sacudida por una oleada que no le dejó aire en los pulmones ni pensamiento alguno en la mente. Todo su cuerpo se estremecía, tenso y entregado, mientras el placer se le acumulaba en lo más hondo hasta romperse en una satisfacción tan brutal que creyó que jamás volvería a sentir nada igual. Porque él había hecho magia con sus dedos al principio, pero lo que había logrado mientras la poseía era todavía más formidable.

Las almohadas habían acabado desperdigadas por la cama. Las sábanas se habían soltado del colchón y se enredaban bajo sus cuerpos, tibias y arrugadas por la violencia de aquella dulce acción. Sorcha sentía aún el latido del deseo entre los muslos, la piel húmeda y el cuerpo marcado por él de una manera que iba mucho más allá de la carne. Poco a poco, los estremecimientos fueron apagándose.

El movimiento de Niall se hizo más lento, más profundo, hasta que se detuvo por completo. Durante unos segundos permaneció sobre ella, con la frente casi rozando la suya y la respiración mezclada con la de Sorcha. Después le sostuvo la barbilla entre los dedos y la obligó a mirarlo.

No se retiró de ella. No apartó el cuerpo. Siguió allí, unido a Sorcha, pesado y cálido, convertido en una presencia imposible de ignorar.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. No quiero que lo olvides nunca. Pase lo que pase, tú eres la luz que ilumina toda la oscuridad que albergo en mi interior. Eres la única esperanza que tengo de que no me perderé entre las sombras.

—Soy tuya. Ahora y siempre.

Y esa respuesta hizo que Niall le dedicase una sonrisa tan perfecta que ella supo que había dicho las palabras que él necesitaba escuchar.

Capítulo 8
Una normalidad encantadora

La mañana siguiente llegó como un sueño del que nadie desearía despertar. El viento golpeaba los postigos de la alcoba con fuerza, y la primera luz del día se filtraba entre las rendijas con un tono gris, frío y nada amable. Sorcha abrió los ojos despacio; sentía una tibieza desconocida que se extendía bajo la piel debido a la noche tan placentera que había compartido con su esposo.

Niall dormía a su lado.

Estaba de espaldas solo a medias, con un brazo sobre su cintura, una pierna enredada con la suya y se le apreciaba el ceño ligeramente fruncido, tal vez porque incluso en sueños seguía empeñado en discutir con el mundo entero. La barba oscura le sombreaba mucho la mandíbula, el cabello se le había revuelto sobre la frente y, pese a todo, había una paz agradable en su rostro.

Niall Mackenzie había sido capaz de desafiar a soldados, mentirle a un capitán, robarle un castillo a los ingleses sin derramar sangre, y hacer que ella lo perdonase sin demasiado esfuerzo. Lo que más gracia le hacía era que él dormía sujetándola con una firmeza muy clara, como si tal vez tuviese miedo de que ella decidiera desaparecer antes del amanecer.

Sorcha sonrió. Estaba completamente enamorada de ese hombre terco, duro, arrogante y perfecto.

Intentó apartarse con cuidado.

El brazo de Niall se cerró más sobre ella.

—Ni se te ocurra moverte de ahí, esposa. Y deja de mirarme de ese modo tan extraño —gruñó él, sin abrir los ojos.

—¿Cómo sabes que estoy mirándote? Pensaba que dormías.

—Dormía hasta que has comenzado a moverte y has decidido huir de tu esposo.

—No estoy huyendo. Solo quiero levantarme.

Niall abrió un ojo. Azul grisáceo. Somnoliento y desconfiado.

—Eso dicen todas las mujeres antes de huir.

—¿Cuántas esposas has tenido para hablar con tanta autoridad?

Él abrió el otro ojo.

—Una. Y ya me basta para saber que eres peligrosa antes del desayuno.

Sorcha soltó una risa baja y trató de apartarle el brazo.

—Tu esposa necesita comprobar si el castillo sigue en pie.

—Tu esposo necesita que estés en la cama.

—Hay deberes que atender, Niall. —Se quedó un momento pensativa y luego añadió—: ¿Debo seguir llamándote Escarcha o prefieres que use tu verdadero nombre?

—¿Ya quieres pelearte con tu recién estrenado marido, Sorcha? —preguntó en tono juguetón.

—En absoluto, solo necesito una indicación.

—*Ouch*, esposa, no hay nada más apasionante que discutir contigo, porque eso me permitirá luego hacer las paces en la cama. Pelea conmigo todo cuanto quieras, porque será en la intimidad cuando te haga comprender cuánto me amas.

—Eres un hombre muy presuntuoso.

—¿Acaso niegas que me amas, esposa? —debatió él.

—No. Todavía no te ha dado tiempo a hacer algo que pueda ofenderme y hacer que me replantee mi amor por ti.

—¡Ni lo haré tampoco! —exclamó él con seguridad—. Hemos comenzado de nuevo y esta vez lo haremos bien como marido y mujer.

—Uhm… —murmuró ella.

—¿Crees que te haré enfadar muy a menudo? —preguntó con perspicacia.

—Espero que no, Niall.

La atrajo contra él con un movimiento rápido, y Sorcha acabó medio tumbada sobre su pecho. El calor masculino la envolvió de inmediato. Niall bajó la boca hasta su sien y dejó allí un beso lento, perezoso, tan inesperadamente tierno que ella perdió por un instante el impulso de levantarse.

—Buenos días, *mo ghràdh* —murmuró él.

Sorcha cerró los ojos.

Aún no se había acostumbrado a que la llamara así. «Mi amor». En gaélico sonaba menos expuesto, tal vez por eso él se atrevía a decirlo con

más facilidad. O quizá Niall Mackenzie solo era capaz de abrir el corazón cuando podía esconderlo. No importaba. Le gustaba que él le hubiese puesto ese apelativo cariñoso.

—Buenos días, *mo ghaisgeach*.

Él sonrió contra su piel.

—Me gusta muchísimo que me llames así.

—Lo sé. Por eso no pienso abusar —se mofó de él.

—Deberías abusar. Soy un hombre generoso con mi esposa, podría darte todo lo que me pidieses si me mantienes contento.

—Eres un hombre que pretende retenerme en la cama hasta que se caiga la torre sur. En cuanto a lo de mantenerte contento…

Niall levantó la cabeza de golpe.

—¿La torre sur se cae?

Sorcha parpadeó. Luego empezó a reírse.

—No en este mismo instante, bruto. Era una forma de hablar.

Él la miró con franca censura.

—No bromees con los muros, grietas ni torres que puedan venirse abajo. Eso no es propio de una mujer sensata.

—¿Y desde cuándo me has considerado a mí una mujer sensata? Me he casado contigo, Niall Mackenzie. Si hubiese sido lo que dices, tal vez…

Él no le permitió continuar hablando. Se movió como una pantera, rápido e intransigente, y la dejó colocada bajo su cuerpo.

—Estabas destinada a ser una Mackenzie, mi mujer, Sorcha. No dudes jamás de la voluntad del destino ni de que haré cualquier cosa para hacerte feliz. Cueste lo que me cueste, haré que cada día te levantes siendo la mujer más dichosa de las Tierras Altas.

—Palabras, palabras…

—Hechos, Sorcha —la volvió a interrumpir —. Dios sabe que nunca podré ser un hombre tierno, ni siquiera agradable, pero te garantizo que jamás pondrás en duda mi amor por ti.

Ella le sonrió y acto seguido levantó una mano para acariciarle la mejilla. Él no era suave; su piel era la prueba más palpable.

—No hubiese podido casarme con nadie más después de conocerte, Niall Mackenzie. Sí, creo que nuestro destino era estar juntos, aunque te

confieso que cuando hablé contigo por primera vez en Londres pensé que Jorge me había castigado.

—¡Pero si soy una bendición!

—Por el momento, así lo creo.

Él la observó durante un largo momento. Luego asintió con la cabeza. Sorcha pudo sentir cómo se relajaba. Le gustaba tener tanto poder sobre él.

—Tienes los labios un poco hinchados por mis besos y el cabello tan enredado… Te miro y observo a una mujer que ha sido bien amada por un hombre que nunca pensó en encontrar el amor.

—Ten cuidado, esposo, comienzas a recitar poesía. Tal vez sí haya un alma tierna en tu interior. —La dama le colocó la mano sobre el corazón.

—Me embrujaste en cuanto te vi. No encuentro otra explicación posible a todo lo que me has hecho sentir desde el principio, esposa.

Había en su mirada una seriedad que a Sorcha le acarició el corazón.

La sonrisa de ella se suavizó.

—Eso que has dicho ha sido muy bonito.

—No te acostumbres. Me dolerá la cabeza si empiezo a decir demasiadas cosas bonitas.

—Pobre laird.

—Pobre esposa, querrás decir. Tendrás que soportar mi escasez de poesía. O tal vez sea un exceso. Me has cambiado tanto que ni me reconozco. Me lo tengo bien merecido por haberme burlado sin piedad de Fraser desde que se casó con mi hermana. Siempre había creído que un hombre enamorado era una pérdida irreparable. ¡Fíjate en mí! Me siento invencible. Pienso en ti y creo que soy capaz incluso de mover montañas.

Ella se rio ante sus palabras.

—Niall Mackenzie, creo que incluso aunque no pensases en mí, moverías cielo y tierra a tu antojo. Eres un buen esposo, no hay duda. Me has dado una noche llena de placer y descubrimientos, y por la mañana me dedicas palabras que me llenan el alma. No puede haber una novia más dichosa que la tuya; estoy convencida.

—Soy el mejor —se vanaglorió.

Él la besó entonces. No fue un beso hambriento ni arrebatador, aunque ambos sabían que el hambre estaba allí, dormida a medias, dispuesta a despertar con poco. Fue un beso lento, de esos que no reclamaban nada porque ya lo significaban todo. Cuando Sorcha se apartó, le rozó la mandíbula con los dedos.

—Ven conmigo —le dijo ella.

Niall entrecerró los ojos.

—¿A dónde?

—Al patio.

—¿Vestidos? —preguntó burlón.

—Sería conveniente.

—Entonces la propuesta pierde su encanto. Quisiera tenerte desnuda siempre.

—Niall… —lo regañó.

Él suspiró con dramatismo.

—Ya empiezas a sonar como una esposa.

—Y tú llevas sonando como un tirano desde que te conocí.

—Eso significa que nos complementamos.

Sorcha salió de la cama antes de que él volviera a atraparla. Niall emitió un gruñido que habría puesto firmes a tres clanes menores, pero se incorporó también. Estuvo observándola vestirse con una atención nada inocente. Su erección era una gran prueba de su deseo.

Ella le lanzó una camisa a la cara.

—Ponte eso y deja de mirarme de ese modo. Hay cosas que hacer.

—Soy tu esposo. Tengo derechos. Y mirarte es mi nueva pasión. ¿No quieres que nos quedemos un poco más en la cama? Podría convencerte de que…

—Niall, tu hermana y su esposo pensarán que…

—Fraser se reirá de mí durante un año entero si no te ato a la cama.

—*Ouch*, ¿siempre estáis compitiendo?

—¡Somos *highlanders*! —exclamó como si esa fuese una gran explicación.

Sorcha acabó acercándose para ayudarlo a vestirse. Le tocó la cicatriz que le cruzaba el brazo, la que ella le había curado cuando la salvó de aquel desgraciado que podría haberle quitado mucho más que su virtud.

—¿Se ha curado bien?

—Desde luego que sí. Tú me atendiste y no eres una mujer que haga nada a medias. Pusiste tu empeño en que estuviera bien y así ha sido.

Ella le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Eres un hombre desconcertante. Me pregunto si alguna vez llegaré a conocerte de verdad.

—¿Por qué dices eso, Sorcha? —cuestionó algo desconcertado.

—Porque cuando te vi pensé que eras un diablo. Luego comencé a conocerte y cambié de opinión.

—¿Me quisiste?

—No, pensé que eras un diablo mentiroso —le dijo con una sonrisa.

—¡*Ouch*, esposa! ¿Esa es tu manera de mantener contento a tu recién estrenado marido? —se quejó.

—Soy honesta.

—Vaya que lo estás siendo. Formidablemente, debo añadir. ¿Cuándo te enamoraste de mí?

—En realidad, en el momento en el que me salvaste en el bosque ya era tuya.

—Lo sabía…

—No obstante —observó ella de inmediato —, al no revelar tu identidad hiciste que me retrajese. Cuando señalaste que eras el laird Escarcha… Me contuve porque deseaba abofetearte.

—¡No quería complicar más las cosas! —se excusó—. Sabía que en cuanto supieras quién era, te pondrías de muy malhumor.

—Pero yo ya sabía quién eras…

—Está bien. Fui un estúpido por no haber tenido el valor suficiente de enfrentarme a ti. En mi defensa te diré que temí perderte y no quise arriesgarme, por eso pensé en que sería más eficiente si te revelaba la verdad en cuanto te hubieses enamorado de mí.

—Suerte que tu trabajo no es conquistar el amor, Niall Mackenzie. Eres un guerrero invencible, lo sé, pero en asuntos del corazón eres un tonto.

—Tan tonto que hubiese matado a Brodick Ross por atreverse a tocarte. Lo que resultó una verdadera suerte fue que MacPherson me detuviese cuando di un paso para… —Se dio cuenta de que estaba hablando demasiado cuando ella lo miró con una ceja alzada—. ¡Soy un hombre muy posesivo! Tendrás que aprender a vivir con ello.

—Tengo fe en ti, Niall.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Lo averiguaremos pronto.

El silencio se extendió entre ambos y él se dio cuenta de que ella no iba a añadir nada más.

—¿Me amarás siempre al menos?

—Sí. Eso nunca estará en duda, pero que Dios te ayude si vuelves a hacerme enfadar. Ya te lo dije cuando decidí aceptar tu oferta de matrimonio antes de que tu hermana pusiera al descubierto la mentira sobre ti. Mi padre no tuvo un hijo, pero hizo que yo fuese decidida y fuerte.

—¿Sabes pelear?

—Me enseñaron a defenderme, pero ya viste el pobre papel que hice cuando aquel hombre trató de…

—Fuiste decidida y fuerte. Estoy convencido de que lo hubieses matado. El primer error de un hombre es subestimar a una mujer. Él estuvo tan seguro de que no eras una amenaza por tu condición femenina que no se dio cuenta de que podrías haberle clavado un cuchillo. Y yo sé que lo hubieses hecho, pero como no quería que vivieses con la culpa de haber segado una vida, por mucho que él se lo mereciese, me ocupé de defenderte. Eres una mujer por la que vale la pena arriesgarse, Sorcha Mackenzie.

—Es extraño. Ya no soy una Grant. Al menos de nombre.

—Eres mi mujer —dijo lleno de orgullo.

Se quedaron un momento mirándose el uno al otro a los ojos. Aquello fue más íntimo que muchas

caricias.

Sorcha le alisó la tela de la camisa sobre el torso y se permitió un segundo de gran ternura al dejar la mano allí, sobre el latido fuerte y firme del corazón masculino.

—Y tú eres mío, Niall Mackenzie. No dejaré que lo olvides jamás, porque no vas a tener nunca a otra mujer en la cama que no sea yo —dijo convencida.

Él se rio.

—Una orden que estoy dispuesto a obedecer sin rechistar. Lo haremos bien juntos.

—Tenemos que dejar mi hogar, ¿verdad?

—Sí. Eilean Donan me llama a gritos, Sorcha. Dejaré a hombres aquí para que protejan la fortaleza y vendremos a pasar algunos meses durante el año.

—¿Qué harás con este castillo?

—Nuestro primogénito será mi heredero, pero su hermano será el laird de Strath Fuar.

—¿Y si sucede que como mi madre no pueda darte más que una hija?

—No ocurrirá así.

—Niall…

—No pienses en eso ahora. Haremos todo lo posible para engendrar un batallón.

Ella alzó la vista y asintió. El poder de convicción de él era contagioso.

—¿No vas a besarme, Niall Mackenzie?

—No puedo hacerlo. Si comienzo a besarte, acabaremos en la cama y estás demasiado tierna.

—¿Tierna? —Se había perdido algo.

—¿No te duele entre las piernas, muchacha? —preguntó lleno de esperanza.

—Oh, cierto —dijo, porque todavía sentía un dulce latido *ahí* que le recordaba que le pertenecía a ese hombre que se enfrentaría a todo el infierno si ella se lo pidiese—. Entonces vamos, quiero que veas algo.

Bajaron al patio juntos unos minutos después.

Strath Fuar se estaba despertando. En las cocinas ya se oían voces; un mozo atravesaba el patio con un cubo en cada mano; dos hombres de Niall discutían junto al portón sobre la mejor forma de reforzar una bisagra y desde los establos llegaba el resoplido de un caballo inquieto. El castillo había

dejado de parecer una fortaleza ocupada, pero todavía no terminaba de ser un hogar.

Sorcha lo notaba.

Niall también.

—¿Qué querías enseñarme? —preguntó él.

Sorcha no contestó enseguida. Lo condujo hacia el extremo oriental del patio, donde una pequeña puerta daba acceso a un tramo estrecho entre la muralla y la pendiente que bajaba al *loch*. Allí el viento era más violento. Traía consigo el aroma a agua fría y a helecho mojado.

Junto a la pared, medio oculta bajo una capa de musgo y abandono, había una piedra plana, ancha, incrustada en el suelo. Tenía grabadas unas marcas muy antiguas, casi borradas por el tiempo.

Niall se agachó para examinarla mejor.

—¿Qué estoy viendo?

—No es un pasadizo, ni una trampa o una salida, por si te lo estás preguntando. Por eso los hombres no suelen darle importancia.

—Mala costumbre esa de los hombres.

Sorcha se cruzó de brazos.

—Cuidado, laird. Esa frase te honra demasiado. Podría estropearte la reputación de guerrero frío que tanto te gusta exhibir.

Él le lanzó una mirada cargada de significado.

—Tú ya sabes bien que no hay frialdad cuando estoy en la cama.

La dama se ruborizó y él no la pudo encontrar más encantadora.

—Sabes bien cómo silenciarme con unas pocas palabras bien elegidas, ¿eh, laird Mackenzie?

Niall sonrió al tiempo que pasaba los dedos por la piedra.

—¿Qué es?

—Mi padre la llamaba la piedra del hogar. Según la abuela Grant, cuando una castellana tomaba posesión de Strath Fuar debía encender el primer fuego de invierno con brasas protegidas aquí, al abrigo de la muralla. Era una forma de decir que el castillo no pertenecía solo a los hombres que lo defendían con el acero en la mano, sino también a quienes mantenían vivo el calor dentro de sus muros.

—Interesante —murmuró él.

Sorcha se arrodilló junto a Niall y apartó con la mano un poco de musgo húmedo.

—Cuando mi madre llegó aquí, mi padre le pidió que lo hicieran juntos. Ella siempre decía que fue la primera vez que sintió que no era una *sassenach* en esta casa. No porque él se la entregara, sino porque la invitó a cuidarla con él.

—¿En el matrimonio de tus padres hubo amor?

—Ruaridh Grant era rudo y escocés hasta los huesos, amó a mi madre aunque ella nunca terminara de pertenecer del todo a Strath Fuar; aunque sospecho que ella lo quiso a su manera. Era demasiado inglesa como para dejarse llevar sin control por sus sentimientos. —La expresión de Niall cambió. A otros les habría pasado inadvertido; Sorcha ya empezaba a leerlo mejor—. ¿Qué ocurre?

—Mi madre era la amante de mi padre y la madre de Kenna era su esposa inglesa. No crecí en un ambiente…

—Tú no eres tu padre, al igual que yo no soy mi madre —se apresuró a decirle—. Haremos nuestro propio camino.

—¿Quieres encender el fuego conmigo? —dijo él.

—Quiero saber si tú quieres hacerlo conmigo —le explicó ella.

A Niall se le endureció la mandíbula, pero no porque estuviese enfadado. Miró la piedra, luego

la muralla, después contempló el lago que se agitaba más abajo.

—Ayer me casé contigo delante de Dios. Luego no pude esperar lo suficiente para acostarme contigo. Esta noche has dormido en mis brazos. Tus tierras son tuyas, Sorcha, y lo serán siempre aunque el rey me las confiera. Tu castillo también. Pero si me permites guardarlo a tu lado, lo haré hasta que no me quede fuerza en el cuerpo. Serás castellana aquí y en Eilean Donan.

Ella tragó saliva con dificultad, conmovida.

—Esa respuesta ha sido casi perfecta.

—¿Casi?

—Has evitado decir que te gustaría compartir ambos hogares conmigo.

Él frunció el ceño.

—Eso es justo lo que he dicho.

—No exactamente.

—Mujer, no pienso recitarlo con música. Eres muy exigente.

Sorcha soltó una carcajada, y Niall la miró con tal satisfacción que a ella se le calentó el pecho.

—Ven —dijo ella.

Había dejado preparado un pequeño cestillo bajo el saliente de piedra. Dentro llevaba un cuenco de barro con brasas cubiertas de ceniza, varias hebras de brezo seco, un trozo de turba y una tira de lana trenzada con dos colores. El verde oscuro de los Grant y el rojo del manto Mackenzie.

Niall sostuvo la trenza entre los dedos.

—¿Has hecho esto esta mañana? ¿Escapaste de mi cama sin que yo me diese cuenta? —preguntó asombrado.

—Ayer, justo antes del pícnic.

Él alzó la mirada con rapidez.

—¿Antes?

Sorcha se encogió de hombros, aunque no pudo esconder del todo la sonrisa.

—Tenía fe en tu capacidad para no arruinarlo todo en el último momento. ¿Un *highlander* pidiendo que hiciésemos un pícnic?

—Así que fui evidente —confesó.

—Lo fuiste y heroico también. Me imaginaba que si el laird Mackenzie había planeado un pícnic, tenía que ser por una razón poderosa. Un *highlander* no se centra en frivolidades sin un buen motivo.

Niall soltó una risa baja.

—¿Me estás diciendo que sabías que iba a proponerte matrimonio?

—Supe que me harías una proposición en cuanto te vi en Londres y descubrieses quién era yo.

—Si hubiese sospechado que eras tú, Sorcha, te aseguro que nos habríamos casado delante del mismo Jorge.

—Lo sé.

—Al menos confiesa que has disfrutado secretamente al verme haciendo el tonto mientras sabías la verdad.

—No puedo desmentirlo.

Él volvió a reírse y ella se unió a su risa. Luego Niall cogió el cuenco con las brasas y lo sostuvo mientras ella colocaba el brezo y la turba sobre la piedra. El viento trató de apagarles el primer intento. Sorcha se inclinó para cubrir la llama naciente con las manos. Niall se movió al mismo tiempo, colocándose a su lado, enorme y sólido. Usó su propio cuerpo para frenar la ráfaga.

La llama prendió pequeña, débil, pero obstinada.

—El fuego tiene tu carácter —dijo él.

—¿Por qué es una llama pequeña?

—Es terca.

—Procura que no te queme.

—Ya me quemé, mujer.

Sorcha levantó la vista. Niall no sonreía. La miraba con una intensidad que seguía dejándola sin defensas, aunque en esos instantes no había deseo desnudo en sus ojos, sino algo más profundo y mucho más peligroso.

—Tú también me quemaste a mí —murmuró ella.

—Bien.

—¿Bien?

—No quiero arder solo en este matrimonio.

Ella negó con la cabeza, pero no logró evitar sonreírle.

—Eres imposible.

—Soy tuyo.

Sorcha alzó la tira trenzada y la anudó alrededor de una pequeña argolla de hierro clavada en la piedra. Niall cubrió sus manos con las suyas y

no lo hizo para guiarla, más bien para acompañar el gesto. Sus dedos estaban fríos, eran ásperos y fuertes. Los de ella, más pequeños, se movían con precisión sobre la lana.

—Grant y Mackenzie —dijo Sorcha.

—Strath Fuar y Eilean Donan —añadió él.

—No uno sobre el otro. Juntos.

—Siempre juntos como tú y yo.

Ella lo miró. El laird le sostenía la mirada con una seriedad absoluta.

—Para toda la eternidad, Niall.

—Incluso más allá, Sorcha.

Confiaba en él con su propia vida. Había elegido correctamente. Niall sería su único amor.

—Entonces sopla con cuidado —le pidió.

Él arqueó una ceja.

—¿Me estás dando órdenes, esposa? ¿Tan pronto? —bromeó él.

—Sí.

—En público.

—No hay nadie aquí.

—Está el castillo entero cerca de nosotros.

Sorcha miró alrededor con fingida solemnidad.

—Strath Fuar siempre ha sabido guardar bien los secretos.

Niall se inclinó junto a ella y sopló con una prudencia inesperada. La brasa se avivó, la turba prendió mejor y el pequeño fuego empezó a crecer sobre la piedra. Sorcha añadió otro manojo de brezo seco. Niall extendió parte de su manto para proteger la llama del viento, y ella tuvo que morderse el labio para no reír.

—¿Qué? —preguntó él, al ver su expresión.

—Nada.

—Sorcha…

—Estás usando tu temible manto Mackenzie para proteger un fueguecito del tamaño de una manzana. Me he conmovido, solo eso.

—Este fueguecito sostiene mi matrimonio. Más le vale al viento no perjudicarlo.

Sorcha ya no pudo contener la risa. Se apoyó en la piedra; se reía con una alegría maravillosa e inesperada. Niall la observaba y ella a

él. Su marido, primero, se había sorprendido, aunque cada vez se le veía más satisfecho.

—Me gusta muchísimo ese sonido —dijo.

Ella se calmó poco a poco.

—¿Mi risa?

—*Aye*. Es dulce.

—Pues no digas muchas barbaridades o te acostumbrarás a oírla a cada momento, laird Mackenzie.

—Entonces tendré que decir barbaridades a diario porque me da placer escucharla.

—No supondrá un gran esfuerzo para ti —se burló de él.

—¿Qué puedo decir? Soy un esposo entregado a las peticiones de mi esposa.

El fuego prendió al fin con firmeza. No era grande, pero resistía. Sorcha se quedó mirándolo, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Niall se sentó a su lado en el suelo húmedo, sin importarle si se manchaba la falda de su *plaid* ni la incomodidad, y apoyó un antebrazo sobre la rodilla.

Durante un rato no hablaron.

Desde allí se veía el lago, oscuro y agitado, y más allá las colinas que defendían Strath Fuar. Sorcha sintió el hombro de Niall rozar el suyo. No la sujetó ni la arrastró contra él, ni trató de convertir aquel momento en una conquista. Solo estaba allí, a su lado.

Y por eso ella se apoyó en él.

Niall se quedó inmóvil un segundo. Después giró la cabeza y le besó el cabello.

—¿Sabes? —dijo ella—. Mi padre decía que una llama fuerte no se encendía solo una vez. Había que cuidarla todos los días.

—Así lo haremos. Te cuidaré siempre.

Sorcha alzó el rostro para mirarlo a los ojos.

—Y yo a ti, Niall.

Él le tocó la barbilla con los nudillos. Un gesto leve, extraño para un hombre que aseguraba carecer de ternura.

—Estoy loco por ti.

—Y a mí me has vuelto loca también desde el inicio. ¿Me escucharás cuando te diga que algo no debe hacerse usando la violencia?

—¿Me estás preguntando si tendré en cuenta tus sugerencias?

—Sí. Supongo que sí.

—Lo intentaré.

—Niall…

—Debes comprender que soy un hombre acostumbrado a imponer mi parecer.

—Y yo no quiero ser un estorbo, pero soy una mujer muy capaz. No me conviertas en un simple adorno bonito.

—No lo haré —rectificó, aunque le costó lo suyo darse cuenta de lo que ella trataba de pedirle—. Siempre que tú aceptes escucharme cuando diga que algo sí debe resolverse por la fuerza.

—Lo intentaré.

Él entornó los ojos. La miraba de modo acusador.

—Sorcha… —la regañó.

—Lo haré —cedió ella, y la sonrisa le tembló en la boca.

Niall la besó entonces. Un beso suave al principio, casi una continuación de aquella promesa. Sorcha le puso una mano en la mejilla. La barba seguía notándose bajo la palma de la mano femenina y el calor de su beso cambiaba de ritmo, pues se estaba volviendo muy pasional.

Se separó de su esposa.

—No te haré el amor aquí por más que lo desee.

—¿Por qué no?

—Porque no es correcto y sigues dolorida, ¿recuerdas?

—Pero yo quiero…

—No —zanjó él—. No romperás mi disciplina, Sorcha.

—Pero… —trató ella de hablar.

—No insistas. Debemos esperar.

El viento golpeó la muralla con más fuerza y la llama seguía resistiendo entre ambos. Los dos la observaban y rezaban para que el hecho fuese un presagio de lo que sería su vida, porque esperaban que todos los imprevistos que llegasen no pudieran hacer mella en su unión.

—Mi *highlander* testarudo…

—Mi esposa, que me volverá loco siempre —murmuró él a cambio.

Sorcha le sonrió.

—Eso sí ocurrirá con facilidad.

Niall pareció satisfecho con la victoria y volvió a besarla, esta vez en la comisura de la boca.

Un carraspeo sonó a sus espaldas.

—No quisiera interrumpir una ceremonia pagana, una conversación matrimonial o lo que demonios estéis haciendo en el suelo —dijo Seumas MacPherson—, pero Kenna lleva media hora buscándoos y Fraser ha apostado a que os encontraría peleando.

—¿Peleando? —saltó Sorcha escandalizada.

—No es tan malo como piensas. Fraser cree que siempre ganarás a tu esposo —le advirtió el viejo cuervo.

La respuesta dejó tranquila a Sorcha, pero inquietó a Niall.

—Dile a Fraser que es un… —se silenció antes de soltar un exabrupto.

—No parecéis estar peleándoos —advirtió Seumas.

Sorcha no se apartó de su marido. Solo giró la cabeza; todavía estaba bien apoyada sobre él.

—Estamos encendiendo la llama de nuestro amor para que Strath Fuar sea testigo, señor

MacPherson.

El viejo guerrero miró la piedra, la trenza de lana y el pequeño fuego. Algo cambió en su rostro curtido.

—Entonces retiro lo dicho. No he visto nada pagano. Solo a dos personas muy testarudas haciendo algo sensato por una vez.

—Cuidado, viejo —gruñó Niall—. Podrías emocionarte y acabar llorando, aunque solo fuese con un ojo.

—Antes me arrancaría ese ojo, muchacho.

Sorcha sonrió.

Seumas se alejó murmurando algo sobre muchachos torpes, esposas demasiado buenas para ellos y fuegos que convenía no dejar morir. Niall lo siguió con la mirada hasta que desapareció tras la esquina de la muralla.

—Me gusta mucho MacPherson. ¿Vivirá con nosotros o lo dejarás aquí para que proteja mi legado? —inquirió Sorcha.

—Seumas tiene una mujer en el castillo de Fraser. Supongo que se marchará con Kenna y su esposo en cuanto pueda.

—Me alegro por él, se ve que te quiere mucho, Niall.

—Me atormenta y le gusta hacerlo.

—A mí también me gusta atormentarte, esposo.

Niall soltó una risa breve. Luego se puso en pie y le tendió la mano.

—Ven, castellana. Tu hogar ya tiene nuestro fuego. Conviene que vayamos dentro antes de que mi hermana decida marcharse sin despedirse.

—¿Se irá tan pronto?

—Tiene un hijo, y sospecho que Fraser ya habrá puesto su semilla a crecer de nuevo. Ahora que mi hermana ha visto que estoy bien, querrá regresar con el niño de inmediato.

Sorcha aceptó su mano, pero antes de levantarse tiró de él hacia abajo y lo besó una vez más. Un beso rápido, luminoso y cargado de una felicidad que aún le daba miedo por si no fuese más que un sueño.

Niall la miró al separarse.

—¿Y eso?

—¿No puedo besar yo a mi esposo cuando se me antoje?

Él arqueó una ceja.

—Me gustaría mucho que lo hicieras. A todas horas, cuando lo desees, sin importar qué esté haciendo o quién esté delante. Será divertido averiguar si puedes llegar a ser tan audaz, Sorcha.

—¿Es un reto, Niall?

—¿No lo he dejado suficientemente claro, esposa?

La dama se levantó con su ayuda. El pequeño fuego seguía ardiendo sobre la piedra, protegido del viento por el muro.

—Vamos dentro, amor mío.

Las palabras hicieron que Niall se quedara quieto. Estaba disfrutando de la plenitud.

—Repite eso de nuevo.

—No.

—¿Por qué no?

Ella echó a andar hacia la puerta con la barbilla alta y una sonrisa que él no podía ver.

—Tendrás que portarte muy bien para oírmelo decir otra vez.

Niall la alcanzó en dos zancadas y la cogió de la mano, sin ocultar la alegría que le había

encendido la mirada.

—Entonces será mejor que Strath Fuar se prepare —apuntó—, porque pienso portarme condenadamente bien para ganarme palabras amorosas y besos. Muchos besos.

Y, por primera vez desde que Sorcha había vuelto a su castillo, el lugar no le pareció solo una herencia que defender. Haría que tanto Strath Fuar como Eilean Donan fuesen un verdadero hogar lleno de amor, fidelidad y dicha.

***

Kenna y Callum Fraser, junto con Seumas MacPherson, partieron al día siguiente, poco después de que el sol hubiese logrado abrirse paso entre las nubes bajas. La hermana de Niall se marchó con los ojos todavía brillantes por la emoción. Había prometido volver pronto, pero no a Strath Fuar. La próxima visita tendría lugar en Eilean Donan, por descontado, porque Kenna deseaba que Sorcha conociera al pequeño Iain y también porque, según había dejado entrever con una seguridad que ninguna mujer sensata habría discutido, su hermano no tardaría demasiado en reclamar a su esposa para llevarla al castillo de los Mackenzie.

Sorcha lo sabía. Su estancia en el hogar de su infancia iba a llegar a su fin. Eso la entristecía. Acababa de volver y ya tenía que marcharse de nuevo.

Eilean Donan era el corazón de Niall, su orgullo y su obligación más importante. Allí estaban los hombres que dependían de él, las tierras que respondían a su nombre y las piedras que lo habían convertido en el laird Escarcha mucho antes de que ella irrumpiera en su vida para trastocarla. No podían quedarse indefinidamente en Strath Fuar, ni ella podía fingir que el matrimonio no la obligaría a dejar atrás, al menos durante un tiempo, las raíces que tanto le había costado recuperar.

Y dolía.

Strath Fuar no era solo una fortaleza. Era la voz de su padre resonando en los corredores, la sombra de su madre en la biblioteca o el viento golpeando las almenas donde de niña había aprendido a no bajar la cabeza. Era su fuerza. La piedra húmeda, el lago oscuro y la capilla donde se había convertido en esposa de un hombre al que había decidido amar contra toda la prudencia del universo. Marcharse se le antojaba una pequeña traición al lugar que había defendido incluso desde lejos, durante aquellos años en Londres en los que otros hablaban de su castillo con codicia y ella solo podía apretar los dientes en respuesta.

Pero Niall no era un hombre que dejara un flanco descubierto.

Durante los cinco días posteriores a la boda, su esposo se dedicó a Strath Fuar con una solemnidad que acabó por deshacer parte del miedo que Sorcha tenía. Habían llegado más hombres del clan Mackenzie. No se comportaba allí cual conquistador satisfecho, ni permitía que sus hombres tratasen la fortaleza como un botín ganado. Estudiaba la fortificación con gran detenimiento. Desde los almacenes bajos hasta las almenas, revisaba el estado de las puertas, ordenaba reforzar los goznes del portón principal y se preocupaba por las grietas de las torres. Evaluaba a los hombres del lugar, habló con quienes habían servido a Ruaridh Grant y observó a los más jóvenes entrenar con espada, cuchillo y arco hasta distinguir quién tenía temple, quién necesitaba disciplina y quién podía ser útil en caso de guerra.

Sorcha lo admiraba cada día más.

Niall era duro, exigente y brusco, pero no injusto. No despreciaba a los hombres de Strath Fuar por no pertenecer al clan Mackenzie. Los probaba, los medía, les arrancaba la verdad con dos preguntas y una mirada helada, pero cuando encontraba valor lo reconocía sin demora. A los más capaces los fue colocando en turnos concretos. A los que conocían mejor el terreno los destinó a vigilar pasos y senderos. A los antiguos criados de confianza les devolvió responsabilidades que los ingleses les habían arrebatado. También dejó claro que ninguna orden dada en aquel castillo tendría valor si humillaba a su castellana o desatendía su criterio.

Sorcha no le dio las gracias en público.

No hacía falta.

Él la buscaba con la mirada a cada rato, tal vez esperando una señal, y ella se la concedía de formas que solo los dos entendían. Una inclinación leve de cabeza cuando él acertaba con una decisión; la mano posada un instante sobre el brazo al cruzarse con él junto a la escalera; una mirada más cálida de lo aconsejado cuando Niall creía que no lo estaba mirando…

De día, casi no se pertenecían el uno al otro.

El castillo reclamaba toda la atención de Niall y Sorcha también estaba cargada de deberes pendientes. Ella revisaba las despensas como de costumbre desde que había llegado, escuchaba a las mujeres que habían soportado la ocupación inglesa y trataba de recomponer la vida que el capitán Henshaw había deformado a su antojo. Él pasaba horas en el patio, en las murallas o en los alrededores, estudiando la defensa de Strath Fuar. A veces lo veía desde una ventana, con el *plaid* movido por el viento y la mandíbula tensa mientras corregía la postura de un muchacho que sostenía mal una espada. Otras, lo encontraba hablando con el segundo de su padre, no para apartarlo, sino para escuchar qué hombres Grant merecían plena confianza.

Y entonces Sorcha sentía que, quizá, marcharse no significaría abandonar Strath Fuar del todo.

Niall defendería bien su legado. Lo defendería porque era de ella, y todo lo que era de Sorcha había pasado a importarle con una ferocidad sagrada.

Las noches, en cambio, les pertenecían por completo.

La primera después de la boda, él le concedió tregua, tal y como había dicho que haría. Romper la disciplina de ese guerrero era imposible y no sabía si eso era bueno o malo. Trató de tentarlo de todas las formas posibles, pero él no la reclamó del modo en que ella deseaba, porque quería a su esposo dentro de su cuerpo, ya que eso era la prueba más evidente de que eran el uno del otro. Niall no quiso arriesgarse y, aunque la colmó de besos y caricias que los contentaron a los dos en exceso, Sorcha estuvo enfurruñada porque no logró salirse con la suya.

De acuerdo. Sorcha estaba dolorida, sensible, todavía estremecida por la novedad de lo vivido, y sabía bien que no debería sentirse desdeñada por aquella contención, pero seguramente era más terca que él mismo y de ahí que estuviese enfurruñada. Al final se convenció de que él estaba actuando como un caballero, porque, aunque Niall ardía por ella de un modo que no sabía esconder, él sacrificaba sus deseos y pasiones más vigorosas por su bien.

Fue entonces cuando comprendió hasta qué punto la tenía en consideración.

Niall no la trataba como si fuese una pieza de porcelana frágil. La estaba haciendo sentir como una esposa amada, deseada hasta el tormento, pero también le estaba dejando claro que la cuidaría por encima de sus propias necesidades. Y la comprensión de aquello la conmovió tanto que estaba a punto de morir de amor.

Después de aquella noche de tregua, no hubo más descanso.

Se amaban con avidez. Niall la buscaba al caer la noche con una paciencia que le duraba hasta cerrar la puerta. Sorcha lo recibía cada vez menos tímida, más segura de sí misma y consciente del poder que ejercía sobre aquel hombre enorme que podía hacer temblar a una guarnición y que, sin embargo, perdía el aliento cuando ella deslizaba los dedos sobre su piel.

Él la estaba enseñando a disfrutar de la carnalidad sin censura. Y Niall, para desgracia de la cordura de Sorcha, era un tutor excelente.

Le enseñó que el placer no estaba solo en rendirse y aceptar la voluntad del hombre, sino también en provocarlo en igual medida. Sabía que podía besarlo hasta hacerlo gruñir contra su boca y que podía tocarlo con una audacia carente de vergüenza porque el cuerpo masculino respondía con una sinceridad que ninguna palabra igualaría. La enseñó a reconocer el instante exacto en que su control empezaba a quebrarse, ese temblor breve en la mandíbula, esa respiración más dura o esa mano

que se cerraba sobre la sábana para no apretarse con demasiada fuerza sobre ella…

Sorcha estaba descubriendo que le gustaba llevarlo hasta ese límite.

Y una noche, después de que él le hubiera mostrado el placer que podía obtener de una lengua masculina en su feminidad, pues la rompió por completo, ella quiso devolverle algo de aquel fuego. Le hizo el amor con la boca porque él le había enseñado que aquello también estaba permitido. Sorcha se sintió torpe durante los primeros instantes, pero no avergonzada. Niall la miraba con tal mezcla de adoración y lujuria que cualquier pudor se volvió pequeño. En el momento en el que él dejó de respirar con normalidad, cuando pronunció su nombre con un gemido agónico que le recorrió la piel entera, entendió que podía darle placer con la misma intensidad con la que él se lo daba a ella.

Aquello la volvió más osada.

Las noches se convirtieron en un territorio nuevo y excitante. La cama era un lugar donde la castellana de Strath Fuar dejaba a un lado el peso del castillo y el laird Mackenzie se desprendía de sus obligaciones, los juramentos, las alianzas y el deber. En la intimidad de la alcoba, Niall seguía siendo posesivo, pero también estaba aprendiendo a esperar una señal o a leer un estremecimiento, incluso a detenerse cuando ella necesitaba aire. Todo ello sin olvidarse de reír por lo bajo cuando Sorcha se enfadaba porque él adivinaba demasiado bien lo que ella deseaba antes de que pudiera pedirlo.

Al amanecer, volvían a separarse.

Él regresaba al patio, a observar las murallas, controlar los hombres y repasar las defensas. Ella volvía a las despensas, la cocina y a poner orden allí donde hiciera falta.

Seguía sabiendo que tendrían que partir pronto. Lo notaba en la forma en que Niall estudiaba el horizonte al atardecer, en cómo hablaba de Eilean Donan con sus hombres, en esa inquietud que le endurecía los hombros cuando llegaban noticias de sus tierras. Su esposo no tardaría en decírselo. Y tenía que hacerlo porque era el laird Mackenzie, señor de Eilean Donan, y su vida no podía reducirse a la felicidad recién descubierta en una alcoba de Strath Fuar.

Ella tendría que resignarse, pero ya no se sentía expulsada de su propia historia, porque Niall había convertido la defensa de Strath Fuar en una promesa matrimonial imbatible. La fortaleza se quedaría protegida por hombres capaces.

Capítulo 9
Las pruebas del destino

El solar de Ruaridh Grant conservaba todavía una severidad propia del antiguo laird de Strath Fuar. Había en aquella estancia demasiada memoria para que Niall pudiera entrar en ella sin sentir que el pasado se sentaba a juzgarlo desde un sillón de respaldo alto, tras la mesa de roble marcada por viejas manchas de tinta. El escudo de los Grant, colgado junto a la chimenea y ennegrecido por años de humo y de inviernos criminales, hacía que Mackenzie se sintiese extraño.

El esposo de Sorcha estaba de pie junto a la mesa, inclinado sobre un plano tosco de los alrededores del castillo. Había colocado piedrecillas en ciertos pasos, una daga sobre la ruta que descendía hacia el sur y una copa vacía en el lugar donde, según él, debían apostarse dos hombres a partir de la siguiente luna. Estaba postergando su partida porque no quería decepcionar a su mujer tan pronto. Antes de que Niall se hubiese metido en el antiguo solar del padre de Sorcha, ambos habían

estado casi una hora hablando del presente y del futuro, pero él había sido incapaz de decirle que necesitaba volver a casa.

Un par de golpes sobre la madera sacó al laird de sus pensamientos.

—¿Qué ocurre? —preguntó desde su posición.

Un joven guerrero se presentó ante él.

—Se trata de Lachlan MacGillivray, laird de Conchra, mi laird. Viene desde Kintail con ocho hombres y solicita una entrevista.

—Joder… —susurró el laird enfadado.

—¿Los echo del castillo, mi laird? —inquirió el otro de inmediato.

—No. Haz que las sirvientas atiendan debidamente a sus hombres y trae ante mí a nuestro recién llegado invitado.

El guerrero salió del solar dispuesto a cumplir las órdenes. Niall sabía que acababa de complicarse la situación. Se había olvidado por completo de Lachlan MacGillivray.

En pocos minutos, el otro laird estuvo situado ante Niall.

—¡Por San Andrés, Mackenzie, que no hay nada que no puedas lograr! —exclamó MacGillivray lleno de satisfacción.

—Tus dudas me ofenderían si no supiera que has venido a exigirme el favor que crees que te debo y no a alabarme tontamente.

—¿Alabarte? ¿Favor? ¡En absoluto, amigo mío! He venido a comprobar que ciertamente te has casado. Medio norte se preguntaba si el laird Escarcha tendría lo necesario para hacer lo correcto aunque la muchacha fuese fea como un pie peludo y sudoroso.

—Estás hablando de mi esposa, MacGillivray —lo afrontó con indignación.

—En efecto, pero solo me he limitado a recordar las palabras que usaste cuando el maldito Jorge quiso que te casases sin tener en cuenta tu opinión. ¿O no te referiste a tu prometida en esos términos, Mackenzie? —se atrevió a recordarle.

—No importa lo que dijese o no. Cuida la lengua dentro de estas murallas, MacGillivray. No volveré a repetírtelo. —En esos momentos en los que su situación con Sorcha era todo miel y amor, no deseaba volver a tener problemas. Su invitado podría causarle muchas complicaciones si no averiguaba lo que deseaba y lo despachaba a toda prisa.

—Ya veo que el matrimonio no te ha suavizado. Mejor. Habría sido una decepción.

Sorcha, que había recibido a los hombres de un amigo de su esposo y se disponía a presentar sus respetos al recién llegado, se quedó tras la puerta del solar. Estaba escuchando con mucha curiosidad junto al marco, muy cerca para distinguir las palabras, y lo bastante protegida por la penumbra del corredor. A pesar de que sabía que no debería hacerlo, no pudo evitarlo en cuanto escuchó algo sobre un pie peludo y sudoroso… ¡Hombres!

—Dime quién te está molestando y cuándo le has declarado la guerra, MacGillivray. Sé que no estás aquí para darme tu bendición por mis recientes nupcias.

—¡Cristo en la Cruz, Mackenzie! Estoy aquí para darte la enhorabuena por la boda —prosiguió MacGillivray, con gran diversión.

—Seguro que sí. Di de una buena vez lo que quieres de mí y luego sigue tu camino. Los dos sabemos que eres el bruto más interesado que hay en las Tierras Altas.

El otro hombre sonrió.

—Está bien. Me conoces tanto como yo a ti como para seguir con medias tintas. He venido porque espero que recuerdes que me debes una buena recompensa por haber averiguado que el rey Jorge te había prometido una esposa que bien valía el sacrificio de pasar por la horca del matrimonio. No todos los días se le entrega a un hombre una pieza así.

El cuerpo de Sorcha se quedó inmóvil. Durante un instante, ella no entendió bien lo que acababa de oír. O tal vez no quisiera creer que Niall había ido a Londres sabiendo quién era su prometida en verdad. Ella rezó para que su marido negase lo dicho. No. Mackenzie no lo hizo. Y ella sintió cómo el corazón comenzaba a partírsele en dos.

—Dime de una jodida vez qué es lo que quieres que haga por ti y luego lárgate —ordenó el esposo de Sorcha.

MacGillivray se rio con menos fuerza, aunque no con menos satisfacción.

—¿Por qué parece que tengas miedo de que tu mujer descubra que te puse sobre aviso?

—Estás cruzando una línea de la que no vas a poder regresar con todos los dientes.

—¡Vamos, muchacho! He estado en tus botas. Sabrás domesticar a tu mujer en la cama como hemos hecho muchos. Ahora relájate y cuéntame lo bien que interpretaste tu papel cuando llegaste a Londres. Me habría dolido que desperdiciaras mi aviso después de la molestia que me tomé por sonsacarle aquella información a los soldados de Jorge en tu nombre. Dame ese pequeño placer y no te pediré nada a cambio… por el momento.

El gruñido de Niall atravesó la galería. No podía parecer nervioso ante el maldito MacGillivray. Era un hombre viejo, pero sabía aprovechar la

ventaja de sus adversarios y Mackenzie era consciente de que no debía darle el gusto de verlo temer por si Sorcha se enterase de cada una de las cosas que él había estado esparciendo sobre la prometida anónima que Jorge le regaló. ¡Joder! Cuando el hombre que tenía enfrente llegó a Eilean Donan para contarle que había descubierto que el rey le había prometido una mujer con un legado importante en Escocia, jamás hubiese pensado que se trataba de Sorcha. Creía que sería una inglesa insulsa.

—Jorge no sabía que alguien me había puesto sobre aviso y yo no me delaté ante él. ¿Satisfecho?

—¡Y tanto que sí! No me lo podía creer cuando supe que lo habías conseguido… El Premio Grant… ¡Toda entera para ti!

—Sí.

Una sola palabra. Seca. Molesta. Y más que suficiente para herirla una vez más.

Sorcha sintió que el suelo de Strath Fuar, el mismo que tanto había temido abandonar, dejaba de sostenerla durante un eterno segundo. Niall lo sabía. Había sabido antes de presentarse ante Jorge el botín que pensaba reclamar. ¡Por supuesto que sí! ¿Qué otro motivo tendría un hombre ambicioso para ir a Londres y reclamar a una prometida desconocida más fea que un pie peludo y apestoso, si no era porque él sabía que se trataba del Premio Grant? ¡Otra

humillación más que acababa de conocer! ¿No se acabarían nunca los secretos y la mortificación?

Peor todavía: ¿y si solo le había dicho que la amaba porque no quería perder lo que ella le había aportado al matrimonio? Por lo que se imaginaba, ella podría ser un sapo viscoso y él no la mandaría al infierno por su castillo y sus tierras.

¡Dios!

La inseguridad la hacía sentirse enferma. La rabia y decepción le subían por el pecho y le obstruían el corazón.

—Bien, bien, Mackenzie. Tu padre estaría orgulloso. No solo eres el señor de Eilean Donan, estas tierras te darán más poder que a cualquier otro laird.

—Y harás bien en no olvidarlo. Y jamás repetirás estas palabras de nuevo. Te olvidarás de lo que dije en el pasado sobre mi esposa y cuando la conozcas te pondrás a sus pies sin dudarlo un solo instante.

—Ya veo… ¿Entiendes que el amor debilita al hombre, Mackenzie? Tal vez me he apresurado al decir que tu padre estaría orgulloso; Seaforth sabía bien el lugar que tenían que ocupar las mujeres. Parece que tú…

Mackenzie se tragó un aullido. ¡No podía mostrarse débil! Se cuadró y alzó una ceja acusadora.

—¿Amor, MacGillivray? Estás en el ocaso de tu vida y parece ser que te has vuelto tierno y sentimental. ¿Acaso te dedicas por las noches a recitarle poesía a tu esposa en vez de estudiar los mapas y trazar planes?

—Jodo bien a mi esposa y todavía me quedan fuerzas para buscar a mi amante después. Ni poemas ni ternuras. ¡Somos *highlanders*! Me alegra ver que no has caído en las redes de las tonterías femeninas. ¿Sabes que Fraser decidió firmar la paz con el clan de los Conelly porque su esposa se lo pidió?

—Si conocieses a Kenna sabrías que no es fácil negarse a sus deseos.

—¡Estupideces! Si no fuese porque todo el mundo sabe que llevarías a tus hombres a las puertas del castillo de Fraser, ya hubiesen invadido sus tierras porque creen que se ha ablandado. Hazme caso, Mackenzie. No te sometas jamás a los dictados de una mujer. Jódelas y empuña una espada. Eso es lo que hace un hombre de verdad.

—¡Y buscar una amante! No olvides eso, amigo mío —sugirió Niall con gran jolgorio para no parecer débil.

—¡Cierto! Gasta tus fuerzas con dos o tres mujeres, que ninguna sepa que la prefieres. Si son las tres a la vez, mejor todavía.

—Por Dios santo, MacGillivray, no me digas que has venido solo para darme recomendaciones sobre mi matrimonio…

—No, no. Es solo que creo que podrías decirles a los Ivery del oeste que somos aliados.

—Y por fin sacas a relucir la verdad sobre tus necesidades. ¿Te servirá con que envíe a un emisario a decirles unas palabras persuasivas a los Ivery? —Niall conocía al clan al que su indeseado invitado se refería.

—Sí. Supongo que sí.

—Dalo por hecho. Ya puedes partir…

—¿Ya me echas, Mackenzie?

—Por supuesto que sí. ¿No me acabas de recomendar que atienda bien a mi esposa y me ocupe de buscar a una amante? ¿Cómo podré hacer esas dos tareas, además de sostener la espada, si tengo que atenderte a ti y a tus hombres?

El otro hombre se acercó a Niall y le palmeó la espalda.

—¡Me alegra ver que sigues siendo el mismo que se encerró en mi torre con tres de mis criadas para celebrar tu compromiso cuando regresaste de Londres, Mackenzie! Ah, pero si hubieses sabido que era el Premio Grant, antes de satisfacer tu lujuria te habrías casado con la

muchacha, seguro. Sí, Seaforth estaría muy orgulloso de ti.

Niall suspiró.

—Soy digno hijo de mi padre, no cabe duda —le aseguró.

—Está bien. Ya veo que ardes en deseos de librarte de mí para… organizar tus deberes y seguir mis recomendaciones. Me iré, pero no olvides lo del emisario.

—No lo haré.

Los dos se dieron la mano y el otro laird procedió a salir. Cuando Sorcha se dio cuenta de eso, corrió hacia el otro lado del corredor para hacer como que llegaba al solar.

Lachlan MacGillivray era un hombre alto, más seco que corpulento. Tenía el cabello castaño salpicado de gris en las sienes y una cicatriz que le cruzaba el pómulo izquierdo. Vestía con un manto azul oscuro, y llevaba en el cinto una espada ancha. A Sorcha le dieron ganas de escupirle en un ojo en cuanto lo tuvo delante.

Se contuvo, porque si le escupía al amigo de su marido, a Niall tendría que ensartarlo con una espada y su madre no aprobaría sus métodos. La habían educado mejor que eso.

—Esta muchacha debe ser *lady* Mackenzie —la saludó MacGillivray cuando la tuvo delante, inclinándose con una cortesía muy poco correcta.

Sorcha le sonrió. Niall había salido al pasillo de inmediato tras escuchar voces y estaba al lado de su mujer.

—Esa soy yo, Sorcha Mackenzie. Y usted debe ser el laird MacGillivray de quien tanto he escuchado hablar —respondió ella con una mentira, pero con la voz tan firme que ni siquiera parecía suya —. Por el modo en el que me observa se debe estar preguntando si en verdad soy la esposa de Niall Mackenzie. Ya sabe, por todo lo que se ha dicho de mí. Fea como una bruja llena de verrugas o tan arpía como una inglesa que no sabe su lugar… Hay otras alusiones que incluyen pies peludos y algunas palabras que…

Niall dio un paso hacia ella.

—Sorcha… —Usó la voz como un claro aviso de que estaba traspasando los límites.

—¿Sí, esposo? —inquirió con dulzura e inocencia.

La dama no lo miró. Ni siquiera necesitaba hacerlo para notar el esfuerzo que él estaba haciendo por no agarrarla del brazo y apartarla de allí. Niall no era ningún estúpido y Sorcha no tenía la suficiente paciencia como para ser delicada, así que su marido

tenía que sospechar que ella había estado escuchándolos a escondidas.

—El laird MacGillivray tiene prisa por regresar a su casa. No le entretengamos más.

Ella afirmó con la cabeza, compuso una sonrisa y dijo:

—Le agradezco entonces su visita, laird MacGillivray. Strath Fuar ofrece hospitalidad a los aliados de mi esposo; vuelva cuando lo desee. Incluso las damas que tienen el aspecto de un pie peludo y sudoroso sabemos ser corteses. Se les dará comida, fuego y descanso, tanto a usted como a sus hombres.

MacGillivray, que no era ningún tonto, desplazó la mirada entre ambos y comprendió de inmediato que había llegado con barro en las botas y una antorcha en la mano a un cuarto lleno de pólvora. Él sabía que la dama estaba enfadada y se veía hermosa a pesar de ello. Lo que él hubiese disfrutado domándola. Se carcajeó de pronto.

—No te aburrirás, Mackenzie. Esta que te has agenciado es una leona que necesita conocer al león. Te divertirás muchísimo.

—MacGillivray —intervino Niall, con una irritación que no lo hizo dejar de reírse—, se hace tarde para regresar a tu castillo.

—Por supuesto, por supuesto. No olvides lo que te he dicho, muchacho. Las tonterías debilitan a un guerrero.

—No lo haré —le dijo.

Sorcha le hizo una breve reverencia y la sonrisa que le ofreció al amigo de Niall para despedirlo no le llegó a los ojos.

MacGillivray dejó a la pareja atrás mientras volvía a carcajearse por la situación. Sorcha miró a su esposo con cara de pocos amigos y él quiso gritar.

—No quisiera apartarlo de sus obligaciones, laird Escarcha. Tiene demasiadas cosas que atender. Entre ellas acostumbrarse a una esposa fea como un pie peludo y buscar una amante… —Y tras decir con orgullo esas palabras llenas de formalidad, ella procedió a dar media vuelta para salir de la vista de su marido.

Niall la agarró de inmediato por la muñeca para frenarle la huida.

—Entra al solar ahora.

—Suéltame.

—No me obligues a alzarte como si fueses un saco de harina, Sorcha.

—No quiero hablar contigo ahora mismo.

—Y a mí no me agrada que me espíen. Entra ya, te he dicho.

Ella se cuadró, alzó el mentón y procedió a obedecer la orden. Él se veía tan fiero que no se atrevió a provocarlo más, pero si Niall Mackenzie pensaba que iba a mostrarse mansa, era que no había estado prestando la suficiente atención.

En esa ocasión el laird tuvo la precaución de cerrar la puerta a su espalda. El golpe de la madera contra el marco no fue violento, pero sonó bastante definitivo.

¿Encima él tenía el atrevimiento de enfadarse? Ella deseaba abofetearlo. Sí. Quería gritarle también. No le daría el gusto. Compuso su expresión más fría y se sentó en la silla más próxima a la mesa que su padre había usado a modo de escritorio.

Niall la observaba y era muy consciente de que iba a tener muchos problemas. Durante unos instantes se quedaron ambos en silencio. Él se sentó delante de ella. La mesa los separaba.

Niall fue el primero en hablar.

—Tienes que aprender tu lugar.

Sorcha soltó una risa breve, incrédula, sin un ápice de humor.

—¿Eso es lo que has elegido decirme en primera instancia? ¿Dónde está el hombre que prefería discutir conmigo a casarse con una mujer tranquila?

—Estabas escuchando una conversación que no iba dirigida a ti.

—La conversación trataba sobre mí. Y ha resultado reveladora.

—Trataba sobre asuntos que no entiendes. Y no tengo paciencia ahora mismo para explicártelos. No vuelvas a hacer algo así de nuevo. Jamás —le ordenó con los dientes apretados.

Ella sintió que aquella frase la golpeaba más fuerte que cualquier humillación. No por el desprecio que detectaba en ella, más bien porque reconocía en él al hombre de los primeros días, al laird que decidía, ocultaba y luego esperaba que los demás confiaran en que todo había sido hecho y dicho por una razón superior.

—Ten cuidado, Niall. Estás volviendo a ser el hombre al que decidí perdonar, pero no sé si me queda *paciencia* —arrastró la palabra— ya para volver a hacerlo de nuevo.

Los ojos de él se oscurecieron.

—Y tú te estás acercando mucho a la mujer que me dejó en ridículo mientras sabía quién era yo desde el principio.

Sorcha respiró hondo. Le faltaba el aire. Ambos estaban alterados. Ella decidió retirarse, así que se puso de pie para no tener lo que a todas luces parecía que iba a ser una gran discusión.

—Tengo que atender…

—¡Siéntate, Sorcha! —ladró su marido.

Ella se sentó de inmediato. No por el grito que le acababa de dar, más bien porque… porque… ¡No sabía el motivo! Solo era consciente de que su orden la había dejado más helada de lo que ya se sentía.

—Sería mejor que no hiciésemos esto ahora, Niall.

—¿Hacer qué? ¿Recordarte que tú también jugaste conmigo? ¿Que me dejaste creer que era Escarcha mientras sabías que era Niall Mackenzie? ¿Que disfrutaste mientras me arrastraba ante ti como un necio durante días y no dijiste nada?

—Te lo dije cuando tocaba decírtelo.

—Claro. Las cosas van a cambiar, Sorcha. Soy un *highlander*.

—¿Y eso qué significa? —preguntó con cautela.

—Significa que no me harás parecer débil.

—¿Yo te he hecho parecer débil? ¿Qué ha sucedido con lo de que te hacía sentir invencible, que jamás dudaría de tu amor por mí?

Niall dio un puñetazo sobre la mesa. Ella se estremeció por dentro, pero no hizo ningún gesto que la delatase.

—¡El hombre que se acaba de ir es conocido por sacar conclusiones precipitadas y es capaz de reducir la reputación de un guerrero a la nada! No solo tengo que proteger mi castillo, también tus tierras. ¿Qué esperabas que hiciese?

—¿Tan poco confías en tu habilidad y fuerza que te preocupa que…?

—No me retarás, Sorcha —la cortó—. Tampoco vas a convertir esta conversación en una batalla por tu orgullo herido. No voy a preguntarte cuánto has escuchado tras la puerta, porque sé que habrá sido casi todo.

—¿No piensas al menos disculparte?

—No. Ya estoy cansado de tener que pedirte perdón. Si pones en duda mi palabra, tendrás que aprender a vivir con la duda. —Niall no pensaba ofrecerle ningún tipo de explicación. Si ella se atrevía a creer que lo que había escuchado era verdad… El laird apretó todavía más los dientes. ¡Su falta de fe en él era insultante, frustrante y desesperante!

Sorcha apoyó las manos en el borde de la mesa. No quería temblar. Tampoco llorar. Pero la rabia estaba echando a perder su claridad, porque cada pieza empezaba a encajar de una forma que ensuciaba todo el amor que se habían declarado. La estaba haciendo dudar. ¿Y si se había equivocado tanto con él? ¿Metería a otra mujer en la cama?

—Dime una cosa.

—¡Dios santo, mujer! ¿No puedes conformarte con todo lo que ya te he dado de mí? —Sospechaba que Sorcha demandaría de él más de lo que estaba dispuesto a dar. Niall no quería convertirse en un espanto como Fraser. Si los demás clanes comenzaban a rumorear sobre el poder que su recién estrenada esposa tenía sobre él… ¡Joder!

—Dime solo si fuiste a Londres porque ya sabías que Jorge me había elegido a mí para ser tu esposa. —Empezó por lo más importante.

Niall apartó la mirada un instante.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta. MacGillivray oyó rumores sobre mi prometida.

—No me insultes con medias verdades. Te las perdoné una vez porque entendí tu miedo. No vuelvas a ofrecerme una mentira envuelta en menos tela.

Él golpeó la mesa con la palma abierta una vez más.

—¡No fui a Londres por ti!

La frase atravesó el solar con tanta violencia que Sorcha no pudo evitar echarse un poco atrás en la silla. Niall lo vio, y el arrepentimiento le cruzó el rostro. Pero ya era tarde.

—Eso ha quedado muy claro —dijo ella, con una suavidad que presagiaba un gran desastre.

—No quería decirlo así.

—Eso es lo que se dice después de herir a alguien.

El pecho de Niall subió y bajó con una respiración lenta y pesada. Parecía un hombre en mitad de un combate, solo que no tenía delante un enemigo al que abrir en canal. Tenía delante a su esposa. Y eso lo volvía torpe y peligroso.

—MacGillivray vino a verme a Eilean Donan porque había averiguado que la prometida que me había elegido el rey podía ser alguien importante, pero no sabía que era el Premio Grant. Era más, estaba convencido de que Jorge no me habría entregado una mujer importante. Pensé que se trataría de una inglesa con algo de tierras en Escocia. No supe con certeza que era escocesa y cuánto valía en términos estratégicos hasta que Jorge pronunció tu nombre.

—Relegada a ser siempre un premio y no una mujer por la que valía la pena arriesgarse… —

susurró en voz baja.

—No digas eso… Estaba dispuesto a casarme contigo a pesar de que fueses inglesa o poco agraciada.

Supo que había metido la pata en cuanto la tristeza y la decepción se reflejaron en el rostro femenino. Fue un instante, pero Niall fue consciente de que la había herido. Estaba tan cansado de tener que pelear y defenderse de ella que no podía soportarlo más. ¿Así iba a ser el resto de su vida? ¿Tendría una mujer que le cantaría su amor por la mañana y en cuanto llegasen las complicaciones lo haría sentirse como un monstruo?

Sorcha se recompuso del golpe y alzó de nuevo el mentón.

—Sospechabas quién podía ser yo aunque no tuvieses la confirmación. No eres ningún estúpido, tenías que intuir que era la hija de Grant.

—Sospechaba muchas cosas. Sospechaba que Jorge estaba escondiéndome algo nada más me presenté en Londres antes de encontrarte. Sospechaba que iba a castigarme por haber ignorado el compromiso. Y sospechaba que todo iba a acabar de un modo que no me gustaría. Yo no quería casarme, Sorcha. Y menos con una mujer que no había sido mi elección. Tienes que comprender eso. Nos casamos y estuvimos de acuerdo en que el pasado quedaría atrás.

—Pero el Premio Grant valía tu sacrificio. Me encontraste, hiciste que me enamorase de ti, acordamos empezar de nuevo, me pediste confianza, me dijiste que no habría más mentiras entre nosotros y volviste a callarte algo importante mientras hacías todo eso. ¿No entiendes cómo me hace sentir todo lo que envuelve nuestra relación? La humillación que sufrí no se quedó en Londres, hablaste de tu desagradable prometida en Escocia también.

Él se quedó quieto.

—Lo siento. Lo último que quisiera es que te sintieras humillada. Yo no te conocía y… —No sabía qué más decir.

Su disculpa no la reconfortó. Se pasó una mano por la frente. Estaba tan cansada de ser siempre una pieza del tablero…

—Soy una persona real. Alguien que merecía dignidad y respeto. Solo me valoraste cuando supiste lo que aportaría. La que lo siente soy yo, Niall Mackenzie, porque no sé qué parte de nosotros es real —dijo al fin.

Aquello sí lo hirió. Se le vio en la cara, en el modo en que la mandíbula se le tensó y los ojos perdieron algo de furia para llenarse de incredulidad.

—No digas eso.

—¿Y qué quieres que diga?

—Sé que estás enfadada y que muy posiblemente quieres golpearme con algo pesado. Soy un bruto y un necio. Lo que quieras, pero no me digas que no sabes si esto es real después de lo que hemos vivido.

—Lo que hemos vivido ha estado lleno de secretos y mentiras desde el primer momento.

—También de amor —murmuró él.

—¿Sí? ¿Ahora hablas de amor?

—¿Lo dudas? ¿Tan voluble eres, Sorcha?

—¿Yo soy voluble? Un laird llega a nuestro hogar para decirte que tienes que buscar una amante, que celebraste tu compromiso conmigo metiendo a tres mujeres en la cama y tú…

—No he estado nunca con tres mujeres. No sé de dónde ha sacado algo así. Además, no comprendes cómo son las cosas entre los hombres —la interrumpió—. Y si te atreves a dudar de mi fidelidad vamos a tener una auténtica discusión.

Sorcha cerró los ojos un instante.

—No uses eso para hacer que me calle.

—¿Obligarte a callar? —repitió él, con una amargura que le cambió la voz—. Por Cristo, Sorcha, ¿eso crees que hago cuando te recuerdo que te amo?

—Creo que cada vez que me sienta herida, tú te comportarás como si mi dolor fuese una acusación injusta contra ti. ¡Has negado que me amas frente a un hombre que no debería significar nada para ti! —exclamó frustrada.

—Me estás juzgando por una conversación que no comprendes.

—Te juzgo porque no eres el hombre que creía que eras.

—Sorcha… —Usó su nombre con un tono claro de amenaza.

—¿Estoy agotando tu paciencia una vez más?

—Sí, maldita sea. Confiarás en mí, aprenderás cuál es tu lugar a mi lado y dejarás que me ocupe de mis asuntos como mejor proceda. Y bajo ningún concepto dudarás de que te amo.

Niall se levantó, se apartó de la mesa, caminó hasta la chimenea apagada y volvió casi de inmediato al mismo lugar. Era incapaz de estarse quieto. El solar era demasiado pequeño para un hombre que estaba conteniendo en su interior tanta furia.

—Lo que deseas que haga y lo que haré en función de tu comportamiento son dos cosas muy diferentes. Me has negado, Niall Mackenzie; has dejado que ese maldito hombre se vaya de aquí

pensando que buscarás a otra mujer y que solo te casaste conmigo por lo que mi padre me legó. Si no entiendes el daño que me has hecho, no vale la pena explicártelo.

Ella se levantó y se movió hacia la puerta. Él no trató de impedirle la salida. Niall tomó una larga bocanada de aire.

—Yo no sabía quién eras tú cuando te encontré en el patio de St. James's, aunque me dejaste fascinado —dijo entonces en un tono bajo—. Juro por la vida de mi hermana que no lo sabía. MacGillivray había oído que Jorge había escogido a una dama a la que yo no podría negarme por lo que me aportaría nuestro matrimonio. Sabía que era mi obligación casarme bien para congraciarme con Jorge y asentar mejor mi posición en las Tierras Altas. No me importabas porque no te conocía, pero cuando te vi y até cabos… Me faltó poco para saltar de alegría. Me bastó un simple vistazo para desearte y saber que podías ser mía… Tienes que saberlo: cuando entendí que la mujer que había insultado en el patio del palacio del rey era la misma a la que debía reclamar… Iría al infierno por ti. Mataría por ti. ¡Por Dios, maté por ti!

—No pongo en duda que me ames, Niall Mackenzie, pero sé que te avergüenzas del amor que sientes por mí. Una cosa es pregonar lo que te inspiro delante de tu hermana, su esposo y MacPherson y otra muy diferente hacerlo con quienes te consideran un guerrero impenetrable.

Niall se giró para observarla y soltó una blasfemia en gaélico. No iba dirigida a ella, pero tampoco ayudó a su causa. Sorcha se irguió más para protegerse con dignidad.

—No le tengo miedo a nada ni a nadie, Sorcha —rebatió con dureza—. ¿Cuántas veces voy a tener que repetírtelo?

—El día que comprendas y aceptes que mi amor te hace fuerte y que eres el único que podrá presumir de ser mi esposo, tal vez sea tarde —observó ella.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Insinúas que vas a dejar de amarme? ¿Vas a retirarme tu amor cada vez que descubras que no soy el hombre perfecto que quieres que sea?

Sorcha se quedó muy quieta. Ahí una prueba más de que él no la entendía ni la comprendía en absoluto.

—Yo no puedo retirarte mi amor, Niall. De nuevo olvidas que soy una persona con sentimientos incapaz de actuar contra los dictados de mi corazón o conciencia.

—Otro sermón más, Sorcha —se quejó—. Ya estoy bastante cansado de todo esto. Has dejado claro que no estaré a la altura de tus expectativas. Bien, lo acepto.

—¿Lo aceptas? ¿Así, sin más? ¿Te rindes ante la primera adversidad?

—¿Qué quieres que te diga? Te miro y veo a una mujer dispuesta a deshacer lo nuestro por el primer cuchillo que alguien pone sobre la mesa para separarnos.

—No es el primer cuchillo, Niall. Es otro más. Y también estoy cansada de sangrar por silencios que tú decides guardar hasta que te estallan en la cara.

Él se acercó a ella, pero se detuvo antes de tocarla. Tal vez recordó, demasiado tarde, que esta vez no podría arreglar nada con un beso.

—Anoche me llamaste amor mío mientras te poseía. Y la noche anterior más de lo mismo…

—Y sentía cada palabra que te dije.

—Me juraste que eras mía.

—Y lo soy.

—No. En cuanto dudas, cierras la puerta, levantas el puente y me dejas fuera. Quieres que sea un hombre que no soy y, por Dios, que lo he intentado, pero no puedo plegarme a tus caprichos cada vez que se te antoje.

Sorcha tragó saliva con gran dificultad. Una parte de ella quería borrar la corta distancia que los

separaba, abrazarlo y cobijarse una vez más en sus brazos. Había tantas cosas que deseaba hacerle entender… pero parecía imposible que pudiesen ponerse de acuerdo.

—Nos hemos casado y tendremos que aprender a vivir de este modo.

—¿De qué modo, mujer? —farfulló.

—Todo esto es una mentira, Niall. Yo era una prometida que fue recordada cuando más convenía. Soy un estorbo para ti, un duro *highlander* que debe demostrar su virilidad ante cualquier rival, amigo o enemigo.

Niall palideció.

—Te salvé la vida. Recuperé tu castillo. Me casé contigo delante de Dios. He puesto hombres en estas murallas para que quienes dependían de tu padre puedan dormir en paz. Incluso estoy retrasando nuestra partida por ti. Te estoy dando todo lo que sé dar.

—Y yo te he dado mi corazón. Y siento ser tan clara, pero jamás me he conformado con menos de lo que sé que merezco y no pienso empezar ahora. Te lo pediré todo, no solo lo que seas capaz de dar. Y no permitiré que te escondas de mí.

Él apretó los dientes. La amaba. La amaba tanto que no sabía qué hacer con la parte de sí mismo que quería pedirle perdón. Porque esa parte

estaba enfrentada con otra que se negaba a derribar todos los muros que ella pretendía derruir sin su consentimiento. Así que se defendió del mejor modo posible: atacando.

—Tal vez te equivocaste al darme tu corazón, Sorcha. Quizá esto que sentimos lo hemos malinterpretado y no sea amor. Solo deseo —dijo.

Lady Mackenzie sintió que aquellas palabras le partían el corazón en más de mil pedazos.

Niall cerró los ojos en cuanto las oyó fuera de su boca. Pero ya habían sido emitidas. Cuando volvió a mirarla se dio cuenta de que las lágrimas le caían por las mejillas sin contención.

Niall dio un paso hacia ella, luego se detuvo dado que Sorcha se había movido hacia atrás. La dama lo veía luchar contra el impulso de tomarla entre sus brazos, de besarla, de imponer una cercanía que quizá los habría salvado durante un instante y condenado después. Fue por eso por lo que ella se había alejado de él.

—No puedo vivir así, Niall.

—Y yo no sé cómo hacer esto —le confesó él, derrotado—. No sé cómo ser el hombre que necesitas cuando cada error mío parece borrar todo lo que sí he hecho bien.

Sorcha quiso ablandarse. Dios, cuánto lo quería, pero la herida seguía demasiado reciente y

había una parte de ella que sabía que si cedía él se encerraría para siempre en sí mismo.

—No confío en ti —le confesó su mayor temor.

Niall asintió despacio, aunque no había aceptación en el gesto. Solo una derrota amarga.

—Entonces es probable que necesites tiempo para decidir si tu amor soporta mis mentiras, mis errores y mis malditas sombras.

—No conviertas mi dolor en una prueba de amor.

—¿Y qué es, Sorcha? —Ella no respondió. No porque no tuviera una respuesta, sino porque ninguna podía ser dicha sin romper algo más entre ambos. Niall se movió para recoger una daga de la mesa, la envainó y se dirigió a la puerta sin mirarla. Antes de salir, se detuvo, de espaldas a ella y le dijo —: Actúas como si hubieses podido ser más feliz estando casada con otro que no fuese yo. ¿Crees que Brodick Ross o cualquier otro toleraría tus actos o sermones? Tienes suerte de ser mi esposa porque te respeto, te defenderé y jamás te pondré una mano encima. Te guste o no, fui a buscarte a Londres solo porque eras importante para Escocia. Luego te acepté porque me enamoré de ti como un condenado. Luché por ti. Te cortejé a pesar de que no sabía hacerlo. No sé qué esperas o quieres de mí, pero ya no tengo intención de seguir averiguándolo. Te he dado más de lo que jamás llegué a pensar y no parece ser suficiente. Tal vez nunca lo sea. No importa. Los dos

trataremos de que este matrimonio no se convierta en una trampa desagradable.

Niall salió al corredor y cerró tras él con suavidad.

Sorcha permaneció en el solar de su padre, rodeada de mapas y promesas rotas, mientras el ruido del patio volvía a crecer al otro lado de la piedra. El llanto ya era incontenible. Se llevó una mano al anillo que Niall le había puesto en la capilla, se lo apretó hasta que le dolió y comprendió que, aunque seguía amándolo con la misma fuerza, no podía soportar la verdad que los había unido. Si ella no hubiese sido el Premio Grant, Niall Mackenzie no se hubiese casado con ella. Además, era un hombre al que el amor lo avergonzaría siempre. Nunca la querría por lo que era, solo por lo que le había aportado.

El futuro de ambos se acababa de oscurecer terriblemente.

***

Tras la discusión, Niall no regresó al solar. Había querido hacerlo antes incluso de haber dado diez pasos por el corredor, aunque no lo hizo debido a la gran rabia que sentía en su interior, pues habría

vuelto a herirla con una facilidad imperdonable. Ella no había utilizado expresiones deplorables en francés y eso significaba que estaba más que furiosa.

La suavidad con la que había cerrado la puerta no lo absolvía de nada; más bien lo perseguía, porque era consciente de que solo los cobardes se marchaban con cuidado después de haber dejado una estancia tras un combate. Y a él no le faltaba valentía. No había sido nunca un cobarde ante una espada, ante un rey o tras una noche de crudo invierno con hombres hambrientos bajo su mando. Sin embargo, la exigencia de su esposa unida a su dolor… No podía luchar contra eso. Y esa debilidad recién descubierta lo llenaba de algo desconocido, tan amargo y frustrante que no sabía cómo digerirlo.

Sabía que había sido duro. Por otro lado, era del todo natural que todo lo hiciesen con pasión, incluso discutir. Él no estaba acostumbrado a que nadie le dijese qué pensar o hacer, y ella… Su esposa no sabía cerrar la boca aunque se la cosiera con aguja e hilo. No debería lamentarse por ello, dado que esa cualidad, su falta de miedo ante él, fue lo que más le llamó la atención, pero…

¡Dios! Eso de tener una esposa era todavía más molesto que cuidar de una hermana muy molesta.

Había visto el instante exacto en que sus palabras le partieron el corazón, ese momento en que Sorcha, tan orgullosa incluso al borde del llanto, había dejado de mirarlo con rabia y había empezado a mirarlo con decepción. La rabia podía afrontarse,

combatirse, incluso alimentarse hasta convertirla en deseo o en una reconciliación dura. La decepción, en cambio, se parecía demasiado a una puerta cerrándose sin hacer ruido, porque podía quedarse trabada para siempre.

No obstante, también estaba agotado. Esa verdad lo avergonzaba, pero existía. Estaba cansado de sentirse siempre a prueba, de que cada acto de su pasado regresara convertido en una herida, de no saber en qué momento una explicación dejaba de ser una defensa y pasaba a sonar en los oídos de su mujer como una excusa que no le servía. Sorcha quería de él una clase de entrega para la que ningún hombre estaba preparado. No. El maldito Callum Fraser tampoco. Niall se imaginaba los dolores de cabeza que le habría dado Kenna hasta convertirlo en un cordero. Ah. Pero Fraser solo era un cordero en lo que respectaba a su esposa y él se burlaba de su amigo por ello, pero jamás pondría en tela de juicio su fuerza o decisión en la batalla… Y su indeseado invitado se había equivocado, nadie osaba tratar de invadir los dominios de Fraser porque ese laird seguía siendo un monstruo, pero no con Kenna. No importaba, para Sorcha nada era suficiente. No le bastaba con protegerla, ni con poner hombres suficientes para custodiar las murallas de Strath Fuar, ni con darle su apellido, su deseo y su fidelidad. ¡De acuerdo! Niall le había seguido la corriente a su invitado porque… porque… ¡Porque no le apetecía darle explicaciones de más a un guerrero que tenía una idea muy diferente a la suya sobre lo que era el matrimonio! Ah, pero no. Sorcha quería entrar en los lugares donde él guardaba las sombras, remover lo

que allí se pudría desde hacía años y exigirle que no se defendiera cuando se sintiese atacado por ella.

Y Niall no sabía cómo hacerlo, porque nunca sería tierno, cuidadoso o un maldito poeta capaz de tener la sensibilidad necesaria para que ella no se molestase.

¡Tal vez el problema no era él! Sorcha tendría que aprender a ser más fuerte y aceptar que un *highlander* daba órdenes, peleaba, mataba, comía y dormía. Y de vez en cuando bebía. ¿Hacer el amor? Tampoco estaba acostumbrado a hacer eso. Satisfacía sus bajas pasiones con una mujer bien dispuesta y listo.

No sabía ser un marido adecuado. Era capaz de tomar una fortaleza, leer el rastro de una partida en tierra mojada, medir a un hombre por la manera en que sostenía su espada o distinguir, en un solo intercambio, si un aliado iba a convertirse en un problema antes de la siguiente luna. Pero no sabía mirar a su esposa herida y quedarse allí sin contraatacar. Nadie le había enseñado a que tenía que escuchar en silencio que ella no confiaba en él. ¡Sorcha también lo había herido! Sus palabras le habían hecho sentir que le arrancaban una parte del pecho. Niall no podía aceptar que el amor obedeciese a la misma ley que el juramento de un guerrero. Oh, sí. Su esposa había sido muy clara a ese respecto y él entendió la comparativa a la perfección. Él ya le había entregado su palabra y eso debería bastarle. No era así. Para Sorcha no era suficiente, porque ella misma le había dicho a viva voz que no se conformaría con menos que todo.

Trató de dejar a un lado sus pensamientos y el extraño sentimiento que se había alojado en su corazón. Así que después de vagar unos instantes sin un rumbo fijo por el castillo, decidió bajar al patio.

Solo había una cosa que lo calmaría, y eso era desfogarse con un buen entrenamiento.

Los hombres advirtieron enseguida que su laird era un hombre buscando problemas. Los Mackenzie, porque reconocían la expresión de su rostro, y los Grant, porque estaban aprendiendo a conocerlo. Nadie preguntó nada. Fue una decisión sensata, quizá la más sensata que se había tomado en Strath Fuar desde la llegada de MacGillivray con sus botas embarradas y su lengua cargada de veneno. Niall no explicó el motivo de su malhumor; sencillamente, alzó una espada de entrenamiento y convirtió el patio en un campo de exigencia de lo más cruel.

Durante horas corrigió posturas, desplazó a hombres de un grupo a otro, obligó a repetir defensas hasta que los brazos empezaron a temblarles a todos y los más jóvenes dejaron de mirarse con arrogancia para empezar a rezar a fin de que el sufrimiento acabase pronto. No fue brutal… al menos del todo. Su voz cortaba más que el viento en el momento en que un muchacho se adelantaba demasiado o cuando un hombre levantaba mal el escudo, y más cuando uno de los Grant trataba de compensar con ímpetu lo que le faltaba de disciplina. Niall luchaba con ellos con una energía asombrosa. Todo pensado para no pensar. Mientras peleaba y los

adiestraba, no escuchaba la voz de Sorcha acusándolo o confesando que no confiaba en él.

Se lo había dicho claramente. No había sido una acusación arrojada para vencerlo durante la disputa, sino la revelación de una herida que parecía que no sanaría nunca. Niall lo entendía a ratos y lo rechazaba al siguiente instante, porque admitir las acusaciones de su mujer implicaba que él había cometido traiciones imperdonables. Ese pensamiento lo enfurecía más. Prefería a MacGillivray y sus conclusiones sucias. ¿De dónde había sacado ese laird que él se encamó una noche con tres de sus sirvientas para festejar su compromiso un año atrás? Por amor de Dios, con una sola mujer en el lecho le sobraba y le bastaba. Seguramente lo había confundido con otro, porque él no era culpable de esa acusación. ¡Joder! Sorcha había escuchado también eso y él no lo refutó cuando MacGillivray lo sacó a relucir porque a su orgullo masculino le pareció bien callarse.

¿No iba a poder tener ni un solo instante de paz nunca más?

Al mediodía, uno de los guerreros más experimentados cayó de espaldas en el barro después de recibir una embestida demasiado dura con la espada roma. Niall se quedó inmóvil, mientras respiraba con fuerza, y vio en los ojos de uno de sus amigos algo que no fue miedo, se trataba de desconcierto. Aquello bastó para que el laird Mackenzie comprendiese que ni una buena refriega lo haría aligerar el gran peso que sentía sobre los hombros. En realidad, no había entrenado a sus

hombres durante toda la mañana, no del todo. Se había peleado con cada uno de ellos. Los había usado para no arrodillarse ante Sorcha y tener que admitir que se había equivocado al haber hablado con MacGillivray sin desmentir cosas importantes.

Niall bajó el arma. Ordenó hacer un descanso y se apartó hacia el abrevadero, donde se echó agua fría en la cara y la nuca. La herida del brazo que ella le había curado le ardía. El laird sabía el motivo. Tenía mala conciencia. ¡Ella había logrado lo impensable! Niall Mackenzie había hecho barbaridades que habrían hecho sonrojarse al mismo diablo y no se arrepentía. En esos instantes se sentía muy mal consigo mismo. ¡Mujeres!

Quería a Sorcha con toda su fuerza, con sus preguntas, sermones, recriminaciones, orgullo y esa manera tan terrible de exigirle la verdad aunque ello implicase dejar desnuda su alma.

¡La había hecho llorar!

Era un marido pésimo. Se había jurado que su mujer nunca derramaría una lágrima si él podía evitarlo y le había causado dolor.

¡Joder!

Tenía que hablar con ella o se moriría. Era un *highlander* sometido a su mujer. ¡Era todavía peor que el maldito Fraser! Si su padre alzase la cabeza…

Niall se ocupó de los turnos de vigilancia, revisó la posición de dos hombres en el paso oriental y escuchó el informe sobre las provisiones que debían separarse antes del viaje a Eilean Donan, porque eran asuntos inaplazables. En algún momento, ya cerca de la media tarde, comprendió que no podía seguir enfadado con ella o perdería la cordura.

No porque la rabia se hubiese esfumado, más bien porque el amor había ganado su batalla interior. El orgullo podía sostenerlo durante una mañana, quizá durante una batalla entera, pero no durante un día completo sin verla. Necesitaba buscarla, aunque no supiera todavía qué decirle. Era de vital importancia besarla y abrazarla.

Primero fue a la biblioteca de *lady* Ophelia, pensando que quizá se habría refugiado entre los libros de su madre. Encontró la estancia ordenada. Había una ventana abierta para ventilar el olor de los tapices y un volumen pesado figuraba sobre una mesa con una cinta marcando una página, pero Sorcha no estaba allí.

Subió después a la alcoba que compartían.

La cama estaba hecha, las cortinas recogidas, y el arca cerrada. Sobre el respaldo de una silla descansaba uno de los mantos que él le había dejado días atrás. La habitación conservaba su perfume, o quizá era su memoria la que lo engañaba. De cualquier modo, ella no estaba tampoco allí. Su ausencia le estaba produciendo una inquietud absurda.

La buscó en la capilla, donde las velas se consumían despacio frente al altar en el que se habían casado. Tampoco allí encontró más que silencio. Recorrió el corredor que llevaba a las estancias de las doncellas, preguntó por ella con calma, aunque no la sentía, y recibió respuestas vagas, miradas inquietas y reverencias apresuradas. La habían visto después del mediodía ir en dirección a las cocinas. Nadie estaba seguro de su paradero. Aquello empezaba a irritarlo de una manera inquietante.

¿Se habría atrevido ella a abandonarlo para darle una lección? No sería la primera mujer en hacer algo tan absurdo; Kenna misma se lo hizo a Fraser.

Llegó a las cocinas y las mujeres dejaron de hablar en cuanto apareció.

Niall no necesitó levantar la voz para que todas comprendieran que su paciencia se había convertido en algo muy efímero. La cocinera le aseguró que *lady* Mackenzie había pasado por allí, que había revisado la despensa y que después se había marchado con el rostro pálido, aunque sereno. Esa última palabra casi hizo reír a Niall, porque empezaba a entender que la serenidad de Sorcha podía ser más peligrosa que cualquier arrebato.

Fue a los almacenes bajos, al patio de servicio, a la galería oriental y llegó hasta la puerta pequeña que bajaba hacia la piedra del hogar. El fuego del rito estaba apagado; allí quedaban apenas las cenizas tibias. La trenza Grant y Mackenzie seguía atada a la argolla de hierro, húmeda por el aire del

lago y resistente a pesar del viento. Niall se agachó y rozó la lana con dos dedos. Allí tampoco estaba ella.

El temor se abría paso en su interior con lentitud, pero implacable.

No era un miedo racional todavía. Strath Fuar estaba guardado por sus hombres, las puertas vigiladas y los pasos controlados. Sorcha no era una niña capaz de perderse en su propio castillo. Ah, pero ella conocía cada recoveco mejor que todos los que allí vivían. Además, después de lo ocurrido en el bosque, él no quería pensar que pudiera haberse alejado sola más allá de las murallas. No quería imaginárselo, pero la mente, traicionera, le ofrecía una clara imagen antes de que pudiera detenerla: Sorcha caminando hacia el lago, hacia la colina, hacia cualquier lugar donde no tuviera que respirar el mismo aire que él. Sola.

Entonces dejó de fingir calma.

Atravesó el patio con tal rapidez que dos hombres se apartaron a un lado sin esperar orden alguna. Preguntó en los establos, revisó si faltaba alguna montura y, en efecto, así era. Nadie la había visto salir a caballo, aunque faltaba un animal en su cubículo.

Por primera vez en toda la tarde, sintió verdadero pánico.

Niall Mackenzie podía soportar que su esposa lo odiara durante un día entero. Otra cosa

muy diferente era no saber dónde estaba. Ella no huiría de él para darle una lección, ¿verdad? Si había aprendido algo sobre Sorcha Mackenzie, era que su mujer no se acobardaba. Se vengaría hasta ponerlo de rodillas. Rezaba para que así fuese. Si su mujer había salido a cabalgar y todavía no había regresado, era porque alguien se la había llevado. No cabía en su mente otra explicación posible. Así de seguro estaba de ella.

Pero ¿quién, adónde y con qué motivo?

Capítulo 10
Una verdad inesperada

Sorcha había salido de Strath Fuar sin pedir escolta ni avisar a nadie porque no habría soportado una sola mirada de compasión debido a su estado de agitación.

No fue por el camino principal ni pidió que le ensillaran una montura delante de medio patio. Bajó por la escalera del servicio, atravesó el corredor que llevaba a los establos inferiores y eligió una yegua baya que había pertenecido a los Grant mucho antes de que los soldados ingleses llenaran el patio con sus estupideces. Nadie la vio salir porque así lo había decidido.

Cruzó la pequeña puerta del lado este y se dejó atrapar por la bruma de la tarde.

Al principio no cabalgó deprisa. No tenía un destino claro, solo la necesidad de alejarse de Niall y olvidar que él había apuntado que quizá lo que

compartían no fuese amor, solo deseo. La frase regresaba una y otra vez, cada vez con distinto sentido, pero siempre hiriente.

Estaba dolida. ¿Alguna vez dejaría de sentirse humillada porque él no quiso ni conocerla cuando Jorge los comprometió?

El viento le golpeaba la cara con tanta fuerza que, durante un trecho, pudo fingir que no estaba llorando.

La yegua siguió el sendero que descendía hacia el terreno bajo, donde los brezos crecían oscuros entre las piedras húmedas y el *loch* se quedaba a la espalda, medio oculto por una cortina de niebla fina. Sorcha conocía aquella ruta muy bien. Su padre la había llevado por allí cuando quería mostrarle los límites de Strath Fuar y explicarle qué pasos eran útiles en verano, o cuáles se volvían traicioneros con la lluvia y dónde convenía apostar a un hombre con buen ojo si alguna vez la fortaleza se veía amenazada. Había amado esas lecciones porque Ruaridh Grant le hablaba entonces no como a una hija cuya falta de condición masculina lamentase, sino como a alguien capaz de entender el valor de su tierra.

Niall también había dicho que la valoraba.

Y, sin embargo, sentía que nunca podrían llegar a ser uno solo.

No sabía qué parte de su amor estaba construida sobre lo que ella era y qué parte sobre lo que aportaba. Esa duda le parecía miserable, pero no conseguía arrancársela del pecho. Había escuchado cada palabra que Niall le había dicho a MacGillivray. Dolía. Todo aquello la hacía sangrar por dentro. ¿Siempre sería un botín para él a ojos del mundo entero? Había oído las risas sobre amantes, criadas que se metían en las camas que no eran suyas… ¿Se había acostado con tres mujeres a la vez? Le había dicho que no. ¿Lo creía? No sabía qué pensar. Estaba hecha un lío. Pero sí que era muy consciente de que Niall habría llevado a su cama a mujeres preciosas y bastante experimentadas. ¿Cómo podría retener a un hombre así en su lecho si ella estaba aprendiendo poco a poco?

Se sentía tan inútil, triste y desesperada que nada mitigaba la angustia de su pecho.

Niall podía defenderla de un asaltante, de un capitán inglés o de medio norte armado, pero no del desprecio de otros hombres cuando esa ofensa exigía que él confesara, sin vergüenza, que amaba a su esposa.

Aquella idea le hizo doblarse un poco sobre la silla. La yegua notó la tensión y sacudió la cabeza. Sorcha aflojó las riendas, respiró profundamente y se obligó a mirar al frente. No podía venirse por completo abajo allí, en mitad del páramo, como si fuese la protagonista de una tragedia griega. Era Sorcha Mackenzie, y antes había sido una Grant. Era fuerte, capaz y nunca se había amedrentado. ¡Era la castellana de Strath Fuar! La mujer que había

sobrevivido a un año de humillaciones en Londres, a la codicia de Rupert Henshaw, a un ataque en el bosque y al amor de un *highlander* que la hacía arder y sangrar con la misma facilidad… Así que ¡podría con todo lo que el destino le pusiera por delante y más!

No se rendiría con su esposo. Su padre no la había educado para resignarse. Lucharía con todas sus fuerzas para que él no se avergonzase de amarla. También se esforzaría todo cuanto pudiese para que él no buscase la cama de otra mujer. Solo imaginar que le pudiese ser infiel la hacía querer morirse… ¿Por qué tenía que ser tan duro estar enamorada?

Tan concentrada estaba examinando sus sentimientos que no oyó el sonido hasta que fue demasiado tarde. Se había producido un chasquido entre los arbustos; luego rompió el silencio el resoplido de un caballo y finalmente vislumbró una sombra por el lateral del camino. Sorcha tiró de las riendas al instante para marcharse, pero dos hombres salieron de entre los pinos bajos antes de que pudiera girar su montura. Uno le sujetó la brida y el otro trataba de abalanzarse sobre ella. Sorcha reaccionó con rapidez, metió la mano bajo el manto en busca del pequeño puñal que llevaba desde el ataque anterior y alcanzó a arañarle el antebrazo a uno de ellos antes de que la agarrara por la cintura.

La yegua se encabritó. Alguien maldijo. Sorcha pateó, mordió una mano y estuvo a punto de caer de costado, pero el hombre que la sujetaba era demasiado fuerte y no estaba solo. La arrancaron de la silla con una violencia que le cortó el aliento, y

cuando sus botas tocaron el barro ya tenía las muñecas apresadas a la espalda.

—No la marquéis más de lo imprescindible —dijo una voz conocida—. Tiene que llegar viva y lo más intacta posible.

Sorcha dejó de forcejear durante un segundo.

El capitán Rupert Henshaw salió al fin de entre los árboles con la misma pulcritud con la que había abandonado Strath Fuar. No llevaba su uniforme completo, aunque conservaba el porte de un hombre que sabía mostrar autoridad. La capa oscura le caía sobre los hombros, las botas las tenía manchadas de barro y en su rostro había una satisfacción tan mezquina que Sorcha sintió náuseas incluso antes de comprender del todo lo que estaba ocurriendo.

—Capitán Henshaw —dijo ella, con una calma que tuvo que mostrar a la fuerza—, pensaba que había aprendido a salir de mis tierras cuando se le ordenó. Veo que estaba equivocada.

Él sonrió.

—¿Sus tierras, *milady*? ¡Qué obstinada sigue siendo con esa fantasía!

Uno de los hombres le sujetó mejor los brazos. Sorcha no apartó la mirada del militar.

—Mi esposo los matará a los tres solo por haberse atrevido a contrariarme. —Rezó para no estar equivocada. ¿Y si había agotado por completo la paciencia de Niall y él no la buscaba? O peor todavía… ¿Y si él solo la quería por lo que le aportó y se olvidaba de ella? Borró ambos pensamientos de inmediato de su mente. Mackenzie era el hombre más honorable que había conocido hasta el momento, no la dejaría a su suerte. ¡Maldita fuese la inseguridad que estaba sintiendo sobre los sentimientos de su esposo!

Henshaw no se ofendió. Al contrario, pareció disfrutar con la amenaza.

—Ah, ¿su esposo? —cuestionó con burla—. El salvaje Mackenzie; el bastardo de Seaforth, un ser despreciable que creía que podía mentirme y salir indemne de la afrenta. —El inglés chasqueó la lengua —. No se sorprenda tanto de que me haya enterado de la verdad. Los sirvientes hablan y siempre hay alguien escuchando. Debí haber puesto en duda la veracidad de su afirmación sobre el matrimonio. Confieso que me habría gustado verlo aquí para que comprendiera lo poco que dura una victoria cuando uno no sabe con quién está tratando. No obstante, no me quejaré de mi suerte. Llevamos tiempo esperando a que alguien cometiese alguna temeridad… ¿Salir sola a cabalgar en la inhóspita Escocia, *milady*? Un descuido que le agradezco.

—Sé muy bien con quién estoy tratando. Con un cobarde que necesita esconderse detrás de otros hombres para que le hagan el trabajo sucio.

La sonrisa de Henshaw se tensó.

—Sigue hablando como si su lengua pudiera salvarla de lo que le tengo preparado… Interesante. Debo reconocerle cierta valentía. Estúpida, pero valentía, al fin y al cabo.

—Y yo debo reconocerle a usted una absoluta incapacidad para aprender. Ya perdió Strath Fuar una vez y logró salir con vida. No sucederá de nuevo, se lo aseguro.

—Confieso que estaba bien asentado, disfrutando de mi poder y de los privilegios de ser un señor aunque fuese de un lugar tan poco elegante como el castillo de su padre. Uno no puede volver a servir con tanto placer cuando ha conocido lo que es la libertad, *milady*. Y gracias a eso he tenido la oportunidad de hacer algo mucho más útil que me asegurará el futuro.

Sorcha forcejeó para establecer la fuerza de los hombres y la distancia hasta el puñal que se le había caído. No había mucho que hacer. Eran tres, quizá cuatro si el ruido que oía detrás de los abedules pertenecía a otro jinete. El sendero estaba demasiado hundido, el suelo muy húmedo y la bruma era bastante espesa. No podía luchar sin salir seriamente perjudicada.

Por primera vez desde que había salido de Strath Fuar, el miedo consiguió atravesar la angustia.

Henshaw debió de percibirlo, porque su rostro se iluminó con un placer que solo un villano sentiría.

—Al fin lo comprende.

—Entiendo que no tiene valor para enfrentarse a Niall Mackenzie.

—No necesito enfrentarme a él. Hay modos más inteligentes de destruir a un hombre.

Sorcha sintió que todo el cuerpo se le estremecía.

—¿Qué quiere de mí?

—Nada que desee ya. Esa es la parte deliciosa. Usted me resultaba útil en Londres, pero el salvaje arruinó esa posibilidad con su entrada teatral y su falso matrimonio. Ahora usted me servirá para otro propósito.

—Mackenzie es mi esposo. Nos hemos casado —le aseguró de inmediato.

—¿Así es? —cuestionó él.

—Sí.

—Uhm… No lo creo. Hubiese sido una ceremonia importante y nadie, además de la hermana del bastardo y ese espanto de esposo suyo, se ha presentado en el castillo días atrás. Y el

invitado que han recibido hoy no es tan importante como para convocarlo a una boda. Creo que me está volviendo a mentir, *milady*. —Sorcha supo ahí que el capitán los había estado espiando desde hacía bastante tiempo. La dama no se vino abajo.

—No le miento. Soy *lady* Mackenzie.

—Poco me importa.

—¿Qué es lo que trama, capitán? El rey se enterará de esto.

Henshaw se acercó un paso. El hombre que sujetaba a Sorcha tiró de ella hacia atrás cuando trató de agredirlo del modo en el que pudiese hacerlo.

—La he vendido.

Durante un instante, el mundo se redujo a aquella frase. Sorcha lo miraba sin comprender, aunque su cuerpo sí que era muy consciente del peligro que se había cernido sobre ella. El pulso se le disparó.

—¿Me ha vendido? ¿Vendido a quién?

—A alguien que odia a Niall Mackenzie lo bastante para pagar bien por la oportunidad de arrebatarle el Premio Grant. No voy a estropear la sorpresa desvelando a su comprador antes de tiempo. Me han pedido discreción y, a diferencia de

los escoceses, yo sí sé cumplir una tarea sin convertirla en una exhibición de gritos y acero.

—Le digo que soy una mujer casada, capitán —insistió.

—Sigo sin creerla, *milady*, pero no se preocupe por dicha contrariedad, su nuevo amo tratará de convertirla en viuda rápidamente en caso de que esté diciendo la verdad.

Sorcha tragó saliva con gran dificultad. No iba a suplicar por su libertad y mucho menos a Henshaw.

—Mi esposo vendrá a por mí.

—Eso espero. —La respuesta fue tan rápida, tan complacida, que ella entendió que había algo más.

—Esto no es solo por mí.

—Nunca lo fue, *milady*. Usted se considera importante porque todos la llaman el Premio Grant, pero, en realidad, su utilidad cambia según las manos que la codician. Para el rey era una alianza. Para Mackenzie, un castillo y una esposa. Para mí, primero fue una vía de ascenso y en estos instantes es la oportunidad de empezar una nueva vida gracias a la riqueza que me reportará entregarla a su captor. Voy a contarle un pequeño secreto. Debo decirle que me decepcioné cuando la vi llegar con vida al castillo, dado que me esforcé mucho por borrarla de la faz de

la tierra, pero ahora… Ahora me alegro de que saliese ilesa durante su viaje de regreso a casa, *milady*.

Sorcha se obligó a respirar. Niall no estaba allí. Su dolor tampoco podía nublarle la mente. Si se dejaba arrastrar por la herida que la había empujado fuera de Strath Fuar, no sobreviviría a aquella conversación. Lo que el capitán acababa de confesarle la incendió por dentro.

—Los hombres del bosque… —dijo despacio, cuando comprendió el sentido de las últimas palabras del soldado inglés.

Henshaw ladeó la cabeza. Se veía excesivamente complacido.

—Ah. Es inteligente para ser mujer. Ya ha llegado a esa conclusión. Muy bien.

—Usted los contrató. Me tendió una trampa para hacerme desaparecer y tratar de usurpar el legado de mi padre porque pensó que Jorge lo mantendría en mis tierras indefinidamente… —murmuró horrorizada.

—Por supuesto. —La confesión no le salió con vergüenza, sino con un orgullo tan elevado que a Sorcha se le revolvió el estómago. ¡Era un auténtico demonio!

—Lo planeó todo desde que Jorge lo avisó de que yo llegaría pronto. El rey tuvo que enviarle noticias si usted estaba al tanto de mi regreso. Y

luego tuvo la audacia de mentir cuando apuntó que no había sido informado de nada.

Ella ya se lo podía imaginar. El rey habría avisado al capitán de su regreso a Strath Fuar. Muy probablemente con órdenes de protección o tal vez como una advertencia formal para que le dejara paso a la castellana que regresaba de nuevo a casa. Henshaw había recibido la noticia y no había dicho nada. No había preparado una bienvenida ni se ocupó de asegurar la ruta. Había convertido el aviso en una oportunidad para librarse de ella antes de que llegara a reclamar su castillo.

—Exacto. Esos tontos lugareños a los que contraté para asaltar la comitiva que la traía a Escocia tenían una misión muy sencilla y no supieron llevarla a cabo.

Sorcha sintió náuseas. Recordó el carruaje volcado, los gritos, la lucha, las vidas perdidas, el peso del hombre que la había acorralado… Todo planeado. Pero el maldito capitán no contó con que Niall le seguía la pista y que la salvaría. Hasta ese momento había creído que el ataque fue fruto de la casualidad, motivado por la codicia, dado que parecían ser salteadores atraídos por la promesa de las riquezas que albergasen sus baúles.

No.

Habían ido a por ella por un motivo específico.

—Es usted despreciable —siseó para luego escupirle a los pies.

—No hicieron bien su trabajo —añadió Henshaw con irritación—, pero su torpeza es mi recompensa al fin.

Sorcha alzó la vista hacia él.

—Lo colgarán por traición. ¡Desafió a un rey!

—¿Traición? —Henshaw soltó una risa seca —. Nadie lo sabrá nunca. Todo el mundo sabe que los escoceses son inferiores a los ingleses, *milady*. Incluso cuando se les concede una fortaleza, una esposa o un título de conveniencia, siguen siendo criaturas patéticas. El rey necesita usarlos, igual que se usa un perro para vigilar una puerta, pero nadie llora demasiado cuando un perro muerde a otro. Mackenzie se ha vuelto peligroso porque cree que su alianza con la Corona lo hace intocable. Yo le recordaré que no lo es.

Sorcha no logró contener el desprecio en su voz:

—Es usted más necio de lo que parecía.

El capitán se acercó lo suficiente para que los hombres que la sujetaban tensaran los dedos. No la golpeó. Henshaw no era un hombre que se ensuciase las manos cuando podía ordenarle a otros que lo hicieran.

—Cuidado. Está revelando más de lo que cree, *milady*.

—En absoluto. El que debería tener mucho cuidado es usted. ¿Considera de verdad que puede vencer a Niall Mackenzie? ¿Por qué cree que el rey siempre está tratando de mantenerlo contento? No hay ningún hombre como él en el mundo entero. Márchese ahora que todavía puede, capitán.

Henshaw sonrió despacio.

—La fama del salvaje lo precede, sí. Pero él tiene un punto débil que pienso aprovechar muy bien.

—De nuevo se equivoca. Niall es invencible —expuso con convicción.

—No. Yo sé lo que vi. Usted lo hace débil y por eso me será fácil librarme de él si me causa problemas.

Sorcha se quedó inmóvil y abrió los ojos como platos.

—¿Cómo voy yo a debilitar a mi esposo? —preguntó irritada. ¡Otro más que se sumaba a la lista de las mayores tonterías!—. Está siendo absurdo.

—No trate de mentirme más. Él la ama. Fue muy evidente al demostrar que es usted importante para él. Esa forma posesiva en la que la miraba, con la que hablaba de usted… No hay nada más

preocupante que un hombre que ha caído en las fauces de la obsesión.

El silencio que siguió fue brutal. Sorcha se quedó asombrada. La verdad que le acababa de llegar desde la boca menos esperada la había hecho quedarse muda y asombrada. ¿El capitán inglés había visto el amor de Niall incluso cuando todavía ni él mismo se lo había declarado? ¿Su marido era un hombre obsesionado por ella?

—Niall no está obsesionado conmigo.

—Y vuelve a mentirme… Fui testigo de aquel beso, de esa necesidad ridícula de hacerme entender que usted ya le pertenecía. Pero no fue solo el orgullo de un macho, aunque no niego que los escoceses rebosan de eso hasta cuando respiran. Había algo más. Un hombre no actúa así por una mujer solo por su dote. Ni siquiera por sus tierras. Lo vi en sus ojos cuando me obligó a despedirme de usted. Si yo hubiera dado un paso hacia su persona, me habría abierto el cuello aunque eso le costara el favor del rey. La usaré contra él.

Sorcha estaba siendo ridícula. Lo sabía y poco le importaba, pues en medio de una situación tan peligrosa su corazón no debería estar como si la alegría la inundase por completo. Si un ser con el alma tan negra como el *sassenach* que tenía enfrente había visto todo eso con una simple mirada, poco importaba que Niall no les confesase a todos que la amaba con toda la fuerza de su espíritu. Cualquiera que los viese juntos sabría la verdad. Mackenzie no podría ocultar su devoción por ella, porque en eso sí

se equivocaba de pleno el traidor, pues Niall no estaba obsesionado con ella; lo que sentía era amor, devoción, cariño y mucha pasión.

¡Qué tonta había sido! Y pensar que podría acabar muerta por haber dudado de los sentimientos de su marido… La riña que tan intensa le había parecido le resultaba en esos instantes una tontería, tan estúpida como el mismo inglés que pretendía venderla.

Niall la salvaría. Estaba segura porque eso era lo que hacían los hombres por las mujeres a las que adoraban. Y no. Su esposo no acabaría muerto porque el capitán no podría doblegarlo ni tan siquiera si le tendía una trampa. Mackenzie no solo era pura fuerza; había inteligencia en él.

Rupert Henshaw era un hombre mezquino, ambicioso e incapaz de comprender que estaba metido en un buen lío. Era un despojo tan torpe que había perdido Strath Fuar por no entender y aceptar su lugar en el mundo. Un miserable que despreciaba a los escoceses porque eso le permitía sentirse superior sin necesidad de demostrar grandeza alguna. Y eso sería lo que lo llevase a la perdición. Subestimar a Niall cavaría su tumba.

¿Cómo podía haber visto el amor que Niall sentía por ella durante un solo encuentro, y no haberse dado cuenta de que él jamás se rendiría?

Oh, Dios, su corazón seguía cantando lleno de dicha. ¡La amaba de un modo tan evidente que incluso aquel capitán inepto y estúpido, aquel hombre

hinchado de prejuicio y veneno, había sabido reconocerlo! Niall era orgulloso, podía equivocarse y decir atrocidades cuando se sentía acorralado; incluso era capaz de avergonzarse por el modo en que el amor lo dejaba expuesto ante hombres como MacGillivray, pero no podía fingir sus emociones.

¡Y ella era incapaz de pensar en otra cosa más que en ese glorioso descubrimiento!

Sorcha sintió una lágrima deslizándose por su mejilla, pero esta vez nacía de la felicidad más absoluta.

El capitán amplió su sonrisa todavía más porque estaba malinterpretando los sentimientos de *lady* Mackenzie.

—Ah —dijo Henshaw, complacido—. Al fin comprende la verdad de su situación.

—Sí. Es porque mi esposo me ama por lo que usted va a perder.

—La esperanza es el último recurso de los condenados, ¿lo sabía, *milady*?

—Niall vendrá a por mí, le dará su merecido. La muerte será el regalo que mi esposo le dará como recompensa de sus maldades, se lo aseguro.

El que probablemente fuese ya un desertor le dio una mirada significativa al hombre que ella

tenía a su derecha y lo siguiente que ocurrió fue que todo se volvió negro.

La bofetada fue tan fuerte que hizo que Sorcha perdiese el conocimiento.

Durante el letargo de aquel sueño provocado con tanta violencia, *lady* Mackenzie soñaba con su esposo. Él estaría buscándola ya sin descanso. Estaría furioso también porque ella había tenido el atrevimiento de marcharse, pero sabía que acabaría encontrándola porque Niall la amaba.

Y ella sobreviviría para demostrarle que había elegido bien, porque su matrimonio sería sólido como una roca e incluso resistiría las inseguridades de Sorcha.

***

El laird Mackenzie reunió a los hombres antes de que el sol decidiese oscurecer el día.

No gritó sus órdenes, porque no hacía falta. La forma en que cruzó el patio, con el rostro endurecido y los ojos convertidos en una promesa de muerte, bastaba para que Torquil MacLeish dejara de hablar con un mozo de cuadras, para que Murdo Cameron apartase la mano de una hebilla a medio

ajustar y para que Iver MacLeod se encaminara hacia las armas sin esperar explicación alguna. Finlay Chisholm apareció desde el lado de los establos con gran rapidez. También convocó a Eònan Leeds, el hombre que había servido a Ruaridh durante años y que conocía los alrededores de Strath Fuar como la palma misma de su mano, para que lo instruyese de modo rápido y eficiente. Un grupo pequeño y bien formado sería más efectivo y rápido que una gran legión. Echaba en falta a MacPherson porque el Cuervo siempre le daba seguridad, pero bastaría con esa comitiva.

Sorcha estaba fuera de las murallas del castillo y él tenía que encontrarla.

Durante un instante, Niall sintió cómo la culpa trataba de abrirse paso en el pecho, pero la aplastó con una determinación fría, porque no podía permitirse el lujo de hundirse antes de dar con ella. Ya se odiaría después por haberla hecho salir sin pensar en su propia protección. En esos momentos, solo había una verdad indiscutible, y era que alguien retenía a su esposa contra su voluntad porque ella no lo abandonaría ni se habría demorado tanto en regresar de aquello que sospechaba que habría comenzado como un paseo para calmar su temperamento. Niall sonrió al darse cuenta de lo bien que la conocía.

Comenzó con las pesquisas iniciales. El laird ordenó que nadie abriese el portón principal, revisó la puerta oriental y encontró allí la primera señal. No se trataba de una gran huella reveladora en el barro, ni de una marca que cualquier idiota habría visto. Era

menos que eso y mucho peor: el rastro leve de un casco sobre una zona de musgo húmedo, un corte reciente en una mata de brezo aplastada junto al sendero y la huella estrecha de una herradura que él había visto en la yegua baya aquella misma tarde en el cubículo vacío. MacPherson estaría orgulloso de él por lo bien que lo había adiestrado.

Sorcha no había tomado el camino de los carros. Había salido por el paso pequeño, el que descendía hacia la zona baja antes de torcer hacia los páramos.

Niall se agachó, tocó la tierra con los dedos y sintió una cólera tan pura que casi le serenó la respiración. Le daría unos buenos azotes por su temeridad en cuanto la encontrase.

Alguien se había llevado a su esposa. Los hombres que lo acompañaban también tenían esa sensación.

Torquil masculló una blasfemia en gaélico, Murdo apretó la mandíbula con una oscuridad en los ojos que prometía una pelea limpia o sucia según conviniese, e Iver ya estaba ajustándose la correa de la espada. Finlay miraba el terreno más adelante, inquieto por la dirección que tomaban las marcas. Niall no perdió tiempo en discursos ni en juramentos. Lo más sensato era actuar de inmediato y no perder más el tiempo.

Eònan quiso ir con ellos, pero Niall lo dejó en Strath Fuar para cerrar el castillo, duplicar la guardia y no permitir que nadie, aliado o criado,

saliera sin una orden expresa. El viejo Leeds aceptó la decisión con rabia; había deseado combatir, pues también él había comprendido que aquello no era la fuga de una esposa herida, sino una emboscada a una mujer que había elegido el peor momento para cabalgar sin protección. Cualquiera que hubiese visto a Niall entrenando a los guerreros en el patio después de la discusión, habría adivinado con facilidad que algo importante había sucedido entre ambos. Y de igual modo, todo el mundo sabía que Sorcha era una mujer sensata y que no tardaría tanto en regresar a casa, ni tampoco huiría como una cobarde.

Salieron por la puerta oriental con los caballos al trote; después redujeron el paso al llegar al tramo donde el sendero se abría entre el brezo y la piedra. La tarde tenía ya ese color acerado de las *Highlands* donde el cielo parecía más bajo que las montañas, y la bruma descendía despacio desde las laderas con una humedad que se pegaba al rostro y a la lana. La tierra conservaba la memoria de la lluvia de días anteriores; por lo que estaba lo bastante blanda para guardar algunas huellas. Niall avanzaba el primero, consciente de que cada marca de aquel rastro le pertenecía a él. Era su esposa quien había pasado por allí. Era culpa suya que hubiese salido, posiblemente llorando, a cabalgar.

Encontraron la yegua a más distancia de la prevista del castillo, atrapada entre unos abedules jóvenes, con las riendas colgando y el flanco moteado de barro. El animal levantó la cabeza al oírlos y soltó un relincho corto y nervioso, que hizo que a Niall se le cerrara la mano alrededor de las riendas de su propio caballo. Finlay desmontó para examinar la

zona y no tardó en ver lo que ninguno deseaba encontrar: marcas de forcejeo, un trozo de tela oscura prendido en una rama baja, varias pisadas de hombres alrededor de las huellas más pequeñas, que serían de Sorcha, y una línea profunda en el barro por donde alguien había arrastrado un cuerpo durante unos pasos antes de montar.

Niall sostuvo el fragmento de tela entre los dedos y se lo llevó a la nariz.

Era de ella.

El aire le faltaba, pero no se permitía que el miedo lo doblegase. Sorcha estaba viva. De algún modo lo sentía así en su corazón. Además, había señales de lucha, no de muerte. El puñal pequeño que ella llevaba apareció unos pasos más allá, medio hundido bajo un helecho aplastado. Niall lo recogió, limpió la hoja contra su manto y se lo guardó dentro de la bota con una delicadeza que habría sorprendido a sus hombres de no haber estado todos demasiado ocupados odiando en silencio.

La persecución se volvió más lenta a partir de ahí.

Los villanos que la habían capturado conocían el terreno lo bastante como para no seguir una ruta obvia, aunque no eran lo suficientemente diestros para esconder su rastro de los ojos de un *highlander* que aprendió antes a rastrear que a caminar. Habían tomado una vaguada estrecha para ocultarse, luego habían bordeado una zona de turba negra donde el suelo cedía bajo las botas y el rastro

quedaba marcado con claridad. Iver señaló una rama rota a la altura del hombro; Torquil encontró una hebra de cuerda basta enganchada en una zarza y Finlay, ligero y silencioso, se adelantó en tramos cortos para revisar si había vigías. Niall le permitió hacerlo, aunque cada paso que no daba él le parecía una tortura.

El rastro se perdió sobre un terreno de roca lisa. Niall desmontó y caminó durante varios minutos, estudiando el musgo rozado, el polvo levantado junto a una grieta y una gota de cera caída de una antorcha mal apagada.

—¿Quién crees que la tiene, mi laird? —preguntó Torquil.

—Hay muchos escoceses descontentos conmigo porque no me uno abiertamente a su causa; no entienden que solo me preocupan mi clan y la paz. Así que me he granjeado algunos enemigos en el último año. Cualquiera podría ser, pero… —El *highlander* frunció el ceño.

—¿Qué estás pensando, Mackenzie? —inquirió Murdo.

—No conozco a ningún escocés que esté tan loco como para jugar con la vida de mi esposa. Todos me conocen y saben que Fraser me apoyaría. Declararme la guerra sería la extinción para ellos.

—¿Entonces?

—Tengo un presentimiento.

—Tu intuición nos ha salvado más de una vez. Has pensado lo impensable y por eso somos los mejores, laird. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—Henshaw.

—¿El capitán inglés al que mandamos de regreso a casa a toda prisa? —indagó Iver.

—Es el único que se me ocurre —apuntó Niall.

—Tendría cierto sentido —se metió en la conversación Torquil—. Me pareció que se marchó demasiado mansamente. Podría haber estado esperando su gran oportunidad para tratar de devolverte el favor de la humillación.

—Es factible —opinó Finlay—. Ningún inglés acepta que los escoceses los ganemos. ¡Gracias a Dios que desean pelear o nos aburriríamos con facilidad! Y como has dicho, Mackenzie, nadie que haya escuchado hablar sobre ti sería tan insensato como para arriesgarse a provocar tu ira.

—Tiene que ser Henshaw. Cuando hablé con él noté algo extraño… Y luego, esa mirada tan desafiante… Supe que era peligroso en cuanto lo tuve delante. Debí prestarle más atención —se lamentó.

—No te aflijas, mi laird —recomendó Murdo —. Era del todo natural que tu muchacha mantuviese

toda tu atención. Es bonita y una fiera. Sí.

—Murdo… Hablas de mi mujer —lo reprendió.

—¿Y no es bonita y tiene el temperamento de un demonio? Vamos, mi laird —siguió Murdo—. Todos la vimos y supimos que te puso de rodillas al instante cuando la salvaste. ¿Se convertirá en una costumbre tener que ir a rescatarla cada vez que la hagas enfadar? —terminó bromeando.

—Por amor de Dios… Sois peores que unas chismosas. Podría hacer que volvieseis a entrenar conmigo para daros vuestro merecido. Y no seré tan blando como lo he sido hoy.

Todos se rieron. Niall se quedó pensativo.

El capitán Rupert Henshaw no había terminado con ellos. Niall tenía esa sensación. No podía explicar el motivo de sus sospechas. Entonces Murdo encontró una pequeña tira de cuero inglés, bien curtido y demasiado fino para un bandido del norte. Ahí estaba la confirmación. Henshaw había estado esperando su oportunidad. Era un militar bien entrenado, paciente, despiadado… El inglés no tenía valor para recuperar una fortaleza por la fuerza, pero sí para atacar a una mujer que cabalgaba sola.

Ya sabían a quién perseguían.

Cabalgaron con más cuidado. La luz empezaba a perderse entre las colinas cuando el

rastro descendió hacia un tramo de tierra cerca de un arroyo que corría entre piedras oscuras antes de buscar el *loch*. Al otro lado del agua, una antigua majada de pastores se alzaba contra la ladera, medio derrumbada y cubierta de liquen. Había humo. No se trataba de una columna abierta, sino un hilo bajo, disimulado entre la bruma. También había caballos atados en una hondonada, donde el viento no los delataba desde lejos.

Niall levantó la mano y todos se detuvieron.

Desde allí no podía ver a Sorcha, pero algo en su cuerpo sabía que estaba cerca. No fue un instinto romántico ni un presagio absurdo. Era porque había visto el detalle de una cinta clara en el suelo, que muy posiblemente ella habría dejado deliberadamente.

Distribuyó a los hombres con gestos. Torquil y Murdo rodearían la majada por la derecha, usando las rocas como amparo. Iver se quedaría atrás para cortar cualquier intento de huida hacia el arroyo. Finlay avanzaría por la izquierda, donde el terreno subía entre abedules raquíticos y la bruma podía ocultar a un hombre. Niall iría de frente, no porque fuese lo más prudente, sino porque Henshaw querría verlo llegar. Un cobarde que había tomado a una mujer para destruir a un hombre necesitaba contemplar la herida en el rostro de su enemigo.

Todos comenzaron a tomar posiciones.

El inglés estaba esperando a Niall.

Sorcha se hallaba delante de la majada, amordazada, con las manos atadas a la espalda y el cabello deshecho alrededor del rostro. La capa se le había deslizado por un hombro y tenía barro en el dobladillo, en la mejilla y en una sien. No parecía vencida, se veía pálida, tensa, y… ¡Por Cristo en la Cruz! Lo estaba mirando con una expresión tan ensoñadora que él habría jurado que ella estaba pensando en un tipo de escena de algún libro de esos que les gustaban a las mujeres. ¿Esa era la misma mujer que le había dicho que su matrimonio no era real y que no confiaba en él? Se veía tan eufórica y llena de amor…

Henshaw la sujetaba desde atrás, con una mano cerrada en su brazo y un cuchillo apoyado sobre la garganta. No era el arma de un soldado, sino una hoja corta, de filo estrecho, perfecta para amenazar a alguien que no podía defenderse.

Niall se detuvo a una distancia prudente.

La Claymore permanecía en su mano, baja, con la punta inclinada hacia abajo. No permitió que sus ojos se quedaran demasiado tiempo observando el cuchillo que él tenía sobre la piel de Sorcha, porque podría perder el control, y el control era lo que le serviría para mantenerla viva.

—Capitán Henshaw —dijo Niall, y su voz salió tan baja que el arroyo casi la cubrió—, diría que es un placer, pero ambos sabemos que no lo es. Apártese de mi esposa y tal vez no le corte más que una mano.

El inglés sonrió. Tenía el rostro sudoroso, los ojos brillantes y la mano demasiado firme sobre el cuchillo.

Niall echó un vistazo rápido a su alrededor y se dio cuenta de que no había nadie más allí. Sabía que el capitán no estaba solo debido al rastro que sus hombres y él habían seguido. ¿Dónde estaría el resto? ¿Habrían huido? ¿Estarían cerca esperando para atacar a sus guerreros? Sus hombres se alegrarían de pelear de verdad con un par de villanos.

—Malditos escoceses. No se puede confiar en que hagan lo que uno espera. No podía haber esperado más para salir a buscar a su palomita… No. Ha tenido que venir rápido porque ella debe ser muy buena en la cama. Subestimé el alcance de su obsesión por la dama. Un salvaje como usted quiere tener siempre a la vista y disponible a la mujer que le calienta la sangre, ¿uhm?

Sorcha sintió en ese momento el metal moverse apenas al compás de aquella burla y tuvo que contener un estremecimiento.

Niall no dio un solo paso, pero era muy consciente de lo peligrosa que era la situación. El militar no había anticipado que él lo encontrase tan rápido y eso podría llevarlo a actuar de manera impetuosa. Tenía que ganar tiempo.

—Vamos, capitán. Si lo que quería era medirse conmigo, no necesitaba esconderse detrás de una mujer.

—No me escondo. La uso. Hay una gran diferencia.

—Para los cobardes, quizá.

El rostro de Henshaw se tensó. Ese adjetivo sí lo ofendía. Al igual que a todos los hombres pequeños que vivían convencidos de merecer grandeza.

—Cuidado, bastardo. La prefiero viva, pero si debo matarla, lo haré. Una presión mínima y su esposa se ahogará con su propia sangre antes de que pueda dar otro paso.

La mano de Niall se cerró con más fuerza sobre la empuñadura de la espada. Vio a Torquil, entre las rocas, muy lejos aún para actuar; vislumbró un movimiento leve a la izquierda, donde Finlay buscaba una posición mejor, pero sobre todo era muy consciente de que a Sorcha le costaba respirar.

—Bueno, ha llamado mi atención y supongo que me tiene donde me quería. ¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—Que se muera.

—Si ese es su deseo, tendrá que tratar de matarme, capitán. ¿Está seguro de que no estamos aquí porque se veía a sí mismo como el dueño y señor de cierto castillo?

Henshaw se rio.

—Ya no se trata de Strath Fuar. Ese castillo me habría servido, desde luego. Me estaba dando posición, influencia sobre el rey y era una forma perfecta de recordarles a estos montañeses quién manda en realidad. Pero usted lo arruinó con su entrada de bárbaro orgulloso y esa farsa de matrimonio. No me dejó otra opción más que la que he decidido tomar.

—Ha elegido atacar a mi esposa. Ambos sabemos que no saldrá con vida de aquí.

—Voy a venderla. Me darán una fortuna por ella y comenzaré de nuevo en otro lugar más civilizado.

Niall sintió que la ira comenzaba a hervir en su interior con más fuerza. No se movió. Ni un músculo.

—¿A quién?

—A alguien que desea verlo caer. Créame, hay más de uno. Usted se ha hecho demasiados enemigos para un hombre que presume de entender la política del norte, aunque debo admitir que nadie se ha atrevido a plantarle cara. Seré un héroe entre los suyos cuando termine lo que he empezado.

—Diga el nombre del escocés que quiere verme arruinado y tal vez le permita vivir, capitán.

—Se lo diré solo por el placer de verle la cara. Es Fergus Matheson de Glen Sgàil —respondió

Henshaw al fin, saboreando el momento porque vio una sombra en los ojos de Mackenzie—. ¿Le resulta familiar, laird? Me aseguró que el bastardo de Seaforth comprendería el mensaje en cuanto oyese su nombre.

Niall no se movió, aunque la furia que le atravesaba el pecho era tan violenta que durante un instante apenas escuchó el arroyo, el viento o la respiración agitada de Sorcha. Fergus Matheson era un hombre lleno de rencor. Su padre había perdido ganado y hombres en una disputa con los Mackenzie muchos años atrás, y Fergus, que jamás había sabido diferenciar la justicia de la humillación, se había pasado la vida esperando una oportunidad de devolver el golpe sin atreverse a plantarle cara de frente.

Henshaw había elegido bien al comprador. O eso se creía el villano.

—Matheson no tiene dinero suficiente para comprar una cuerda decente con la que ahorcarse — dijo Niall con una frialdad que hizo que el inglés entornase los ojos—. ¿Qué le prometió?

—Oro, protección y un lugar lejos de estas tierras miserables. Lo necesario para empezar una vida donde un hombre no tenga que respirar el mismo aire que los salvajes de las *Highlands*.

—Le mintió.

El capitán tensó la mano sobre el cuchillo. Sorcha notó el filo presionándole la piel y tuvo que obligarse a seguir manteniendo la calma. Estaba amordazada, con las muñecas atadas a la espalda y el cuerpo dolorido por la violencia del golpe que la había dejado inconsciente, pero sus ojos seguían fijos en Niall. Él hablaba con tranquilidad, aunque ella lo conocía ya lo suficiente como para advertir lo enfadado que estaba.

—No está en posición de hablar sobre mentiras. No hay nadie más mentiroso que usted. Me dijo que estaba casado con ella —le recordó Henshaw —. Matheson tendrá a la mujer que ama, el castillo y la tierra pronto.

—No le mentí del todo. Ella ya me pertenecía cuando nos vimos usted y yo, y solo fue cuestión de tiempo que el cura nos casase. En cuanto a que Matheson llegue a tener todo lo que ha insinuado… Dudo mucho que siga creyendo eso dentro de poco, capitán. Sea sensato y le perdonaré la vida por haberle puesto las manos encima a mi esposa.

La sonrisa del militar se volvió desagradable.

—Siempre tan seguro. Siempre tan arrogante. Tal vez por eso será tan placentero verlo arrodillarse.

Niall sintió el impulso de avanzar, pero lo dominó. A la derecha, entre las rocas, Torquil ya estaba colocado. Murdo se había desplazado con una

lentitud excelente, aprovechando el desnivel del terreno y la bruma que subía desde el arroyo para no ser visto. A la izquierda, Finlay había desaparecido por completo entre los abedules raquíticos. Iver seguía más atrás, cubriendo la salida hacia el agua. Henshaw no se había dado cuenta. O, si lo había hecho, confiaba demasiado en el cuchillo que apoyaba sobre la garganta de Sorcha para contenerlos a todos.

Eso era un error.

El problema era que bastaba una simple presión de aquella hoja para que el error del inglés le costase a Niall lo único que no podía permitirse perder.

—Suéltela y hablemos como hombres —propuso el laird.

Henshaw soltó una carcajada seca.

—¿Hablar como hombres? Los suyos no saben hablar; gruñen, golpean y llaman honor a lo que solo es brutalidad.

Sorcha vio cómo Niall levantaba un poco la barbilla. No parecía afectado por el insulto, pero ella sabía que estaba midiendo el tiempo, el terreno, la distancia y la mano del capitán. Él no miraba solo a Henshaw; la miraba a ella. Y en sus ojos había una orden silenciosa que aún no comprendía del todo, aunque su corazón se aferraba a ella con una fe absoluta.

—Ahora que sabe que es mi esposa, su comprador no tendrá nada de ella. La ha vendido a Matheson —dijo Niall—, pero no le servirá para nada. El padre Murdock puede certificar nuestra unión. Sus pecados son muchos, capitán; no añada más.

—¿Cree que me importa lo que usted llama pecados? También traté de matarla cuando su supuesta esposa regresaba a su hogar, Mackenzie, y usted lo estropeó todo. Pero poco importa, dado que puedo matarla yo mismo en estos instantes.

Niall buscó la mirada de Sorcha y la observó asentir tibiamente. Él ató cabos. El asalto que ella sufrió no fue fruto de la casualidad. ¿De dónde había sacado el monarca a ese militar tan perturbado?

—El rey tal vez sea capaz de perdonar muchas estupideces, pero no a un oficial que usa información de la Corona para mandar asesinar a una dama bajo protección real. Jorge no descansará hasta que lo vea muerto. No subestime la red de espías de Su Majestad, capitán, lo encontrará allá donde vaya. Tiene una oportunidad para salir de aquí vivo.

—El rey no se enterará de nada.

—Yo se lo diré todo.

—No lo creo. Estará muerto.

—No parece que esté teniendo mucha suerte con sus planes para matarme. ¿Por qué no la suelta y me demuestra que es mejor que yo, capitán?

La burla hizo mella. Henshaw tensó la boca, y esa mínima alteración fue suficiente para que Niall supiera que el hombre estaba más cerca de la desesperación que de la victoria. Un enemigo desesperado podía cometer errores, pero también podía matar por puro despecho.

El capitán inclinó la cabeza hacia Sorcha, casi rozándole la sien con la boca.

—¿Lo oye, *milady*? Su supuesto esposo sigue creyendo que manda en la situación. Dígale con los ojos que baje la espada, porque su lengua no le servirá de mucho con la mordaza. Dígale que se arrodille. Tal vez así le permita verla respirar un poco más.

Sorcha mantuvo la mirada clavada en Niall y no le pidió nada. Ni siquiera con los ojos.

Aquello hizo que la admirase más. Ella era una guerrera de las Tierras Altas. ¡Estaba tan orgulloso de su mujer!

—N…o se arro…dilla…rá —dijo ella a través de la mordaza, aunque las palabras apenas fueron un sonido ahogado.

Henshaw no la entendió, pero Niall sí.

El inglés interpretó la respuesta a su manera y tiró de ella con brusquedad.

—Se le está acabando el tiempo, Mackenzie. Estoy dispuesto a morir aquí y ahora, pero le juro por el Creador que su mujer vendrá conmigo al infierno. Suelte su espada ahora.

Niall bajó despacio la punta de la Claymore hasta que el acero rozó el suelo. Henshaw siguió cada movimiento con una atención codiciosa, tan pendiente de verlo ceder que no reparó en la sombra que se desplazaba detrás de la majada.

Un grito breve rasgó la bruma a la derecha. El hombre que permanecía oculto tras una pared caída salió de su escondite con una daga en la mano, pero Torquil lo alcanzó antes de que diese tres pasos. No fue un duelo digno del recuerdo. Solo se produjo un choque de acero y un gruñido; el cuerpo del traidor se desplomó entre los helechos con la garganta abierta. Al mismo tiempo, otro de los compinches de Henshaw trató de huir hacia el arroyo y se encontró con Iver, que lo derribó de un golpe brutal contra la nuca antes de rematarlo con una hoja limpia bajo las costillas.

Todo sucedió muy rápido y Henshaw lo entendió demasiado tarde.

El capitán soltó una maldición y cambió el agarre sobre Sorcha. El cuchillo se hundió un poco más, no lo suficiente para matarla, pero sí para abrirle una línea ardiente sobre la piel. Ella ahogó un gemido detrás de la mordaza. Niall vio la sangre y el mundo se volvió rojo.

—¡Un paso más y acabo con ella! —rugió Henshaw—. ¡Juro por Dios que la mato!

Niall no miraba a los hombres muertos, ni tampoco a sus guerreros. Solo existía Sorcha.

Le habló en gaélico, bajo y claro, con una calma que no transmitía el infierno que llevaba dentro:

—*A-nis, sìos, mo ghràdh*. —Confiaba en que el inglés no supiera nada de ese idioma.

Sorcha no necesitó traducción. La orden entró en ella con la fuerza de una promesa: en ese instante, debía echarse al suelo.

Y ella confió en la fe que su marido tenía para cumplir lo dicho.

Se dejó vencer de golpe, aflojando las piernas y echando todo su peso hacia abajo.

Henshaw no esperaba que una mujer amordazada y atada se desplomara de esa manera. El cuchillo le arañó el cuello al perder el ángulo, y el capitán trató de sujetarla por la capa antes de que se le escapara de las manos. Ese instante, corto y audaz, fue todo lo que Niall necesitó. El laird Mackenzie avanzó con la rapidez de un rayo.

No alzó la Claymore; le haría desperdiciar un tiempo precioso, y Sorcha seguía demasiado cerca de su captor. Sacó el sgian-dubh de la bota con la

mano izquierda, el mismo lugar donde había guardado el pequeño puñal de ella, y lo lanzó con una precisión que no tuvo nada de improvisada. La hoja giró varias veces en el aire y se clavó en el antebrazo de Henshaw, justo por encima de la muñeca armada.

El capitán gritó.

Niall llegó antes de que Henshaw pudiera recuperarse. Lo embistió con el hombro, lo apartó de Sorcha y lo estampó contra la pared derruida de la majada. La piedra crujió bajo el impacto. El traidor, movido por la desesperación, trató de sacar otro cuchillo pequeño de la faja, pero Niall le atrapó la mano, le rompió los dedos contra la roca y le arrebató el arma antes de que terminase de agarrarla.

El inglés chilló de nuevo.

Niall no oyó el grito. Ya estaba viendo a Sorcha en el suelo, con una marca roja en el cuello y los ojos abiertos de par en par por el susto. Henshaw también la estaba observando. Y, aun atrapado, vencido y con la muñeca atravesada por el puñal de Niall, hizo ademán de lanzarse hacia ella con el cuerpo entero, motivado por un odio tan extremo que ni siquiera supo medir la distancia.

Fue lo último que hizo.

Niall no le concedió tregua. No hubo frase de advertencia para que el capitán se arrepintiese. Lo

sujetó por la casaca, lo giró contra sí y le hundió su propia daga bajo las costillas con una precisión mortal. Henshaw se quedó rígido, con los ojos muy abiertos y la boca temblando. Después el peso abandonó sus piernas y Niall lo soltó.

El cuerpo inerte del capitán Rupert Henshaw cayó al suelo.

Durante un momento solo se oyó el arroyo.

Torquil limpió su espada contra la capa del otro inglés al que había matado; Iver y Murdo revisaron la zona con rapidez, mientras que Finlay, aún agachado junto al cadáver del más joven de los bellacos, alzó la vista para confirmar que no había más hombres ocultos entre la bruma. La emboscada había terminado. Los compinches del capitán yacían muertos alrededor, absorbidos por el mismo terreno escocés que habían pretendido usar para esconderse.

Niall no miró a ninguno.

Cruzó la distancia que lo separaba de su amada, se arrodilló ante ella y cortó la mordaza con delicadeza. Luego liberó sus muñecas. Tenía la piel enrojecida por la cuerda. Sorcha aspiró el aire y le salió un sonido entrecortado; entonces levantó las manos hacia él antes incluso de que pudiera hablar.

—Niall… —susurró su nombre como si fuese una bendición.

Él la atrajo contra su pecho con tanta fuerza que la levantó del suelo. La abrazaba sin importarle que sus hombres los vieran, sin una sola reserva. Incluso tenía la cara hundida en el cabello de ella y respiraba con dificultad contra su sien. Sorcha notó que su marido temblaba. No mucho, pero sí lo suficiente para que el corazón se le llenara de ternura.

—Casi te pierdo… —murmuró.

—Estoy bien —lo calmó ella, aunque el cuello le ardía y el cuerpo entero empezaba a pagar el precio del miedo—. Estoy aquí.

Niall la apartó un momento y la dejó en el suelo para verle la garganta.

La sangre no corría con fuerza, pero la línea roja bastaba para que la expresión del laird se volviese devastadora.

—Te ha cortado.

—No es profundo.

—Te ha cortado —repitió, con una voz tan baja que a Sorcha le dolió más que la herida. Él se sentía culpable.

Lady Mackenzie le puso una mano en la mejilla. Tenía los dedos fríos, sucios de barro y temblorosos. Niall cerró los ojos al sentirla, tal vez

porque esa caricia era la única prueba que necesitaba para saber que no la había perdido.

—Sabía que vendrías a por mí —dijo ella.

Él abrió los ojos.

—Siempre.

Sorcha tragó saliva con dificultad, y el gesto le arrancó una punzada en el cuello. Niall la pegó contra su pecho, la cubrió con su manto y le besó la frente con reverencia. No había rastro de orgullo en él, ni tampoco satisfacción por haber matado al hombre que había intentado arrebatársela, Sorcha sabía que era la primera vez que él había sentido miedo de verdad. Y había sido por ella. ¿Qué otra prueba más necesitaba de que la amaba con todo su ser?

—Sé que lo nuestro es real, Niall. Estaba equivocada. Lo siento. Lo siento tanto… Lamento que él me dijera que me amabas cuando yo lo había puesto en duda —apuntó ella.

Niall se quedó quieto y frunció el ceño.

—¡Claro que te amo! —exclamó—, pero ¿de quién hablas?

—Henshaw. Dijo que lo había visto en tus ojos cuando lo obligaste a marcharse de Strath Fuar. Y dijo que te hacía débil. ¿Puede el amor hacer mella

en un hombre, Niall? Yo no quiero que seas menos por lo que sientes por mí.

La mandíbula del laird se tensó, pero esta vez no se escondió detrás de la rabia.

—Me hace débil el miedo a perderte. Amarte me hace más fuerte.

Sorcha sintió que las lágrimas regresaban, aunque en esos instantes no sabría decir si nacían del temor, del alivio o de la verdad que él acababa de ofrecerle en mitad de un paraje mojado, con muertos alrededor y el viento azotándoles la ropa.

—Fui una tonta.

—No.

—Sí. Dudé de ti.

—Y yo te di motivos.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero seguir discutiendo sobre quién lo hizo peor. ¿Estás muy enfadado conmigo, Niall?

El laird apoyó la frente contra la de ella. Sus hombres se movían a cierta distancia, registrando los cadáveres y recuperando armas, pero ninguno se acercó a la pareja. Torquil, Murdo, Iver y Finlay mantenían la guardia y le estaban dando intimidad a su laird.

—Te dije cosas que no sentía y tú saliste de las murallas sin escolta. Sí, Sorcha, me enfurecí por tu temeridad, pero ya ha pasado —le confesó él.

—Quería estar sola y lejos de ti para aclarar mis ideas. Y él me atrapó con tanta facilidad… Y luego, pensé en lo estúpida que había sido al pelearme contigo. ¡Pagó a aquellos hombres para que me matasen y así asentar él su posición aquí, Niall! ¡Me vendió a tu enemigo porque soy el Premio Grant! ¿Qué hubiese sido de mí si Jorge no me hubiese dicho que nos casaríamos? Por favor, por favor, no me dejes nunca aunque te saque de quicio. Te prometo que no volveré a actuar tan imprudentemente. — Estaba destrozada.

—No eres un premio, Sorcha. Ni tampoco una pieza clave en un juego de reyes. No eres nada que un hombre pueda comprar, vender o reclamar por derecho sin que tú le entregues algo de tu alma. Y yo… —Niall respiró hondo, tenía la boca rozándole la piel fría de la frente—. Yo no supe merecer del todo lo que me diste. Me quedé callado cuando MacGillivray me habló de aquella manera porque…

Sorcha le puso la mano sobre la boca.

—Lo entiendo, Niall. Eres un hombre que conoce a sus rivales, amigos o enemigos, y solo tú sabes cómo debes actuar en cada caso.

Él dejó escapar una exhalación temblorosa, muy cercana a una risa corta cuando ella dejó de cubrirle la boca.

—No vuelvas a ponerte en peligro nunca y te demostraré cada día lo mucho que me importas. No vuelvas a salir sola cuando estés triste por mi culpa. Si necesitas odiarme, ódiame dentro de nuestras murallas. Si necesitas llorar, hazlo donde pueda encontrarte. Si necesitas alejarte de mí, llevarás hombres detrás aunque me maldigas por ello. Pero no vuelvas a dejarme un rastro que seguir mientras pienso que tal vez haya perdido a la única mujer que amaré jamás. —Se detuvo, tragó saliva con violencia y apoyó la frente contra la de ella—. No puedo perderte.

—Acepto tus condiciones. Me parece un trato justo. Nuestro matrimonio será formidable, amor mío. Te prometo que no volveré a dudar de ti.

—Más te vale. No quiero volver a tener que probar tu valentía. Eres una mujer fuerte, Sorcha. No me equivoqué al casarme contigo.

—Jorge nos unió.

—Créeme, aunque lo que aportabas al matrimonio merecía mucho la pena, después de conocerte, me di cuenta de que eras la mujer indicada para mí. Si hubieses sido débil, tímida o desagradable, no me hubiese casado contigo. Eres mi igual, y por eso tengo claro que estaremos bien juntos.

—No podría pedir mejor hombre que tú, esposo mío.

—Ni yo una mujer más valiente.

Entonces, Mackenzie la besó fervientemente y ella correspondió a su beso con avidez.

—Te quiero, te quiero —susurró varias veces sobre los labios de su esposo.

Niall se sintió orgulloso. Después la alzó en brazos. Sorcha habría protestado en otro momento, pero no tenía fuerzas ni deseo de hacerlo porque ese era el lugar en el que ansiaba estar para siempre. Al amparo de un hombre bueno, feroz y leal. Apoyó la cabeza en su hombro y dejó que la llevara lejos del cuerpo de Henshaw.

Torquil se acercó a ellos.

—Todo está tranquilo, mi laird. No hay más señales alrededor.

—¿Los habéis registrado bien?

—Sí.

—Quiero saber si llevaban mensajes, monedas o marcas de Matheson.

—Nada reseñable —respondió su hombre.

Niall miró una última vez el cadáver del capitán.

—Dejadlos para los cuervos. Han muerto en tierra escocesa después de ponerle una hoja en la garganta a mi esposa. No merecen mejor compañía.

Sorcha levantó un poco el rostro.

—¿Qué harás con Fergus Matheson, Niall? —se interesó su mujer.

Él no respondió de inmediato. Bajó la vista hasta su cuello herido, observó sus muñecas enrojecidas, y luego se fijó en lo pálida que estaba la mujer que se había convertido en lo más importante de su existencia. Ese laird iba a morir.

—Ya lo sabes, Sorcha —le respondió.

—Sí, sí que lo sé. Porque tú eres protector y justo. No podrías dejar sin castigo a quien lo mereciera.

—En eso te equivocas. Si la afrenta me la hubiese hecho a mí, le daría a Matheson la opción de un combate justo. Se ha atrevido a ponerte en medio de una discusión que debió finalizar cuando mi padre falleció. Solo por eso, él sufrirá más de lo que cree.

—No me lo cuentes, te lo ruego.

—¿Piensas que debería ofrecerle clemencia después de lo que te ha sucedido?

—No me atrevo a decirte lo que debes o no hacer, Niall. Confío en tu criterio. Sí. Te apoyaré en

este tipo de cuestiones porque tú las entiendes mucho mejor que yo. Lo que me preocupa es que puedas correr algún riesgo. No soportaría vivir una vida en la que tú no estés a mi lado. Prométeme que tendrás cuidado y así sabré que regresarás conmigo después de impartir justicia.

—¿Cuándo te volviste tan sabia?

—Cuando dejé de ser una tonta y me di cuenta de la gran suerte que tengo contigo, esposo.

—Bien —apuntó aliviado. Tener la confianza de una mujer como Sorcha no era poca cosa—. ¿A casa, *mo ghràdh*?

Sorcha apoyó la mejilla de nuevo sobre su hombro.

—Sí, por favor. Primero a Strath Fuar y luego a Eilean Donan.

Niall la abrazó con más fuerza.

—Gracias, Sorcha, por entenderlo.

Él sabía que su esposa iba a hacer un gran esfuerzo para conocer el que sería su nuevo hogar.

¡Cuánto la admiraba!

Epílogo
Cuando la escarcha se derrite

Castillo de Eilean Donan, Loch Duich, Escocia, casi un año después.

Sorcha había pensado muchas veces en Eilean Donan antes de llegar por fin.

Se lo había imaginado oscuro, imponente, alzado entre el agua y la roca, tan duro y orgulloso como lo era Niall Mackenzie. Pensó que sería un lugar frío, difícil, y que su clan tal vez estuviese poco dispuesto a aceptar a una Grant criada entre Strath Fuar y Londres. Porque Sorcha era una mujer que había pasado muchos años sintiéndose demasiado escocesa en el sur y demasiado inglesa en el norte. Sin embargo, cuando llegó al fin al castillo de su marido, después de un viaje que dejó atrás páramos húmedos, colinas de brezo apagado y caminos donde el otoño empezaba a notarse, no encontró un lugar que la rechazase.

Era un clan que la aceptó de inmediato, porque ella era la esposa de su admirado laird y su gente no se atrevería nunca a desairar a Niall Mackenzie. Sorcha sabía que tendría que ganárselos por sí misma, demostrarles que ella era una buena esposa para Niall, y estaba dispuesta a hacerlo.

Y él era… ¡era tan bueno y maravilloso con ella!

Todavía recordaba el primer día en que llegaron. Niall no había permitido que entrase en Eilean Donan como si fuese un mueble trasladado de un hogar a otro por una simple obediencia matrimonial. La había hecho detenerse antes de cruzar el último tramo, allí donde el castillo parecía surgir del *loch*, y había bajado primero de la montura para ofrecerle la mano. Los guerreros Mackenzie aguardaban en el patio; algunos que no la conocían todavía, llenos de curiosidad, y el resto sabiendo que estaban viendo de nuevo a su castellana. Las mujeres se agolpaban también para darle la bienvenida.

La presentó ante su gente alegando que había conocido al amor de su vida. Dijo su nombre completo: Sorcha Mackenzie, nacida Grant, castellana de Strath Fuar y de Eilean Donan, dueña y señora de su corazón. Y añadió que quien la honrase tendría su favor, mientras que quien se atreviera a faltarle al respeto descubriría que el laird Mackenzie era mucho menos paciente de lo que su reputación aseguraba. Todo lo dijo mientras mantenía la mano enlazada con la de ella, ambos cubiertos con el *plaid* de los Mackenzie.

No se avergonzaba de amarla. Y le dio el mejor regalo que pudo haber encontrado.

Desde aquel momento, habían pasado varios meses. En concreto, once. Y había sido el tiempo suficiente para que Eilean Donan dejara de ser un bello puñado de piedras y ella empezara a sentirlo como su hogar. Ya sabía qué postigo sonaba primero cuando el viento descendía desde las montañas o qué criada canturreaba en voz baja al llevarle agua caliente por las mañanas. Y, lo más importante, era consciente de en qué punto de la galería las botas de Niall anunciaban su llegada antes de que él apareciera con cualquier excusa inventada porque simplemente la echaba de menos. Todo ello sin olvidar que desde que se había convertido en madre, había agudizado sus sentidos de un modo excepcional, dado que reconocía el tono exacto que empleaba su hijo cuando consideraba que el mundo, en general, era un lugar poco atento con sus necesidades.

Ruaridh Mackenzie llegó al mundo durante una madrugada de lluvia, mientras el *Loch Duich* golpeaba contra las piedras del castillo y Niall caminaba de un lado a otro de la alcoba, con un desasosiego tan intranquilo que la partera acabó amenazándolo con echarlo al corredor si seguía mirándolos a todos con esa mirada dispuesta a desafiar a Dios si algo se torcía. Oh, sí. Niall había querido estar al lado de su mujer mientras alumbraba a su vástago, y nadie le hubiese impedido hacer lo contrario. De acuerdo. Eso y que una Sorcha, agotada, sudorosa y con mucha menos paciencia de

la que una dama educada debería tener, le ordenó quedarse.

Y Niall estuvo allí para ella, porque el *highlander* siempre viviría para su gran guerrera.

El laird permaneció a su lado durante las horas más difíciles, le prestó la mano para que ella se la apretara hasta casi dejarlo sin un solo hueso sano, soportó sus insultos y sus súplicas, y cuando el primer llanto de su hijo llenó la estancia, aquel dulce sonido furioso y perfecto dejó a Mackenzie sin poder emitir ni una sola palabra.

Sorcha nunca olvidaría lo que vio entonces en él. Era un guerrero, pero estaba tan lleno de amor que ella sintió que su corazón se desbordaba.

Niall sostuvo al niño con sus grandes y curtidas manos, lo examinó con atención y ella supo que su esposo se había vuelto a enamorar. Un amor diferente del que ambos compartían, pero igual de fuerte y seguro. A ella le había sucedido lo mismo.

Niall Mackenzie ya no podría volver a ser Escarcha. Sí. Sería siempre un guerrero implacable, daría órdenes incuestionables y tomaría decisiones difíciles, y, sin embargo, algo nuevo había nacido en su interior. Era un padre emocionado, que irradiaba una ternura que ni siquiera intentó disimular.

Su primogénito, Ruaridh, era diminuto, estaba arrugado, tenía los puños cerrados y mostraba, a través del llanto, una indignación muy

seria por haber sido traído a un mundo frío. Niall no pudo dejar de mirarlo.

El nombre del pequeño lo había sugerido Sorcha. Niall lo aprobó de inmediato porque comprendió enseguida que llamar Ruaridh a su heredero no significaba aferrarse al pasado con nostalgia, sino llevar Strath Fuar hasta Eilean Donan sin arrancarle sus raíces. El niño llevaba la sangre de dos grandes clanes y por ello sería el orgullo de su padre y guardaría la memoria del laird Grant. El padre de Sorcha se había ganado dicho honor por haber criado a una mujer que no se dejaba avasallar por nadie.

Niall dijo que su hijo conocería pronto sus dos hogares y su esposa lo amó aún más por aquello, aunque a esas alturas su corazón ya estaba tan perdido por él que resultaba casi imposible adorarlo cada día más.

Kenna y Callum Fraser, el hijo de ambos llamado Iain, y Seumas y Màiri MacPherson llegaron cuando Ruaridh contaba con varias semanas de vida y ya había demostrado, con impecable autoridad Mackenzie, que dormiría cuando le placiera, comería cuando así lo decidiese y reduciría a cualquiera a un estado de obediencia eterna con solo fruncir la boca.

Aquella noche iban a cenar todos en familia sin el resto del clan. Kenna entró en un pequeño salón de Eilean Donan con el pequeño Iain de la mano.

Callum Fraser los seguía detrás, siempre alerta y pendiente de cualquier imprevisto incluso aunque estuviesen en territorio amigo. Niall comprendía el motivo por el que Fraser era tan precavido.

Seumas MacPherson cerraba la comitiva acompañado por su esposa Màiri. El viejo guerrero se veía muy complacido llevando del brazo a la mujer que dirigía las cocinas en el hogar de los Fraser. El viejo cuervo tenía los ojos demasiado brillantes para alguien que habría negado cualquier emoción aunque lo interrogasen con técnicas dolorosas.

Iain corrió hacia su tío Niall lleno de confianza y el laird lo alzó en brazos de inmediato. *Lady* Mackenzie estaba al lado de él con el bebé también en brazos.

—Sorcha, Iain ha venido de muy lejos a conocer a su primo. Creo que el heredero de Fraser viene a saber si el bebé será tan grande y fuerte como él —apuntó Niall, mientras lo colocaba para que viese bien al recién nacido.

Kenna soltó una carcajada.

—MacPherson ya ha colocado a mi hijo a lomos de un caballo sin que Callum lo supiese. Ten cuidado o pronto los dos estarán declarando la guerra aquí y allá.

—¿Cuándo ha estado Iain subido a una fiera de mis establos? —ladró Callum.

—Tu hijo tiene que ser superior a ti, Fraser —intervino el viejo cuervo—. Debe empezar lo antes posible a familiarizarse con sus obligaciones.

—¡Por San Andrés, viejo, que podrías quedarte a vivir una temporada con Mackenzie! Estoy seguro de que su hijo necesitará más atención que el mío.

Hubo un momento de risas familiares.

—Estos dos muchachos serán recordados con grandeza —decretó Seumas—. Mackenzie y Fraser… el futuro de Escocia está en sus manos, lo presiento.

—Eres demasiado bíblico, querido mío —intervino la señora MacPherson.

Callum miró a Sorcha con diversión.

—¿Y cómo se comporta el padre de la criatura? Seguro que lloró como un cachorro cuando vio a su hijo por primera vez.

Niall se volvió hacia él y le tendió a Iain en brazos porque el niño deseaba ir con su padre.

—Fraser, ¿lo preguntas porque a ti te ocurrió lo mismo?

Kenna no pudo disimular una risilla baja. Su esposo suspiró.

—Lo cierto, Mackenzie, es que nada puede superar a la emoción de conocer a un hijo. Ni la batalla más feroz y heroica se le puede comparar.

—Te doy la razón —coincidió Niall.

Sorcha se movió para sentarse cerca del fuego con Ruaridh en brazos, mientras alababa las sabias palabras del laird Fraser. El niño dormía contra su pecho, envuelto en una manta de lana suave en la que una de las mujeres de Eilean Donan había bordado, por iniciativa propia, unas pequeñas franjas rojas y verdes junto a una línea oscura que recordaba los colores Grant. Aquel detalle la había conmovido más de lo que estaba dispuesta a admitir delante de nadie, aunque Niall lo supo igualmente y, esa misma noche, dejó una moneda de plata en la mesa de la bordadora sin decir ni una palabra.

Kenna se acercó despacio; tenía los ojos humedecidos debido a la emoción del momento.

—Así que este es Ruaridh Mackenzie, el futuro de Eilean Donan. Llevará una pesada carga sobre sus hombros, pero mi hermano lo enseñará bien. Será un gran guerrero como ha pronosticado MacPherson.

—Sí. Los dos primos trabarán una gran amistad y serán aliados como Niall y tu esposo. Todos nos aseguraremos de que así sea —respondió Sorcha, y el orgullo le calentó la voz.

—Tiene cara de estar juzgándonos. No hay duda de que es hijo de un Mackenzie.

—En efecto. Yo también opino lo mismo. Es pequeño, pero ya deja evidencias de que el carácter es por entero el de su padre —le explicó *lady* Mackenzie.

—Entonces estamos perdidos —bromeó Kenna.

Niall, que volvía a sostener a Iain en brazos porque el niño lo había reclamado otra vez, llegó hasta ambas.

—Mi hermana viene a mi casa; es agasajada con lo mejor de mi castillo y se atreve a bromear sobre el temido laird Escarcha. —Chasqueó la lengua —. ¿Por qué tuve la esperanza de que tu esposo te domesticaría, Kenna?

—¿Domesticarla? —intervino Callum—. Siempre me ha gustado tal y como es. No le cambiaría nada.

—¡Mentiroso! —lo acusó Kenna mientras se reía a pleno pulmón—. Sé que me detestaste nada más verme.

—¿Ah, sí? Yo no lo recuerdo así. Quise hacerte mía en cuanto… —Callum se silenció nada más Niall y Seumas carraspearon.

Las tres mujeres se rieron.

—Así son los hombres —dijo la señora MacPherson—. Y debo advertir que no mejoran con la edad. Insaciables aunque sus cabellos se vuelvan plateados… —murmuró, al tiempo que le echaba una mirada muy ardiente a su esposo.

—¡Gracias a Dios por ello! —soltó Sorcha muy animada.

—Eso me recuerda que traigo buenas noticias —indicó Kenna, mientras se posaba una mano sobre el vientre—. Iain pronto tendrá un hermano, o una hermana.

—Deseo que sea una niña igual que su madre —la halagó Callum.

—Eso sí que es una soberana mentira. Ningún hombre sensato querría algo así —farfulló Niall.

—¡Hermano! —lo amonestó Kenna.

—¿Qué? Me da mucha lástima Iain. Si tiene una hermana como la que yo tengo, se volverá loco.

—¡*Ouch*! —se volvió a quejar Kenna al tiempo que le daba un codazo juguetón en el brazo con el que sostenía a su hijo.

—Felicidades, Kenna —se apresuró a poner orden Sorcha—. Si es una niña, será una bendición igual que tú.

—Aprende de tu esposa, Niall —le dijo la aludida.

—¿A mí no va a felicitarme nadie? Soy más eficaz que un semental —soltó Callum.

—¡Oh, por Dios! —soltaron a la vez Kenna y Sorcha.

—Yo iba a decir que más bien eres un burro, pero tu hijo no merece tal insulto —terminó Niall.

Seumas soltó una risa sincera desde la silla que ya había ocupado junto a su mujer.

—No le pidas fineza a un Mackenzie, muchacha. Tu hermano no podrá nunca comportarse como un hombre civilizado, pues teme que lo confundan con un inglés.

—Estoy comportándome adecuadamente —se defendió Niall.

—Me has llamado burro, Mackenzie —observó Callum.

—Tú calla, Fraser. Esto también es culpa tuya. Siempre te he detestado, aunque te respetaba lo suficiente como para entregarte a mi hermana. ¿No entiendes lo que supone para mí ver a tu descendencia?

—¿Y eso qué quiere decir, Niall? —indagó Kenna.

—¡Se acuesta contigo, hermana!

—¿Y tú no te has acostado con tu esposa para traer al mundo a tu primer hijo, hermano?

—¡No es lo mismo! —ladró Mackenzie.

Sorcha no pudo contener la risa. Ruaridh, quizá irritado por la escasa solemnidad con la que su madre disfrutaba de la estampa familiar, abrió los ojos y emitió un pequeño sonido, indignado, que los obligó a todos a guardar silencio de inmediato.

Niall se sentó al lado de su mujer. A continuación miró a su hijo con una adoración que era imposible de esconder. Después levantó la vista hacia Kenna.

—Me alegro de que estés bien, hermana, y de que vayas a tener otro hijo —dijo, con la voz firme —. Os felicito a ambos. Son grandes noticias.

Lady Fraser se ablandó enseguida, porque podía burlarse de su hermano con una facilidad admirable y conmoverse al mismo tiempo cuando él acertaba en su comportamiento.

—Gracias, Niall.

Iain, que había soportado demasiados segundos sin ser el centro de atención, decidió recuperar su legítimo puesto trepando a medias sobre la rodilla de su padre. Callum lo aupó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Besas a tu hijo, Fraser? —indagó Niall.

—Mi mujer considera que Iain puede ser fuerte y fiero a pesar de que reciba demasiado cariño —apuntó el interpelado. Kenna afirmó con la cabeza, pues acababa de aprobar la respuesta de su marido.

—¿No piensas besar a nuestro bebé, Niall? —preguntó de inmediato Sorcha.

—¿A ti tu padre te dio alguna muestra de cariño? —le preguntó a cambio Niall a Fraser.

—Bofetadas, muchas, pero… No. No recuerdo que se preocupase por mí en absoluto más allá de asegurarse de que sabía montar y pelear como un demonio.

—Sí. Seaforth era igual —comentó Mackenzie.

—No me has contestado, Niall. Y por si estás pensando en abofetear a…

—No, Sorcha. He comprendido que el amor no está reñido con ser un laird formidable. Solo… no lo consentiremos demasiado, ¿de acuerdo?

—Oh, sí. Lo justo —prometió ella. ¿Lo justo? Nadie sabía qué era eso, así que no le había mentido a su marido.

Niall suspiró. Conocía demasiado bien la expresión de su mujer.

La cena fue larga, ruidosa y cálida. Se habló de Strath Fuar, donde Eònan Leeds mantenía la guardia con disciplina y las mujeres empezaban a tratar la ausencia de Sorcha como una molestia temporal, jamás como un abandono. Se habló de las tierras de Fraser, del embarazo de Kenna, de Iain y de su empeño en alimentar a todo el mundo con pan. También hubo tiempo de centrarse en el pequeño Ruaridh, cuyo carácter todos declararon que sería el de un gran guerrero formidable aunque el interesado durmiese casi toda la velada.

Más tarde, cuando el fuego había bajado y los criados retiraban las últimas copas, Niall mencionó una carta llegada desde Londres.

El rey Jorge los esperaba a los cuatro en la ciudad en cuanto las circunstancias lo permitieran. A Niall y Sorcha. A Callum y Kenna. Quería darles la enhorabuena, según indicaba la misiva, por los matrimonios, por la estabilidad alcanzada en el norte y por haber sofocado con discreción una cadena de problemas que, de haberse extendido, habría servido para alimentar las traiciones de enemigos más peligrosos que un capitán codicioso y un laird menor como Matheson.

Sorcha había leído aquella carta dos veces.

Jorge se había enterado de las acciones de Rupert Henshaw. No solo había actuado por cuenta propia tras desertar de su obligación, sino que había usado información de la Corona para preparar el asesinato de una dama que estaba bajo la protección real, y que era, además, la esposa de un aliado al

que convenía no insultar más de lo aconsejable. La muerte del capitán, ocurrida cuando secuestró a Sorcha, fue aceptada en Londres como un hecho justo.

—El rey solo lamenta no haberse ocupado él mismo de Henshaw —declaró Niall cuando terminó de explicar esa parte del contenido de la misiva.

El caso de Fergus Matheson resultaba más complejo y, al mismo tiempo, mucho más satisfactorio para Niall, aunque él jamás llegaría a confesar todos los detalles en presencia de su esposa. A sugerencia del propio Mackenzie, el rey había ordenado revisar los juramentos, pagos y movimientos de Matheson. La investigación, sostenida por testimonios enviados desde Strath Fuar, Eilean Donan e incluso de las tierras de Fraser, terminó con los soldados de Su Majestad entrando en los dominios de ese miserable antes de que aquel hombre pudiera reunir apoyos suficientes para presentar batalla. Le fueron retirados los privilegios, sus almacenes quedaron requisados en nombre de la Corona y sus hombres se dispersaron con rapidez cuando la amenaza de la falta de pan y plata fue un hecho.

Niall no había ido a la guerra por Sorcha. Tramó algo peor para Fergus. Lo dejó sin su casa y lo despojó de su orgullo.

La última noticia sobre ese desgraciado llegó bastantes meses después de que Sorcha y Niall se instalasen en Eilean Donan. Fergus Matheson había muerto en medio de un camino, lejos de su

hogar, a manos de unos salteadores que, al parecer, no se sintieron impresionados por su antiguo rango.

Un hombre que había jugado con la vida de su mujer no merecía más que lo que había recibido ese malnacido. Nadie tenía que saber quién orquestó a las mil maravillas el fallecimiento de Matheson. Había hechos que no necesitaban ser conocidos.

Cuando la cena terminó, Kenna reclamó a Ruaridh con la excusa de que Iain debía aprender a tratar a un bebé, aunque nadie ignoró que solo quería sostenerlo otro rato. Iain, cuya delicadeza recordaba a la de un cachorro de lobo metido en un cesto de ropa limpia, miraba al pequeño con atención y le ofreció un trozo de pan mordido. Kenna se lo quitó a tiempo, Callum se rio por lo bajo y Seumas MacPherson declaró que aquel niño tenía un buen instinto político, pues ya intentaba comprar aliados con comida.

Niall permanecía cerca de Sorcha, pero se había levantado y estaba apoyado contra la pared junto a la chimenea, con los brazos cruzados. Ella sabía leerlo bien y se daba cuenta de que su marido estaba contemplando con orgullo a toda su familia.

El laird Mackenzie observaba a Kenna con Ruaridh, a Callum inclinado hacia su esposa embarazada, a Iain disputándole una miga a su padre y a Seumas fingiendo un interés enorme por el fuego cada vez que el recién nacido movía una mano diminuta porque estaba a punto de echarse a llorar. Cosa que nadie diría porque el viejo cuervo los mandaría a todos al infierno de inmediato. A su vez,

la señora MacPherson le daba golpecitos en la mano a su marido para consolarlo.

En aquel salón estaba reunida una gran familia feliz. Sorcha se puso de pie y se acercó a su esposo.

—Estás muy callado, mi amor.

—Estoy vigilando.

—¿A quién?

—A todos. Kenna podría llevarse a nuestro hijo a Dunfarran. —Así se llamaba el castillo de Fraser.

—No lo creo.

Niall la miró.

—Es Kenna. Ella haría cualquier cosa que considerase que debería hacerse. Es casi tan audaz como tú, *mo ghràdh*.

—Si de una cosa estoy segura, es de que nadie se atreverá a raptar a tu esposa de nuevo, y mucho menos a tu hijo, mi laird. Todas las Tierras Altas saben que te tomas la justicia muy en serio.

Él soltó una risa baja, y Sorcha se apoyó contra su costado y él le pasó una mano por la cintura. Era un gesto tan cotidiano que ellos mismos ya no le daban la menor importancia.

—¿Te inquieta ir a Londres? —preguntó ella.

—No.

Sorcha ladeó la cabeza.

—¿Niall?

Él suspiró, resignado a que su esposa hubiera desarrollado una indecente habilidad para detectar sus preocupaciones antes incluso de que terminaran de aparecer.

—No me inquieta. Me desagrada.

—Entiendo que no es lo mismo para ti.

—Se parece mucho, pero no lo es.

—El rey quiere felicitarnos. Y aunque amo Escocia con todo mi corazón, no nos conviene contrariar a un monarca que podría salir victorioso por la pugna que está disputando, y que nos ha entregado su favor.

—Un maldito juego de reyes. ¿Eso es lo que somos para ellos? Le debo mucho a Jorge, Sorcha, pero está en mi sangre detestar todo lo que es inglés. Además, el rey quiere comprobar qué aspecto tenemos después de sobrevivir a sus brillantes ideas. Se burlará de mí sin piedad y podría terminar en la horca por rebelarme.

—No deberías bromear con eso.

—Ya lo sé. Tengo un hijo y debo darle ejemplo con mi prudencia. Yo no sé ser prudente, esposa.

Ella miró a Ruaridh, que dormía en los brazos de Kenna.

—Será interesante ver qué entiende un hijo tuyo por prudencia, lo admito.

—Confiemos en que lo sepa adiestrar bien, porque si hereda algo de ti, creerá que la prudencia consiste en cabalgar sola cuando esté furiosa fuera de la seguridad de los muros.

Sorcha le clavó un dedo en el costado.

—Eso ha sido cruel.

—Todavía tengo pesadillas, Sorcha. ¡Pesadillas! —insistió—. ¿No sabes lo que eso significa para un hombre que ha estado en demasiadas batallas y se ha teñido por completo de sangre y siempre durmió bien? Solo pensar en que podría haberte perdido…

—Estoy arrepentida de mis acciones.

—Y yo sigo enfadado.

—¿Después de tanto tiempo?

—Pienso seguir enfadado hasta que nuestro hijo tenga edad suficiente para preguntarme por qué

no dejo salir sola a su madre jamás.

Ella escondió la sonrisa contra el brazo de él.

—Eres imposible. Lo que pretendes cada vez que sacas a colación ese recuerdo tan brutal es que despliegue mi imaginación en la cama.

—Es cierto —admitió él—. ¿Cuándo podremos reanudar nuestra intimidad?

—Todavía no.

—Me lo imaginaba.

—¿Te decepciona que no pueda aún…?

—No —la cortó de inmediato—. Soy tuyo. Ya deberías saber que aceptaré cualquier cosa. Sea un sí o un no por tu parte a cada una de mis peticiones.

Sorcha levantó la vista para contemplar con atención el perfil de un hombre satisfecho. El fuego le marcaba la barba, la mandíbula y aquella cicatriz casi invisible que solo ella tenía permitido rozar. Seguía siendo el mismo que había entrado en su vida con arrogancia, lleno de secretos, mucho deseo y una habilidad exasperante para ponerla a prueba. También era el que la había llevado en brazos, el que había aprendido a amarla sin fisuras, el que había aceptado el nombre de Ruaridh sin cuestionar la elección, y el que presentaba a su esposa ante el

mundo como dueña de su corazón sin avergonzarse de que todos lo oyeran.

¡Cuánto lo amaba!

Se acercó a su oreja y le besó rápidamente el lóbulo.

—Esta noche usaré mi boca para darte placer. ¿Eso te alegra, esposo? —murmuró ella llena de picardía y con voz seductora.

—¡Dios! —gritó Niall.

Todo el mundo dejó de hablar y se fijó en la pareja. Seumas MacPherson, quien por desgracia para la tranquilidad general no había nacido para quedarse callado cuando algo le resultaba evidente, rompió el silencio:

—Muchacho —dijo desde su rincón—, si sigues mirando así a tu esposa habrá un regimiento Mackenzie pronto, y Fraser tendrá que admitir que ya no eres el peor marido de las *Highlands*.

—Viejo —respondió Niall sin apartar la vista de Sorcha—, si sigues hablando, mandaré que te sienten junto a Iain para que te alimente con pan mordido.

Iain levantó la cabeza al oír su nombre y corrió para ofrecerle un trozo de pan a Seumas, quien lo aceptó de inmediato.

La risa llenó el salón en cuanto Niall alzó a su mujer en brazos y comenzó a caminar hacia la salida.

—Disfrutad de mi hospitalidad y cuidad a mi hijo. Mi esposa y yo iremos a… a… a dormir un rato.

—¡Niall! —lo frenó.

—¿Qué? No puedes decirme lo que acabas de prometer y luego esperar que me quede de brazos cruzados —le dijo solo para sus oídos.

—Creo que este pequeño tendrá pronto un hermano —dijo Callum mientras se reía a todo pulmón.

—O una hermana —apuntó Kenna.

La pareja ya iba camino de la alcoba para disfrutar de unos instantes de tranquilidad mientras el resto conversaba y cuidaba al bebé.

Sorcha no se enfadó con su esposo por ponerla en semejante aprieto. Era una mujer dichosa.

—¿Mi amor? —susurró.

—¿Sí?

—Soy muy feliz.

—Entonces lo estoy haciendo bien, esposa —consideró.

—Más que bien.

Y para demostrarlo, *lady* Mackenzie lo besó. Un preludio de lo que se avecinaría durante ese breve momento que iban a tener para acariciarse, lamerse y disfrutarse. Cuando se separó de sus labios, la dama apoyó la cabeza sobre su pecho y escuchó el fuerte latido del corazón de su guerrero.

Por primera vez desde que abandonó Londres, Sorcha no sentía que perteneciera a medias a un lugar, ni que tuviera que partirse en dos para honrar todas sus raíces. Strath Fuar vivía en ella. Eilean Donan la había aceptado sin fisuras. Y, lo más importante, Niall la amaba sin esconderse. Ruaridh era la prueba más palpable de que estaban bien juntos.

Y el *highlander* de Escarcha, que había sobrevivido a maquinaciones de reyes, guerras, orgullo y soledad, terminó de derretirse al calor de todo cuanto por fin había decidido amar sin contención.

Fin.

No te pierdas la **siguiente** serie

«Prometida al conde oscuro»

Link: https://mybook.to/nnYHg



NOTICIAS DE SOCIEDAD

Se asegura, en círculos que rara vez yerran en materias de esta naturaleza, que cuatro jóvenes damas de distinguido nacimiento, vinculadas entre sí por la amistad —y dos de ellas por parentesco—, han pasado a ocupar un lugar preferente en las conversaciones de los más selectos salones de baile. Según refieren personas bien informadas, los caballeros bajo cuya autoridad se hallan habrían resuelto que ***lady A. W., lady C. W., lady B. L.*** *y* ***lady L. M****. no deberán concluir la temporada sin un compromiso formal.*

Añádase, con no menor insistencia, que, de no presentarse en breve partidos satisfactorios, serán esos mismos caballeros —los inquietos padres de las damas— quienes tomen sobre sí la elección de sus respectivos esposos. Tal extremo no dejará de sorprender a quienes conocen a dichas jóvenes, cuyas gracias personales y prolongada presencia en fiestas y reuniones las han convertido, hasta ahora, en meros ornamentos habituales de toda velada elegante.

Esta columna, que no acostumbra a dar crédito a cada murmullo que atraviesa Londres, observará con interés el curso de un asunto en el que parecen mezclarse la ambición, la conveniencia pecuniaria y ese celo tardío por el porvenir de las hijas que ciertos padres descubren solo cuando la paciencia —o los recursos— empieza a faltar.

Quiénes habrán de ser los caballeros destinados a acompañar a tales jóvenes es cuestión que aún está por verse, pues, según se murmura, las interesadas conservan todavía la posibilidad de escoger por sí mismas el rumbo de su porvenir.

La Pluma Indiscreta.

Lady Aurelia Westcott lleva demasiado tiempo esquivando pretendientes adecuados, caballeros intachables y matrimonios convenientes porque se niega a acabar atrapada en un matrimonio como el de su madre. Ha crecido viendo cómo un hombre encantador puede arruinar la vida de una mujer, y jura que jamás acabará unida a alguien digno del mismo desprecio que le inspira su padre. Pero un juramento vale muy poco cuando un libertino arruinado decide pagar sus deudas con su propia hija.

Cuando averigua la verdad, **Aurelia** comprende enseguida que el espejismo de la elección nunca ha estado sobre la mesa. No obstante, aceptará el sacrificio solo para salvar a su hermana menor.

La suerte está echada… y la dama está a punto de descubrir que, tal vez, haya destinos peores que estar prometida a un conde oscuro, poderoso y muy temido.

Hablemos de la **bilogía**

«La guerrera del Highlander»

Link: https://mybook.to/6PnoDZ



En las **Tierras Altas** de 1715, el castillo escocés de Eilean Donan no es solo piedra y leyenda, pues se ha convertido en la última frontera entre **lady Kenna Mackenzie** y un guerrero decidido a conquistarla… por la fuerza.

Cuando su hermano parte en una misión del clan, Kenna se queda al mando de la fortaleza y de un pueblo que confía tanto en ella como en el filo de una espada. Pero el asedio no siempre llega solo con las huestes apostadas en el exterior; la trampa a veces entra por la puerta principal, con un aspecto salvaje y una sonrisa encantadora.

El **laird Callum Fraser** jura proteger Eilean Donan mientras su amigo está fuera. Su precio es justo: un matrimonio rápido, discreto y muy conveniente… para él. Callum lo presenta como la única jugada capaz de frenar a un clan enemigo que ya ha puesto sus ojos en la fortaleza y en la mujer que lo defiende.

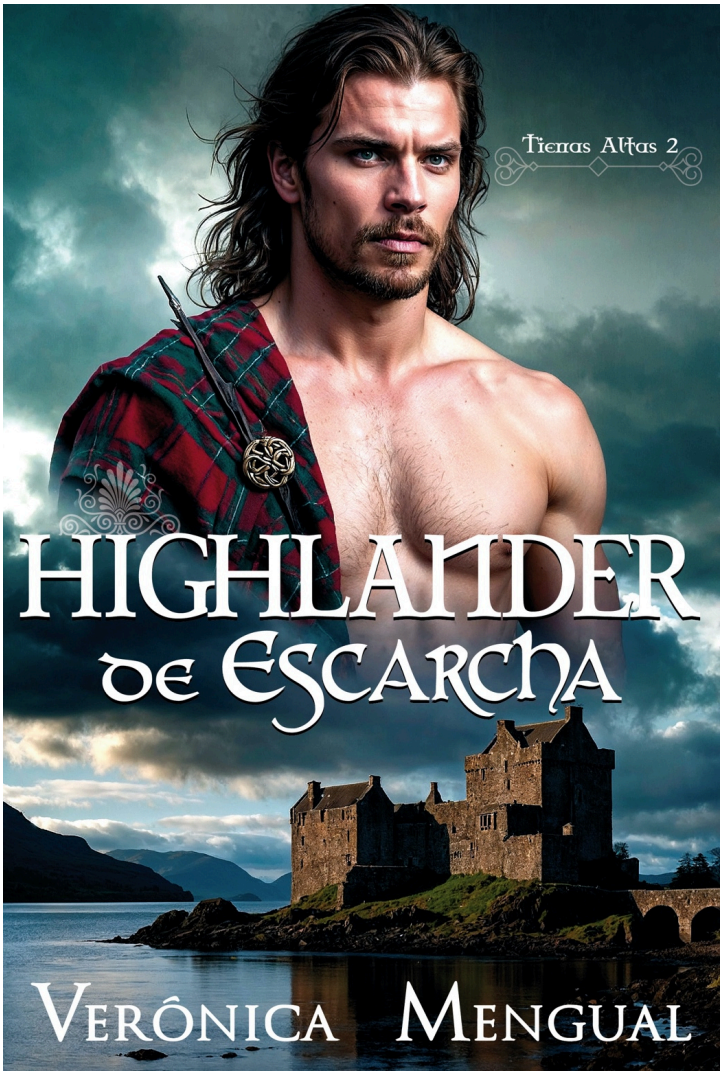
Kenna acepta porque no piensa perder su hogar. Ni su libertad. Ni su orgullo. Está convencida de que su hermano, cuando regrese, deshará todo el entuerto. Lo que no sabe es que Callum guarda un secreto que podría atarla para toda la eternidad o hacer que corra hasta el infierno mismo.

Entre intrigas, lealtades disfrazadas y un deseo que prende como un brezo seco, Kenna descubrirá que el mayor peligro no está al otro lado de las murallas, sino en el hombre que pretende dormir en su cama.

Una guerrera. Un matrimonio nacido de la mentira. Y un highlander *al que poco le importa conquistar el corazón de una mujer que ya es suya por matrimonio.*

«Highlander de Escarcha»

Link: https://mybook.to/i9XJdly



El invierno de **1716 cae sobre Escocia** como una sentencia. Tras el fracaso del alzamiento jacobita, los clanes caminan sobre hielo fino, porque una palabra mal dicha puede significar tierras confiscadas, hombres perseguidos… y un castillo reducido a cenizas.

El laird Niall Mackenzie regresa por fin a su hogar. Vuelve con cicatrices, una lealtad férrea y la certeza helada de que tiene que casarse bien para proteger a todo su clan. Con Eilean Donan en peligro y el apellido Mackenzie bajo amenaza, Niall se ve obligado a viajar a Londres para pelear una guerra distinta: papeles, favores y trampas elegantes disfrazadas de cortesía. Allí choca con una mujer que no encaja en ningún molde y que, sin embargo, sostiene más poder del que muestra.

Lady Sorcha Grant tiene una reputación impecable y su determinación es peligrosa. Está ligada al castillo de Strath Fuar, un enclave clave para las alianzas del norte, y no está dispuesta a convertirse en moneda de cambio para salvar a nadie. Mucho menos a un *highlander* tan inflexible como Niall, que parece hecho de nieve, orgullo y hierro.

Pero cuando las amenazas se estrechan, los enemigos se vuelven invisibles y las traiciones del pasado alcanzan a la familia Mackenzie, Niall y Sorcha tendrán que elegir entre mantener sus corazones a salvo o arriesgarlo todo en un pacto que puede salvar un clan y condenarlos a ellos.

Porque el verdadero frío no vive en las montañas; reside en el corazón de un salvaje escocés y en la voluntad de una verdadera dama. En esta batalla, solo el amor puede ser la victoria.

Aclaración sobre la historia

Mis queridísimas bellas y fieles lectoras:

Escribir la historia de Niall y Sorcha ha sido volver a las Tierras Altas con el corazón todavía recordando a Kenna y Callum. Cuando terminé la primera novela, sabía que Niall Mackenzie no podía quedarse en un rincón de Eilean Donan gruñendo, odiando las lágrimas femeninas y fingiendo que el amor era una enfermedad que solo debilitaba a los guerreros. Niall pedía su propia historia a gritos, aunque, por supuesto, él jamás lo habría reconocido. Él nos habría dicho que no quería nada. Que se quedaba con su clan, su castillo y que ya tenía demasiadas preocupaciones como para complicarse más la vida con ninguna mujer. Pero yo ya lo veía en mi mente embobado cuando viese a su alma gemela por primera vez.

Esta novela ha sido especial precisamente por eso. Porque Niall no era un héroe fácil de conducir. Era duro, orgulloso, terco hasta la desesperación y estaba marcado por una vida en la que amar podía parecer una debilidad inaceptable.

Había que darle a una mujer que no lo admirase tan pronto y que no se conformase con ocupar un sitio a su lado con docilidad. Necesitaba a Sorcha Grant, una dama con raíces escocesas, educación inglesa, heridas y una dignidad capaz de agitar al laird Escarcha sin despeinarse.

Con ellos quería contar una historia de amor intensa como las que os tengo acostumbradas. Espero haber logrado dar un par de giros inesperados… Me ha gustado especialmente ver cómo dos personas tan fuertes aprendían que amar no significa vencer. Las relaciones nunca son fáciles y, sobre todo, al principio, cuando la inseguridad impera y todo puede saltar por los aires con suma facilidad.

También me ha emocionado cerrar esta bilogía regresando a Eilean Donan. Este castillo, que tuve el privilegio y el placer de visitar no hace mucho, me robó el corazón. Y por eso he hecho que le perteneciese a dos hermanos tan unidos como Niall y Kenna.

La Escocia de 1716 fue un lugar complicado. El fracaso del primer levantamiento jacobita hacía que cada acción pudiese convertirse fácilmente en una condena, y en ese contexto, las relaciones con un rey inglés no podían ser fáciles, pero me apeteció el tropo de que un rey obligase a los hermanos Mackenzie a casarse. Ya sé que a Kenna no la obligó, pero a punto estuve de hacerlo de ese modo.

Y Niall… Ay, Niall. ¡Qué hombre tan imposible y qué gusto me ha dado hacerlo sufrir un poquito!, lo justo para que entendiera que el corazón

manda sobre el resto. Si Callum fue un *highlander* indómito, Niall ha sido una gran piedra terca.

Espero que esta segunda historia os haya hecho sentir de nuevo el viento frío de las *Highlands*, el peligro de amar en tiempos inciertos y la belleza de esas parejas que discuten porque se importan demasiado y lo exigen todo. Ojalá hayáis sufrido, sonreído y suspirado con Niall y Sorcha tanto como yo mientras ideaba su periplo.

Gracias por acompañarme una vez más en este viaje por las Tierras Altas. Gracias por querer a Kenna y Callum, y gracias por llegar hasta Niall y Sorcha, que prometían guerra desde el principio y, seamos sinceras, no nos han decepcionado, ¿o sí? Confío en que no.

Seumas tenía razón: el muchacho necesitaba una dama que fuese la horma de su zapato. Y vaya que la ha encontrado.

Llegados a este punto, solo puedo repetiros lo de siempre, porque no me canso y porque además es verdad: os quiero muchísimo. Gracias por leerme, por esperar mis historias, por emocionaros conmigo y por apoyar esta locura escritoril que tantas alegrías me da. Si esta novela os ha hecho sentir aunque sea una parte de lo que yo he sentido al escribirla, me doy por más que satisfecha.

Solo queda deciros, de nuevo, y no me canso de decíroslo, que os amo mucho, mucho, muchísimo. Así que, por favor, y con mucha humildad, os pido que me sigáis en mi próximo

proyecto. Regresamos a un Londres plagado de duques, condes y damas de armas tomar.

Y ahora, por otro lado, os recuerdo que es muy importante para las escritoras que dejéis una valoración y, si es con una pequeña reseña sería fantástico. En fin, mil gracias por seguirme y apoyar mi locura *escritoril*.

Dejo de escribir esta noche para ponerme mañana a primera hora con más. Sé que me repito hasta la saciedad, pero es que así de contenta me tenéis, escribiendo como una esclava para vosotras, porque os adoro.

Todos los títulos por orden

Os recuerdo que el resto de mis sagas son las siguientes, y que no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Sombras y Luces

1) Prometida al conde oscuro (en preventa ya)

Bilogía Tierras Altas

1) La guerrera del Highlander

2) Highlander de Escarcha

Serie Las normas de la Regencia

1) No subestimarás a una solterona

2) No tentarás a un seductor

3) No arruinarás a una debutante

4) No perdonarás a un traidor

Serie Hermanos Taverham

1) Casarse con un conde

2) Ligada a un granuja

3) Pactar con el diablo

Serie Corazones Rotos

1) Seduciendo a un caballero

2) Corrompiendo a un lord

3) Sanando a un canalla

4) No quiero, lord Harding

5) Enamorando a un disoluto

Serie Reinas de Corazones:

1) A un suspiro de ti

2) A un beso de ti

3) A una caricia de ti

4) A un abrazo de ti

5) A un tormento de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline

3) Una institutriz para el vizconde Portman

4) Una Navidad para los duques de York

5) Una prometida para el duque de Phenton

6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:

1) Lady Briana y el coronel

2) Lady Angela y el conde

3) Lady Elisabeth y el capitán

4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):

1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía)

2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse

3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:

1) Rosemary, una institutriz soñadora

2) Philomena, una institutriz desdichada

3) Marianne, una institutriz realista

4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A. S. Lefebre):

1) Una pupila inesperada

2) Una prometida inesperada

3) Una candidata inesperada

4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):

1) Un esposo inconveniente

2) Un amor inconveniente

3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:

Entre el deber y la pasión

Una segunda oportunidad para amar

Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea:

Club Inhibiciones (Romance erótico)

¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1